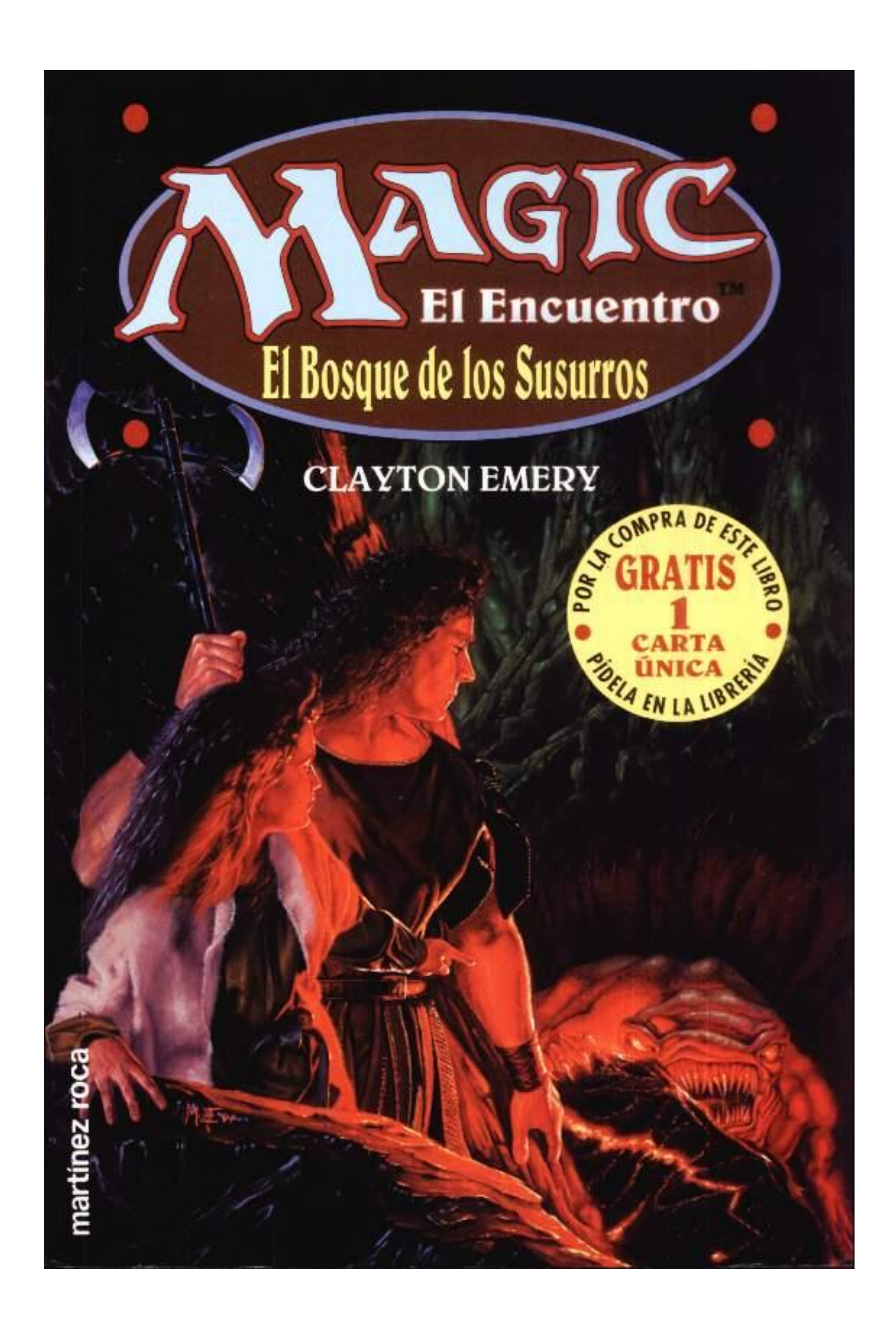

MAGIC
El Encuentro™
El Bosque de los Susurros
CLAYTON EMERY
POR LA COMPRA DE ESTE LIBRO
GRATIS
1
CARTA
ÚNICA
PÍDELA EN LA LIBRERÍA
martínez roca

Magic, The Gathering:

EL BOSQUE DE LOS SUSURROS

(Trilogía: "Archidruida", vol.1)

Clayton Emery

1995, *«Whispering Woods»*
Traducción: Albert Solé

_____ 1 _____

Una explosión tan ensordecedora como un trueno hizo que Gaviota levantara la mirada.

El cielo estaba despejado y muy azul. El sol brillaba en él, derramando un calor primaveral. La Luna de la Neblina, de un blanco sucio, era un recorte de uña suspendido sobre los árboles en el oeste.

Y había algo más en el cielo. Hasta entonces Gaviota nunca había visto en él nada aparte de lunas, nubes y pájaros, pero en aquel momento...

Una gran bola llena de bultos e irregularidades que parecía una vejiga hinchada flotaba en el azul.

El leñador se apartó del árbol que se alzaba en el lugar que había limpiado aquella mañana, y subió de un salto al tocón para poder ver mejor. Él y su recua sólo se habían internado media legua en el Bosque de los Susurros. Fuera lo que fuese aquella... cosa voladora, se encontraba muy cerca de su aldea. Estaba suspendida encima de ella.

--En el nombre de Chatzuk, ¿qué...?

Sus mulas resoplaron nerviosamente. Gaviota las calmó y aguzó el oído.

La cosa que parecía una vejiga estaba rodeada por cuerdas y de ellas colgaba una barquilla llena de oscuras y diminutas siluetas, masas de brazos y cabezas puntiagudas que parloteaban entre sí. Estaban tratando de mover algo, y sus esfuerzos hacían que la barquilla oscilara de un lado a otro. Estaban arrojando cosas.

¿Sobre su aldea?

Hubo otro estallido atronador, tan potente como el de antes. El tocón se agitó debajo de los pies de Gaviota, y después tembló durante unos momentos.

Sus mulas piafaron. Suave, que siempre era tan tranquila y obediente, intentó encabritarse y tiró de sus arneses de cuero, buscando refugio debajo de un castaño. Cabezota, que era tozuda incluso para ser una mula, bajó la cabeza y empezó a mordisquear su brida en un intento de romperla. Gaviota bajó de un salto del tocón y le tiró de una oreja. La mula le lanzó un mordisco lleno de dientes amarillentos.

--¡Ahora no, Cabezota! --la riñó Gaviota--. ¡Necesito ayuda, no estorbos!

Tiró de los arreos de las mulas y empezó a unir sus bridas en un

nudo para que no pudieran marcharse. Pero algo le hizo detenerse: era una premonición de que tardaría en volver.

Como la inmensa mayoría de muleros, Gaviota hablaba a sus animales igual que si le entendieran, pues a menudo lo hacían.

--Quietas aquí las dos. He de averiguar qué está ocurriendo. ¿Y dónde está Mangas Verdes...? ¡Ah!

Su hermana se había alejado, como de costumbre, pero las explosiones la habían hecho volver corriendo desde las profundidades del bosque.

En lo físico, Mangas Verdes no podía ser más opuesta a su hermano: era bajita, y estaba tan flaca que podías contar los huesos de sus manos y sus brazos. Pero el parentesco resultaba obvio, pues sus ojos eran verdes, su cabellera castaña rizada y siempre rebelde, sus pómulos anchos y su boca delgada, y su piel estaba tan oscura como una nuez debido a toda una vida pasada al aire libre cuando sólo tenía dieciséis años y todavía no había acabado de crecer. Vestía una vieja túnica de lino manchada de verde por los líquenes, y un maltrecho chal salpicado de ramitas y hojas. No llevaba sombrero y sus pies siempre estaban descalzos, incluso en las nieves del invierno. Sus manos estaban tan sucias como de costumbre, con las muñecas manchadas de verde a causa del hurgar en el suelo y el arrancar tallos de hierba. Su madre le había puesto de nombre Mangas Verdes por esas manchas.

Claro que en realidad daba igual cuál fuese su nombre, porque la chica era tan poco consciente de él como de todo lo demás.

Tan asustada por el ruido como una ardilla, Verde corrió hacia su hermano y agarró su mano morena. Después empezó a hablar a toda velocidad en su lenguaje animal, parloteando como una ardilla y gruñendo como un tejón, soltando una ristra de preguntas incomprensibles mientras estrujaba los dedos de Gaviota.

Gaviota le habló de la misma manera que a sus mulas.

--No te muevas de aquí, Verde. Voy a... --No podía decir «a casa», ya que entonces Verde se habría sentido abandonada--. Voy a ocuparme de unos asuntos. He de ver a un hombre. No te muevas de aquí. Volveré pronto.

Su hermana todavía parecía bastante preocupada, y Gaviota se preguntó hasta qué punto le había entendido. Después apartó los dedos con que seguía sujetándole la mano.

Su mente estaba llena de preguntas. ¿Qué le estaba ocurriendo a la aldea? Gaviota se echó la aljaba y el estuche del arco al hombro.

Los llevaba para cazar, pero dentro de un rato tal vez tuviera que emplearlos para hacer huir a esas pequeñas... criaturas del cielo. Se enrolló el látigo de las mulas alrededor de la cintura, y después empuñó la pesada hacha de leñador de doble filo.

--Será mejor que esté preparado, aunque no sé para qué --murmuró.

Se volvió para encontrarse con Mangas Verdes casi pegada a su espalda. Quizá la había asustado al recoger sus armas.

--¡Te he dicho que no te muevas de aquí!

Gaviota quería correr, pero se obligó a caminar despacio y fue estirando las piernas, preparándolas para recorrer los más de dos kilómetros que le separaban del comienzo del bosque. De todas maneras, no podía correr más de treinta metros. Tres años antes un olmo se había partido repentinamente, separándose del tocón: el olmo era un árbol que odiaba a los hombres y que se rompía sin ningún crujido de advertencia. El tronco le había aplastado la rodilla derecha. El invierno transcurrió y llegó a su fin antes de que Gaviota pudiera volver a caminar, pero con una cojera permanente. La rodilla también le dolía cuando hacía mucha humedad, así que podía predecir las tormentas.

Pero en aquel momento no le dolía, a pesar del trueno. ¿Qué podía significar eso?

La cojera no era la única herida que había sufrido en toda una vida de luchar con los árboles. Un roble le había arrebatado los tres últimos dedos de su mano izquierda. Gaviota sólo tenía veinte años, pero sus brazos y sus piernas estaban repletos de cicatrices dejadas por las ramas y por golpes de hacha mal dirigidos, aunque también eran enormes y fuertes, pues el bosque siempre había sustituido de alguna manera lo que se había llevado. Gaviota siempre se estaba abriendo paso a través de la maleza y cortando ramas, por lo que no llevaba prendas de tela. Su atuendo era totalmente de cuero, y se reducía a un faldellín y una túnica. Incluso su larga cabellera castaña estaba recogida en la nuca mediante una tira de cuero. Llevaba unos zuecos de nogal que había tallado él mismo y que proporcionaban una buena protección a los dedos de sus pies, aunque siempre repiqueteaban lúgubremente sobre los suelos de madera o piedra.

La vida en el bosque había endurecido a Gaviota de otras formas, aunque apenas se daba cuenta de ello. Trabajar en solitario, cortando y talando y resolviendo problemas durante todo el día, le había obligado a desarrollar su propia manera de hacer las cosas, y Gaviota

era capaz de ignorar tanto los consejos como los elogios. De hecho, las comadres de la aldea decían que tanto trabajar con mulas había hecho que se volviera terco como ellas, y también sospechaban que Gaviota se llevaba tan bien con su hermana y siempre se ocupaba de ella porque, en el fondo, era tan bobo como Mangas Verdes.

Gaviota se metió por un sendero de ciervos que le permitiría llegar más pronto a las praderas..., y que además le mantendría oculto. Todos aquellos acontecimientos tan raros significaban problemas.

Unos problemas que ya habían estado esperando...

Una luna antes, los habitantes de Risco Blanco habían saltado de sus camas al oír una amenazadora mezcla de silbido y trino. Habían salido corriendo de sus casas, y todos habían visto cómo la franja de fuego blanco amarillento quemaba la noche. Después un gran estruendo lejano había resonado en el norte y había hecho temblar el suelo, y las llamas habían iluminado el horizonte. Una arboleda distante había estado ardiendo durante días, ennegreciendo el sol con una columna de humo. Las lluvias de finales del invierno acabaron empapando el infierno, y el humo dejó de brotar.

Los lugareños no habían hablado del acontecimiento y habían acallado las preguntas de los niños. Todo el mundo sabía reconocer un presagio, un portento anunciador del desastre, y la gente miraba por encima del hombro día tras día, esperando que llegara.

Aquél era el día. Dos truenos casi seguidos, una vejiga flotante llena de bribones que aullaban y gritaban. ¿Qué...?

Gaviota oyó un crujido detrás de él y giró sobre sus talones. Una serpiente...

No, su hermana.

Mangas Verdes soltó un gruñido de mapache, una pregunta llena de miedo, y se agarró el chal con una mano temblorosa.

--¡Maldición! --rugió su hermano, sobresaltado por el ruido--. ¡Te dije que no te movieras de allí!

La joven retrasada meneó la cabeza de un lado a otro y se encogió sobre sí misma como si Gaviota la hubiese golpeado. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y le mojaron los labios.

--Oh, muy bien. Ven conmigo. ¡Pero procura no hacerme perder más tiempo!

Gaviota nunca podía resistir el llanto de Mangas Verdes, pero la mitad de las veces no tenía ni idea de lo que quería.

Llevaba a su hermana al bosque cada día para mantenerla lejos de la aldea. Mangas Verdes arrancaba las plantas de los huertos,

protegía a los animales del trabajo y de cualquier clase de daños, metía la cabeza en los hornos del pan, sacaba a los bebés de sus cunas y hacía cuanto podía para ser una molestia, por lo que todo el mundo estaba de acuerdo en que el bosque era el mejor sitio para ella. Allí era feliz, podía husmear, investigar y jugar con animales todo lo que le diese la gana mientras Gaviota la vigilaba y cuidaba de ella..., hasta donde podía hacerlo. Un acuerdo tácito y la fuerza de los brazos del hermano aseguraban que ningún hombre del valle la molestaría, y los forasteros eran muy raros, pero a veces Mangas Verdes desaparecía durante horas, y Gaviota se preocupaba. Aparte de eso, su hermana no le creaba ningún problema, y su compañía le resultaba tan agradable como se lo hubiese resultado la de un perro.

Aun así, el que a los dos les sentara tan bien el Bosque de los Susurros era otra señal de que eran dos criaturas más bien raras. Ningún otro habitante de Risco Blanco se acercaba jamás al Bosque de los Susurros. Las hojas y los árboles estaban demasiado llenos de una charla continua, de «susurros», para que la gente normal pudiese sentirse a gusto allí y moverse por aquellos lugares. Todos suponían que las voces procedían de monstruos, diablos, elfos o alguna otra clase de seres oscuros. Los parloteos y murmullos que no cesaban nunca y los crujidos de las hojas ponían bastante nervioso a Gaviota cuando era un muchacho, pero hacía años que ya apenas si los oía. En cuanto a Mangas Verdes, la afectaban todavía menos que la lluvia.

Gaviota cogió a su hermana de la mano y la sacó del bosque para averiguar qué amenaza pesaba sobre su aldea, el único hogar que habían conocido.

* * *

La maleza y los arbustos espinosos crecían con mayor profusión en el comienzo del bosque, allí donde más calentaba la luz del sol. Cuando se detuvieron al final del sendero, los dos quedaron flanqueados por macizos de helechos más altos que sus cabezas. Gaviota pensó que así quedaban ocultos, y se dijo que eso era bueno.

El valle llamado Risco Blanco era como una colcha tejida con muchos parches multicolores. Allí donde terminaba el bosque, deslizándose en forma de tiras aquí y allá, estaban las praderas de alta hierba verde amarillenta puntuadas por el azul y el amarillo de las flores silvestres. Entre ellas y a su alrededor había franjas de rocas cubiertas de musgo y tierra pedregosa. El centro contenía las únicas

parcelas fértiles, bolsillos de blando limo fluvial residuo de los tiempos en que el arroyo del valle había sido un gran río. El arroyo todavía corría por ellos, rodeando rocas y ondulando sobre las extensiones de caliza que habían dado su nombre a la aldea dividida. Treinta casitas se alzaban en ella, bastante separadas unas de otras y cada una rodeada por muretes de rocas que llegaban hasta la altura de la cadera de un adulto y protegían los pequeños huertos de los animales. Las casitas eran de piedra, con techos de paja y juncos, barro o tejas. Un molino que parecía montado a horcajadas sobre el arroyo crujía al sur, y una taberna dejaba escapar una hilacha de humo blanco. Un camino repleto de baches iba desde los riscos del norte, atravesaba el arroyo por un puente tan angosto que sólo permitía pasar una carreta a la vez, y luego se hundía en los marjales y turberas hacia el sur. El valle tenía otro bosque que se extendía al este del camino y que era conocido como el Bosque Salvaje, y éste sí era visitado frecuentemente por los aldeanos a pesar de su nombre.

Durante los veinte años de existencia de Gaviota, Risco Blanco había sido un lugar tranquilo, donde la mayor pelea del año se producía cuando los hijos de Foca robaban alguno de los cerdos de Yedra. Nadie sabía qué les traería aquel día. El leñador vio la silueta encorvada de su padre, Oso Pardo, con la espalda rota por el mismo árbol que había dejado lisiado a Gaviota, y la delgada figura de su madre, Agridulce. Sus hermanos y hermanas estaban inmóviles junto a ellos. Gaviota agitó su hacha, pero su familia no le vio. Estaban contemplando el risco del norte, igual que hacía Gaviota.

En lo alto del promontorio de caliza por donde bajaba el camino, acechando como una manada de lobos, había un sorprendente grupo de personajes, unas pintorescas y extrañas criaturas de las que hasta aquel momento Gaviota sólo había oído hablar en las leyendas.

Inmóvil delante del grupo había una mujer que vestía una larga túnica marrón adornada con tiras amarillas a lo largo de las mangas y allí donde la tela rozaba sus pies. Su cabeza estaba desnuda, y llevaba su abundante y lustrosa cabellera negra peinada hacia atrás. La mujer alzó sus dos manos llenas de anillos y señaló una pequeña pradera vacía que se extendía a su derecha.

Gaviota nunca había visto ninguna mujer semejante con anterioridad, pero sabía quién era. Como decían los ancianos en sus plegarias, «Que los dioses nos mantengan fuertes y sanos, y nos eviten sufrir los estragos de cualquier...

... hechicería.»

* * *

Detrás de la hechicera había dos docenas de soldados inmóviles a lo largo del risco. Llevaban corazas que parecían hechas con escamas de pescado, túnicas cortas rojas y faldellines del mismo color, y cascos adornados con plumas rojas. Cada uno tenía una espada corta y un escudo redondo de metal pulimentado, y una jabalina a la espalda. Gaviota sólo había visto tres soldados en toda su vida, un trío lamentable de hombres abatidos y enfermos que había pasado por la aldea cuando era pequeño. Los hombres de Risco Blanco habían cogido sus garrotes para evitar que aquellos renegados se quedaran demasiado tiempo, pero aun así después echaron en falta un cochinillo y dos gallinas. Aquellos soldados vestidos de rojo de las alturas eran distintos, hombres fuertes, silenciosos y conocedores de su oficio, y parecían tan mortíferos como serpientes.

Gaviota era consciente de que una fuerza semejante podía matar hasta la última persona de Risco Blanco antes de que pudieran respirar tres veces.

Pero lo que apareció en la pradera era todavía más extraño.

Al principio Gaviota no vio nada. Después Mangas Verdes dejó escapar un trino. Algo... creció entre la hierba.

Y creció muy deprisa.

Mientras Gaviota contemplaba las flores silvestres de color azul que ondulaban bajo la brisa, una silueta no más alta que un niño surgió de la nada entre ellas. Un instante después las flores ya sólo le llegaban a los hombros, y un momento más bastó para que sólo le llegaran hasta la cintura.

Y en cuestión de segundos la figura tenía... ¿Cuánto medía? Gaviota intentó calcularlo. ¿Seis metros de altura, quizá? Era un gigante, un ser surgido de las viejas historias. De cintura muy gorda, piernas gruesas y pies planos, el gigante llevaba ropas hechas de viejos retales descoloridos. La mayor parte se habían vuelto amarillentos, pero algunos estaban adornados con rayas e incluso había uno con un dragón rojo. Cada gigantesca mano nudosa del gigante blandía una enorme rama de árbol que le servía de garrote. «Dos garrotes --pensó Gaviota--, para hacer juego con sus dos cabezas.»

Las cabezas llenas de gruesas venas eran calvas, de piel cetrina y ojos rasgados. Una cabeza tenía el ceño fruncido y contemplaba a la

hechicera. La otra estaba observando cómo una bandada de cuervos emprendía el vuelo desde el Bosque Salvaje. Gaviota enseguida se dio cuenta de que aquella criatura era de mente torpe y reacciones bastante lentas.

Pero había más prodigios surgiendo por todo el valle, hasta que Gaviota pensó que un hacedor de viudas le había sorbido los sesos y lo estaba soñando todo. Y, sin embargo, ningún sueño podía competir con aquella asombrosa escena.

Una pareja de seres mitad humanos y mitad caballos surgió del Bosque Salvaje, avanzando con un trotecillo perfectamente acompasado. La palabra apareció en la mente de Gaviota: centauros. Sus flancos eran de un rojo blanquecino, y estaban adornados con runas y huellas de manos que les servían como pinturas de guerra. Sus torsos quedaban escondidos por petos pintados llenos de volutas, y llevaban casco. Los centauros iban armados con lanzas emplumadas más largas que sus ágiles cuerpos de caballo.

Por encima del ejército inmóvil en el risco, vagando a la deriva en el viento, seguía flotando la estructura formada por la vejiga redonda y la barquilla, con su aullante tripulación. Aquellos seres que parecían decididos a buscar pelea por todos los medios lanzaron un diluvio de proyectiles, largos clavos de hierro que arrojaron al suelo chillando como monos. Los clavos se incrustaron en el suelo bastante cerca del risco, y los soldados vestidos de rojo replicaron con gritos burlones y agitaron sus espadas. La vejiga siguió avanzando, descendiendo cada vez más hasta que rozó los árboles al norte. Los diminutos guerreros empezaron a discutir entre ellos mientras se precipitaban por entre los árboles. Gaviota pensó que su contribución era muy escasa, y que parecía limitada a proporcionar un poco de entretenimiento y diversión.

Pero si estaban atacando a los soldados rojos, ¿quién los había enviado?

Mangas Verdes soltó un balido ahogado, y Gaviota volvió la cabeza y se quedó boquiabierto una vez más. El festival del risco sólo era la mitad del espectáculo.

Hacia el sur, inmóvil delante del Bosque de los Susurros, había otro séquito igual de extraño.

Estaba encabezado por un hechicero que llevaba un atuendo tan abigarrado como el de la mujer. Su cabeza estaba cubierta de rizos amarillos y lucía un frondoso bigote, y su larga túnica estaba adornada por una serie de franjas de bordados, de un color azul oscuro en el extremo que iba oscureciéndose hasta volverse amarillo en la cintura,

y que luego fluía como un arco iris hasta volverse rojo y azul en los rígidos hombros. Gaviota, cada vez más confuso, se preguntó dónde se harían confeccionar la ropa los hechiceros.

Detrás de aquel hechicero había una hilera de carros que recordaban a los carromatos de una banda de gitanos. Cinco carros formaban un círculo con el séquito apelotonado en el centro. Gaviota pudo distinguir a una mujer gorda, muchachas esbeltas vestidas con ropas tan abigarradas que les daban el aspecto de pájaros de plumaje multicolor, y hombres armados de aspecto temible que se recostaron en los pescantes de los carros para presenciar la acción.

Después el mulero se dio cuenta de que algo había salido mal. Las recuas de caballos y mulos habían sido soltadas de los varales, probablemente para que no sucumbieran al pánico y salieran huyendo al galope con los carros, y después habían sido apartadas de allí y conducidas hasta donde empezaba el bosque. Pero había dos cráteres humeantes donde habían caído los rayos que produjeron aquel par de truenos. El musgo y el suelo rocoso habían desaparecido, dejando al descubierto la piedra de abajo. Un caballo muerto de color blanco y los cuartos traseros de un bayo yacían al lado de un cráter. No había ni rastro de las otras monturas. Probablemente habían huido, o tal vez habían sido borradas del mundo de los vivos.

Pero todavía iban a ocurrir cosas más raras. De hecho, Gaviota supuso que lo más extraño ni siquiera había empezado.

Una de las cuadrillas que manejaban las vejigas flotantes ya había despegado del suelo. Tres vehículos más se bamboleaban sobre la pradera, unidos a ella por cuerdas como si fuesen caballos asustadizos. Dos docenas de siluetas verdigrises con abundantes melenas negras o grisáceas discutían y se agitaban a su alrededor.

Un grito fantasmagórico ululó por todo el valle. El hechicero de las franjas de bordados alzó una jarra de piedra de la que surgió una espiral de vapor que se fue espesando muy lentamente hasta formar una figura tan grande como el gigante del norte. Pero aquella figura se negó a adquirir forma sólida, y siguió siendo tan vaporosa y espectral como la niebla. La silueta de color azul cielo empezó a flotar sobre las rocas cubiertas de moho, y un pequeño diluvio de gotas de lluvia se desprendió de las puntas de sus dedos. Allí donde caían las gotas surgían combatientes de piel azulada, hombres y mujeres de larga cabellera negra armados con curiosas espadas de hoja curva o garrotes claveteados: bárbaros. Una docena, dos docenas, tres.

Mangas Verdes, que seguía inmóvil al lado de Gaviota, emitió un trino que parecía una pregunta. Acababa de descubrir un agujero de ratones a sus pies, y se inclinó para investigarlo.

Pero aun así Gaviota respondió, expresando sus pensamientos en palabras.

--Una pelea... --murmuró--. Va a haber una gran pelea. Una guerra. Eso es lo que hacen los hechiceros, luchar entre ellos. Y la muerte y la destrucción siguen a sus sombras.

Agarró a Mangas Verdes por el hombro y tiró de ella hasta obligarla a erguirse.

--Y tenemos que llegar hasta nuestra familia antes de que este lugar se convierta en un auténtico infierno. ¡Vamos!

Gaviota salió del bosque, sujetando su hacha con una mano y el brazo de su hermana con la otra. Su distante familia por fin los vio, y los aldeanos lanzaron gritos de ánimo y esperanza. Los dos hermanos atravesaron la pradera y las franjas rocosas, jadeando y moviéndose lo más deprisa posible, y llegaron al comienzo de la aldea y las primeras casas.

Demasiado tarde.

Veinte soldados vestidos de rojo, o quizá más, se agruparon en el risco con un rugido, refuerzos traídos hasta la primera línea. Alzaron sus espadas, volvieron a lanzar un grito ensordecedor y bajaron a paso de carga por la pendiente. Los centauros imitaron a los soldados y se lanzaron al galope. A la izquierda de Gaviota, los bárbaros azules emitieron un siseo amenazador y se pusieron en movimiento, agitando sus espadas de hoja curva y sus garrotes como si fuesen hoces ansiosas de cortar el grano.

Gaviota y Mangas Verdes habían quedado atrapados justo en medio.

* * *

El leñador se detuvo tan bruscamente que sus zuecos patinaron en el suelo, demasiado falto de aliento para maldecir. Habían conseguido llegar a la aldea, pero el único sitio por donde se podía cruzar el arroyo sin correr peligro era el puente, y los soldados vestidos de rojo pasarían por él dentro de unos minutos.

Y tampoco podían quedarse mucho tiempo en la aldea, porque los guerreros azules ya se estaban acercando.

--¡Por las campanas de Kormus! ¡Atrás! ¡Tenemos que retroceder!

El leñador giró sobre sus talones, buscando el refugio del bosque. Mangas Verdes corría y trotaba junto a él, estando a punto de caer a cada instante.

Se encontraban a menos de cien metros del bosque, y Gaviota corrió tan deprisa como podía hacerlo. Pero algo centelleó en el aire delante de él, como lluvia cayendo a través de los rayos del sol. Había todo un muro de lo que fuese aquella cosa, y el centelleo se volvió más brillante y después se oscureció y se volvió nebuloso. El nuevo color era tan marrón como el del agua fangosa.

Un muro de espinos acababa de surgir delante de sus ojos y les cortaba la retirada.

El muro no era una auténtica muralla, sino más bien un montículo encima del que sobresalía una ruina o túmulo. Pero era alto, tanto que Gaviota no podía llegar hasta la cima con su hacha, y tan grueso que no podía ver nada a través de él. Lo que tenían delante eran espinos de un color marrón grisáceo, muertos en los alrededores de las raíces y enroscándose con blandas curvas verdes en las ramas más altas. El muro no podía ser atravesado por ninguna criatura que fuese más grande que una ardilla.

El leñador miró a su alrededor, buscando un camino sin dejar de maldecir ni un momento. Pero el muro avanzaba en zigzag desde el risco norte hasta el arroyo e incluso llegaba a curvarse siguiendo la cara del risco, pasando por detrás de los soldados vestidos de rojo y aislándolos de su hechicera. «El brujo de los bordados debe de haberlo conjurado --pensó Gaviota--. Los ha dejado totalmente atrapados..., y a nosotros con ellos.»

Bien, ¿hacia dónde podían ir?

Gaviota siguió mirando a su alrededor. Podían esconderse en una casa de piedra, pero el instinto le decía que no era una solución demasiado aconsejable: incluso un conejo cavaba dos agujeros en su madriguera. Podía vadear el arroyo, pero tendría que llevar a rastras a Mangas Verdes y su hermana odiaba nadar.

Los ejércitos se enfrentaron a menos de cien metros de ellos, chocando con un rugido y un estrépito de cuerpos y metales.

Incluso Gaviota, que no sabía nada de las guerras salvo lo que había oído en las historias, pudo ver que los soldados vestidos de rojo eran profesionales y que los bárbaros azules eran meros salvajes carentes de todo adiestramiento. Los soldados vestidos de rojo mantuvieron una apretada falange erizada de acero formada por dos filas de hombres. Avanzaban hacia la guerra moviéndose al unísono,

con los escudos creando una muralla, y entonaban un cántico de guerra mientras caminaban.

Los combatientes azules, que Gaviota vio debían su color tanto a pinturas como a tatuajes, tenían colmillos y las mandíbulas muy largas, y melenas blancas que llevaban trenzadas de muchas maneras distintas. Tanto los hombres como las mujeres vestían prendas de cuero adornadas con fantásticos dibujos. Su manera de atacar era superar en potencia de grito a los demás, agredir al aire primero y a sus oponentes después con las espadas de hoja curva, o golpearles con sus garrotes de guerra terminados en puntas de obsidiana.

Pero cuando empezó a correr, su sangre resultó ser de color escarlata. Los soldados vestidos de rojo combatían por parejas, con un miembro del dúo cubriendo al otro. Gaviota vio cómo un guerrero azul se enfrentaba a un escudo redondo y lanzaba un tajo dirigido a las grebas que cubrían las pantorrillas de un soldado vestido de rojo. El compañero del soldado lanzó un mandoble corto contra una garganta azul, y el golpe cubrió a los tres con una rociada de sangre. Al mismo tiempo, el primer soldado movió su hoja para mantener a raya a otro guerrero azul, el cual perdió una mano debido al veloz tajo del compañero del soldado. El resultado final fue de dos guerreros azules yaciendo sobre la hierba sin ningún daño para los soldados vestidos de rojo.

Y lo mismo estaba ocurriendo por toda la línea del combate. Los bárbaros azules valoraban la bravura y el alarde bélico, y los soldados de ojos gélidos y ropas rojas el trabajo en equipo. Una combatiente azul saltó como un gamo para trepar por encima de la muralla de escudos. En vez de ofrecer resistencia, los soldados de la primera fila la lanzaron por los aires, entregándola a los soldados de atrás, que hundieron espadas en su estómago. Pero la mujer de piel azul siguió luchando incluso mientras moría, y su garrote de piedra negra chocó con un cuello envuelto en tela roja. El soldado herido fue llevado hasta la retaguardia por sus compañeros mientras los bárbaros azules caían como espigas de trigo.

Gaviota temía que los soldados vestidos de rojo eliminaran a los bárbaros y que después cayeran sobre quien estuviese cerca de ellos en cuanto hubiesen acabado con sus enemigos. No desperdició el tiempo contemplando el combate con la boca abierta, sino que volvió a agarrar a su hermana --Mangas Verdes señaló algo en el cielo y soltó un murmullo ininteligible--, y tiró de ella en dirección sur a lo largo del muro de espinos. Podían llegar al pequeño río y tratar de cruzarlo, o

tal vez consiguieran encontrar una brecha en el muro de espinos, un pequeño hueco en el cual esconderse...

Pero entonces Gaviota descubrió qué era lo que tenían encima y que tanto interesaba a Mangas Verdes.

* * *

Clavos de hierro tan largos como estacas llovieron sobre el suelo delante de ellos. Los clavos rebotaron en las rocas con tintineos metálicos, temblaron en la tierra y cortaron espinos. Gaviota alzó la mirada.

Había dos vejigas volantes a diez metros escasos por encima de sus cabezas. Tenerlas tan cerca permitió que Gaviota viese que eran unos artefactos bastante precarios y no muy bien conservados. Las vejigas estaban llenas de remiendos, muchas cuerdas parecían a punto de romperse, y las barquillas estaban medio astilladas y mostraban las huellas dejadas por bastantes aterrizajes bruscos. Rostros verdigrises con orejas puntiagudas, algunos calvos y otros canosos, vestidos con pieles sin curtir procedentes de chivos, mapaches, marmotas y demás animales, les miraron fijamente y les hicieron muecas burlonas. Todos eran tan feos y flacos que Gaviota no sabía si eran machos, hembras o ninguna de las dos cosas. Los trasgos vaciaron toda una cesta de clavos, que cayeron en trayectorias tan implacables como flechas para atravesar el cráneo de cualquier víctima cercana..., o lo habrían hecho si quienes los lanzaban se hubieran tomado la molestia de apuntar.

Había seis o más de aquellas criaturas repugnantes en cada barquilla.

«Trasgos», pensó Gaviota. Eran esos villanos maliciosos y burlones de los que tanto hablaban los cuentos para niños.

Una barquilla que flotaba justo sobre ellos enseguida se encontró con problemas. Un trasgo de cabeza puntiaguda alzó un clavo para arrojarlo, pero lo que consiguió fue perforar la vejiga que tenía encima. Otros trasgos empezaron a chillarle, le dieron manotazos en la cabeza y se apresuraron a buscar asideros entre las cuerdas, gritando mientras la vejiga se deshinchaba.

La vejiga se abrió de repente, y un largo desgarrón la recorrió velozmente de abajo arriba. Toda la precaria armazón se desmoronó y se desplomó sobre el muro de espinos, derramando ocupantes que chillaban y gimoteaban como si fuesen pajarillos caídos de un nido. La

otra vejiga se alejó plácidamente, con sus ocupantes burlándose de sus compañeros caídos e insultándoles. Un trasgo llegó al extremo de arrojar un clavo sobre ellos, y otro se inclinó sobre la borda para poder orinarse encima de sus cabezas..., pero ése aulló cuando alguien que estaba detrás estuvo a punto de hacerle salir despedido de la barquilla de una patada.

Gaviota estaba tan asombrado que sólo era capaz de mirar. Aquellos idiotas eran más peligrosos para su propio bando que para el enemigo.

Pero enseguida cambió de parecer.

Resistentes y ágiles como gatos monteses, el puñado de trasgos se recuperó al instante, levantándose de un salto para agarrar las armas que colgaban de sus cinturones: cuchillos de pedernal y nudosos garrotes. Una hembra muy huesuda señaló a Mangas Verdes y empezó a chillar.

--¡Carne! --aulló.

2

Tal vez fueran pequeños, estúpidos e incapaces de estar juntos sin pelearse, pero Gaviota descubrió que aquellos trasgos verdigrises también eran muy rápidos.

Uno de aquellos demonios se lanzó sobre el pecho de Mangas Verdes, saltando con la misma agilidad de un zorro. El trasgo se aferró a su chal y la mordió en el cuello. La muchacha gritó y empezó a agitar las manos, y los dos cayeron al suelo.

Gaviota soltó una maldición. Difícilmente podía usar el hacha con su hermana. Lo que hizo fue agarrar al trasgo por el cuello y arrancar a la criatura de la muchacha. Estar tan cerca de aquella cosa hizo que pudiera captar su olor, rancio y mohoso como el de un granero viejo o unos despojos medio devorados por los gusanos. El nacimiento de su cabellera estaba lleno de picaduras de pulgas. Gaviota sacudió al trasgo en el aire y lo retorció, intentando romperle el cuello como si fuese una gallina. Pero el cuerpo del trasgo era tan duro como el cuero, y sus garras llenas de suciedad se deslizaron por el brazo del leñador dejando profundos arañazos. El repentino dolor hizo que Gaviota soltara al trasgo.

Más trasgos llegaron a la carrera, la mayoría desde atrás.

--¡No te levantes, Mangas Verdes! --rugió Gaviota, y rezó para que le obedeciese.

El leñador giró sobre sus talones, moviéndose en un veloz círculo con el hacha firmemente empuñada. La pesada hoja hendió el aire..., y a tres trasgos.

El primero intentó esquivarla y perdió un brazo. La desdichada criatura empezó a rodar sobre sí misma, aullando y lanzando chorros de sangre verdosa. La segunda logró agacharse y quedar encogida por debajo del hacha, pero perdió la parte superior de su cráneo. El trasgo alzó una mano vacilante y rozó los sesos que empezaban a salírsele de la cabeza. El tercero fue limpiamente cortado por la mitad, y dejó sus piernas de pie mientras su tronco caía flácidamente detrás de ellas.

Los cuatro trasgos restantes no perdieron ni un instante y echaron a correr, huyendo como ratas en todas direcciones. Uno de ellos fue en línea recta hacia el seto de espinos, lanzándose sobre él y consiguiendo quedar empalado.

Mangas Verdes gimoteaba y temblaba como un conejo asustado. Gaviota no se molestó en consolarla, y se limitó a levantarla de un

tirón y echó a correr.

El valle estaba lleno de ruido y pestilencia. Ululantes gritos de guerra resonaban de un lado a otro, y un instante después se oyó el relincho de un caballo. Gaviota oyó a más trasgos que estaban discutiendo entre ellos a través de un macizo de espinos, y también oyó un golpeteo ahogado que no consiguió identificar. Olió sangre en el viento y el hedor acre del sudor y, por todas partes, humo que no surgía de ningún fuego encendido para cocinar.

Gaviota corrió a lo largo del muro de espinos y pasó una pierna por encima del murete de piedra que rodeaba la casa de Bálsamo de Abeja. Los espinos habían enterrado una esquina, pero esperaba poder deslizarse por detrás de la casa y desaparecer sin ser visto. Gaviota rodeó la cintura de Mangas Verdes con un brazo mientras intentaba no dejar caer su pesada hacha, y la levantó por encima del murete.

Y soltó una maldición. Había interrumpido a un par de trasgos que estaban sacándole las entrañas a una cabra de pelaje marrón.

El ojo vidrioso del animal se abría y se cerraba mientras la pareja de trasgos iba extrayendo sus tripas goteantes. Gaviota sintió cómo una oleada de ira recorría todo su ser. Aquella cabra había sido la mascota de Bálsamo de Abeja, quien la había criado con sus propias manos después de que los lobos se llevaran a su madre. El leñador lanzó una patada dirigida contra los trasgos, pero su pierna lisiada le traicionó y Gaviota se desplomó sobre el murete. Las piedras rodaron bajo sus pies y acabó aterrizando encima de su trasero. Esperaba no haber roto sus flechas y su arco. Gaviota se apresuró a levantarse, hirviendo de furia.

Los trasgos habían agarrado su cena ensangrentada y habían huido. Gaviota estaba tan enfurecido que no pudo quedarse callado.

--¡Corred, bastardos ladrones! --gritó--. ¡Corred, malditos piojos!

¿Qué derecho tenían aquellos condenados trasgos, gigantes y soldados, y los repugnantes hechiceros que los habían traído hasta allí, a destruir una aldea que era el hogar de tantas buenas gentes?

Un repentino estrépito de espinos aplastados que se convertían en astillas interrumpió el curso de sus pensamientos. El cielo se ennegreció, como si un nubarrón de tormenta estuviera pasando por encima de Gaviota.

Una pezuña tan gruesa como el tronco de un árbol descendió sobre la casa de Bálsamo de Abeja.

Gaviota se había quedado boquiabierto. Alzándose sobre él,

enorme y tan largo como un establo, avanzaba un... ¿caballo de madera y planchas de hierro?

¿Estaba vivo? Visto desde abajo, parecía un molino ambulante. En vez de tripas, la cosa tenía ruedas, engranajes y tiras de cuero tensadas sobre poleas. Un corazón mecánico hacía girar grandes ejes que movían las piernas a la altura de las caderas, y después había puñados de acoplamientos que Gaviota no pudo entender o distinguir con claridad. Tampoco vio ninguna fuente de energía: no había vapor, fuego o agua en movimiento. Tampoco había nadie que la controlase.

Y sin embargo, la cosa caminaba como un caballo de patas tiesas mientras intentaba liberar la pata atrapada en la casa que se había derrumbado. Debía de ser monstruosamente pesado, pues sus flancos eran masas sólidas de hierro cubierto de óxido. Su cabeza recordaba a la de un caballo con el hocico achatado, con la única diferencia de que los ojos eran conos articulados. Aunque le hubiese ido la vida en ello, Gaviota no habría podido decir si aquella bestia mecánica tenía un cerebro encerrado en su angulosa cabeza o no. ¿Podía acaso la magia por sí sola mover algo tan colosal?

Un instante después tuvo que esquivarlo, pues la bestia logró liberarse de los escombros lanzando un diluvio de tejas y vigas polvorientas que se esparció en todas direcciones. El monstruo mecánico se dirigió hacia cualquiera que fuese su papel en la batalla, y se fue alejando envuelto en un estrépito de zumbidos, chasquidos y crujidos.

Los soldados vestidos de rojo gritaron. Después disgregaron su falange, pues ya no había más bárbaros azules, sólo cuerpos azules de los que fluía sangre roja.

Con creciente horror, Gaviota vio que los soldados iniciaban una nueva carga..., avanzando en línea recta hacia los aldeanos que permanecían inmóviles en la orilla este.

--¡¡¡Nooooooo!!!

* * *

Los aldeanos chillaron y se dispersaron. Algunos corrieron hacia el Bosque Salvaje y otros hacia la aldea, mientras que unos cuantos huían hacia la casa que tuvieran más cerca. Soldados aullantes atacaron al primero que se les acercaba, matando a diestro y siniestro sin ninguna consideración hacia el sexo o la edad. Un anciano, un niño, una matrona se derrumbaron como espigas de trigo ante las

hoces. Una joven que intentó defenderse fue alzada en vilo por su cabellera amarilla, y después fue golpeada salvajemente hasta quedar sin sentido. Gaviota la reconoció: era Primavera, la hija de Tejón. El leñador chilló y dejó escapar un rugido lleno de impotencia.

Gaviota estiró el cuello intentando ver a su familia, pero sólo vio personas aterrorizadas que corrían de un lado a otro. Rezó por su padre, cuya espalda lisiada le impedía correr, y también rezó por su madre, que nunca abandonaría a su esposo.

¿Y qué podía hacer él? Seguía teniendo a Mangas Verdes, y ningún sitio donde esconderla. Y él tampoco podía correr, pues su rodilla lisiada le fallaría en el momento menos pensado. Aun así, debía ayudarles. Gaviota miró desesperadamente a su alrededor en busca de un refugio, y se preguntó si el sótano donde Bálsamo de Abeja guardaba sus raíces y hierbas seguiría intacto.

Sus ojos se posaron en un agujero que la bestia mecánica había abierto en el espesor del muro de espinos. Arbustos enteros habían sido arrancados de raíz, formando unos pequeños huecos. Cualquiera de ellos serviría.

--¡Ven, Mangas Verdes! --Gaviota buscó frenéticamente algunas palabras tranquilizadoras, pero incluso el torpe cerebro de su hermana era capaz de percibir los alaridos estridentes que resonaban al otro lado del arroyo--. ¡Vamos, hermana! ¡Jugaremos al escondite! ¡Aquí!

Gaviota guió a su hermana a través de la brecha del muro, maldiciendo y aferrando su hacha pero, al mismo tiempo, tratando a Mangas Verdes con la mayor delicadeza posible para evitar que se asustara igual que un ciervo y huyera corriendo hacia su muerte. El olor de la savia de los espinos flotaba en sus fosas nasales como una nube de verdor amargo, y el olor de la tierra recién removida le recordó al de una tumba abierta. Gaviota metió a Mangas Verdes en un hueco, empujándola y animándola con cariñosos chasquidos de la lengua hasta dejarla encogida dentro de él como si fuese una cría de conejo.

No era el momento más adecuado para fijarse en esas cosas, pero Gaviota se sorprendió al darse cuenta de que el suelo de aquel pequeño orificio era rojo, tan rojo como el crepúsculo.

Después tomó el mentón de Mangas Verdes entre sus dedos para obligarla a que le mirase.

--¡No te muevas de aquí! ¿Lo has entendido? ¡No salgas hasta que oigas mi voz! O la de mamá o papá... ¿Lo has entendido?

Los ojos siguieron estando tan vacíos como los de una vaca.

Gaviota podría haber llorado, pero no había tiempo para eso.

--¡No te muevas de aquí! --repitió por última vez, y giró sobre sus talones.

Para volver a la batalla, fuera cual fuese el destino que eso pudiera traerle.

* * *

Gaviota, que había visto más monstruos y mitos en un solo día que en toda una vida donde sólo había oído hablar de ellos, fue de una casa a otra intentando vigilar en todas direcciones a la vez. Conocía a todos los aldeanos y a sus familias: Uña de Gato, Flor de Nieve, Sapo... Había jugado en aquellas casas cuando era pequeño, había comido y dormido en la mayoría de ellas, se había peleado con chicos y había perseguido chicas, y había aprendido todo lo que podían enseñarle sus padres. Los habitantes de Risco Blanco eran más que una aldea: casi eran una tribu, donde las deudas, lealtades y disputas se remontaban a generaciones atrás.

Y aun así toda aquella historia podía ser barrida aquel día por los hechiceros y sus secuaces. Los soldados vestidos de rojo se desplegaron para perseguir a los aldeanos. Sólo podían tener un objetivo y ese objetivo sólo podía ser violar y matar, pues los aldeanos tenían muy pocas cosas aparte de sus cuerpos y sus vidas.

Gaviota corrió hasta otra casa, sintiendo punzadas de dolor en la rodilla con cada pequeño agujero e irregularidad del terreno, y se detuvo junto a la casa de Flor de Nieve. A través de una ventana que tenía los postigos abiertos oyó los siseos y maldiciones de una joven, y la risa de un hombre.

Gaviota vio la espalda recubierta de escamas metálicas de un hombre inmóvil en la puerta que daba al patio. El soldado mantenía en alto las manos de una chica mientras otro soldado le iba arrancando la ropa. La joven se retorcía, daba patadas e intentaba morder, pero los hombres eran demasiado fuertes para que pudiese liberarse. Gaviota soltó un gruñido lleno de ira y tomó una decisión.

Empuñó el largo látigo que empleaba para hacerse obedecer por sus mulas en su mano izquierda, más débil y sin todos los dedos que hubiese debido tener, pues había aprendido a manejar las riendas con la derecha. Después agarró con más fuerza el mango de su hacha, que estaba un poco resbaladizo a causa del sudor.

Nunca había matado a un hombre. Gaviota rezó para ser capaz

de hacerlo en aquel momento.

El leñador dobló la esquina mientras ensayaba mentalmente lo que iba a hacer, esperando poder colocarse a la distancia adecuada. Dos pasos detrás del soldado que tenía delante... Sí, ésa era más o menos la distancia que había entre su pescante y la oreja de Cabezota. Bien, entonces...

--¡*Hya-yah!*

El leñador lanzó su grito de mulero para hacer que el hombre levantara la cabeza, y disparó su látigo. La piel de serpiente negra curtida y trenzada en finas hebras hendió el aire y se enroscó alrededor del cuello del hombre. Gaviota esperó hasta que la punta del látigo se hubo enroscado por segunda vez, y entonces tensó su robusta muñeca y tiró.

El soldado, pillado por sorpresa y repentinamente estrangulado, fue arrastrado hacia atrás con tanta violencia que sus pies dejaron de tocar el suelo. Soltó a la cautiva y se aferró la garganta, y después Gaviota dio un nuevo tirón que acabó con el soldado caído de espaldas en el suelo. Su cuerpo se derrumbó con un estrépito metálico.

La cautiva era Primavera, la de los cabellos amarillos, que había sido arrastrada a través del río y llevada por la fuerza hasta aquella casa, pues su túnica estaba mojada hasta las rodillas. La joven, que tenía el rostro enrojecido de tanto gritar e insultar a los soldados, parecía tan perpleja como ellos ante el rescate. El soldado vestido de rojo que estaba detrás de ella --un hombre de barba negra y piel bronceada por un sol lejano-- reaccionó por fin, y alzó una mano hacia la cabellera de la joven mientras se llevaba la otra a la empuñadura de su espada.

Gaviota no tuvo que esforzarse mucho para adivinar su plan: utilizaría a Primavera como escudo.

--¡Abajo, Vera! --gritó el leñador--. ¡Tírate al suelo!

Primavera reconoció a un amigo y se lanzó al suelo. La mano del soldado se cerró sobre el vacío. El hombre rugió una obscenidad y se inclinó para coger su escudo, que estaba apoyado en un poste para atar animales.

Pero Gaviota ya estaba preparado. Alzó velozmente su pesada hacha por encima de su hombro, dejando la hoja plana, y la arrojó. La hoja y el mango giraron locamente por los aires, y un instante después una media luna de las dos que formaban el hacha de doble filo se incrustó en el pecho del soldado con un golpe sordo.

Si las circunstancias hubieran sido distintas, Gaviota tal vez habría sonreído. Lanzar su hacha era uno de sus trucos favoritos, algo con lo que matar las horas de lluvia dentro de un granero, algo con lo que impresionar a los niños.

Nunca había imaginado que mataría a un hombre con ella.

Y lo más increíble de todo fue que el soldado no se derrumbó. Se quedó inmóvil donde estaba, perplejo y asombrado, y se llevó una mano a la hoja de acero que había atravesado su coraza y su esternón. Después, visiblemente confuso, tiró de la hoja y sólo consiguió moverla hacia un lado.

Una fuerte sacudida casi derribó a Gaviota.

Se había olvidado del soldado atrapado al extremo de su látigo.

Como una monstruosa perca escamosa que agonizara en la orilla, el hombre estaba tirando frenéticamente del látigo para liberar su garganta. Gaviota había estado tan absorto en el truco del hacha que había permitido que sus dedos sudorosos aflojaran su presa. Pero, por encima de todo, lo que le ocurría era que estaba asombrado al ver que había matado a un hombre. La idea exigía algún tiempo para acostumbrarse a ella.

El soldado no le dio ese tiempo. Siguió debatiéndose y cayó de rodillas al suelo. Sus fuertes dedos habían conseguido aflojar el látigo. El soldado se levantó, tosiendo y jadeando, y desenvainó su espada con el rostro ennegrecido lleno de una ira asesina.

Y Gaviota se había quedado con las manos vacías.

El leñador se preguntó si podría derribarle de una patada con sus zuecos de madera de nogal. Su rodilla cedería, y entonces caería. ¿Le salvaría eso?

Los labios del soldado se curvaron en una sonrisa malévola. Su brazo retrocedió para asestar el golpe, ese veloz mandoble mortífero que había acabado con los bárbaros azules.

Pero el soldado nunca llegó a completar su golpe.

Lo que hizo fue soltar un gruñido ahogado, dar media vuelta y caer.

Primavera permaneció inmóvil encima de él, soltando gruñidos ahogados. Había cogido la otra espada y la había hundido en la espalda del hombre, empujándola con las dos manos. El soldado se retorció, gritó y manoteó en un desesperado intento de alejarse, pero Primavera se inclinó sobre la empuñadura y la deslizó hacia un lado para que la hoja atravesara su hígado y sus tripas. El soldado se desplomó igual que un buey apuntillado. Primavera arrancó la espada

de un tirón y le golpeó junto a la oreja, desgarrando la piel hasta revelar el hueso. Pero el soldado ya estaba muerto.

El hombre herido por el hacha al fin había caído detrás de ella. Primavera pasó junto al mango que sobresalía de su pecho, alzó la espada y le cortó la garganta. Una joven de granja que había matado cerdos, gallinas y vacas no se lo pensaba dos veces a la hora de derramar la sangre de un violador.

La sangre fluyó de la espada tan abundantemente como si fuese el cuchillo de un carnicero. Primavera se volvió hacia Gaviota y después se sonrojó e intentó cubrirse con su túnica medio rasgada. Ella, Gaviota y todos los jóvenes de la aldea siempre se habían bañado desnudos en la hoya llena de agua que había debajo del risco y se habían visto desnudos los unos a los otros un centenar de veces, pero en aquel momento Primavera se sintió repentinamente avergonzada y llena de timidez.

--¿Estás bien? --preguntó.

Gaviota apartó la mirada de los desgarrones de la tela que permitían entrever sus senos.

--Yo... --balbuceó--. Eh... Bueno... Yo soy el que debería preguntarte si...

Era extraño. Había conocido a Primavera durante toda su vida, y sin embargo nunca se había dado cuenta de lo hermosa que era, y de hasta qué punto era fuerte, capaz y lista. «Sería una magnífica esposa», pensó Gaviota, y se sorprendió ante aquel pensamiento tan inesperado.

--Estoy bien. Oh, sí, estoy mejor que ellos... --La joven escupió sobre el hombre que yacía junto al látigo, pero Gaviota pensó que lo hacía para no tener que mirarle a la cara--. Pero ¿qué haremos ahora?

Gaviota volvió a parpadear. «Ah, sí --recordó un instante después--. Hay una batalla en marcha.» En realidad, había dos batallas: el ejército de la hechicera contra el ejército del hechicero, y los aldeanos contra todos ellos. Meneó la cabeza y cogió su látigo y su hacha. Había una pequeña mella en el filo, y Gaviota volvió a sentir aquella misma ira irracional de antes. Había forjado el hacha con sus manos, y los soldados la habían estropeado. ¡Y las ratas estaban haciendo de las suyas en el granero de Flor de Nieve! ¿Dónde estaban los perros que tendrían que haberlas matado?

Entonces se acordó repentinamente de su familia. Su cerebro estaba tan embotado y confuso como el de Mangas Verdes.

--Tenemos que... --Gaviota intentó poner algo de orden en la

confusión que se había adueñado de su mente--. No sé qué podemos hacer. Supongo que deberíamos reunir a todos los que podamos y huir al bosque. --Primavera aferró la espada que acababa de adquirir, estrujó nerviosamente su vestido medio destrozado con la otra mano y esperó. Gaviota se preguntó por qué la joven prestaba oídos a sus ideas cuando en realidad no sabía qué hacer--. Esos hechiceros destruirán la aldea, la llenarán de muerte y...

Un crepitar en el cielo le interrumpió. Los dos alzaron la cabeza para mirar.

En lo alto del risco, por encima del nuevo muro de espinos, la hechicera de la túnica marrón y amarilla alzó un cuerno curvado muy parecido al de un carnero. La hechicera gritó algo ininteligible, y después sopló por la boquilla del cuerno. El gran agujero redondo eructó una bola de fuego tan grande como un melón. El crepitar volvió a surcar el cielo. Los ojos de Gaviota y Primavera siguieron el sendero llameante. Gaviota se acordó de que un rato antes dos bolas de fuego habían estallado en el suelo, dejando al descubierto el lecho rocoso y matando a un par de caballos. ¿Dónde caería aquella nueva bola de fuego?

Una vaharada de humo flotó hasta su nariz. Era savia quemada, verde y amarga. Un crujido resonó bastante cerca de ellos.

Gaviota rodeó la casa, corriendo tan deprisa como podía hacerlo.

El muro de espinos estaba ardiendo por tres sitios.

--¡Mangas Verdes!

* * *

Gaviota corrió hacia la casa de Bálsamo de Abeja y galopó alrededor de los setos de espinos medio destrozados. El fuego crujía y chasqueaba entre los matorrales. El leñador sintió el calor sobre sus mejillas y su frente cubierta de sudor. El humo le asfixiaba y hacía que le escocieran los ojos. Gaviota mantuvo su hacha en alto por miedo a tropezarse con su hermana en el caso de que estuviera huyendo del incendio.

--¡Mangas Verdes! ¿Dónde estás, Verde?

Los espinos le arañaron las manos, los brazos y las piernas. Gaviota sintió su doloroso aguijonazo allí donde el trasgo le había herido con sus uñas. Dio manotazos al humo y a las ramas medio partidas, maldiciendo y debatiéndose torpemente en un intento de encontrar el hueco donde había escondido a su hermana.

Mangas Verdes había desaparecido.

El leñador no se había equivocado de agujero, pues el inclinarse le mostró las pisadas de su hermana. Pero Gaviota no tenía ni idea de adonde podía haberse ido. Ni siquiera había gotas de sangre caídas de alguna herida causada por los espinos.

Gaviota retrocedió ante el humo y se pasó una mano por sus ojos llenos de lágrimas. Dioses, ¿qué iba a hacer? ¿Dónde podía buscar? ¿Qué debía hacer?

El trueno retumbó de repente, como si los dioses le estuviesen respondiendo. Gaviota alzó la mirada. El cielo se había llenado de nubes que se iban haciendo más y más espesas y negras a cada momento que pasaba.

Aquel trueno era real. Quizá la lluvia apagaría los incendios. Quizá la aldea aún podía salvarse.

Pero aquel día los dioses se sentían particularmente maliciosos y burlones, y parecían decididos a gastarle jugarretas. La tierra saltó debajo de los pies de Gaviota.

Gritos lejanos, los crujidos y chisporroteos cercanos, los balidos de una cabra... Todos aquellos sonidos cesaron de repente.

Gaviota respiró entrecortadamente en aquel súbito silencio. Ya había sentido aquello anteriormente, una vez cuando era niño.

Los chirridos y chasquidos surgieron de la nada y resonaron por todas partes. Los guijarros oscilaron y bailaron junto a los pies de Gaviota. El sordo rumor inicial se convirtió en un terrible rechinar, y el mundo tembló.

¡Era un terremoto!

* * *

El suelo estaba temblando con tanta violencia que Gaviota apenas si podía mantenerse en pie. Sintió el gorgoteo de sus tripas y el castañetear de sus dientes, y se imaginó que su columna vertebral se desmoronaba y que su cerebro daba vueltas dentro de su cráneo. Un instante después la tierra se agitó todavía más violentamente y Gaviota cayó, y entonces el suelo dejó de moverse justo cuando el leñador entraba en contacto con él.

¿Durante cuánto tiempo podía estremecerse la tierra de aquella manera antes de quedar hecha pedazos?

Gaviota se incorporó, sintiendo cómo todo su cuerpo temblaba incontrolablemente. De todos los sustos que había padecido a lo largo

de su vida, aquel era el peor. Si la mismísima tierra podía traicionarles, ¿en qué se podía confiar?

El silencio resonó en sus oídos. Un niño gritó y fue acallado al instante. ¿Habría más, o...?

Y entonces el terremoto desencadenó toda su potencia.

El suelo saltó como si alguien hubiera tirado bruscamente de una alfombra. Gaviota perdió el equilibrio y se desplomó sobre su trasero. El leñador dejó caer sus armas y se aferró al suelo tembloroso. Un rugido tan poderoso como el de una cascada amenazaba con engullirle. El murete de piedra que rodeaba los restos de la casa de Bálsamo de Abeja se desmoronó. Una grieta se abrió muy cerca de un pie de Gaviota. Otra grieta onduló junto a su mano, y avanzó a lo largo del seto de espinos.

En un repentino destello de intuición, Gaviota comprendió algo de la magia: el hechicero no se había limitado a conjurar el muro de espinos, sino que en realidad había transportado un gran pedazo de tierra cubierta de espinos desde algún lugar lejano hasta allí. Una parte de otra aldea, de otro valle, había sido súbitamente incrustada en el suyo. Ésa era la razón por la que había surgido una grieta allí donde el suelo negro del valle de Gaviota se encontraba con el suelo rojo del muro de espinos. ¡Qué poder controlaban aquellos hechiceros!

Incluido el poder de hacer que la tierra se moviese.

Gaviota no podía hacer nada, salvo agarrarse tan desesperadamente como una mosca a una bosta de vaca. Miró a su alrededor en busca de algo sólido, pero incluso el cielo se estremecía..., o tal vez fuese que los ojos de Gaviota estaban moviéndose dentro de sus cuencas.

El crujido de las vigas de las casas que se partían y el repiqueteo de las tejas de los techos cayendo sobre la piedra se impusieron a aquel rugido primigenio. El leñador reconoció los sonidos: las vigas se estaban rompiendo, las piedras se quejaban, y las tejas de los techos se hacían añicos como si fuesen de cristal.

Después todo quedó en silencio.

Un par de temblores hicieron ondular el suelo, pero eso fue todo.

Gaviota se levantó, pero tuvo que apretarse los muslos con las manos. Sus piernas temblaban tan violentamente como si el terremoto todavía estuviera metido dentro de sus huesos.

Miró a su alrededor para averiguar qué tal le había ido a la aldea, y qué daños había sufrido.

Pero la aldea había desaparecido.

* * *

De treinta casitas esparcidas por el valle, sólo quedaban en pie dos o tres. Algunas viviendas hechas de madera habían perdido el techo, que se había derrumbado sobre los muros. Pero la gran mayoría se habían convertido en montones de escombros donde la piedra, la madera y las techumbres de paja formaban una sola masa indistinguible. Los muretes de roca estaban dispersos por los huertos, senderos y patios de entrada. Había grietas por todas partes, algunas de un palmo de anchura y otras lo suficientemente largas y profundas para engullir a una vaca. Incluso el arroyo había desaparecido, y la corriente de agua se había secado hasta reducirse a un hilillo. El terremoto debía de haber afectado al cauce en algún lugar al norte del risco..., y estaba claro que el agua pronto iba a hacerles mucha falta. Los fuegos para cocinar dispersados por los cascotes ya habían hecho que muchas casas empezaran a echar humo, y después se habían extendido al ser avivados por una brisa que cada vez soplaba con más fuerza.

Risco Blanco, el hogar del leñador, ya no existía.

Gaviota, dominado por una rabia impotente que le quemaba por dentro, aferró el mango de su hacha con tanta fuerza que debería haberse roto. Los hechiceros habían hecho todo aquello, destruyendo su hogar en su insensata batalla.

--¡Prometo por mi honor que mataré a cualquier hechicero con el que me encuentre, sin pausa y sin compasión! --juró, alzando su herramienta convertida en arma--. ¿Me habéis oído, bastardos mercenarios?

Y como en respuesta a sus palabras, el relámpago hendió el cielo y dispersó sus púas amarillentas por todos los puntos de la rosa de los vientos. La lluvia cayó de las alturas, y las gotas chocaron con la tierra destruida para marcarla con su frío y duro impacto.

Pero la batalla aún no había terminado.

* * *

Gaviota oyó un estrépito espantoso a través de un agujero en el muro de espinos, que se encontraba en un estado tan lamentable como todo lo demás. Perplejo y aturdido, el leñador se dio la vuelta e intentó ver algo a través del manto ondulante de la lluvia.

El gigante de dos cabezas se había encontrado con algo tan grande como él: la bestia mecánica. La lluvia había empapado las ropas del gigante y creaba riachuelos de óxido que se deslizaban sobre los flancos de hierro del artefacto. El gigante, blandiendo un garrote en cada mano, golpeó al monstruo de madera y planchas de hierro como si estuviera separando la paja del grano en un henar. La bestia ignoró los golpes, o no los sintió. Carente de armas ofensivas, lo único que podía hacer era avanzar hacia el gigante y embestirle con su enorme y angulosa cabeza. La bestia mecánica incrustó su hocico en el estómago del gigante, cubierto por velas de muchos colores unidas mediante torpes puntadas, y empujó. Con sólo dos piernas para oponer a cuatro patas, el gigante fue cediendo terreno, el ceño fruncido en las dos cabezas y sin dejar de asestar golpes ni un solo instante. Destrozó una oreja de madera que sobresalía del cráneo de la bestia mecánica y partió por la mitad una viga de su columna vertebral, pero consiguió causar muy pocos daños aparte de eso. La bestia mecánica siguió empujando y empujando, con sus cuatro patas chirriando y tensándose y los engranajes internos zumbando, y el gigante fue impulsado lenta pero implacablemente hacia el Bosque de los Susurros. Cada golpe de un garrote sobre los flancos de hierro resonaba tan ruidosamente como un gong.

Y entonces el torpe gigante resbaló al pisar barro o hierba mojada. Perdió el equilibrio y se desplomó pesadamente. La bestia mecánica pasó por encima de él como si no se diera cuenta que estaba allí, y sus pesados cascos de madera machacaron al coloso caído. El gigante intentó levantarse y se agarró a una pata justo por encima de la pezuña, muy cerca de una complicada articulación. Tiró de ella e intentó salir de debajo de la bestia mecánica, pero la articulación se rompió y la pata se desprendió del cuerpo.

Gaviota, fascinado, contempló cómo la bestia mecánica acababa de pasar por encima del gigante y se alejaba ruidosamente sobre las tres patas que le quedaban. La criatura sin mente describió un vasto círculo, como si fuese una gallina decapitada. El gigante, con un pie atrapado en una hendidura del terreno, seguía haciendo vanos intentos de levantarse.

Un instante después fue atacado por un dragón de seis cabezas que surgió de la lluvia en la que había estado oculto hasta entonces.

El leñador dio un respingo y fue hacia un montón de cascotes en busca de refugio, actuando de manera automática y sin darse cuenta de lo que estaba haciendo. El dragón era de un color tan gris como si

estuviese hecho de piedra. Su cuerpo era enorme y gordo y tenía unas pezuñas parecidas a las de las aves acuáticas, y no era demasiado veloz. Gaviota siempre había oído decir que los dragones eran llamados gusanos, o incluso serpientes, porque tenían cuerpos largos y sinuosos. Y sólo tenían una cabeza.

Un instante después se acordó de una vieja historia: Diente de Corteza Barba de Guerra había luchado con una criatura que tenía muchas cabezas, una hidra.

Por gorda y lenta que fuese, aquella bestia seguía siendo tan letal como tres pitones juntas. El gigante atrapado tuvo tiempo de lanzar un grito antes de que una boca llena de colmillos atacara. Una mano colosal desapareció dentro de las fauces de la hidra. El gigante aulló con sus dos bocas. Otra cabeza hundió sus colmillos en una muñeca. Otra mordió más arriba, en el bíceps. El indefenso gigante atrapado volvió a aullar mientras sus brazos eran hechos pedazos.

Gaviota se estremeció. Sentía pena por el gigante, pues no podía percibir ninguna malevolencia en él. Cualquier criatura tan estúpida era evidentemente incapaz de albergar mucho odio dentro de su corazón. Aun así, el gigante había accedido a luchar por un hechicero y no tardaría en morir, aniquilado por otro monstruo conjurado mediante la magia.

La lluvia arreció, y los combatientes quedaron ocultos por la espesa cortina de agua. Gaviota se dio la vuelta e intentó ver algo. Tenía sus propios problemas. ¿Cómo iba a encontrar a su hermana? ¿Cómo ayudaría a esos aldeanos con los que había compartido toda su vida, y que acababan de quedarse sin aldea?

Una terrible desesperación se fue adueñando de él, oprimiéndole con un peso tan grande como si un yugo de piedra hubiera caído repentinamente sobre sus hombros. Le faltó muy poco para preguntarse por qué debía molestarse en hacer algo. Con la aldea borrada de la existencia, ¿qué razón podía haber para preocuparse por los aldeanos? Pero Gaviota se negó a dejarse sumergir por aquella marea negra de abatimiento y echó a andar. Encontrar a su hermana... Sí, con eso ya tenía más que suficiente para mantenerse ocupado por el momento.

--¡Mangas Verdes! --le gritó a la oscuridad y la lluvia--. ¿Dónde estás, Mangas Verdes?

El silbido y el repiqueteo de la lluvia cantaron en sus oídos.

--¡Mangas Verdeeeeees!

--¡Aquí! ¡Estoy aquí!

Gaviota quedó tan sorprendido que se detuvo. ¿Cómo? Su hermana no podía hablar.

Rodeó las ruinas de una casa, cojeando --su rodilla había sufrido dos golpes, y además también estaba la lluvia-- y tropezando a cada momento...

... para darse de narices con un grupo de soldados.

_____ 3 _____

--¡Sabemos que tenéis muchas riquezas ocultas! ¡Sacadlas de donde las hayáis escondido o comeréis un bocado de frío acero! ¡Venga, hacedlo!

Gaviota avanzó cautelosamente alrededor de un establo, aferrando su látigo empapado y su hacha resbaladiza por la lluvia. ¿Quién había gritado? ¿Quién estaba gritando?

Miró por el agujero que había dejado un nudo de la madera al saltar, y lo vio.

Otra moraleja de las viejas historias era que los soldados eran codiciosos. Aquellos no eran ninguna excepción. Media docena de soldados habían reunido a unos veinte aldeanos a punta de espada, y los habían hecho avanzar por entre las ruinas. La lluvia estaba ribeteando de óxido sus escamas plateadas y hacía que los pelos rojos de las plumas que adornaban sus cascos se pegaran entre sí formando masas empapadas. Los soldados daban golpes y repartían pinchazos con la punta de sus espadas mientras gritaban ásperas órdenes.

--¡Sacad vuestras fortunas de donde las hayáis enterrado y no os haremos ningún daño! ¡Desobedecednos y ya sabéis lo que obtendréis a cambio! ¡Vamos, vamos!

Un soldado que lucía bordados de oro en los hombros pinchó a Foca en la espalda con una espada que la lluvia ya había empezado a oxidar. Foca era un hombretón de estómago prominente, un matón perezoso que había sido enemigo de Gaviota durante toda su vida. Pero ver cómo era amenazado por unos desconocidos hizo que Gaviota pensara en él como un hermano.

Y también había más aldeanos. La familia de Gaviota estaba allí: Agridulce, su madre, y Oso Pardo, su padre encorvado y encogido sobre sí mismo; sus hermanas Lluvia, Ala de Ángel y Amapola; sus hermanos León y Cachorro... Pero ¿dónde estaba Gavilán? ¿Y dónde estaba Mangas Verdes?

Con sus enemigos muertos, los implacables mercenarios se habían lanzado al saqueo. Sabían que los aldeanos enterraban sus escasas monedas, normalmente en los alrededores de sus casas, pero a veces dentro de la misma casa. Matarían a unos cuantos y harían que el resto empezara a cavar.

El leñador se devanó los sesos pensando en qué podía hacer..., y de repente saltó tan alto que faltó poco para que se golpease la

cabeza con una viga del granero. Alguien acababa de tocarle la muñeca.

Era Gavilán.

El muchacho sonrió nerviosamente a su hermano mayor. Gavilán había heredado el travieso sentido del humor de su madre, y su misma y contagiosa sonrisa. Su cabellera pelirroja estaba pegada al cráneo por la lluvia, y aún había hilillos de agua deslizándose sobre su pecosa nariz quemada por el sol.

--¿Por qué te estás escondiendo, Gaviota? --preguntó--. ¿Es que no vas a acabar con ellos?

El leñador hubiese podido dejar un arma en el suelo, pero lo que hizo fue rodear la cabeza del muchacho con un enorme brazo y atraerlo hacia él.

--¡Calla y no hagas ruido, bobo! ¡Necesitamos un plan!

--¿Cómo? --El muchacho se retorció para poder mirar por una grieta entre dos tablones--. ¿No podemos limitarnos a atacar? ¡Yo también tengo un arma!

Gavilán alzó un clavo oxidado, uno de los que habían lanzado los trasgos.

Gaviota casi suspiró. El niño tenía once años, y ya estaba dispuesto a enfrentarse al mundo entero. Gaviota no podía condenarle y tampoco podía condenar su entusiasmo, pero tenía que protegerle y cuidar de él.

--Escucha, Gavilán: coge esa vara puntiaguda que usan para empujar a los cerdos, da un rodeo y vuelve por el otro lado. Yo atacaré desde aquí, y tú puedes ser la reserva. Quizá consigas pillar desprevenido a algún soldado acercándote por detrás y... ¡Oh, oh!

Gaviota había vuelto a mirar por el agujero, y vio que un soldado agarraba repentinamente por los cabellos a un chico llamado Ardilla. Después el soldado colocó el filo de su espada sobre la frente del chico.

--¡Quiero vuestra plata, o el chico perderá su cuero cabelludo! --aulló.

Ardilla gritó mientras el soldado empezaba a usar la espada como si fuese una sierra. La piel se separó en una línea escarlata. La lluvia empujó sangre hacia los ojos cerrados del chico. Una madre chilló.

Foca, que normalmente era un cobarde, dio un paso hacia adelante para defender a su hijo. Pero un soldado pinchó el gordo estómago de Foca con la punta de su espada, y se rió cuando le vio dar un respingo. Febrilla, la esposa de Foca, protestó, y el soldado la

golpeó con el plano de la hoja. Otro soldado alzó su espada.

--¡Matemos a unos cuantos! Eso hará que los otros despierten de una vez...

Gaviota mascculló una maldición.

--¡Muévete, Gavilán! ¡Haz lo que te he dicho y ve por detrás! --El leñador empujó a su hermano, que echó a correr a lo largo del granero. Después Gaviota atacó por el otro lado, haciendo girar velozmente su hacha detrás de él--. ¡Uníos a mí! ¡Armaos! ¡Yaaaaaahhhhh!

* * *

Tal como había esperado, su repentino ataque dejó perplejos a los soldados, con el resultado de que unos cuantos de ellos no hicieron nada. Pero los veteranos se movieron con la velocidad del rayo. Cuatro de ellos se agruparon, poniéndose espalda contra espalda, y se colocaron detrás de los aldeanos para determinar la fuente de la amenaza.

El joven soldado que mantenía inmovilizado a Ardilla titubeó y se llevó una mano al escudo que colgaba de su espalda. Gaviota, con toda su robusta masa goteando agua, siguió adelante sin dejar de gritar hasta encontrarse lo bastante cerca para poder atacar, y golpeó. El asesino alzó su espada cuando ya era demasiado tarde, y toda la potencia del hacha que Gaviota usaba para cortar troncos le dio de lleno debajo de la axila. El terrible impacto hizo que saliera despedido un metro hacia un lado, y el soldado gimió y se dobló sobre la hoja. Después se derrumbó, con el corazón parado, y resbaló por encima del hacha hasta caer al suelo.

«Ahí va uno --pensó Gaviota, volviendo a alzar su hacha--. Quedan cinco.»

Un soldado había empezado a retroceder, alejándose del caído y preparándose para huir. Quizá no le gustaban las hachas. Gaviota levantó sobre su cabeza el arma resbaladiza a causa de la lluvia, y se lanzó sobre los cuatro soldados agrupados sin perder ni un instante. Pero los veteranos ya estaban preparados. Habían formado su doble fila sin estorbarse entre sí, como Gaviota había esperado que tal vez ocurriese. Los soldados hicieron girar sus escudos y los colocaron delante de ellos, creando una muralla de acero.

«Voy a morir aquí... --pensó Gaviota--. Pero por lo menos mi familia está a salvo. Espero que encuentren a Mangas Verdes.»

El leñador se detuvo bruscamente sobre el barro, cambiando de táctica y frenando su embestida cuando ya estaba a punto de quedar al alcance de las espadas. Después lanzó otro ronco grito de guerra y levantó el hacha sobre su cabeza, moviéndola como si se dispusiera a partir un haz de leña. Gaviota contaba con una pequeña ventaja. Los soldados habían esperado un golpe lateral que podrían desviar con sus escudos, y el empuñar el hacha por el extremo del mango hacía que Gaviota pudiera llegar más lejos que ellos con sus espadas.

Los hombres de rostros bronceados por el sol que formaban la primera fila torcieron el gesto, preveyendo un inminente dolor. Los soldados eran rápidos y fuertes, y levantaron sus escudos para bloquear el golpe. Pero no se estaban enfrentando a la elegante hacha de guerra de un noble, ligera y de hoja delgada y hecha para cortar carne, sino a un martillo de cinco kilos de acero bien afilado hecho para derribar árboles.

El hacha cayó con un impacto tan irresistible como el de una avalancha. Se abrió paso a través de un escudo de madera y hierro, doblándolo y retorciéndolo, y después aplastó los huesos del brazo que había detrás de él. Un veterano dejó escapar un siseo ahogado.

Gaviota tiró del mango del hacha con un gruñido salvaje. El hacha quedó libre, pero el movimiento había sido demasiado rápido. El leñador perdió el equilibrio y se encontró sentado con el trasero en el barro.

Lo cual fue una suerte para él, porque el compañero del herido ya estaba buscando las tripas de Gaviota con su espada. El golpe falló su objetivo, y sólo consiguió atravesar el cuero de su túnica. Pero el otro integrante de la primera fila de soldados avanzó para asestar el golpe letal. Gaviota vio cómo su hoja se movía con la velocidad de la lengua de una serpiente y alzó las manos para detenerla, sabiendo que con eso sólo conseguiría perder algunos dedos antes de ser ensartado.

Pero de repente el soldado retrocedió tambaleándose. Una piedra le había golpeado en la cara. Varios dientes quedaron hechos añicos, y el soldado aulló. Más rocas cayeron sobre los soldados, que se protegieron con sus escudos.

Gaviota golpeó la rodilla del herido con uno de sus zuecos de madera de nogal y después se apresuró a huir a cuatro patas. Un instante después ya se encontraba junto a su padre, que estaba dirigiendo el ataque.

--¡Acabemos con ellos, gentes de Risco Blanco! --Incluso medio doblado y con la mitad de sus fuerzas, Oso Pardo seguía siendo un

hombre temible. Cogió dos rocas de las ruinas de una casa, una en cada mano, y las lanzó contra las piernas desprotegidas de los soldados--. ¡Dales en la cabeza, Foca! ¡Las piernas, Tejón! ¡Arroja esa viga sobre ellos, Campanilla!

Pero los consejos ya no eran necesarios. Los soldados retrocedieron entre maldiciones mientras las rocas rebotaban ruidosamente sobre sus escudos. Medio escondidas por la lluvia que seguía cayendo, sus siluetas desaparecieron detrás de otro montón de ruinas y se esfumaron.

Por el momento.

«Y Gavilán ha dado la vuelta por ahí», pensó Gaviota. ¿Se habría encontrado su hermano con los soldados?

Una mano cubierta de barro levantó a Gaviota por el hombro. Su padre le ayudó a incorporarse, pero el haber quedado encorvado por su lesión hizo que tuviera que alzar la cabeza para poder ver el rostro de su alto y robusto hijo. Oso Pardo se parecía mucho a Gaviota, con la única diferencia de que su cara estaba llena de arrugas y tenía los cabellos grises.

--¡Buen trabajo, hijo! ¡Buen trabajo! ¡Yo les habría hecho lo mismo si pudiera mantenerme erguido! Eres...

--¡Oh, olvídate de eso! --le interrumpió Agridulce--. ¿Dónde has dejado a Mangas Verdes? ¿Y has visto a Gavilán?

Gaviota les explicó a toda prisa su hallazgo de los agujeros en el muro de espinos y cómo Mangas Verdes había desaparecido, y luego empezó a contarles su encuentro con Gavilán..., cuando de repente el suelo onduló bajo sus pies.

--¡Es otro temblor! --chilló un hombre.

* * *

--¡No, otra vez no! --protestó su padre, en el mismo tono que habría empleado para hablar de los ruidos de las tripas y como si los terremotos fuesen igual de triviales.

Pero la tierra no se agrietó, y los dientes tampoco les castañetearon como antes. Todo se redujo a un estremecimiento. ¿Qué significaba eso?

Cuando todos volvieron a respirar, los supervivientes empezaron a examinar su situación.

Los aldeanos se acurrucaron bajo la lluvia entre las ruinas de sus hogares. Febrilla, la madre de Ardilla, se ocupó del corte que su hijo

tenía en la frente. Los demás no paraban de mirar la herida que Foca había sufrido en el estómago, pero el barrigudo hombretón se limitó a subirse el cinturón y se lo apretó por encima de ella. Después abombó el pecho, repentinamente convertido en un héroe. Los padres calmaron a los niños, sonaron narices, acallaron llantos y envolvieron sus hombros con chales empapados. Otros estaban contemplando las ruinas de su aldea, buscando a los que habían desaparecido y hablando de armar y organizar un grupo de búsqueda. Primavera, que había intentado reparar los desgarrones de su túnica con algunos espinos y tenía los cabellos pegados a la cabeza y los labios azules de frío, se había quedado con la familia de Gaviota y no paraba de mirarle fijamente.

El leñador se alejó en la dirección por la que habían huido los soldados, buscando señales de su hermano y no encontrando ninguna. Gritó su nombre y no recibió respuesta. ¿Dónde se había metido Gavilán? Su hermano pensó que probablemente estaba buscando aventuras, y suspiró. Bueno, tendría que arreglárselas por sí solo... Mangas Verdes era quien más necesitaba que la encontrase.

Pero antes Gaviota volvió con su familia. Los más ancianos de la aldea empezaron a discutir qué debían hacer.

--Este año no recogeremos ninguna cosecha --dijo un hombre.

--Tendremos que vivir en los bosques, igual que si fuéramos salvajes y forajidos --dijo otro.

Agridulce abrazaba a Cachorro, manteniendo pegado al pequeño a sus faldas.

--Tendremos que irnos de aquí --dijo--. Esta devastación traerá alguna plaga. Las leyendas dicen que las plagas siempre siguen a los duelos de hechiceros.

--Es cierto --dijo Febrilla--. Para lo que vamos a sacar de él, igual podrían haber sembrado el suelo con sal.

Gaviota, que no les estaba prestando demasiada atención, trepó hasta lo alto del montón de rocas que había sido la casa de Tejón e intentó ver algo. A través de las cortinas de lluvia y los agujeros abiertos en el muro de espinos, pudo distinguir parte del campo de batalla en que se había convertido el valle.

El gigante de dos cabezas seguía teniendo el pie atrapado en la pradera y se agitaba y rodaba sobre sí mismo, dejando escapar lastimeros y estridentes quejidos. Su brazo derecho había sido masticado hasta la altura del codo, y la lluvia que caía del cielo se llevaba la sangre. La bestia mecánica continuaba caminando sobre

sus tres patas, avanzando a lo largo del bosque como si fuese una empalizada. Unos trasgos arrastraron algo que parecía un cuerpo a través de un campo embarrado, empujándose, discutiendo y luchando entre ellos prácticamente a cada paso del trayecto. No había ni rastro de la hidra. Un centauro o un caballo cruzó velozmente una brecha en el muro de espinos. Soldados vestidos de rojo estaban haciendo pedazos algo con sus espadas al otro lado del río, en el extremo norte de la aldea. Más aldeanos permanecían inmóviles en el extremo sur, casi en los marjales, como si no se atrevieran a volver a poner los pies en la aldea. Cuando Gaviota les hizo señas con un brazo no respondieron, y los gritos del leñador fueron ahogados por la lluvia. Sólo una familia de seis personas, Flor de Nieve y Puercoespín y sus hijos, se fue moviendo cautelosamente de un montón de escombros a otro, acercándose muy despacio. Gaviota siguió llamándoles con gestos de la mano. Pero ¿dónde demonios estaban Mangas Verdes y Gavilán?

--¡No nos iremos de aquí! --Oso Pardo movió la cabeza de un lado a otro--. ¡Reconstruiremos la aldea! Viviremos todos juntos durante el invierno. Gaviota puede cortar vigas, yo puedo aserrar tablones...

--¿Qué...? --gritó entonces Gaviota desde su atalaya, muy sorprendido.

La familia de Flor de Nieve acababa de desaparecer... ¿dentro de un agujero?

* * *

Gaviota cogió su hacha, gritó a unos cuantos aldeanos que le siguieran y fue hacia el lugar en el que había desaparecido la familia de Flor de Nieve.

Un agujero redondo se había abierto no muy lejos del río. ¿Sería una consecuencia del último temblor? En ese caso, ¿por qué un agujero redondo y no una grieta?

Una cabeza surgió de la oscuridad que había debajo de él, y Gaviota se arrodilló junto al borde del agujero. No podía ver quién era.

--¿Flor de Nieve? ¿Puercoespín? ¡Coge mi mano!

El leñador se inclinó hacia adelante, metiéndose todo lo dentro del agujero que se atrevía. Foca le agarró del cinturón por detrás.

La mano de Gaviota fue ignorada. Una cabeza cubierta de tierra fue saliendo del agujero a medida que alguien trepaba, hundiendo fuertes dedos en la tierra. La cabeza osciló de un lado a otro,

desprendiendo un pequeño diluvio de tierra y revelando una cúpula azul con mechones de cabellos tan tiesos como las cerdas de un cepillo.

Gaviota se apresuró a sacar la mano del agujero. ¿Qué...?

El agujero pareció hervir. Una docena, dos docenas, cincuenta diminutas criaturas brotaron de las profundidades como ratas que escapan de un tonel de harina.

El barro hacía que resultara difícil saber qué eran. Sus cuerpecitos desnudos, azules o grises y de aspecto tan escamoso como el de las serpientes, llegaban a la rodilla de un hombre adulto. Tiesos mechones de gruesos pelos surgían de sus hombros y codos. Tenían las orejas muy separadas del cráneo, la nariz enorme y la boca todavía más grande. Las criaturas canturreaban mientras iban saliendo del agujero.

--¡Oi, oi, oi! ¡Oji, oji, cuidadi! ¡Todi cogidi, todis aplastis!

Gaviota no logró decidir si aquello era un auténtico lenguaje o sólo una jerigonza sin ningún sentido.

Las criaturas, aquellos trolls o lo que fuesen, se dispersaron. Gaviota y los demás retrocedieron tan deprisa como si estuvieran ante una plaga de ratas, pero los pequeños seres no les hicieron ningún caso. Un instante después ya estaban por todas partes e iban dejando regueros de tierra y barro mientras levantaban rocas, hurgaban en las ruinas y cavaban. Gaviota vio cómo un troll salía corriendo de las ruinas de una casa, sosteniendo en alto un cacharro de cobre igual que si fuese un gran tesoro.

¡Eran un enjambre de carroñeros! ¿Habían sido conjurados por los hechiceros? Sí, debía de ser eso. Los trolls registrarían todas las ruinas en busca de objetos de valor. La ira de Gaviota, que había creído extinguida por la lluvia, volvió a encenderse súbitamente y abrasó su cuerpo con un repentino calor lo bastante intenso para hacer que su frente desprendiese vapor. ¿Acaso no había nada sagrado para aquellos hechiceros, que eran capaces de destruir despreocupadamente toda una aldea y arrancar la carne de los huesos después?

Gaviota cogió su hacha y corrió hacia un troll que estaba cavando igual que un perro, arrojando un chorro de tierra por entre sus piernas. El leñador agarró a la criatura por su grueso cuello.

--¡Eh, tú! --gritó--. ¡Fuera de aquí! Ya hemos tenido bastantes problemas...

No consiguió levantar al troll, que bien podría haber estado hecho

de granito o plomo. Gaviota le agarró por otro sitio, pero el troll se quitó de encima las manos del leñador con un simple encogimiento de hombros. El diminuto, casi cómico troll, dio un saltito hacia un lado, levantó un pie de dedos enormes y pateó a Gaviota en la pierna..., la pierna lisiada.

Por una vez Gaviota no se cayó, pero dio un respingo y se frotó la rodilla. La patada había sido tan potente como la coz de una mula. Los ojillos del troll se clavaron en Gaviota, fulminándole desde ambos lados de la nariz de melón de la criatura.

--¡Viti! --bufó el troll--. ¡Diji di molistis, entrimitis!

La criatura siguió cavando. Unos segundos después cogió una bolsa de piel embreada y la abrió con los dientes. Monedas de plata y cobre reflejaron la tenue claridad que todavía quedaba en el cielo. El troll se metió el tesoro en una faltriquera que colgaba de su vientre escamoso, soltando risitas ahogadas mientras lo hacía. Después trepó por encima del montón de escombros, con sus grandes pies moviéndose a toda velocidad y su vasta nariz temblando convulsivamente.

«Debe de oler el metal», pensó Gaviota con asombro. Así que aquellos trolls eran los perfectos carroñeros... Y no había mucho que él pudiera hacer para detenerlos. Un centenar de aquellas criaturas o más habían surgido del agujero, y Gaviota dudaba de que el filo de un hacha fuese capaz de producir ni aunque sólo fuera una abolladura en las alimañas.

El leñador volvió cojeando al agujero. Un grito vacilante surgió de las profundidades. Era la familia de Puercoespín. Una vez sacados de allí y más o menos limpios, dijeron que habían sido salvajemente pisoteados por un gran número de enormes pies llenos de suciedad. Flor de Nieve informó de que el túnel seguía y seguía, sólo los dioses sabían hasta dónde.

--Otro peligro para las cosechas --gruñó Gaviota--. Hará de canal y se llevará el agua del subsuelo.

Volvieron con paso lento y vacilante hacia donde estaba el grupo más numeroso de aldeanos.

--¡Mirad..., allí! --gritó de repente Foca.

Un ser humano volaba por el firmamento, recortándose contra la bóveda mojada del cielo.

* * *

Los aldeanos habían estado viendo milagros durante todo el día, pero aquél parecía el más grande de todos. ¿Qué podía superar a una persona que volaba igual que si fuese un pájaro?

Gaviota entrecerró los ojos para protegerlos de la lluvia que caía sobre ellos y contempló aquel vuelo de hechicería y a la silueta que flotaba con los brazos extendidos como si fuese un águila. Ya estaba bastante oscuro, pues se aproximaba el ocaso, pero el que la figura viniese del norte hizo que Gaviota supusiera que debía tratarse de la hechicera de la túnica marrón, la mujer de la lustrosa cabellera negra. Por lo menos podía ver franjas de color amarillo. La mujer no era más grande que su mano y volaba, pero en realidad estaba cabalgando el éter y se limitaba a flotar sin moverse del mismo sitio. Gaviota se preguntó qué se propondría.

Y entonces la hechicera descendió en picado, moviéndose tan deprisa como un águila. Un relámpago desgarró el cielo, cegándolos a todos. Gaviota oyó el revoloteo de una túnica encima de su cabeza, un sonido curiosamente parecido al de la colada colgada de una cuerda, que se impuso al ruido del viento y la lluvia.

Y entonces, tan de repente como si el aliento de la muerte soplara sobre él, el leñador sucumbió a la fatiga.

* * *

Su rodilla lisiada se dobló debajo de él, y Gaviota se desplomó. Su hacha cayó con un golpe sordo, y su arco y su aljaba repiquetearon ruidosamente al chocar con una viga que sobresalía del suelo detrás de él.

Su madre dejó escapar un gemido y se derrumbó. Cayó de bruces en el barro, desplomándose tan pesadamente como una muerta. Gaviota soltó un grito ahogado e intentó alargar las manos hacia ella, pero descubrió que levantar los brazos era toda una agonía. El leñador tuvo que arrastrarse igual que una salamandra, y después sólo le quedaron las fuerzas suficientes para volverle la cabeza a fin de evitar que se ahogara en un charco.

Su madre no respiraba.

Gaviota, desesperado, le movió la cabeza de un lado a otro y le pellizcó la mejilla. Su madre tenía los ojos abiertos y salpicados de barro, pero no parpadeaba. Gaviota intentó gritar pidiendo ayuda, pero sólo consiguió emitir un graznido. El leñador estaba tan cansado que ni siquiera podía llorar. Sus párpados fueron descendiendo poco a

poco, y su cabeza bajó hacia su pecho. Gaviota meneó frenéticamente la cabeza, pero con ello sólo consiguió sentirse todavía más aturdido y mareado.

Gaviota, los ojos entrecerrados para ver algo a través de la calina negra que había surgido de la nada, miró a su alrededor y vio que todo el mundo se encontraba en una situación similar. Su padre yacía de costado, con la boca abierta y la lluvia cayendo sobre su lengua. Primavera estaba inmóvil con una mano encima de la cabeza. ¿Era aquella la plaga de la que había hablado su madre?

Gaviota intentó rodar sobre sí mismo y consiguió quedar medio incorporado.

Un potente golpe le arrancó un grito de dolor. Una roca acababa de chocar con su frente.

Otra chocó con su pierna. Su ingle. Su hombro, pie, pecho.

Más piedras cayeron sobre él.

Era un diluvio de piedras, como una granizada de rocas.

Gaviota comprendió que aquello era un nuevo acto de hechicería. Si la hechicera estaba volando por el cielo, entonces su enemigo conjuraría una lluvia de piedras para derribarla.

Sin importarle en lo más mínimo que eso significara acabar con toda la vida del valle.

Gaviota fue alzando sus brazos pesados como el plomo por encima de su cabeza, moviéndolos tan despacio que sufrió varios impactos más, e intentó proteger a su madre. Su padre estaba a sólo tres metros de distancia de él, pero tres metros era demasiado lejos. Gaviota se encontraba demasiado débil.

Las piedras siguieron cayendo a su alrededor. Las había de todos los tamaños, desde guijarros que rebotaban en el suelo hasta rocas grandes como un puño que se hundían en el barro. Era una auténtica lluvia de piedras, tan letal como si estuviera siendo arrojada por los dioses. Gaviota oyó cómo las rocas chocaban con las ruinas, con otras piedras y con las cabezas y las manos de los aldeanos. Impotente, más débil que un gatito recién nacido, el leñador sólo podía llorar.

Y entonces una roca muy grande pasó por entre sus fláccidos brazos. Las imágenes se agitaron en su cerebro, y después se precipitaron por un pozo de negrura.

Y después Gaviota ya no vio nada más, ni siquiera negrura.

* * *

Gaviota abrió los ojos, pero sólo consiguió ver negrura.

Durante un momento sucumbió al pánico. ¿Se habría quedado ciego debido a algún golpe en la cabeza?

Un instante después vio un puntito de luz, muy lejano y tan débil que apenas podía distinguirse. Era la Luna Brillante, que acababa de surgir por encima de la arboleda. Gaviota dejó escapar un gemido de alivio y lo lamentó nada más hacerlo. Una llamarada de dolor estalló dentro de su cabeza.

El leñador rodó sobre sí mismo, moviéndose despacio y con mucha cautela. Tensó las mandíbulas contra el dolor de su cráneo, pero al hacerlo descubrió que también le dolían las mandíbulas. Exploró su rostro con una mano cubierta de barro y encontró una zona hinchada encima de su mejilla, allí donde le había golpeado una piedra. También encontró otras heridas, pero la lluvia de piedras no podía haber durado mucho tiempo. Incluso unos pocos minutos de aquel diluvio habrían bastado para matarle. Muy cerca de él, medio enterrada en el fango, había una roca más grande que su puño. Lanzada desde el cielo, aquella roca le habría decapitado.

Entonces se acordó de su familia.

Gaviota buscó a tientas a su madre, moviéndose muy despacio y torciendo el gesto a cada nueva punzada de dolor. El barro frío y mojado le rodeaba por todas partes, pero había algo blanco bastante cerca de él.

Era el rostro de su madre. Gaviota la estaba tocando.

Su madre estaba tan fría y mojada como el suelo.

Las lágrimas fluyeron de los ojos de Gaviota, y su sal ardió en las heridas de su rostro. El leñador fue quitando torpemente el barro que cubría los ojos de su madre, apartándolo con dedos rígidos y doloridos.

--Madre...

Su madre no respondió, y ya nunca lo haría.

¿Y los demás?

Gaviota se arrastró sobre el suelo y encontró a su padre, que estaba igual de frío e inmóvil. Una piedra le había abierto el cráneo por encima de la oreja.

Y aún había más descubrimientos que hacer, y todos eran igual de horribles.

Las piedras habían matado a León y a Lluvia, y León se hallaba medio enterrado debajo de un gran montón de rocas. Pero Ala de Ángel, Amapola y Cachorro estaban vivos, pues León había cubierto a

su hermano con su cuerpo y otros aldeanos habían conseguido proteger a las muchachas.

Gaviota rodeó a Cachorro con los brazos, y plegarias de agradecimiento surgieron de sus labios. Después sacudió a su hermano para despertarle, aunque le esperaban tristes noticias.

La cabeza de Cachorro osciló de un lado a otro tan flojamente como si tuviese el cuello roto. Sus ojos permanecieron cerrados.

Gaviota pegó la oreja al pecho del niño. Sí. Había vida, una respiración débil y entrecortada y un corazón que latía muy lentamente. Aquel pulso tembloroso y vacilante hizo que el leñador se acordara del ataque que había sufrido su abuela, cuando se cayó de repente y guardó cama durante una semana antes de morir.

Gaviota siguió arrastrándose alrededor de los cuerpos y por encima de ellos. Identificó a Ala de Ángel más gracias a su olor que por ninguna otra cosa, y la sacó del frío abrazo de un vecino muerto. Gaviota se inclinó sobre la diminuta boca de la joven y pegó la oreja a sus dientes primero y a su pecho después. Sacudió a su hermana y gritó su nombre, pero no consiguió revivirla.

Los gemidos surgieron de la oscuridad, rodeándole por todas partes. Primavera y otros, jóvenes y fuertes, descubrieron que no podían despertar a los ancianos ni a los niños. Estaban vivos, pero permanecían tan inmóviles como cadáveres.

Estaban peor que muertos.

Les habían robado el alma.

* * *

Gaviota, medio enloquecido por el dolor, se levantó.

Permaneció inmóvil, rodeado por la negrura humeante y el frío viento nocturno, y se dio cuenta de que un silencio de muerte reinaba en todo el valle. Los soldados y los monstruos habían vuelto al sitio del que surgieron, fuera cual fuese. Incluso el muro de espinos había desaparecido. Hasta las nubes se habían esfumado.

Pero eso no servía de nada, pues la aldea de Risco Blanco también se había volatilizado. Había sido destrozada, quemada y aplastada, y sus habitantes habían sucumbido bajo la enfermedad, las piedras y el salvajismo.

Y todo había sido obra de los hechiceros.

Gaviota separó los pies para no caer y alzó los puños hacia el cielo negro lleno del guiñar de las estrellas. El leñador chilló y aulló, y

maldijo a la magia, y a los hechiceros, y a los dioses que los habían engendrado.

_____ 4 _____

La noche fue larga, fría y horrible a pesar de que contaban con la inmensa hoguera de los restos de una casa en llamas. Los aldeanos se abrasaban por un lado y se helaban por el otro. Nadie pudo dormir mucho. Algunos se preguntaron qué iban a hacer, pero otros aldeanos enseguida los hicieron callar.

--El amanecer ya traerá males más que suficientes --murmuró Uña de Gato.

Gaviota intentó pensar en lo que debía hacer, pero la enormidad de la tarea a la que se enfrentaba era abrumadora. Tenía que encontrar a Mangas Verdes y Gavilán. Tenía que enterrar a sus muertos, y cuidar de los que no estaban muertos, los que se hallaban en coma. Tenía que... Pero enseguida dejó de pensar, y se hundió en un oscuro sopor enturbiado por el dolor.

El sol acuoso del amanecer hizo surgir del suelo nubes de vapor que parecían cortinas de niebla. Unos gritos estridentes despertaron a Gaviota. Los buitres habían acudido para comerse a los muertos. Sus primos, los cuervos y las urracas, aguardaban su turno o se peleaban entre ellos para hacerse con algún despojo.

Eso le despertó, junto con el estrepitoso CLUMP CLUMP CLUMP KABUMP chirridocrujidogruñido CLUM CLUMP de la bestia mecánica. La pobre criatura, o artefacto, seguía dando vueltas al valle. Se había pasado toda la noche cojeando sobre sus tres patas, como un engranaje roto que es incapaz de funcionar correctamente.

Otro sonido llegó hasta él: era un veloz corretear de ratas. Gaviota lanzó una piedra contra una diminuta silueta encogida sobre sí misma, y soltó un gruñido cuando el proyectil chocó con un montón de cascotes. Pero los sonidos continuaron. Las ratas se habían pasado la noche moviéndose en círculos alrededor de las llamas y hurgando entre los restos. Gaviota pensó que el terremoto debía de haberlas sacado de sus madrigueras cuando los temblores hicieron que éstas se derrumbaran, aunque nunca hubiese creído que hubiera tantas ratas en su aldea. Aquellas criaturas no eran las ratas sanas y lustrosas que se alimentaban de trigo, sino bestias flacas y recubiertas de costras.

«Deja de perder el tiempo», se dijo. Su padre, que yacía muerto a menos de cinco metros de él, siempre decía que un hombre ocupado no tenía tiempo para ponerse triste. Gaviota podía honrar su memoria siguiendo su consejo. Se levantó y se puso en cuclillas --sintiendo el

dolor en cada articulación y músculo maltratado de su cuerpo lleno de morados--, contempló lo que quedaba de la aldea bajo la fantasmagórica luz del amanecer, y después fue removiendo el fuego y lo avivó lentamente, sacando a los demás de su estupor.

Todavía un poco asustados y hablando en voz baja, como si el desastre pudiera volver en cualquier instante, los supervivientes hicieron acopio de conocimientos comunes y empezaron a repartirse las tareas. Flor de Nieve, Puercoespín y unos cuantos más intentarían llegar hasta los sótanos donde guardaban las reservas de comida. Foca y sus hijos e hijas reunirían a las cabras y las reses dispersas. El viejo Diente de Lobo reclutó algunos ayudantes para arrastrar los cadáveres hasta un montón de restos que todavía ardían: había demasiados para que pudieran ser enterrados. Gaviota se ofreció a descuartizar un caballo que había visto no muy lejos de allí, pero necesitaría ayuda.

--Mantendré los ojos abiertos por si hay algún rastro de Mangas Verdes y Gavilán, y cuidaré de los que no pueden levantarse --se ofreció Primavera como si le hubiese leído el pensamiento.

La noche anterior habían aprovechado las últimas luces del crepúsculo para poner juntos a los aldeanos inconscientes, colocándolos cerca del fuego para que éste mantuviera alejadas a las ratas, pero había pocas esperanzas de que vivieran mucho tiempo. Aquella misteriosa plaga que robaba la vida había golpeado con una extraña regularidad: había matado al instante a una tercera parte de los supervivientes, se había llevado el alma pero no la vida de otra tercera parte, y había dejado al resto débil y aturdido.

Gaviota miró a Primavera y sus labios se curvaron en la sombra de una sonrisa. La joven había pasado la noche junto a él, y habían intentado mantenerse calientes el uno al otro.

Tener tareas nuevas y sencillas que llevar a cabo hizo que la gente se fuera poniendo en acción, pero todos caminaban como muertos en vida, moviéndose torpemente y con los ojos vacíos e inexpresivos. La destrucción de su hogar también los había destruido por dentro. Los aldeanos necesitarían mucho tiempo para recuperarse.

Gaviota alzó su hacha, pesada como un yunque, dejó su arco y sus flechas donde estaban y, con un suspiro, empezó a abrirse paso a través de los escombros en aquella mañana llena de niebla.

* * *

El leñador tuvo que dar varios rodeos para evitar matorrales de espinos arrancados de raíz, casas destrozadas, grietas abiertas en el suelo, los restos de una vejiga flotante de los trasgos, cadáveres de bárbaros azules y soldados vestidos de rojo mordisqueados por las ratas, perros muertos... y aldeanos de Risco Blanco que habían sido cruelmente asesinados.

Pasó junto a los restos de una hoguera sobre los que había esparcidos largos huesos calcinados. Los restos de la hoguera y sus alrededores estaban llenos de pisadas diminutas. Gaviota hizo funcionar su cansado cerebro y reconstruyó la escena. Ayer los trasgos se habían llevado a rastras algo que le pareció era un cuerpo, pero Gaviota acababa de comprender que se había equivocado. Lo que se habían llevado era el brazo cercenado del gigante, y lo habían asado.

Gaviota mantuvo los ojos clavados en su objetivo.

Al final de lo que había sido una pradera avanzando en dirección al Bosque de los Susurros, yacía un caballo muerto de ojos vidriosos e inexpresivos. Gaviota se desvió un poco para no pasar demasiado cerca del gigante muerto.

Y el leñador, sorprendido y aterrado, dio un salto cuando vio que el gigante se movía.

O, mejor dicho, que algo se movía sobre el gigante...

Entre las dos cabezas había una forma palpitante, una... ¿gallina desplumada? Aquella cosa tenía la piel del mismo color que una gallina y se hallaba desnuda, cierto, pero era tan alta como Gaviota. Estaba medio enterrada entre las dos cabezas. El leñador pudo ver dos flacas nalgas surcadas por venas azuladas que se tensaban bajo la piel transparente. ¿Qué...?

El horror se hizo todavía más intenso. El gigante gimió, alzó un brazo blanco y frío tan grueso como el tronco de un árbol y se tocó el cuello con él en un débil manoteo.

Gaviota se quedó paralizado. El gesto era tan patético y tan humano, como el de un bebé que intenta quitarse de encima a un mosquito que se está atracando con su sangre... El leñador sintió que una oleada de compasión hacia el gigante se adueñaba de su corazón. Aunque el gigante era un mercenario, y como tal no merecía ninguna simpatía...

El gigante gimoteó y alzó un gigantesco y sucio pie descalzo, moviéndolo en una patada convulsiva que obligó a Gaviota a retroceder de un salto. El gigante estaba sufriendo a pesar de su

estupor. El muñón de su brazo mostraba la blancura del hueso, y carne roja podrida recubierta de barro y pus. El muñón chocó con el suelo, y el gigante volvió a gemir.

La gallina desplumada alzó la cabeza, y Gaviota dejó escapar un jadeo ahogado.

La cosa tenía una cabeza alargada y carente de pelo, largas orejas puntiagudas, un encaje de venas azules y una boca repleta de colmillos..., y sangre roja sobre sus delgados labios.

«Es un vampiro», pensó Gaviota.

La horrible criatura alargó una mano de uñas tan temibles como garras hacia el ojo del gigante, moviéndola con una curiosa y casi delicada lentitud, colocó una sucia uña sobre el globo ocular y ejerció presión. El gigante retrocedió, y el vampiro tiró del lóbulo de su oreja y hundió sus dientes en la carne por debajo de él. Gaviota, que había sacrificado muchos animales, sabía que debajo de la oreja había una gruesa vena palpitante y llena de sangre.

Pero no estaba pensando en eso cuando atacó.

* * *

El leñador se agarró al extremo de la enorme camisola hecha con trozos de velas multicolores que cubría al gigante, se izó por ella lanzando frenéticos aullidos de furia y avanzó por encima de la temblorosa redondez del estómago. Gaviota actuó por puro instinto. Algo muerto se estaba alimentando de algo vivo. Comparados con aquella criatura necrófaga, Gaviota y el gigante eran hermanos.

El vampiro giró sobre sí mismo al oír el grito de batalla. Gaviota vio láminas de tejido parecidas a las de una ardilla voladora entre sus dedos y debajo de sus brazos. La piel recorrida por la telaraña de las venas azules era tan traslúcida que dejaba pasar una pálida claridad solar. Gaviota vio una mancha roja a través de la piel del vientre: era la sangre fresca acumulada dentro del estómago del vampiro. Gaviota intentó controlar las náuseas que amenazaban con dejar vacío el suyo, y luchó para no perder el equilibrio mientras alzaba el hacha por encima de su hombro.

Partiría en dos al vampiro desde la cabeza hasta la ingle con un solo golpe, y después echaría a patadas sus restos a la pradera pisoteada para que sirviesen de alimento a los cuervos.

Pero el vampiro dio un salto minúsculo que apenas le exigió un leve empujón de los largos dedos de sus pies y desapareció.

Gaviota, sorprendido, dio media vuelta y después completó lentamente el giro, buscando a la criatura. ¿Adónde se había ido?

Un peso tan grande como el de un ciervo muerto cayó sobre su espalda.

Gaviota buscó desesperadamente su hacha y vio cómo resbalaba por la pendiente de una colina de carne. El leñador cayó de bruces y quedó con el rostro pegado a la sucia tela que olía a sudor y sal.

Y también había otro olor, un fétido hedor de matadero.

Una mano fría como la muerte golpeó su cabeza, creando incendios en la multitud de arañazos y morados producidos por las rocas, y echó a un lado la larga cabellera de Gaviota para dejar al descubierto su cuello.

El leñador se acordó de que su padre --que estaba muerto-- siempre decía que era mejor mirar a la muerte cara a cara que recibirla por la espalda.

Se impulsó con los pies e intentó rodar sobre sí mismo. Una punzada de dolor atravesó su rodilla lisiada. Gaviota oyó cómo el gigante gruñía con sus dos bocas.

Pero el vampiro le agarró todavía con más fuerza que antes y hundió sus garras en su rostro. Los dedos de la criatura se incrustaron en la carne de la frente de Gaviota. Uno de ellos quedó enganchado y le arañó el globo ocular. Gaviota ya no sabía si estaba asustado o enfurecido. Que una sanguijuela gigante le chupase la sangre le aterrorizaba, pero aquel nuevo ataque --¿después de cuántos en dos días?-- hizo que la sangre le hirviera de rabia.

Ladeó la cabeza y mordió la mano, pateó la nada y golpeó con un puño. El vampiro era tan fuerte como una mula, pero su delgado brazo dejó de sujetar a Gaviota cuando el robusto leñador le golpeó en el codo. El vampiro rugió y se lanzó sobre la garganta de Gaviota, amenazándola con sus largos y blancos dientes manchados de rojo.

El leñador, con los brazos atrapados, volvió a recurrir a las patadas y golpeó las piernas del vampiro con las suyas...

... y consiguió que los dos cayeran del jadeante cuerpo del gigante.

Cielo, piel muerta, tela impregnada de sal, barro... Todo pasó velozmente junto a él, y un instante después el dolorido hombro de Gaviota chocó con la hierba pisoteada de la pradera.

Pero la sanguijuela humana seguía aferrada al leñador.

Gaviota sintió un terrible dolor en el bíceps. El vampiro se lo había mordido hasta el hueso. Gaviota aulló y golpeó la cabeza desprovista

de pelo con su codo. El cráneo parecía tan duro como una roca, y Gaviota sólo consiguió hundir todavía más aquellos dientes terribles en su carne. Intentó patear al vampiro, pero tenía una pierna inmovilizada. La colina que era un gigante se alzaba al otro lado de él como un enorme acantilado. La cabeza de Gaviota estaba medio enterrada entre la maleza.

La ira de Gaviota se evaporó y fue sustituida por el miedo. Estaba impotente. Moriría allí, con el cuerpo vaciado de sangre.

¿Y quién encontraría a Mangas Verdes y a Gavilán?

El leñador volvió a incrustar frenéticamente su codo en aquella cabeza inamovible. No podía doblar el brazo para llegar hasta el otro lado de ella.

Gaviota oyó un fuerte ruido de lametones que se impuso al dolor y a la abrasadora sensación de cosquilleo.

Era el ruido que hacía su sangre al desaparecer por un gaznate no muerto.

Gaviota gritó.

Oyó un golpeteo ahogado que sonaba muy cerca de su mano...

El cielo se oscureció...

... y una lanza adornada con plumas atravesó al vampiro y lo dejó clavado en el suelo. Chorros de sangre negra cayeron sobre Gaviota y el gigante. El leñador vio que la punta de la lanza era más ancha que su mano y que había pequeños canales tallados en el metal, que había sido forjado toscamente pero estaba muy afilado.

Y un instante después todo su cuerpo fue sacudido por los espasmos agónicos del vampiro, que empezó a debatirse como un pececillo atrapado en un anzuelo. Un codo le golpeó el mentón, y los dientes del vampiro se desprendieron de su brazo. La sangre negra le salpicó los labios, llenándolos con un sabor tan rancio y repugnante como el del agua acumulada en una cuneta. El vampiro manoteó frenéticamente, intentando arrancarse la lanza. La criatura no se dejaría arrebatar su no-vida fácilmente.

Pero la silueta que blandía la lanza y que se alzaba sobre ella a lomos de su caballo retorció el astil para desgarrar las entrañas de aquel ser diabólico. El vampiro murió poco a poco, desvaneciéndose hasta quedar reducido a piel y huesos primero y a una capa de ramitas y barro viscoso después.

El leñador, profundamente asqueado, se quitó la sangre que le había caído encima, se limpió los ojos y trató de incorporarse. El jinete agarró a Gaviota de una muñeca y lo levantó de un tirón.

--Ugh. Os doy las gracias, buen señor. Estaba atrapado... y... no podía...

Entonces Gaviota vio que el caballo y el jinete silueteados contra el cielo gris eran una sola criatura.

Con la cabeza inclinada hacia él y sus profundos ojos marrones contemplándole desde debajo de la visera de un yelmo de guerra, había un centauro.

* * *

--Eres afortunado --dijo una voz ronca pero con una curiosa cualidad de relincho en ella--. La saliva del vampiro de Sengir es como medicina a la hora de evitar que la sangre se coagule. No hay corrupción.

--¿Qué...?

Gaviota estaba tan aturdido que lo único que pudo hacer fue agarrarse los bíceps que sangraban y contemplar boquiabierto al centauro.

La criatura parecía increíblemente alta. El yelmo la hacía aún más alta, pues estaba adornado con un penacho que, de todas las cosas con las que hubiera podido crearse, estaba hecho nada menos que de una cola de caballo teñida de rojo. El rostro quedaba oscurecido por el yelmo. Tanto el yelmo como la coraza estaban adornados con volutas y remolinos, que luego habían sido pintados o cubiertos de esmaltes. La criatura lucía unos brazales bastante anchos, y ayer había estado recubierta con las pinturas de guerra de runas y huellas de manos, aunque la pintura de los adornos ya se había corrido y estaba medio borrada. La mitad posterior de su cuerpo era de un marrón rojizo, y los hombros y los brazos mostraban mechones de vello del mismo color, aunque mucho menos espesos. El centauro llevaba un arnés de guerra y varias alforjas en la grupa. Su mortífera lanza era más larga que el cuerpo de la criatura. Las plumas atadas a ella con tiras de cuero habían sido teñidas de púrpura y blanco, y estaban bastante maltrechas. Aquella lanza había sido muy utilizada.

El centauro gruñó mientras limpiaba la punta de su lanza del líquido viscoso que la había manchado, y torció los labios en un mohín de disgusto muy humano.

--Los vampiros de Sengir son como los elfos. Sí, son igual de temibles... Pero viajan en solitario. Siempre vuelan a los campos de batalla. ¿Has visto a Holleb, mi compañero? Me llamo Helki.

Gaviota comprendió por qué aquella voz sonaba un poco aguda.
--¡Eres... una mujer!
--Sí. --El yelmo subió y bajó--. Y tú eres un hombre. ¿Y bien?
Gaviota estuvo a punto de preguntarle por qué tenía tanto vello, pero no lo hizo. La lanza flotaba en el aire como un rayo a punto de caer. Apoyó el brazo en el costado y descubrió que había dejado de sangrar. El leñador había obtenido más cicatrices en aquellos dos días de aventuras que algunos hombres en toda una vida.
--Pues... No he visto a tu compañero. Yo también estoy buscando a unas personas... --El recuerdo de los muertos y de los que habían desaparecido se agitó alrededor de Gaviota como un oleaje incontenible que amenazaba con arrastrarlo--. Yo... Nosotros... Nuestra aldea ha quedado destruida.
Gaviota se sorprendió al ver que la centauro inclinaba la cabeza como si lamentara lo que les había ocurrido.
--Y me parece que nuestras vidas también --dijo--. Creo que deberíamos colaborar. Sería beneficioso para todos.
Una cuchillada de ira recorrió el cuerpo de Gaviota desde la cabeza hasta las puntas de los dedos de los pies. ¿Colaborar con aquellos seres que habían destruido su hogar?
--Pero ahora veo que quizá ninguno de nosotros tenga el problema que creía tener hace un instante --dijo la centauro, interrumpiendo el curso de sus pensamientos, y dejó escapar un relincho de puro deleite. Giró sobre sí misma con un ágil bailoteo de sus patas traseras y corrió velozmente alrededor de la colina formada por el gigante, con su cola pintada agitándose de un lado a otro--. ¿Buscas a una criatura de dos piernas como tú? --le oyó gritar Gaviota--. ¿Una chica?
--¿Qué?
Gaviota se sentía aturdido e incapaz de pensar. ¿Como él...?
Y entonces lo entendió. Agarró su hacha y echó a correr.
--¡Mangas Verdes!

* * *

--«Los dioses cuidan de los borrachos, los niños y los tontos» --murmuró Gaviota, repitiendo el viejo refrán.
El otro centauro llegó trotando a través de la pradera, danzando ágilmente alrededor de los cráteres y las grietas. Era más grande y velludo, y de sexo innegablemente masculino, a juzgar por el garrote

de guerra suspendido entre sus piernas. Aquél debía de ser el compañero, Holleb.

Mangas Verdes estaba sentada sobre la grupa del centauro.

Tenía un aspecto magnífico, con briznas de paja en el cabello, ramitas en la túnica y el chal, y barro seco y tierra en sus piececitos descalzos. Mangas Verdes se dejó resbalar de la grupa del centauro con la ligereza de un pájaro, y empezó a parlotear. El centauro asintió distraídamente. Probablemente consideraba que era algún lenguaje extranjero, no la jerigonza animal única y exclusiva de Mangas Verdes.

La centauro abrazó a su compañero, coraza contra coraza, y después se deslizó junto a él para que sus flancos pudieran entrechocar. Los dos empezaron a hablar a toda velocidad en su lengua, y Gaviota enseguida se dio cuenta de que se trataba de una conversación entre dos amantes, pues las palabras flotaban en el aire igual que una canción.

--¿Dónde estabas? --preguntó mientras abrazaba a su hermana.

Mangas Verdes emitió un parloteo de ardilla y soltó un graznido, y después se apartó de Gaviota y fue hacia el gigante.

El hombre-monstruo había vuelto a quedar inmóvil en el suelo. Una cabeza yacía en un gran charco, con los labios exangües a causa del dolor. La otra contemplaba el cielo con ojos vidriosos y vacíos. La cabeza más próxima se había vuelto hacia Mangas Verdes cuando la joven rozó un hombro colosal y acarició la calva llena de arrugas. Mangas Verdes dejó escapar un trino que Gaviota reconoció al instante: eran los mismos sonidos tranquilizadores que había empleado su madre para calmar a un niño cuando se había hecho daño.

Pero su madre estaba muerta, y el gigante era parcialmente culpable de ello.

Gaviota apartó a su hermana de un manotazo, y la ira hizo que su voz sonara áspera y dura cuando habló.

--¡Olvídate de él! ¡Deja que muera!

Oyó un sordo repiqueteo detrás de él, y se volvió para encontrarse con los enormes centauros y sus lanzas de tres metros de longitud. Gaviota colocó a Mangas Verdes detrás de él y empuñó su hacha.

La mujer-yegua señaló al gigante con una inclinación de cabeza.

--Deberíamos ayudar --dijo--. Es una criatura capaz de pensar, y sufre grandes dolores.

Gaviota estuvo a punto de escupir, tan intensa era la amargura

que sentía hacia sí mismo y hacia los demás. Pero después pensó que aquello era como reventar un grano infectado, y que sería preferible que terminara lo antes posible.

--No --dijo--. Es mejor que los enfermos mueran. Y en cuanto a vosotros, podéis marcharos. Marcharos.

* * *

Los seres equinos arañaron el suelo con sus pezuñas.

--¿Es así como muestran su gratitud los de dos piernas? --preguntó la centauro después de unos instantes de silencio.

--Admito que estamos en deuda con vosotros --replicó Gaviota, y pronunciar aquellas palabras le costó un esfuerzo tan grande que faltó poco para que se atragantase--. Me salvaste la vida, y él rescató a mi hermana. Pero me parece que eso a duras penas compensa el que destruyerais nuestro valle ejerciendo vuestro oficio. Un mercenario no espera gratitud, sino el dinero que se le paga por derramar sangre. Así pues, ¡recoged vuestro dinero y marcharos!

Los centauros retrocedieron un par de pasos, como si quisieran tener más espacio para moverse. El centauro se volvió hacia su compañera y soltó una serie de bufidos y relinchos, y ella le respondió con un trino. Después se encaró con Gaviota, quien alzó su hacha.

--Debes saber que no somos mercenarios que cobran dinero a cambio de luchar, hombre-rata de dos piernas --le dijo la centauro con voz despectiva y burlona--. Somos reos de trabajos forzados, esclavos de hechiceros a los que se obliga a luchar en contra de nuestra voluntad. Ojalá pudiéramos volver a nuestro hogar y quedarnos allí, pero eso es imposible... ¡Ah, sin embargo tú lo sabes todo y no quieres escuchar!

Los dos centauros volvieron grupas después de aquellas palabras y se alejaron trotando a través de la pradera, las colas ondeando detrás de ellos como banderas dirigidas hacia el bosque.

Gaviota reflexionó en lo que había dicho. ¿Esclavos de los hechiceros?

Eso tenía que ser una mentira. Nadie podía ser obligado a luchar en contra de su voluntad, ¿verdad?

Y aun así Gaviota lamentó ver cómo los centauros se adentraban ágilmente en el bosque, esquivando ramas y apartando la maleza con sus lanzas. Si fuese cierto...

Mangas Verdes gorgoteó como un tejón, agarró la manga de

Gaviota y tiró de él en dirección al gigante.
Gaviota protestó.
--No, Verde, no... No puedo ayudarle. Hay cincuenta de los nuestros que necesitan ayuda. Y él no es más que un mercenario...
No sirvió de nada. Gaviota pesaba el doble que ella, pero aun así se vio inexorablemente arrastrado. El muñón del gigante apestaba a podredumbre. Probablemente no tardaría --o no tardarían-- mucho en morir.
La cabeza izquierda del gigante se volvió hacia Gaviota. Mangas Verdes le dio unas palmaditas en la nariz, que era tan larga como el antebrazo de Gaviota.
--¿Puedes hablar? --preguntó el leñador, sintiéndose repentinamente lleno de dudas.
--¿Hablar?
Ojos enormes parpadearon lentamente. Eran ojos rasgados, ojos almendrados. Gaviota también se dio cuenta de que la piel tenía un color amarillento. El gigante debía venir de muy lejos: Gaviota había oído decir que había hombres de distintos colores en los Dominios. A juzgar por las arrugas que había alrededor de sus ojos y de su boca, aquel gigante también era muy viejo.
Y bastante lento de reflejos.
--Sí --respondió por fin--. Yo hablo. Me duele.
--¿Viniste aquí libremente a luchar por la hechicera? --insistió Gaviota.
--¿He-chicera? --Hubo un nuevo esfuerzo mental. Gaviota pensó que tener un cerebro gigante debería convertirte en un genio, pero aquel gigante era tan torpe y tonto como un niño--. He-chicera me hizo venir aquí, he-chicera me hizo pelear.
--¿Te paga? ¿Te da de comer?
Gaviota se sentía más estúpido --y culpable-- a cada instante que pasaba.
--¿Dar de comer? Yo hambriento.
--¿Eres esclavo de la hechicera? --continuó insistiendo Gaviota.
--¿Esclavo? --Una larga pausa--. Yo debo hacer... lo que ella dice.
--Oh, cielos --suspiró el leñador--. Mangas Verdes, aquí el único idiota que hay soy yo.

* * *

Poco después Primavera y Mangas Verdes habían limpiado la

herida del gigante, encontrado estiércol fresco (pero ¿dónde estaban las reses?) y preparado un emplasto. Gaviota había descuartizado al caballo muerto y, a falta de vendajes, había cortado varias tiras de su piel para envolver el muñón del gigante con ellas. El gigante se incorporó y se comió todo el caballo sin dejar absolutamente nada --hígado y tripas incluidas--, pero mientras lo hacía explicó lentamente que estaba acostumbrado a alimentarse con pescado crudo.

Primavera fue haciendo preguntas al gigante, y poco a poco se enteraron de que vivía junto al mar, de que pescaba y había creado la especie de enorme blusón que llevaba puesto con las velas de barcos naufragados, y de que se llamaba Liko. (Supusieron que el que sólo tuviera un nombre significaba que sólo había una identidad, y no dos. Se hallaban ante un cerebro contenido en dos cráneos, con un considerable espacio entre ellos.) La cabeza izquierda respondía preguntas mientras la derecha mantenía los ojos clavados en la nada, soñando despierta.

Los aldeanos fueron saliendo gradualmente de su estupor durante aquel largo día y empezaron a trabajar. Tener tantas cosas que hacer les dejaba muy poco tiempo libre para las lamentaciones, aunque todos estaban muy callados. Mirara donde mirase, Gaviota siempre veía algún recordatorio de una vida anterior perdida para siempre: un árbol en el que sus hermanos y hermanas habían construido una cabaña, una piedra junto a la que su abuela se sentaba para tomar el sol y contarle historias, un muro de piedra que había reconstruido con su padre...

Mangas Verdes era la única que no parecía compartir aquel estado de ánimo general. Quizá no entendía lo que había ocurrido. La joven iba y venía de un lado a otro con la misma energía de siempre, balbuceando y soltando trinos mientras atendía al gigante y a los aldeanos que necesitaban cuidados, mezclando agua con diente de león, raíces de romero y hojas de tomillo para hacer una cataplasma, y reconfortando con su contacto.

Unos cuantos supervivientes habían apuntalado un tejado intacto y habían quitado los escombros, y después habían acostado a los aldeanos comatosos encima del suelo desnudo debajo de aquel precario cobijo. Algunos habían dejado de respirar, y estaban enterrados en un sótano de unas ruinas lejanas. Tuvieron que dejar allí a una muchacha con una vara para que ahuyentase a las ratas, pues las alimañas correteaban por todas partes. Primavera enseñó a Gaviota un mordisco de aspecto bastante feo en su muñeca: había

alejado a unas ratas de un niño herido. El mordisco se había puesto de un color rojo oscuro. El encuentro con la alimaña también la había dejado llena de pulgas, y la joven tuvo que quitárselas frotándose la mordedura con barro de la hoya en la que iban a nadar. Primavera se sentía débil y mareada, pero sacó fuerzas de flaqueza y volvió a cuidar de los heridos.

Pero de repente se volvió hacia el leñador.

--¿Qué haremos, Gaviota?

--¿Hacer?

Gaviota dejó de cavar. Estaban intentando llegar a un sótano, uno que contenía repollos de invierno. El leñador se movía bastante despacio porque todavía le dolía la cabeza debido al diluvio de piedras de ayer. También se sentía un poco débil y mareado, probablemente por la pérdida de sangre que había sufrido durante su encuentro con el vampiro.

--Yo... No lo sé, Vera. Reconstruir la aldea, supongo. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

La muchacha recorrió el valle con la mirada y apartó un mechón de su cabellera amarilla como el maíz del rostro.

--Será como construir encima de un cementerio --murmuró.

Gaviota se encogió de hombros, y torció el gesto al sentir una punzada de dolor. Las preguntas sobre la vida, la muerte y el más allá nunca le habían interesado en lo más mínimo.

--Aparte de eso sólo hay otra opción, la de marcharnos --siguió diciendo--. ¿Y adonde iríamos? Mi madre afirmaba que los fantasmas de nuestros antepasados seguían junto a nosotros, vigilándonos y protegiéndonos. Ahora hay unos cuantos más. Pero dentro de cincuenta años, esta tragedia sólo será una historia que contar a los niños.

La muchacha puso una mano morena sobre su antebrazo.

--¿Y de quién serán hijos esos niños. Gaviota?

Gaviota la contempló en silencio. Primavera seguía siendo muy hermosa a pesar de la suciedad y la fatiga. El leñador apartó un mechón de cabellos de su mejilla con su mano izquierda mutilada.

--Serán nuestros hijos. Porque vamos a quedarnos aquí...

Y de repente Primavera estaba en sus brazos, pegándose a su pecho y sollozando. Gaviota le dio palmaditas en la suave cabellera con sus manos callosas y sucias, acariciándola con la que estaba lisiada y con la que aún tenía todos los dedos, e intentó calmarla.

--Vamos, vamos... No llores. Nos protegeremos los unos a los

otros, Primavera.

La muchacha alzó su rostro hacia él, y Gaviota la besó.

* * *

Pero el padre de Gaviota solía decir que cuando los dioses decidían castigar a un hombre, siempre escogían un castigo lo más completo posible. Gaviota se acordó de esas palabras antes de que se pusiera el sol.

Había pasado toda la tarde persiguiendo a las reses y las cabras en el bosque. No había encontrado nada salvo huellas de trasgos, cuernos de cabra y pezuñas. El leñador había decidido guardarse aquella mala noticia para él.

Y, de todas maneras, se sentía un poco más alegre y animado. Como ocurre en todas las crisis, las emociones de Gaviota habían llegado al punto más bajo y luego habían vuelto a remontarse en el curso de una noche, y habían pasado de la desesperación a la esperanza en un solo día.

Quizá no estaba pensando con demasiada claridad, pero no le importaba. Gaviota estaba enamorado. Estrechar entre sus brazos a Primavera había sido la experiencia más maravillosa de toda su vida, y faltó poco para que anduviera dando saltos por el bosque. Primavera sería una magnífica esposa, y Gaviota esperaba ser un buen esposo. Reconstruirían una casa, volverían a plantar los huertos, construirían una presa en el arroyo y harían que volviese a su cauce, ayudarían a los vecinos en las tareas de reconstrucción y harían que Risco Blanco siguiera creciendo durante muchas generaciones venideras. Otro de los axiomas de su padre era que un hombre sólo está vencido cuando deja de luchar.

Gaviota silbaba cuando salió del bosque. La aldea improvisada seguía creciendo a partir del antiguo centro en la lejanía.

Pero de repente vio a Jabalí Gris, el hermano de Primavera. El muchacho vino corriendo hacia él, y el grito que surgió de sus labios hizo que el leñador sintiese cómo una oleada de miedo helado recorría todo su ser.

--¡Gaviota! ¡Primavera está enferma!

_____ 5 _____

Primavera yacía sobre la espalda, sola.

Gaviota parpadeó, aturdido y perplejo. Apenas si podía reconocerla.

La muchacha se había derrumbado en el sendero, no muy lejos de las víctimas de la misteriosa enfermedad. Había ido a llevarles agua, y junto a su mano había un charquito y una jarra de cerámica roja hecha añicos. Primavera tenía la boca abierta, los brazos nacidamente extendidos a los lados y un pie doblado debajo del cuerpo. Ni siquiera la túnica de lana que llevaba conseguía ocultar que sus sobacos y su ingle se hallaban tan hinchados como si estuvieran a punto de reventar. Su piel se había vuelto tan oscura como el ocaso, como si estuviera muriendo de asfixia..., o como si ya hubiese muerto.

Ningún aldeano se atrevía a acercarse a ella. El horror los había dejado paralizados. Los padres mantenían a sus niños a una prudente distancia. Las madres sollozaban, la de Primavera entre ellas.

Cuando Gaviota se acercó, un anciano llamado Diente de Lobo le agarró por el brazo.

--¡Suéltame! --rugió el leñador--. ¡He de hacer algo por ella! ¿Por qué no estáis...?

--¡No! --jadeó Diente de Lobo--. Es la muerte... ¡Es la Muerte Negra! ¡La reconozco por las leyendas! ¡Hace que la gente se desplome de repente y la mata! ¡Muchas veces las sanadoras que han venido a cuidar al paciente mueren antes que él!

Gaviota siguió con los ojos clavados en Primavera, pero no se acercó ni un paso más. Él también había oído las historias sobre ciudades enteras que habían sido barridas por la Muerte Negra.

--¿Y si está...?

--No lo está --le interrumpió Diente de Lobo--. Está muerta, y todos los de dentro de esa casa también están muertos. --La «casa» era el tejado debajo del que habían acostado a las víctimas--. Ese mordisco de rata la ha matado. Pobre Primavera...

«Así que éste va a ser su epitafio», pensó Gaviota. Pobre Primavera, que hubiera podido ser la esposa de Gaviota el Leñador... Las lágrimas volvieron borroso el cuerpo de la muchacha y le abrasaron las mejillas. Gaviota avanzó con paso torpe y tambaleante por el sendero, dando un rodeo alrededor de los restos del cacharro y del cuerpo de Primavera, para ir a echar un vistazo al refugio.

Nutria, un muchacho que habían dejado allí para que ahuyentara

a las ratas, yacía junto a la entrada. Él también estaba hinchado y negro. Un reguero de pulgas huía de su cuerpo, más pulgas de las que Gaviota había visto en toda su vida.

Y en el interior del refugio había ojos diminutos y relucientes que le miraban fijamente. Había centenares de ellos, y estaban por todas partes. Dientes amarillos quedaron al descubierto, y después las ratas volvieron a su banquete.

El horror era tan grande, tan abrumador, que Gaviota era incapaz de entenderlo o asimilarlo. Su mente dejó de funcionar, y rodeó al terror con una muralla impenetrable antes de que la hiciese enloquecer.

Sólo podía pensar en todas las pérdidas que había padecido: primero su padre y su madre, después sus hermanos y hermanas, luego la desaparición de Gavilán y, finalmente, una mujer a la que acababa de descubrir que podía amar.

Y sólo unos instantes antes había estado silbando en el bosque. Gaviota sintió un repentino y terrible odio hacia sí mismo..., y hacia todo lo demás.

Detrás de él, Diente de Lobo estaba discutiendo con Foca, el matón de la aldea, y con algunos otros. La discusión se fue haciendo más encarnizada hasta que terminó convirtiéndose en un rugido.

--¡Nos vamos, y ahora mismo, y eso es todo!

--¿Adónde iréis? --preguntó Gaviota, recayendo en su antigua costumbre de oponerse a todo lo que dijera Foca.

Otros aldeanos dejaron de discutir entre ellos y volvieron la mirada hacia los dos hombres.

--¡Lejos! --gruñó el gordo hombretón--. ¡Esta aldea está maldita! ¡Es una fosa abierta!

--¿Adónde iréis? --repitió Gaviota--. ¡No me dices adonde iréis! ¡Nunca habéis estado en ningún otro sitio!

--¡Eso da igual! Basta con que esté lejos de aquí!

--Pero... --intervino Febrilla con voz temblorosa--. Foca, ¿realmente crees que...?

El hombretón se volvió hacia su asustada esposa y le golpeó la cabeza con la palma de la mano.

--¡Ve a coger tus cacharros y mi jarra!

Después habría vuelto a golpearla, pero Gaviota le agarró por la muñeca y apretó hasta que Foca dio un respingo de dolor.

--¿Éste es el hombre al que seguiréis cuando abandonéis esta aldea, cuando abandonéis vuestra tierra natal? --rugió Gaviota

volviéndose hacia los aldeanos--. ¿Vais a seguir a este cobarde fanfarrón? ¡Pensad en lo que dejáis aquí!

Pero nadie le respondió ni le devolvió la mirada. Estaban asustados y habían decidido huir, y condenarles no serviría de nada. Tal vez volvieran algún día, tal vez no. No había nada que Gaviota pudiese hacer al respecto.

El leñador se sentó encima de una roca cerca del cuerpo enfermo de Primavera y contempló cómo los aldeanos se preparaban para marcharse.

Mangas Verdes estaba hablando con una libélula que se había posado encima de un diente de león. Las ratas correteaban por debajo del techo apuntalado. Las moscas zumbaban de un lado a otro. La bestia mecánica seguía moviéndose en la lejanía, creando un sordo rumor. El gigante, Liko, dormía con el muñón vendado alzado hacia el cielo.

Gaviota permaneció sentado encima de la roca y no hizo nada.

No había nada que hacer. No podía enterrar a Primavera ni a su familia por miedo a la corrupción. En cuanto llegase la oscuridad, las ratas reclamarían a la muchacha. No podía encontrar a Gavilán. El chico podía haberse perdido en el bosque, o haber sido capturado por soldados o por la hechicera, pero lo más probable era que fuese uno de los muchos cadáveres esparcidos sobre el suelo del valle. Gaviota ni siquiera era capaz de pensar en una razón para seguir viviendo, salvo la de cuidar de Mangas Verdes.

Uno a uno, los aldeanos fueron recogiendo sus míseras pertenencias mientras las sombras se iban alargando. Uno a uno, avanzaron a lo largo del sendero yendo en dirección norte por encima del risco. Unos cuantos se despidieron de Gaviota agitando la mano, pero el leñador no les devolvió su adiós.

El último aldeano --Diente de Lobo, el anciano lisiado-- ya estaba demasiado lejos para poder ser visto cuando llegó el crepúsculo.

Mangas Verdes fue hacia Gaviota y dejó escapar un maullido gutural, una señal de que tenía hambre. Gaviota le cogió la mano.

--Sí, es hora de comer --dijo--. Iremos al bosque. Es lo único que nos queda ahora.

Cogió su hacha, su arco y su aljaba, tomó a su hermana de la mano y fue hacia las profundidades llenas de susurros del bosque.

* * *

Como si quisiera darles la bienvenida, el bosque les ofreció un par de gordos faisanes a los que Gaviota mató sin ninguna dificultad. Encontraron el claro que el leñador había despejado... ¿sólo ayer por la mañana? Las ramas de fresno, que ardían con una llama verde, se inflamaron bajo su acero y su pedernal. En vez de asar las aves, Gaviota les sacó las tripas, cogió un poco de barro con el que envolvió a los faisanes, plumas incluidas, y los enterró en las cenizas. Podían esperar un rato hasta comer. Gaviota no tenía hambre, y Mangas Verdes había vuelto a sus viejos paseos por el bosque y estaba canturreándole a unas cuantas palomas en un pequeño macizo de abedules. Gaviota pensó que eso tal vez la retendría allí y haría que se mantuviera cerca de él, pues no había forma de saber qué fuerzas maléficas seguían estando al acecho. El leñador había visto huellas de trasgos. Pero tratar de retener a Mangas Verdes en un lugar determinado era como intentar agarrar el humo. La muchacha siempre iba donde le daba la gana a cada momento. Los dioses tendrían que protegerla: Gaviota no podía hacerlo todo.

Suave se alegró de ver a su dueño, e incluso Cabezota aceptó que Gaviota rascara sus ásperas crines sin tratar de morderle. Las mulas no habían estado atadas, pero aun así se habían mantenido cerca del claro, pastando donde podían y esperando su regreso. Gaviota encontró un extraño consuelo en su comportamiento.

--Veo que habéis sabido cuidar de vosotras mismas --les dijo--. Os ha ido bastante mejor que a Risco Blanco, ¿eh? Eso es bueno. Nuestro antiguo hogar ya no existe, así que quizá este bosque encantado sea nuestra nueva casa...

Y de repente estaba sollozando con el rostro pegado a los cuellos de las mulas. Los pobres animales quedaron un poco confusos, pero no se movieron.

La pena de Gaviota no duró mucho rato, pues de repente oyó el estrépito de muchos pies moviéndose en la oscuridad fuera del anillo de la hoguera.

«¡Soldados!», gritó su mente agotada.

Gaviota agarró su hacha, temiendo más por sus mulas y su hermana que por él mismo. ¡Maldición! ¿Dónde estaba Mangas Verdes? No podía permitir que fuera vagando de un lado a otro. Ya había suficientes peligros para que además...

Y un instante después Helki y Holleb, los dos centauros, entraron en el círculo de luz amarilla.

Se detuvieron con un último y grácil balanceo de sus patas, con

las colas ondulando suavemente de un lado a otro, y apoyaron las puntas de los astiles de sus lanzas delante de sus cascos delanteros. Con la luz del fuego destellando sobre sus petos y sus yelmos, la parte superior de sus cuerpos recordaba más a una oruga que a un ser humano. Gaviota esperó sin moverse, sujetando el hacha con las dos manos.

El silencio se prolongó. La luz bailoteaba sobre los lustrosos pelajes de los centauros y el metal del hacha de Gaviota, y se reflejaba en las hojas surcadas por venitas blancas que crujían y susurraban en las alturas. Un nudo de la madera chasqueó entre las llamas y creó una rociada de chispas. Gaviota puso el pie encima de un retazo de hierba que había empezado a arder. Aparte de ése, no hubo ningún otro movimiento.

Fue Helki, que parecía tener la costumbre de llevar la voz cantante, quien rompió el silencio.

--Te vimos... hablar... a tus mulas --dijo--. Son unos animales magníficos.

¿Le habían visto llorar? Gaviota se sintió repentinamente consternado, y se frotó la cara sin darse cuenta de lo que hacía. Estaba tan cansado y maltrecho que hubiera podido dormir durante una semana entera.

Pero las observaciones del centauro no pretendían hacer que se sintiera avergonzado, sino abrir la conversación.

--Gracias --replicó Gaviota. Después se dio cuenta de que estaba siendo bastante descortés, y bajó su hacha hasta que la doble hoja quedó apoyada en el suelo--. ¿Queréis compartir mi fuego?

El yelmo adornado con plumas se inclinó en un lento asentir. Los ojos del centauro quedaban ocultos por las sombras del yelmo, pero cuando respondió la voz de Helki sonó afable y cortés.

--Gracias. Sí, nos gustaría... El fuego resulta muy agradable en una noche fría.

--Sí, claro. --A Gaviota no se le ocurría nada más que decir, pero los centauros siguieron esperando en silencio--. Hablé con Liko, el gigante. Él también era un esclavo sometido a la voluntad de la hechicera, como debéis de serlo vosotros.

--Así es --dijo Holleb.

La voz del hombre-caballo era más áspera y grave que la de Helki, y recordaba el deslizarse de la gravilla por una pendiente.

--Bien, os debo una disculpa --dijo Gaviota--. Yo... Lo siento.

Los centauros conferenciaron en su lengua, con lo que Gaviota

tuvo la clara impresión de estar asistiendo a una exhibición de relinchos y resoplidos entre dos caballos.

--Nosotros también lo sentimos --declaró finalmente Helki--. Lamentamos la pérdida de tu hogar. Pero nos hallábamos bajo un yugo mágico, una compulsión profundamente enterrada en nuestras mentes, que debíamos obedecer, y lo único que podíamos hacer era luchar.

--Ahora lo entiendo.

--Todos decimos la verdad, así que debemos hablar.

--Si insistís... --Gaviota, que estaba demasiado cansado para discutir, dejó escapar un suspiro--. Pero ¿hablar de qué? Ya no queda nada. Quizá sería mejor que volvierais a vuestra tierra natal.

--No tenemos manera alguna de volver allí --dijo Helki y, por primera vez, Gaviota percibió un temblor de tristeza en su voz--. Es imposible.

* * *

Gaviota sacó los faisanes recubiertos de barro que había enterrado, rompió los cascarones endurecidos que los envolvían y separó la piel y las plumas de la carne marrón. Después colocó las aves encima de un tocón, las cortó en porciones y ofreció algunas a los centauros. Mangas Verdes podía arreglárselas por su cuenta, encontrando hongos, moras, raíces comestibles y demás alimentos silvestres en el bosque. De todas maneras no le gustaba demasiado la carne, y probablemente se limitaría a dejarla.

Los centauros se quitaron su armadura mientras Gaviota trabajaba. Sus petos se sujetaban por delante, pero se ayudaron el uno al otro como si nunca se cansaran de tocarse. Los petos y los yelmos quedaron colgando de los arneses de sus grupas, donde ya había alforjas de comida, bolsas para herramientas y equipo, un rollo de cuerda y una botella de agua. Incluso las lanzas podían ser introducidas en un par de aros de cuero colocados en su lado izquierdo. Gaviota comprendió que los dos centauros podían desaparecer en un segundo si ocurría algo que les obligara a salir huyendo.

Pero el leñador apenas pensó en ello, pues estaba muy ocupado contemplando --mientras intentaba no hacerlo-- sus fantásticas siluetas.

Los rostros que habían quedado revelados eran bastante

corrientes e incluso agradables, aunque los dos tenían una prominente dentadura amarilla. Sus cráneos estaban cubiertos por un corto pelaje rojizo del mismo color que el de sus cuerpos, aunque las crines seguían hasta llegar muy cerca de la frente. Sus estómagos eran de un color blanquecino, aunque el de Holleb estaba cubierto por frondosos mechones de vello rizado, mientras que Helki tenía unos pequeños pechos no muy sobresalientes, con pezones marrones que sobresalían del cuerpo y que eran tan gruesos como la articulación de un pulgar.

El hombre y las criaturas equinas acabaron sentándose junto a la hoguera, los centauros con las patas dobladas debajo del cuerpo. Seguían teniendo un aspecto grácil y delicado incluso estando sentados. Gaviota, con su mano mutilada, su rodilla lisiada y sus cicatrices de hacha, se sentía torpe y viejo. El leñador les ofreció las porciones de faisán encima de unos trozos de corteza, y los centauros las aceptaron con amable cortesía. A cambio Holleb sacó un bloque de fruto seco de un color anaranjado de una de sus alforjas. Era albaricoque, y estaba muy bueno.

Comieron en silencio durante un rato, hasta que Gaviota se decidió a hablar.

--Entiendo muy poco de lo que ha ocurrido aquí, no más de lo que una hormiga comprende una tempestad de rayos y lluvia --dijo--. ¿Cómo caísteis bajo el dominio de esa hechicera, y por qué no podéis volver a vuestro hogar?

--Nosotros no entendemos mucho más --suspiró Helki--. Nuestro pueblo vive en las estepas y la taiga que llamamos Tierras Verdes, cerca del Mar Endulzado. Eso queda muy lejos de aquí y hacia el este, a juzgar por el sol. Nuestro país es una tierra fronteriza, en la que suele haber guerras. Nos adiestramos como guerreros desde la infancia, y trabajamos como exploradores para buenas causas. Pero una hechicera --no nativa de allí, sino una viajera--, nos contrató para que recorriéramos unas tierras. No estábamos muy seguros de que fuese buena idea, pero prestamos el servicio que nos solicitaba. La hechicera nos dio las gracias estrechándonos la mano, y después se fue.

--¿Se fue? ¿Quieres decir que desapareció?

--No. Montó a caballo, y se alejó al galope con sus sirvientes. No nos pareció que hubiese nada de raro en eso, y no volvimos a pensar en ello. Pero de repente, un día, yo y Holleb nos encontramos en un campo de batalla, igual que ayer. La hechicera está allí, y ahora es

nuestra dueña y señora, no sabemos cómo. Los yugos mágicos caen sobre nosotros con su peso invisible, y debemos obedecer órdenes. Por fuera obedecemos, aunque por dentro nos rebelamos, pero no nos sirve de nada. Como si hubiera dos mentes en una, y una gobierna y la otra se somete... Luchamos con enanos, criaturas pequeñas pero fuertes, y contra hombres-toro. Después la batalla cesa sin que ningún bando haya vencido y volvemos a estar en casa. Todo ha sido como un sueño, pero ha dejado cicatrices. --Helki le enseñó su codo izquierdo, surcado por una larga señal blanca--. Luego ocurre dos veces más, siempre en algún lugar distinto. Cuando la batalla ha terminado, la hechicera mueve la mano y nos envía de vuelta a casa.

»Entonces llega el día de ayer. Exploramos este lugar y luchamos aquí. Pero cuando la batalla termina, la hechicera se ha ido. No hay nadie para enviarnos de vuelta a casa.

--La hechicera salió huyendo --gruñó Gaviota--. En esas batallas anteriores debió acabar obteniendo la victoria, y por eso pudo ocuparse luego de sus guerreros y enviarlos de vuelta a sus casas. Pero esta vez le dieron una buena paliza, y escapó como una liebre asustada..., y os dejó atrapados aquí. ¿Es eso?

Helki estaba tan triste y afectada que sólo pudo asentir con la cabeza. Holleb estaba arrancando uno a uno los brotes de una gruesa rama.

--Como ese ridículo animal mecánico que sigue rondando por ahí --dijo Gaviota con voz pensativa, encajando piezas del rompecabezas--. Y esos trasgos que no sirven de nada, y el pobre gigante que ha perdido un brazo... De hecho, eso explica el color que tiene la tierra debajo del muro de espinos.

--¿Muro de... espinos? ¿Qué es un espino?

Helki sentía curiosidad a pesar de su pena, pues allí podía haber alguna respuesta a su apurada situación.

--Ese montón de matorrales llenos de pinchos --le explicó Gaviota--. Cuando estaba escondiendo a mi hermana, me di cuenta de que el suelo era de color rojo. No tenemos tierra así en nuestro valle. Sólo he oído hablar de ella a algunos viajeros, así que todo ese muro de espinos fue arrancado de algún lugar de los Dominios y trasladado hasta nuestra aldea... Imaginaos el poder que se necesita para hacer algo semejante, para arrancar de cuajo una parte de la tierra y transportarla hasta otro lugar. ¡Pensad en lo que pueden hacer esos hechiceros! Y sin embargo dedican su tiempo a luchar entre ellos, obligando a seres inocentes a combatir hasta la muerte por... Bueno,

¿y por qué luchan? Los reyes luchan por la gloria, y los soldados por la paga. ¿Qué pretenden conseguir los hechiceros?

--Poder --gruñó la voz áspera y gutural de Holleb, sobresaltando a Gaviota y a su compañera--. Poder para convertirse en dioses.

El fuego había quedado reducido a una masa de ascuas rojizas. El Bosque de los Susurros estaba tan inmóvil y silencioso a su alrededor que Gaviota tuvo que hacer un gran esfuerzo para percibir aquellas cuasi-voces sibilantes que zumbaban tan perezosamente como las abejas durante el verano.

El leñador había conseguido unir unas cuantas piezas, pero eso sólo había servido para que el rompecabezas se volviera todavía más grande. Si los hechiceros luchaban entre ellos por el poder, o la magia o el maná o como quiera que lo llamasen, ¿por qué dos de ellos habían venido hasta aquel lugar? El único poder existente en Risco Blanco había sido el del agua que hacía girar la rueda del molino, y había muy poca magia. Su curandera tenía más de comadrona que de bruja. Podía bendecir las semillas cuando eran plantadas, y su herrero podía hacer aparecer chispazos de colores mientras forjaba el acero, pero...

Que los hechiceros invadiesen su valle no tenía ningún sentido.

Y el hecho de que aquella batalla careciese de sentido y de motivo hizo que la furia volviese a arder dentro de Gaviota. ¿Cómo se atrevían a utilizar a las personas igual que si fuesen herramientas, para arrojarlas luego a un lado cuando estaban rotas o necesitaban salir huyendo?

Una agitación repentina y un ruido de ramas que crujían y se partían llegó hasta sus oídos desde el comienzo del bosque.

Gaviota se irguió al instante, agarró su hacha y buscó a Mangas Verdes con la mirada. Los centauros se incorporaron de un salto y sacaron sus lanzas de los aros. Los tres salieron de la luz de la hoguera.

Junto con los ruidos de madera rompiéndose, como si un tornado estuviera partiendo ramas, llegó un sordo retumbar que Gaviota sintió a través de las plantas de sus pies. El leñador agarró su hacha con más fuerza. Fuera lo que fuese...

Y de repente las ramas se separaron allí donde empezaba el campamento, muy por encima de la cabeza de Gaviota. Liko, el gigante de dos cabezas, apareció ante ellos y llenó todo el espacio iluminado por la hoguera. Las hojas resbalaban de sus hombros y caían al fuego trazando lentas espirales. Haber perdido uno de sus

enormes brazos hacía que su enorme cuerpo se inclinara hacia la izquierda. Los ojos almendrados parecían adormilados, como los de un niño.

--¿Tenéis comida? Yo tengo hambre.

* * *

Hicieron que el gigante se sentara con la espalda apoyada en un fresno. El árbol gimió, igual que el hombre-montaña. Sus rostros gemelos recubiertos por una capa de sudor aceitoso estaban tan pálidos como la corteza del abedul.

Gaviota le preguntó cómo se encontraba, pero sólo obtuvo un murmullo del gigante. El leñador se volvió hacia los centauros.

--¿Qué vamos a hacer? --preguntó--. Ha sufrido los mismos infortunios, y ha sido tan víctima de la esclavitud de la hechicera como vosotros.

Los centauros hablaron en su lenguaje, gruñendo y resoplando como dos perros que se pelean, y Helki acabó haciendo una sugerencia.

--Vimos reses en el otro bosque --dijo--. Podríamos traer una. ¿Come carne?

--Come cualquier cosa. Pero ¿realmente sois capaces de encontrar reses de noche?

Una repentina chispa de furia ardió en los ojos de Holleb, el hombre-caballo.

--¿Estás bromeando?

--No, no. --Gaviota había quedado muy sorprendido--. Pero... ¡Dioses, yo estuve buscando las reses esta misma mañana y no hallé ni rastro de ellas!

Helki dejó escapar un delicado resoplido.

--Holleb puede seguir el rastro de un mosquito zancudo a través de un lago --dijo--. Traeremos una res.

Los centauros se desvanecieron en la oscuridad, con sus arreos y equipo tintineando sobre sus flancos.

No había nadie más para hacerlo, así que Gaviota decidió inspeccionar la herida del gigante. Su cabeza izquierda le contempló con visible curiosidad mientras la cabeza derecha dormía. Apartar la piel de caballo verdosa dejó en libertad un hedor nauseabundo. Astillas de hueso sobresalían de una carne donde el rojo de la llama rozaba el gris de la putrefacción. Gaviota suspiró y volvió a tapar la

herida.

Pensó que no tenía nada de raro que el gigante estuviera cansado, luchando con semejante infección. El alivio, y la paz de la tumba, pronto serían suyos en cuanto el envenenamiento de la sangre llegara a su corazón.

--Bueno, veo que los gigantes son capaces de aguantar prácticamente cualquier cosa --dijo, esforzándose por hablar en un tono jovial--. Sois tan fuertes y resistentes que no me extraña que cuenten leyendas sobre vosotros.

No estaba muy seguro de si el gigante le entendía o no. Sus ojos rasgados, su piel apergaminada y su calva hacían que Liko pareciese anciano y sabio, pero Gaviota ya se había dado cuenta de que casi todo le confundía y le dejaba perplejo.

--¿Cómo llegaste a encontrarte al servicio de esa hechicera, Liko? --preguntó para cambiar de tema--. ¿También te estrechó la mano?

Un fruncimiento de ceño.

--¿Hechicera?

Gaviota estaba empezando a sentir dolor en el cuello de tanto mirar hacia arriba. La cabeza del gigante quedaba a más de un metro por encima de la suya incluso cuando estaba sentado.

--No. Me dio tonel de vino. En barca pequeñita. --Liko alzó los brazos para mostrar la longitud de la barca, pero le faltaba una mano y volvió a fruncir el ceño. Su pecho y su estómago subían y bajaban lentamente, haciendo que el enorme blusón hecho con trozos de velas se agitara como un barco en alta mar--. Buen vino. Buena amiga.

«Y a la hora de encontrar gangas haría sonrojarse incluso a Urza --pensó el leñador--. Compró un esclavo con un tonel de vino.»

--¿Por qué no descansas, Liko? Los centauros pronto traerán comida.

--También me gusta el vino.

--¿Y a quién no le gusta el vino? Tendrás que esperar hasta la cosecha de otoño.

Una ramita se partió detrás de Gaviota, y no había sido ninguna de las que crujían dentro de la hoguera.

El leñador giró sobre sí mismo.

Un trasgo le estaba robando el hacha.

* * *

El leñador lanzó un aullido para asustar al ladrón y salvó la

hoguera de un torpe salto.

El trasgo, que tenía las piernas muy cortas y se hallaba estorbado por el peso del hacha, no consiguió llegar muy lejos. Gaviota lo envió contra un árbol de un manotazo.

El trasgo dejó caer su botín e intentó levantarse para huir, chillando frenéticamente mientras se debatía. Gaviota agarró un flaco tobillo y alzó a la criatura como si fuese un pez enganchado en el anzuelo. Con un harapiento faldellín colgando alrededor de sus brazos, la criatura era obviamente del sexo masculino. No llegaba a pesar veinte kilos, y su pelaje gris estaba surcado por una franja negra muy parecida a la de las mofetas.

La sabandija balbuceó, suplicó, amenazó, movió los brazos como si fuesen las aspas de un molino de viento y casi consiguió romperse el tobillo con sus contorsiones. Gaviota la sacudió hasta que la cabeza del trasgo bailoteó de un lado a otro y la criatura se quedó callada.

--Eso está mejor --dijo Gaviota--. Y ahora, ¿qué he de hacer? ¿Dejo tus sesos esparcidos encima de este tronco, o vas a decirme por qué robaste mi hacha?

--¡No lo hice, no lo hice! --chilló el trasgo.

Su rostro invertido, que normalmente era de un verde liquen, se fue volviendo tan intensamente verde como las hojas de trébol.

Gaviota soltó un bufido y fue hacia la hoguera.

--¿Qué has dicho? --preguntó mientras movía al trasgo de un lado a otro por encima de las llamas.

--¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Lo hice, la robé! ¿Eso es malo?

--¿Cómo? ¡Por supuesto que es malo! ¡Robar está mal, y robarme a mí está especialmente mal!

--¡Sí, sí, ahora lo entiendo y lo veo muy claro! ¡No volveré a hacerlo! ¡Lo juro!

--¡Bah! El que nace ladrón, morirá siendo ladrón --dijo Gaviota, y sacudió la flaca pierna para dar más énfasis a sus palabras.

--Ciertísimo, señor, sí, sí... Pero yo soy un pésimo ladrón. ¿Ves? ¡Me han pillado, así que abandono el oficio! --Comprender que Gaviota no iba a matarle hizo que el trasgo se fuera calmando un poco--. Ah, señor, si tuvierais la bondad de soltarme...

--Silencio.

Gaviota bajó bruscamente al trasgo y la cabeza de la criatura chocó con el suelo. ¿Qué debía hacer? Tal vez sería mejor que le retorciese el cuello y arrojara los despojos a las hormigas. Un trasgo no suponía una gran amenaza, pero los trasgos eran como las ratas o

las cucarachas, y había que aplastarlos siempre que fuera posible.

Unos roces y crujidos entre la maleza hicieron que Gaviota girase sobre sus talones. Mangas Verdes estaba volviendo del bosque.

La joven puso una mano sobre el brazo de Gaviota y la otra sobre el pie del trasgo y emitió un burbujeo interrogativo. El trasgo, que seguía cabeza abajo, se aferró al maltrecho extremo de su túnica.

--¡Oh, salvadme, dulce dama! ¡Soy inocente, mi buena muchacha, soy inocente! Esta bestia salvaje me ha capturado y me maltrata, a mí, un pobre infeliz que nunca ha hecho ningún daño...

--¿Ningún daño? --Gaviota no pudo contener la risa ante aquella mentira tan descarada--. ¡Tú y tu pandilla intentasteis abrirme en canal! ¡Y queríais comeros a mi hermana! ¡Os comisteis el brazo de Liko! Debería...

Mangas Verdes tiró del brazo de Gaviota sin dejar de parlotear y fue haciéndolo bajar poco a poco. El trasgo se movió con la agilidad de una araña, agarrándose a una roca cercana a la hoguera y gritando al sentir que se le quemaban los dedos.

--Oh, Verde...

Pero la cariñosa y suave insistencia de su hermana hizo que Gaviota acabara dejando caer al ladrón. El trasgo rebotó sobre su cabeza y rodó por el suelo hasta quedar en pie.

--¡Ja! --chilló--. ¡Te he engañado, bobo de piel blanquecina! ¡Asno, patoso atontado! ¡Me he escapado! ¡Hace falta algo más que una gigantesca montaña de carne estúpida para vencer a Sorbehuevos! ¡Ja, ja!

La celebración de su triunfo quedó un poco deslucida por tener que soplar sobre los dedos que se había quemado.

Gaviota dio un paso hacia adelante, y el trasgo salió disparado hacia la oscuridad.

El leñador se volvió hacia la diminuta y frágil silueta de su hermana y se dispuso a reñirla, pero enseguida decidió olvidarlo. Los ojos de Mangas Verdes estaban clavados en su hermano mayor e irradiaban adoración.

--Eso ha sido una estupidez, ¿sabes? Dejar libre a una comadreja rabiosa como ésa... Pero supongo que ya ha habido suficientes muertes.

Su hermana miró por encima del hombro de Gaviota. ¿Habrían vuelto los centauros?

No.

Inmóvil en el círculo de luz de la hoguera, tan resplandeciente

como la claridad del sol, había un hombre de cabellera amarilla vestido con una túnica adornada por franjas de muchos colores.

Gaviota agarró su hacha del suelo y actuó guiado por el más puro instinto.

El leñador se lanzó a la carga.

--¡Te mataré! --gritó.

6

Gaviota le sacaba la cabeza y los hombros al hechicero, y probablemente pesaba una vez y media su peso. El leñador hizo girar en el aire su enorme hacha de doble filo mientras que el hechicero seguía inmóvil con sólo una especie de sonajero infantil para enfrentarse a él.

Y aun así fue Gaviota el que acabó desviándose de su camino. Un pie sufrió un espasmo, y resbaló sobre unas hojas de fresno mojadas. Gaviota se encontró patinando sobre el costado, tirando de su hacha detrás de él.

«¡Eres un idiota!», se maldijo. ¡Caerse de narices delante de un enemigo!

Gaviota se levantó soltando juramentos y volvió a lanzarse a la carga. Blandía su hacha por encima de la cabeza, temiendo volver a tropezar y herirse a sí mismo. Si conseguía acercarse a ese hechicero, ya no iba a necesitar ningún arma. Le desgarraría la garganta con sus uñas y...

El brazo derecho de Gaviota se movió violentamente como si tuviera voluntad propia, contrayéndose en un repentino espasmo. El leñador perdió el equilibrio, cayó de bruces y volvió a probar el sabor de las hojas.

¿Qué le estaba ocurriendo?

Gaviota dejó caer el hacha --sin aullar ni maldecir, sino con una fría y meditada calma--, e intentó rodar sobre sí mismo para avanzar sobre el suelo sin levantarse. De esa manera no se caería. Si conseguía golpear los pies de su enemigo y derribarle...

Su muslo sufrió otro espasmo, y el dolor fue tan intenso como si los músculos se estuvieran partiendo. Una brusca contracción de la rodilla puso fin a su torpe rodar sobre el suelo.

Gaviota pensó que aquello no era culpa suya. Aquella especie de sonajero le había dejado totalmente impotente, por ridículo que pareciese. ¿Podría arrastrarse, agarrar al hechicero por un tobillo y...?

--Cálmate --dijo el hechicero, rozándole la frente con una mano mientras Gaviota yacía en el suelo, jadeante y tembloroso--. Vengo en son de paz, para hablar.

La ira que había estado hirviendo dentro de Gaviota se esfumó tan rápidamente como el agua que se escapa por un desagüe. Quizá matar a aquel hechicero no fuese una buena idea. Quizá fuese preferible hablar. Quizá podía ayudarles...

A menos que lanzara otro hechizo, le advirtió una parte oscura de su mente.

Gaviota descartó esa idea. Conocía muy bien su mente. Lo único que le ocurría era que estaba cansado después de dos días enteros de pelear, correr, vivir y morir.

--Muy bien --resopló--. Hablemos.

* * *

Gaviota esperó hasta que sus músculos volvieron a responderle y se levantó. El hechicero deslizó el «sonajero» debajo de su cinturón. El extraño objeto estaba hecho de plata minuciosamente pulimentada y trabajada en un sinfín de nudos y volutas. El leñador lo señaló con un dedo.

--¿Qué es esa cosa?

El hechicero rozó la protuberancia redonda con la mano.

--Oh, no es nada importante... Desvía los ataques, nada más. No quiero que nadie sufra ningún daño.

«No, ¿eh?», pensó Gaviota. El hechicero estaba negándolo todo, igual que había hecho el trasgo.

Tenía la voz de un hombre joven, y a pesar del frondoso bigote Gaviota pensó que el hechicero probablemente todavía no tenía veinte años. Sus manos eran tan suaves y delicadas como las de un bebé, de eso no cabía duda. Su cabellera amarilla, peinada hacia atrás y recubierta por una capa de cal aguada que actuaba como fijador, estaba tan revuelta como la de un muchacho.

Su túnica estaba hecha de una extraña tela reluciente que emitía destellos cada vez que un pliegue capturaba la luz de la hoguera. A juzgar por los susurros y suaves crujidos que producía, debía de ser tan ligera e impalpable como las cenizas. Las bandas de colores no eran más anchas que un dedo, e iban desde el rojo de los hombros hasta el azul oscuro de un dobladillo misteriosamente libre de polvo, pasando por el amarillo en la cintura. El cinturón mostraba un gran número de protuberancias --había remaches, joyas y rostros diminutos--, pero lo más curioso era el pequeño libro encuadernado en latón y suspendido de unas cadenillas que colgaba sobre el costado izquierdo del hechicero.

Gaviota sólo había visto un libro en toda su vida, un volumen muy antiguo que Diente de Lobo había traído de uno de sus viajes. El libro estaba lleno de dibujos de animales extraños y ciudades lejanas.

Gaviota se preguntó qué podría ver un hombre en aquel libro que el hechicero procuraba mantener tan cerca de él.

El hechicero puso el libro detrás de su espalda como si le hubiese leído los pensamientos.

--No es más que la sabiduría que me legó mi maestro --dijo--. La encontrarías muy aburrida.

Gaviota se encontró asintiendo. Aquel hechicero con aspecto de muchacho tenía una sonrisa irresistiblemente contagiosa...

¿O sería otro hechizo?

Gaviota meneó su cansada cabeza e intentó concentrarse.

--¿Por qué has venido aquí? --preguntó--. ¿Acaso no has hecho más que suficiente para acabar con este valle? Ya no queda nada, ni siquiera migajas para la ratas.

La ira hizo que su voz sonara ronca y áspera.

Pero el hechicero apagó esa llama con tanta facilidad como si extinguiese los rescoldos de una hoguera dejando caer agua encima de ellos.

--Sí, ya lo he visto. Es algo terrible... Era un valle muy hermoso, y ha quedado totalmente arruinado.

--Entonces ¿por qué...? --El balbuceo que surgió de sus labios confundió al leñador--. ¿Por qué era necesario librar una batalla?

--No lo era. ¿Puedo compartir tu fuego?

El leñador, incapaz de negar una cortesía tan común, movió una mano indicándole que podía hacerlo. El hechicero echó las faldas de su túnica hacia atrás --«Igual que una mujer», pensó Gaviota--, y se sentó encima de un tocón. Liko y Mangas Verdes le estaban contemplando con abierta curiosidad.

Gaviota se sentó encima de una roca. Estaba lleno de suciedad, morados y arañazos y tenía una mano y una rodilla lisiadas, y se sentía anciano y acabado en comparación con aquel hechicero tan elegante y seguro de sí mismo.

--¿Cómo es posible que no seas culpable de esta tragedia, si tomaste parte en la lucha? --preguntó, esforzándose deliberadamente para que su voz sonara lo más áspera posible.

El hechicero entrelazó los dedos de las manos alrededor de una rodilla y se inclinó hacia atrás. La luz del fuego tiñó su cabello de blanco, dándole una extraña apariencia joven-vieja.

--Al igual que ocurre con todo, hay hechiceros buenos y hechiceros malos. La mujer de la túnica marrón es pura y simplemente maligna. Vino aquí para esclavizar vuestra aldea. Ya viste cómo esos

soldados de las plumas y la cota de malla de escamas atacaron vuestra aldea. Conjuró a ese gigante de allí, la lluvia de piedras...

--Que mató a mi padre.

--Exactamente. Lleva la muerte por dondequiera que va. Invocó la plaga de ratas...

--Que mató a la mujer que amaba.

La última palabra casi se le atascó en la garganta. Gaviota nunca la había pronunciado en voz alta, y desde luego jamás dirigiéndola a Primavera. El leñador esperaba que su alma fuera feliz y libre en el otro mundo.

--¿Ves? --exclamó el hechicero--. Estamos totalmente de acuerdo. En cambio yo no soy más que un simple buscador de la verdad, de cosas buenas que beneficien a todos los hombres y las mujeres sin importar donde vivan...

--Y entonces ¿por qué tienes un ejército? Hiciste aparecer una nube azul de la que surgieron esos guerreros azules.

El hechicero se meció de un lado a otro como un niño inquieto.

--Cierto, pero sólo para protegerme y proteger a mi séquito.

Gaviota se acordó del círculo de carros con todas aquellas personas acurrucadas dentro. ¿Dónde estaban en aquel momento? Miró por encima de su hombro, y sólo vio oscuridad. ¿Adónde había ido la pequeña caravana después de la batalla, para que pudiese volver en aquel momento con el hechicero? ¿O estaría solo?

El visitante seguía hablando.

--... y como ves, todos mis hechizos son defensivos --estaba diciendo--. Yo nunca...

--¿Trasgos que vuelan por los aires y lanzan clavos de hierro? ¿Un muro de espinos? ¿Una hidra para dejar sin un brazo al gigante de un mordisco?

Las dos cabezas de Liko fruncieron el ceño. Pero si aquel hechicero temía que el gigante pudiera levantarse y convertirle en pulpa, no dio ninguna señal de ello.

--Intento reducir al mínimo la destrucción que causan otros hechiceros. ¿Te acuerdas del cuerno de fuego? Yo traje la lluvia que extinguió sus llamas. Supongo que no pensarás que esa tormenta se produjo de manera espontánea, ¿verdad?

Gaviota frunció el ceño.

--Dos hechiceros aparecieron de repente y mi hogar quedó destruido --replicó--. Lo único que puedo pensar es que los dos lo destruyeron.

--Puedo entenderlo --dijo el hechicero, afablemente y sin perder la calma--. Pero si un lobo persiguiera a un conejo a través de este claro, y si los dos dispersaran las cenizas de la hoguera y provocaran un incendio, ¿acaso culparías a los dos animales de lo ocurrido?

--Estamos hablando de hombres, no de conejos y lobos --gruñó Gaviota.

Aquel hechicero tal vez fuese simpático y cayera bien a todo el mundo, pero el tono que empleaba resultaba tan insultante como si le estuviera hablando a un niño tonto. Además sus respuestas surgían demasiado deprisa y con excesiva facilidad, como si estuvieran ensayadas, aunque no parecían guardar mucha relación con las preguntas.

El hechicero suspiró.

--Eres uno de esos hombres que nunca creen en los demás, ¿eh? Puedo resolver cualquier problema que yo haya causado. ¿Te convencería quizá una demostración de buena fe?

--Podría hacerlo. Siempre sería preferible a este torrente de palabras que estás derramando encima de mi cabeza.

El hechicero se levantó, fue hasta el gigante y puso una mano encima de su muslo.

--Buenas noches tengáis, mi buen señor. ¿Me permitís que vea ese brazo que tan mal aspecto tiene?

Liko probablemente no entendió las palabras, pero levantó el brazo. El hechicero puso al descubierto el muñón, quitando el sucio vendaje con dedos tan ágiles como los de un cirujano, y lo examinó.

--¿Vienes de cerca del mar, gigante?

--Se llama Liko --dijo Gaviota.

--Bien, Liko... ¿Vienes de cerca del mar? Reconozco tu casta. He visitado tu tierra durante mis viajes. Es un lugar muy hermoso. Tenéis una gaviota con el estómago cubierto de plumas amarillas, ¿verdad?

Liko asintió, muy impresionado. Las dos cabezas estaban mirando fijamente al hechicero.

--¿Te gustaría volver a casa? Puedo enviarte allí.

--¿Casa? --preguntó Liko, y Gaviota se compadeció de él. El gigante era como un niño perdido--. Sí, casa. Me gustaría.

--Pues claro que te gustaría. Todo el mundo quiere volver a su hogar. Bueno, te explicaré lo que voy a hacer. Un hechizo de lo más sencillo para curar tu brazo, hacer que vuelva a crecer...

--¿Volver a crecer? --chilló Gaviota--. ¡El brazo de un hombre no puede volver a crecer!

El hechicero pareció irritarse levemente por primera vez.

--La magia puede curar o matar, crear o destruir.

Gaviota sintió deseos de escupir y gritar. Estaba siendo tratado igual que si fuera un imbécil. Bien, ¿por qué no le daba una paliza a aquel hechicero?

El hechicero empezó a trabajar. Consultó el libro encadenado a su cinturón mientras mantenía una mano encima del muñón, y murmuró una frase arcana que Gaviota no consiguió entender.

Y entonces ocurrió un milagro.

La herida se curó.

Los rojos músculos en carne viva empezaron a ondular como serpientes, y se entrelazaron como zarcillos de yedra. La carne podrida se desprendió como escamillas de piel quemada por el sol. Las puntas astilladas del hueso roto se alisaron hasta formar un extremo romo. Después, como la escarcha que se desliza por encima del cristal de una ventana, la piel --tan lisa y rosada como la que cubría las dos calvas de Liko-- fue fluyendo desde los bordes de la herida hasta que la carne y el hueso quedaron ocultos.

Gaviota, que se había quedado boquiabierto, rozó el muñón con las puntas de los dedos. Un milagro acababa de tener lugar delante de sus ojos. Pero se acordó de que...

--Dijiste que el brazo volvería a crecer --protestó--. Lo único que has hecho es curarle el muñón y cerrarlo.

--Todo lleva su tiempo --dijo el hechicero, y suspiró--. Primero viene la curación, y después la reconstrucción. Si una casa se cae, lo primero que has de hacer es quitar los escombros, ¿no?

Gaviota apretó los dientes hasta hacerlos rechinar. Todo lo que decía aquel hechicero le recordaba la destrucción de su aldea.

Pero el hechicero siguió hablando, y volvió a desviar el curso de la ira de Gaviota.

--Su brazo volverá a crecer porque le he ordenado que vuelva a crecer --dijo--. Cuando haya regresado a su tierra nativa se encontrará mucho más tranquilo y a gusto, y eso hará que se cure más deprisa.

El leñador puso una mano sobre el inmenso brazo de Liko.

--¿Estás seguro de que conoces su tierra nativa? --preguntó--. Las gaviotas que tienen el estómago amarillo pueden ser comunes a muchas costas distintas. El gigante podría acabar tan lejos de su hogar como lo está ahora.

--Sabes muy poco de la magia. Una criatura conjurada de un lugar familiar conserva una impresión de él, al igual que un hombre que

camina sobre la nieve deja huellas que indican el lugar del que ha partido. --El hechicero se dio la vuelta--. ¿Quieres ir a casa, Liko?

--Sí --asintió el gigante, pareciendo tan lleno de sabiduría como un anciano sabio y con sus dos cabezas doblando su apariencia de sabiduría--. Yo ir a casa. Peces.

--Tendrás montones de peces --dijo el hechicero, y sonrió. Fue hasta los pies del gigante y colocó sus largas y delicadas manos sobre los enormes y sucios dedos--. Ve entonces, y que tu curación sea lo más rápida posible.

Antes de que Gaviota pudiera decir adiós o ni siquiera mover la mano en un gesto de despedida, la enorme silueta del gigante tembló como un fuego fatuo bajo la luz de la luna, o como la nieve caída sobre la hoguera de un campamento, o como la lluvia...

... y desapareció.

El hechicero se volvió hacia Gaviota con las manos extendidas.

--Ya está --dijo--. He curado a tu colosal amigo, y lo he enviado a su hogar. ¿Estoy del lado del bien o del lado del mal?

Una de las frases favoritas de su siempre cínico padre acudió a la mente de Gaviota: «Un hombre puede ayudar un poquito a otros, y seguir ayudándose un montón a sí mismo».

El hechicero tomó el silencio del leñador por asentimiento.

--Me alegra que estemos de acuerdo --dijo--, porque me gustaría contratar tus servicios.

* * *

--¿Estás loco? ¿Trabajar para un hechicero? ¿Trabajar para uno de los demonios sin dioses que destruyeron mi hogar y barrieron a mi familia?

Gaviota buscó su hacha con la mirada. Había estado en lo cierto desde el primer momento: tendría que haber descuartizado a aquel petimetre del pico de oro cuando entró por primera vez en su campamento. (Pero, como le recordó una pequeña parte de su mente, lo había intentado y había terminado en el suelo.)

--¡No puedo creer que tengas tal descaro! ¿Yo, trabajar para ti? ¡Antes confiaría en una serpiente con la espalda rota que en un hechicero! Ojalá los dioses acabaran con todos los hechiceros de los Dominios. Eso sí que pondría fin a todas las calamidades e infortunios... --El leñador tragó aire, y el hombre de las franjas de colores soltó un resoplido.

--Oye, ya te he explicado todo eso. Yo hago el bien y tú puedes ayudarme..., y ahora, te rogaría que intentaras escucharme.

Gaviota se calmó y decidió guardar silencio, y el hechicero volvió a su tocón, se sentó encima de él con delicada elegancia y siguió hablando.

--El jefe de mi caravana ha muerto --dijo--. Cuando formamos el círculo con los carros, colocamos a los caballos dentro para evitar que sucumbieran al pánico y huyeran. El jefe de mi caravana no quería abandonar a las bestias, y una bola de fuego lo mató. No tengo a nadie para que se ocupe de mis recuas. He visto tus mulas: son unos animales magníficos, bien cuidados y felices. Serías un buen jefe de caravana, o mulero, o conductor de carros, o como prefieras ser llamado.

»Mira a tu alrededor. No tienes ninguna razón para quedarte aquí, en un bosque encantado y con una hermana que no puede cuidar de sí misma a la que vigilar... Únete a mí y te pagaré bien, y...

--¿Cómo sabes que tengo una hermana? --preguntó Gaviota, lleno de suspicacia.

Una mano onduló quitando importancia a la pregunta.

--Recojo información. Siempre averiguo cuanto puedo acerca de un lugar y de quién vive en él, para saber qué estoy defendiendo. Os vi atrapados en el fragor de la batalla, y vuelvo a pedir disculpas, y vi cómo salvabas a tu hermana. Demostraste mucho valor al protegerla de aquella manera, y también demostraste que tienes cerebro. Necesito un hombre así.

»Pagaré en oro, dos coronas al día, y la manutención y el alojamiento están incluidos. Puedes viajar y conseguir que se te pague por hacerlo. Puedes ir ahorrando hasta tener una pequeña fortuna, y encontrar algún nuevo lugar en el que instalarte. --El hechicero se rió--. ¡Trabaja para mí durante tres años y podrás comprarte una aldea entera!

Aquella extraña oferta le había dejado perplejo, y Gaviota necesitaba tiempo para pensar. El leñador siguió inmóvil sobre su roca y removió la hoguera con un palo.

--¿Y dónde encuentra tanto oro un buscador de la verdad y el conocimiento?

Otra ondulación de la mano del hechicero se encargó de alejar la pregunta.

--Al buscar la magia y aventurarme por lugares que muy pocos pueden o están dispuestos a visitar, doy con auténticas fortunas. A

veces son tan grandes que no puedo llevármelo todo. Suelo entregar el dinero a los habitantes de aquel lugar a cambio de conocer nuevas tradiciones populares y obtener pistas que me lleven a nuevos conocimientos y magias. No es algo por lo que debas preocuparte. Mis seguidores pueden hundir sus dientes en mi moneda. Bien, ¿cuál es tu respuesta?

Otro de los comentarios de Oso Pardo volvió a la mente de Gaviota: «Consulta todos tus negocios con la almohada. Siempre hay tiempo de sobras para equivocarse.»

--He de pensármelo --dijo Gaviota, dirigiendo sus palabras más a su padre muerto que a sí mismo--. Te daré mi contestación por la mañana.

--Prudente. --El hechicero asintió--. Muy prudente, sí. Serás un excelente jefe de caravana. Eres más listo que el pobre Gorman, que ahora está difunto... Ven por la mañana, si es que quieres venir. Nos iremos poco después de que haya amanecido.

El hechicero se levantó y se dispuso a irse, y las franjas de colores relucieron con destellos iridiscentes bajo la luz de la hoguera.

--¡Espera un momento! --exclamó Gaviota--. Si vengo, he de traer conmigo a mi hermana. Tengo que cuidar de ella.

El hechicero sonrió.

--Entiendes tanto a los animales como a las personas, ¿eh? De acuerdo, tu hermana puede venir... Probablemente comerá poco. Te deseo que pases una buena noche, y espero verte por la mañana.

El hechicero se desvaneció en la oscuridad, sus franjas de colores ondulando como llamas antes de esfumarse.

Gaviota permaneció sentado encima de la roca durante un buen rato, aprovechando su primera auténtica oportunidad de pensar en el futuro con los crujidos y chisporroteos de la hoguera como única compañía. Mangas Verdes se había enroscado como un gato para dormir.

¿Debían ir con el hechicero o no? ¿Podían quedarse allí?

No, por muchas razones. No tenían grano ni reservas de ninguna clase, y el Bosque de los Susurros no era un lugar en el que abundara la caza. Si continuaban acampando allí, no tardarían en agotar las presas igual que la plaga de ratas de la aldea acabaría consumiendo todos los alimentos, para desplazarse luego hacia el bosque como un rapaz ejército negro..., y si la plaga y el hambre no acababan con ellos, entonces lo haría el frío del invierno.

A Gaviota ya casi le daba igual lo que pudiera ser de él, pero tenía

que cuidar de Mangas Verdes.

Y había otra ventaja. Si se mantenía cerca de aquel hechicero, tal vez acabara encontrándose con la mujer de la cabellera reluciente que había luchado con él. Entonces, aunque de momento no fuera capaz de imaginarse cómo iba a hacerlo, Gaviota vengaría la destrucción de Risco Blanco.

Aun así, había una duda que volvía una y otra vez a su mente: ¿y si Gavilán regresaba? Pero en lo más profundo de su corazón Gaviota sabía que el muchacho estaba perdido, probablemente para siempre.

Después de haber tomado la decisión de irse, Gaviota se sintió como un árbol arrancado de raíz. Estaba vivo pero agonizaba lentamente, endureciéndose y pudriéndose al mismo tiempo.

Y eso era otra cosa que se había olvidado de preguntar.

¿Adónde irían?

* * *

Cuando llegó el amanecer, dos humanos, dos mulas y dos centauros salieron del Bosque de los Susurros y se dirigieron hacia un círculo de carros inmóvil en lo alto de un risco sobre las ruinas de una aldea.

Gaviota había uncido sus mulas al trineo que usaba para transportar la madera y lo había cargado con su equipo y sus herramientas: dos sierras, dos hachas, un martillo, leznas, limas y piedras de amolar, una gran mochila, una jarra de barro rojizo, su arco y sus flechas, y una capa para cuando hiciese mal tiempo. Llevaba puesta su túnica y su faldellín de cuero y calzaba sus zuecos de madera de nogal, y eso era cuanto poseía en el mundo.

A su lado caminaba Mangas Verdes, que poseía una túnica harapienta y un chal y nada más, ni siquiera zapatos, pues siempre había perdido todos los pares que se le daban. Una sucia manecita sostenía un puñado de helechos. Una hoja de fresno había quedado atrapada en su revuelta cabellera castaña, y su hermano se la quitó. Su madre siempre se había ocupado de los cabellos de Mangas Verdes, pero ya ni siquiera tenían un peine.

Los centauros llevaban puesta toda su armadura, pero no lucían las pinturas de guerra, y sostenían sus lanzas apuntando hacia el cielo de tal manera que las plumas temblaban bajo la brisa matinal.

Nadie habló, a pesar de que habían estado discutiendo hasta muy entrada la noche.

Helki y Holleb habían estado de acuerdo en que, aunque existía un número incontable de historias sobre hechiceros malvados e implacables, también había historias en las que trababan amistad con héroes y ayudaban a evitar la catástrofe. En consecuencia, el hechicero de las franjas de colores --Gaviota seguía sin saber cómo se llamaba--, muy bien podía ser un estudiante totalmente inofensivo. Trabajar para él podía resultar beneficioso.

Pero los centauros no pudieron prolongar demasiado la discusión, porque estaban demasiado nerviosos e impacientes. Los dos avanzaban, moviendo las ocho patas al unísono, con la cabezas altas pero tan temblorosos y excitados como un par de potros ante sus primeras nieves.

El séquito del hechicero les vio llegar. Gaviota, a su vez, lo estudió mientras avanzaba con paso cojeante a través de los promontorios cubiertos de musgo. Los carros eran prácticamente nuevos y estaban pintados de vivos colores, y las lonas estaban un poco amarillas pero enteras y en buen estado de conservación. El campamento se veía limpio y ordenado, libre de basura y restos de comida, e incluso contaba con una pantalla de lona colocada alrededor de una letrina cavada en un lugar cuidadosamente escogido para que el viento no pudiera traer su olor hasta los carros. El hechicero no toleraba el descuido o la pereza.

Sólo los caballos y mulas atados a una larga cuerda parecían un poco desatendidos. Gaviota frunció el ceño ante los pelajes llenos de ronchas y mataduras, las colas enredadas, las pezuñas demasiado crecidas y los ojos opacos. De repente se alegró de que el jefe de la caravana hubiera muerto: se lo merecía.

Siete hombres y más mujeres estaban desayunando dentro del círculo. Una cocinera muy gorda sudaba inclinada encima de una parrilla. Después de dos días tomando sólo alimentos del bosque, el aroma de las tortitas y la miel hizo que el estómago de Gaviota soltara un graznido quejumbroso.

Un hombre muy alto y de piel oscura vestido de cuero negro llamó a la entrada de un carro, y el hechicero de las franjas de colores salió al instante con una sonrisa en los labios. Saltó por encima del varal de un carro y alzó las dos manos.

--¡Amigos míos! ¡Cómo me alegra veros esta espléndida mañana! ¡Venid, venid! ¡Uníos a nosotros! ¿Habéis comido?

Gaviota detuvo a sus mulas con un chasquido de la lengua e impidió que Mangas Verdes persiguiera a una mariposa. Los

centauros golpearon el suelo con sus pezuñas, como dos humanos haciendo entrechocar los talones en un saludo marcial.

--Antes de compartir el pan hay que hablar de negocios --dijo el leñador--. He pensado en tu oferta, y trabajaremos para ti. Puedo ver que tus animales necesitan cuidados, y Mangas Verdes no nos causará ningún problema. Pero he de pedirte una cosa.

El hechicero, que ya se había salido con la suya, sonrió como un rey.

--Haré cuanto esté en mi mano, buen señor --dijo--. ¿Qué puedo concederos?

Gaviota señaló a los centauros con una mano.

--Estos son Helki y Holleb --explicó--. Fueron traídos aquí por la hechicera de la túnica marrón, y han quedado atrapados en este lugar. Si pudieras...

--¿Enviarles a casa, tal como hice con el gigante? --Una sonrisa. Visto a la luz del día, el hechicero parecía más joven que nunca, e incluso recordaba un poco al desaparecido Gavilán--. Me encantaría. Ya he enviado de vuelta a algunas criaturas esta mañana. Mis guardias sorprendieron a unos trasgos saqueando nuestra despensa. Devolverlos a los horribles eriales en los que viven será un castigo más que suficiente. También envié a casa a esa bestia mecánica lisiada. Espero que su propietario, sea quien sea, pueda repararla.

«Eso resulta un poco curioso», pensó Gaviota distraídamente. ¿Cómo había podido saber el hechicero de dónde procedía la bestia mecánica? ¿Tenía un cerebro? ¿Había hablado?

--Y ahora, ¿puedo preguntar...?

Los centauros-soldados describieron sus verdes estepas al norte del Mar Endulzado. El hechicero hizo muchas preguntas y recitó una lista con decenas de nombres de lugares lejanos hasta que mencionó la Montaña del Dedo Roto. Los centauros casi bailotearon de puro nerviosismo.

--¡Sí, conocemos ese monte! ¡Se encuentra cerca de nuestro hogar! ¿Has estado allí?

La respuesta del hechicero consistió en una sonrisa. Después puso las manos sobre los petos de los centauros sin más preámbulos (o pago, como notó Gaviota). Los centauros se encogieron un poco al sentir aquel contacto extraño, pero el hechicero los calmó con unas cuantas palabras y murmuró un hechizo.

Pero Helki piafó y retrocedió, pareciendo levemente inquieta.

--Nos vamos --dijo yendo hacia Gaviota--, pero te agradecemos tu

hospitalidad. Nosotros siempre te recordaremos como amigo.

--Yo también --dijo Gaviota, con un nudo en la garganta. Volver a despedirse después de haber perdido tantas cosas le resultaba muy doloroso--. Lamento haber dudado de vuestro... honor.

Mangas Verdes acarició el lustroso flanco rojizo de la centauro y le ofreció sus helechos. Helki los cogió, visiblemente conmovida.

--Es bueno que os vayáis a casa --dijo Gaviota--. Es importante tener... un hogar...

Helki saludó con su lanza, las lágrimas surgiendo de debajo de su yelmo, y trotó hacia el hechicero, que sonrió como un abuelo complacido. Una nueva imposición de manos, un susurro y un centelleo como el de las últimas estrellas que se desvanecen con el alba, y los centauros desaparecieron.

El hechicero puso cara de satisfacción y se sacudió las manos como si se quitara unas motas de polvo. Después dio una palmadita sobre la despeinada cabeza de Mangas Verdes y estrechó la mano de Gaviota.

--Me alegra mucho que te hayas unido a nosotros --dijo--. Te necesitamos. Y doy la bienvenida a tu hermana y a su amable dulzura... Vamos, romped vuestro ayuno. Después podrás conocer a las bestias. Como tú mismo has dicho, necesitan atenciones.

--Pero ¿cómo te llamas? --preguntó Gaviota--. ¿Cómo debo dirigirme a ti?

Un encogimiento de hombros.

--No somos muy amantes de las formalidades. Soy más joven que la mayoría de vosotros, así que sería ridículo llamarme «amo» o «señor». Llámame Liante.

--¿Liante?

Una leve sonrisa.

--Sí. Un nombre más adecuado para uno de esos perritos que siempre están creando problemas a sus dueños, ¿eh? Mi padre era un gran bromista, y a veces su hijo también lo es.

* * *

Y así fue como, dos horas después, Gaviota estaba unciendo caballos y mulas a los carros que le señalaba el mozo que ayudaba a la cocinera. Ajustó los arreos y puso bien las cinchas, y acabó declarando que los animales estaban preparados. Sus mulas fueron colocadas delante de otra recua de mulas en el carro de los

suministros. Gaviota se instaló en el pescante con Mangas Verdes junto a él. La cocinera y su ayudante volvieron a dormir dentro del carro, acostados entre cajas, sacos y barriles.

Gaviota puso en marcha a sus animales con un chasquido de la lengua. Los otros carros empezaron a moverse detrás de él. Liante se había mostrado bastante vago acerca de su destino, y se había limitado a ordenar que entraran en el Bosque de los Susurros por el primer hueco que fuese lo bastante grande para poder permitir el paso de los carros.

El carro avanzó a lo largo del risco, envuelto en un estrépito de crujidos y chirridos, y Gaviota no miró hacia abajo. En el valle ya sólo habría huesos.

Y nunca volvería a verlo.

7

Mientras tiraba de las riendas, Gaviota pensó que al menos podía tener la seguridad de que su nuevo trabajo haría que estuviera demasiado ocupado para pensar y deprimirse. De repente tenía un millar de tareas nuevas y se encontraba rodeado de desconocidos, avanzando a través de un bosque misterioso por un camino que no había visto nunca.

«Lo cual es estupendo», se dijo malhumoradamente. Estaría demasiado ocupado para ponerse triste.

La fila de carros chirriaba y se bamboleaba, e iba abriéndose paso por las profundidades del Bosque de los Susurros. El camino no era demasiado difícil. Los árboles de aquel bosque eran tan viejos que apenas crecían, por lo que formaban un dosel sólido que protegía a las hojas, mohos y musgos del suelo, privando de la luz del sol a la espesura. Sólo el laurel de las montañas o los rododendros, más altos que Gaviota y de tallos muy resistentes, podrían haber supuesto un obstáculo para su avance, y los carros evitaban aquellos macizos que los hubiesen retrasado. El muérdago colgaba de los grandes troncos formando gruesos telones, pero era lo bastante verde y flexible para poder ser cortado. De hecho, los únicos obstáculos existentes eran los que presentaba el mismo terreno, con sus arroyos de cauces rocosos y sus cañadas, agujeros y pequeños riscos.

El mayor de todos los obstáculos, aquel incesante susurrar, iba afectando poco a poco a los humanos. Gaviota y Mangas Verdes ya se hallaban acostumbrados a él, pero estaba poniendo bastante nerviosos a los demás.

El viejo Diente de Lobo había dicho que aquel susurro continuo era como el mar. (¿Y qué tal le estaría yendo al viejo Diente de Lobo, y a Foca y los demás?), o como un coro que siseara, intercambiando secretos y comentarios, como un grupo de viejas reunidas en la fuente o como gansos volando sobre tu cabeza. Los susurros burbujeaban por todas partes, primero aquí y luego allá, como si hubiera fantasmas parloteando a tu espalda. Pero volverse y entrecerrar los ojos no revelaba nada salvo más sonidos ahogados.

Aquel inexplicable murmurar había mantenido alejados de allí a todos los habitantes de Risco Blanco, y ésa era la razón por la que Oso Pardo se había convertido en el leñador de la aldea. Oso Pardo no le tenía miedo a nada y se había llevado consigo a su flaco y aterrorizado hijo, tirando de él hasta que aquel muchacho también fue

alto y fuerte. Y así, de una existencia entera de cortar árboles que podían aplastarle, o hacerle cosas todavía peores, había acabado surgiendo el no temer a casi nada.

Pero el séquito de Liante lanzaba miradas llenas de miedo a los enormes troncos que se alzaban sobre ellos y al dosel de verdor que se cernía sobre sus cabezas, iluminado únicamente por astillas de luz solar, por lo que en el bosque siempre parecía ser la hora del crepúsculo. Incluso el explorador, un robusto hombretón que vestía un chaquetón de piel, procuraba mantenerse lo más cerca posible del carro de los suministros.

«¿Y quién puede estar seguro de que ninguna monstruosidad surgirá repentinamente de estas profundidades crepusculares?», pensó Gaviota. Una mañana de viaje había hecho que se adentrase más que nunca en el bosque. Nunca había visto nada más grande que un oso, pero había visto algunas huellas bastante extrañas.

Hizo girar a la recua con un áspero «¡Haw!» y dirigió a los animales hacia una pendiente que llevaba hasta el explorador, que permanecía inmóvil encima de un pequeño promontorio. Las herraduras de las mulas atravesaban las hojas para hundirse en la blandura del suelo. Las ruedas del carro se inclinaban hacia los lados, y durante un momento Gaviota pensó que podían volcar. Pero la recua encontró puntos de apoyo y el carro se enderezó, y siguieron adelante. El explorador reanudó su avance, buscando la ruta más llana que llevara hacia el noroeste. Gaviota volvió la cabeza. Los otros conductores estaban siguiendo sus rodadas, e iban subiendo por la pendiente sin tener problemas.

Hasta el momento habían tenido mucha suerte a la hora de encontrar pasos. Quizá llegara un instante en el que tuvieran que empujar los carros o usar palancas para subirlos por una pendiente, o talar árboles; pero eso aún no había ocurrido, y ya resolverían cualquier problema que pudiera haber en cuanto se presentase.

De repente Gaviota tenía una nueva vida que giraba alrededor de unos carros y unas monturas cuya existencia ni siquiera había conocido tres días antes. No cabía duda de que los dioses eran caprichosos, y que tenían mucha imaginación en lo referente a cambiar la existencia de los hombres.

¿Qué otras sorpresas le reservaba el futuro?

* * *

Los carros --sus carros-- estaban bien construidos: eran sólidos pero rápidos y fáciles de manejar, con las ruedas lo bastante grandes para poder salvar sin dificultad los obstáculos de las rocas y los baches, pero aun así tan delgadas como un brazo. La caja de madera era alargada, con los lados y los extremos bajando en unas suaves curvas hacia el centro de tal manera que los cargamentos quedaran bajos y situados en la parte central. No volcarían con facilidad. Había un total de cinco carros, cuatro cubiertos con lonas y uno que consistía en una caja sólida. Gaviota conducía el carro de los suministros, que crujía y tintineaba con el continuo estrépito de las ollas, marmitas y cacharros de hierro, las cajas de manzanas y jarras de aceite, y los sacos de harina y sal. Mangas Verdes, la gorda cocinera y su flaco ayudante viajaban con él.

Después venía el carro de las mujeres, en el que viajaban seis de las mujeres más hermosas que Gaviota había visto jamás, bailarinas vestidas con holgadas y ondulantes prendas de seda y satén que formaban todo un harén ambulante para Liante. Las bailarinas iban y venían a lo largo de la pequeña caravana de carros como pájaros y viajaban en distintos carros, pero Gaviota enseguida se dio cuenta de que siempre había un par atendiendo a Liante.

En el centro, ocupando el lugar más seguro y protegido de la caravana, estaba el carro sin lona de Liante, con sus filigranas doradas, rostros tallados y escenas pintadas del mundo entero. El hechicero pasaba la mayor parte del día y de la noche dentro de él. Un secretario vestido de gris que siempre tenía los ojos entrecerrados sujetaba las riendas con sus manos manchadas de tinta. No cobraba ningún sueldo por ese trabajo, por lo que Gaviota ya había llegado a la conclusión de que era un hombre importante.

Detrás venía el carro de la astróloga, que contenía --si el rápido vistazo que Gaviota echó a su interior no le había engañado-- un eunuco que desempeñaba las funciones de enfermero y herbario; una astróloga tan marchita y llena de arrugas que parecía una manzana reseca; y una mujer de abigarrados ropajes multicolores que llevaba consigo una gran lira, obviamente una cantora.

La caravana terminaba con el carro de los hombres. Había cuatro guardias, y cada uno era un hombretón tan alto y corpulento como Gaviota. Tres de ellos conducían carros, y se pasaban el día entero empuñando las riendas. Se turnaban para explorar el camino que estaban siguiendo, detectar cualquier señal de peligro y cazar si era posible. La razón básica de su existencia era proteger a Liante..., con

sus vidas, si llegaba a ser necesario.
Gaviota había contado dieciocho personas, a cada una de las cuales se le pagaba un mínimo de dos coronas de oro al día (aunque Gaviota probablemente era la más pobre, después del ayudante de la cocinera). Se trataba de una suma fabulosa que Liante desembolsaba cada día meramente para vivir cómodamente y con elegancia. El hechicero consideraba que el dinero carecía de importancia, pero podía permitirse el lujo de pensar así: tenía montones de dinero.
Pensando, soñando despierto o con la mente totalmente en blanco, Gaviota siguió empuñando las riendas y bamboleándose de un lado a otro con las oscilaciones del carro. Risco Blanco ya había quedado muy atrás. Aunque no sacara nada más de aquella vida, por lo menos quizá podría irse alejando de una parte de sus penas.

* * *

El mediodía encontró a la caravana unos quince kilómetros dentro del bosque.
La cocinera se levantó de su catre de paja, fue tambaleándose hasta el pescante del carro que saltaba y temblaba y agarró el hombro de Gaviota con sus manos llenas de viejos cortes y quemaduras.
--Encuentra un sitio plano y coloca los carros formando un círculo, Chicarrón --jadeó--. Vamos a comer.
Su ayudante ya había bajado de un salto para recoger ramas caídas con las que encender el fuego para cocinar.
Los animales fueron desviándose para formar un círculo --todas las bestias conocían la rutina--, y los conductores pusieron los frenos mientras todo el mundo saltaba al suelo para empezar a trabajar. Dos bailarinas cogieron cubos de cuero para traer agua de un arroyo. Los guardias hablaron con el explorador que acababa de regresar. Dos de ellos se armaron con ballestas y espadas, y después empezaron a moverse en círculos alrededor del campamento mientras los demás iban aflojando los arneses. El secretario desapareció dentro del carro de Liante, y una bailarina salió de él para hacer sitio a otra. El enfermero ayudó a avivar el fuego, y la cantora se sentó encima de una roca, afinó su lira y empezó a cantar. Sólo la anciana astróloga se tumbó encima de una manta para echar una siesta debajo de los cálidos rayos del sol.
Gaviota también empezó a trabajar. Tenía montones de cosas que hacer.

Los animales --ocho mulas y doce caballos-- siguieron con los arreos puestos, pero se les permitió pastar y beber. Gaviota, con un punzón para limpiar pezuñas en la mano, inspeccionó cada pata en busca de grietas o piedras que hubieran quedado incrustadas debajo de las herraduras. Había un total de ochenta pezuñas que examinar, y algunos de aquellos animales que habían estado tan descuidados hasta aquel momento aprovecharon todos los descuidos del leñador para tratar de dejar caer su pata encima de sus pies. Gaviota habló con cada bestia, acariciándola y calmándola mientras lo hacía. Tardaría algún tiempo en ganarse su confianza: incluso Suave y Cabezota mordían si se les presentaba una oportunidad de hacerlo. Al atardecer Gaviota tendría que cepillar flancos y peinar crines enredadas, y también debería llevar a cabo un examen general en busca de rozaduras provocadas por los arneses, picaduras de pulga infectadas, y demás problemas. Si llegaba a ser necesario, montaría una fragua con su pequeño yunque y cambiaría herraduras. Además también tenía que frotar los arneses con aceite, sustituir las secciones gastadas, ocuparse de que los hierros de sujeción estuvieran en buen estado, engrasar ejes, inspeccionar las ruedas en busca de grietas y posibles roturas y asegurarse de que las tiras de cuero estuviesen tensas y no tuvieran desgarrones. Aparte de todo eso, no había que olvidar el conducir un carro y preocuparse de cuatro más durante todo el día.

Estaba claro que la jornada del leñador abarcaría desde antes del amanecer hasta un buen rato después de que hubiera oscurecido, y que también incluiría el vigilar a Mangas Verdes durante todo ese tiempo.

Y hablando de Mangas Verdes, ¿dónde se había metido?

El campamento resonaba con el estrépito de las ollas y asadores, las hachas que cortaban madera, la balada de la cantora, el parloteo de las muchachas y mujeres, y las groseras bromas que estaban intercambiando los dos guardias que no tenían nada que hacer en aquel instante.

Pero no había ni rastro de su hermana.

Gaviota se puso hecho una furia. En realidad, no había forma de que pudiera cuidar de ella: Mangas Verdes se esfumaba tan deprisa y con tanta facilidad como si estuviera hecha de humo. Los dioses y su buena estrella innata tendrían que protegerla. Él estaría demasiado ocupado...

--¡Eh, Chicarrón! --La cocinera, que estaba sudando encima del

fuego, le ofreció un plato--. ¡Ven y cómetelo, o se lo daremos a los cerdos!

Gaviota se colgó el látigo de las mulas del centro de la espalda y cogió el plato de latón. La comida consistía en un estofado de salazón de cerdo, una rebanada de pan de maíz recién cocido y unos cuantos encurtidos que no logró identificar, y estaba acompañada por una jarra de cerveza tibia. El leñador quedó bastante impresionado. El largo invierno había pasado pero las cosechas aún no habían podido ser recogidas, por lo que Risco Blanco había andado bastante escasa de comida últimamente. Gaviota no había comido pan de maíz desde hacía tres meses, y no había bebido cerveza desde hacía dos. Además el estofado estaba muy sabroso y bien condimentado, el pan crujía y era de un hermoso color dorado, los encurtidos estaban buenísimos y la cerveza era realmente magnífica. Gaviota se lo dijo a la cocinera, y la mujer sonrió.

--Me alegra que te guste. Cocinar es un trabajo espantosamente duro. ¿Dónde está tu hermana? Tengo su plato preparado.

Gaviota meneó la cabeza con la boca llena.

--Normalmente no come --dijo--. Encuentra el sustento en el bosque o vive del aire, igual que un hada.

La cocinera se limpió el rostro con un gordo brazo y llenó otro plato.

--Por eso está tan delgada. Bueno, yo lo arreglaré. ¡Eh, Chico Malo, ven a por tu comida!

Gaviota, que estaba muy concentrado en la tarea de comer, se tambaleó cuando alguien le golpeó en el hombro. Su plato cayó al suelo.

El hombre de aspecto sombrío que iba vestido de cuero rió detrás de él, Una silueta negra desde los pies hasta la cabeza: su atuendo consistía en una chaquetilla cerrada mediante cordones, ceñidos pantalones de montar, botas de media caña y protectores para los brazos, y llevaba el cabello muy corto. No era mucho más viejo que Gaviota, pero ya había sido bastante maltratado por la vida. Una larga cicatriz iba desde su sien izquierda hasta su mandíbula. La carne que rodeaba la cicatriz estaba llena de arrugas y bultos, como si le hubieran raspado el rostro, y le faltaba una oreja. Unos surcos blanquecinos tiraban de sus párpados y hacían que siempre tuviera un ojo muy abierto, lo que le proporcionaba una expresión sardónica.

El guardia contempló con expresión burlona los morados de Gaviota, como si el leñador ya hubiera sido vencido en una pelea.

--¿Qué pasa? ¿Tienes las manos resbaladizas por el sudor de caballo? ¡Hazte a un lado! No estoy dispuesto a aguantar el olor a mierda de caballo mientras como.

Gaviota asintió y giró sobre sus talones para marcharse.

--Sí, señor.

El brazo del matón se alargó hacia su plato. Gaviota volvió a girar bruscamente e incrustó su codo debajo de las costillas del hombre, hundiéndolo en sus tripas.

El hombre vestido de negro jadeó y se dobló sobre sí mismo, pero haberse quedado sin aliento no le impidió agarrar un cuchillo de su cinturón y lanzar un salvaje tajo dirigido al brazo de Gaviota.

Pero Gaviota había seguido moviéndose. El leñador retrocedió rápidamente, y un zueco de madera de nogal chocó con un trasero.

La cocinera soltó un chillido cuando el guardia cayó sobre la hoguera, esparciendo cenizas por encima de la comida y haciendo salir despedido un trípode de hierro.

Pero el guardia rodó sobre sí mismo, absorbiendo ágilmente el impacto de la caída, quedó sentado al lado de la hoguera y lanzó el cuchillo.

Un potente chasquido hizo vibrar el aire y el cuchillo voló hacia los árboles como una mariposa resplandeciente. Gaviota había empuñado su látigo y había golpeado el cuchillo en pleno vuelo.

Todo el campamento se había quedado perplejo y boquiabierto, incluso el guardia caído en el suelo. Gaviota, sonriendo, hizo girar el látigo por encima de su cabeza y lanzó un nuevo golpe. La punta invisible siseó como una avispa sobre la cabeza del guardia, que aulló cuando su única oreja quedó rajada por el latigazo.

Gaviota volvió a mover su látigo. La tira de cuero se enroscó tres veces alrededor de su cuello igual que si fuese una serpiente amaestrada, y acabó reposando su punta de víbora encima de su pecho. El leñador desenrolló el látigo de su cuello, despacio y tomándose su tiempo, moviéndose con una calma impasible.

El guardia se llevó la mano a la oreja y descubrió que estaba cubierta de sangre.

--¡La próxima vez te mataré! --gritó.

--La próxima vez que lo intentes te reventaré un ojo --replicó Gaviota.

El leñador alargó la mano hacia el plato del guardia y la cocinera se lo entregó.

--Bien hecho --dijo la cocinera--. Un hombre que tira la comida

puede pasar sin comer. ¡Eh, Tontito, ven a por ella!

Casi todo el mundo había venido corriendo para ver cómo el matón del campamento ponía a prueba al recién llegado. El matón se levantó del suelo y fue hacia el bosque. Gaviota empezó a comer y otro guardia, un hombretón de piel bronceada y rostro lleno de arrugas, le saludó levantando el pulgar hacia el cielo mientras sonreía con una sonrisa a la que le faltaban unos cuantos dientes.

--Un amigo, un enemigo --murmuró Gaviota con voz pensativa--. No está mal para una mañana de trabajo.

* * *

Mangas Verdes regresó mientras Gaviota estaba poniendo los arreos a la última recua de animales. Había traído consigo un objeto alargado de color negro grisáceo. Gaviota se volvió hacia ella, y el objeto gruñó.

Era un tejón.

El animal pesaba bastante, por lo que su hermana lo llevaba pegado al pecho pese a sus colmillos recubiertos de espuma. El tejón se dejaba transportar y acariciar, aunque estaba claro que era una criatura salvaje del bosque. Le faltaba un trocito de oreja, probablemente arrancado por un gato montes.

--Me recuerda mucho a ese guardia, así que quizá deberías llamarle Chico Malo --bromeó Gaviota, retrocediendo un par de pasos--. Pero déjalo aquí, Verde. Nunca querrá ir dentro de un carro.

Mangas Verdes acarició la cabeza de pelaje rayado sin dejar de murmurar cariñosamente ni un solo instante, y jugó con los tiesos bigotes y le hizo cosquillas en el hocico. Al animal le gustaba ser rascado. La joven acabó dejándolo en el suelo, y el tejón se deslizó velozmente hacia la espesura con el estómago pegado al suelo y desapareció. Después Mangas Verdes bostezó, abriendo la boca tan aparatosamente como si fuera una niña.

Gaviota soltó una risita, la agarró por la cintura y la alzó en vilo hasta depositarla encima del pescante del carro.

--¡Ah, ya tenemos aquí a la pequeña! --la saludó cariñosamente la cocinera--. Anda, querida, ven aquí y échate una siestecita con Felda.

Mangas Verdes, toda pies y rodillas sucias, se metió en la parte de atrás del carro y se hizo un ovillo como si fuese un perro.

Gaviota avanzó con paso cojeante a lo largo de la hilera de carros, haciendo una última inspección. Un escupitajo voló por los

aires y se estrelló contra el suelo cuando pasaba por delante del carro de las mujeres. El guardia vestido de cuero estaba encorvado en el pescante. El tajo que le había infligido el látigo de Gaviota ya no sangraba, pero la oreja se le había hinchado hasta el doble de su tamaño normal.

--No vivirás para ver la luz del nuevo día, removedor de estiércol --se burló el guardia.

Gaviota sonrió y se llevó una mano a la cabeza.

--¿Cómo dices? --replicó--. No puedo oírte. Creo que tengo algún problema con mi oreja.

Las venas se hincharon en el cuello del guardia. El guardia del rostro lleno de arrugas, que estaba sentado dos carros más atrás, dejó escapar una risotada silenciosa.

Gaviota terminó su inspección y se volvió hacia el secretario que conducía el carro de Liante.

--Listos para seguir.

El secretario metió la cabeza dentro del carro, murmuró algo y asintió.

--Adelante.

La pequeña caravana se puso en movimiento entre chirridos de frenos, crujir de riendas y chasquear de lenguas de los conductores, y fue bajando por el sendero que había elegido el hombre vestido con pieles de oveja al que la cocinera llamaba Tontito. Los carros siguieron su ruidoso avance y continuaron adentrándose en las profundidades del Bosque de los Susurros.

Gaviota se preguntó hasta dónde se extendía el bosque, dónde terminaba y qué había más allá de él. Después le gritó a Cabezota --aquella condenada hija de un cerdo ciego y calvo que tenía el cerebro del tamaño de un guisante y las orejas peladas-- que intentara rodear la roca que tenían delante por el lado que el leñador le estaba indicando con el látigo.

* * *

Quien no tuviera que conducir podía caminar. La cantora siempre lo hacía, sosteniendo su lira y silbando las llamadas de distintas aves. Las bailarinas iban de un carro a otro, desapareciendo dentro del de Liante cuando el hechicero las llamaba.

Pero Gaviota se sorprendió cuando una bailarina vestida de blanco se agarró al extremo del pescante.

--¡Échame una mano!

Gaviota la izó a bordo con delicada cautela, y después volvió a concentrarse en la conducción del carro. Se encontraban en un tramo del camino donde resultaba muy fácil rozar un árbol y romper una rueda, pero aun así corrió el riesgo de echar una mirada a la chica. Sus ojos intentaron atravesar la capa de maquillaje, y Gaviota supuso que todavía era una muchacha, no mucho mayor que Mangas Verdes. La bailarina guardó silencio durante un rato antes de hablar.

--Lo que hiciste con la oreja de Kem fue toda una demostración de habilidad --dijo por fin.

El recuerdo hizo que Gaviota soltara una risita.

--Oh, eso no fue nada. Espanto moscas de las orejas de mi mula sin hacerles ni un rasguño. Kem me estaba poniendo a prueba, y ahora ya nos hemos tomado la medida el uno al otro.

--Bueno, pues ya puedes ignorar todas sus amenazas. Sólo se mete con la gente que se asusta de él. Convirtió la vida de nuestro último jefe de caravana en un auténtico infierno.

«Ahora ya sé por qué se escondió entre los caballos y quedó destrozado por esa bola de fuego», pensó Gaviota, y chasqueó la lengua para hacer que su recua rodease un pequeño macizo de abedules.

--¿Hablas por experiencia personal? --preguntó después.

--Sí --dijo la joven con ingenua franqueza--. Me acosté con él una vez, pero me pegó. No he vuelto a hacerlo.

«Ah, así que me está agradecida porque le he dado una buena lección a Kem», pensó Gaviota.

--¿Y qué tuvo que decir Liante al respecto?

--¿Respecto a que me pegara, quieres decir?

--No, a que te acostaras con él.

--Oh. Se nos permite acostarnos con los hombres siempre que paguen a cambio del placer que les damos. Después de todo, somos empleadas de Liante.

--¿Y qué servicios le prestas?

Gaviota se limitaba a darle conversación, y no esperaba obtener una respuesta.

Pero la joven sonrió y respondió.

--No tantos como podrías pensar. Liante siempre está demasiado preocupado por su salud y las estrellas, y eso le impide pasarlo realmente bien en la cama.

--¿Eh? ¿Su salud y las estrellas?

--Así es. --La joven se desperezó igual que un gato y bostezó--. Está convencido de que... No le digas que te lo he contado, ¿de acuerdo?

--¿Cómo?

Gaviota le lanzó una rápida mirada de soslayo. La joven tenía los cabellos de un castaño oscuro y los llevaba bastante cortos a los lados para que le enmarcaran las mejillas, con el resto de la cabellera recogido en una trenza sujetada mediante cintas blancas que le caía sobre la espalda. Todas sus prendas eran blancas con pequeñas franjas de adorno azules y amarillas: llevaba una delgada blusa, un chaleco con flores bordadas, pantalones anchos y unas zapatillas cerradas mediante más cintas. Gaviota volvió a concentrar la atención en sus mulas.

--No lo haré --dijo--. Puedes confiar en mí.

--Hmmmm... --La joven titubeó durante unos momentos antes de tomar una decisión y empezar a hablar--. Liante está convencido de que hacer magia consume sus «jugos vitales». Siempre está hablando de «equilibrar las sales» y «mantener la electricidad», sea lo que sea eso. Ésa es la razón por la que siempre viaja acompañado de Haley, el eunuco, que es su enfermero. Unas horribles pociones verdes seis veces al día, derramadas por un extremo del cuerpo o introducidas en forma de chorrito por el otro... Es ridículo. Y se preocupa mucho por la influencia de las estrellas, así que también se hace acompañar por esa bruja llamada Kakulina, que es su astróloga personal. Lo único que hace es dibujar cartas estelares y farfullar tonterías que no tienen ningún sentido. Ojalá tuviera su trabajo... No tiene que seguirle la corriente a alguien que siempre está hablando de sus entrañas y de la piedra de su nacimiento.

Gaviota sonrió, muy divertido por las extrañas ideas de su jefe.

--Podrías haber solicitado el puesto de mulero.

--Debería haberlo hecho. No podría hacer de cocinera, eso es seguro. Nunca aprendí a cocinar.

--¿No sabes cocinar? --preguntó Gaviota, tan sorprendido que faltó poco para que se atragantase--. ¡En mi aldea todas las niñas aprenden a cocinar!

La joven extendió un pie calzado con una delicada zapatilla a lo largo del pescante y dejó que se balanceara siguiendo el ritmo de las sacudidas del carro. Los rayos del sol caían sobre su rostro empolvado, cubriéndolo con manchitas de luz y sombra y haciendo que tuviera un aspecto artificial y enfermizo.

--Mis padres me vendieron a un burdel cuando era pequeña --dijo--. Once bocas eran demasiadas bocas que alimentar, y yo era demasiado bonita para seguir con ellos. Aprendí a atender las mesas, servir té y cerveza, preparar vino caliente con especias, bailar y cantar, esquivar una botella lanzada contra mi cabeza, reconocer las enfermedades, esconder mi dinero para que las otras chicas no me lo robaran y suplicar a un hombre que no me marcara con su cuchillo. Más tarde, cuando fui lo bastante mayor, aprendí cómo excitar a un hombre, cómo convertir en realidad sus fantasías...

--No hace falta que me cuentes el resto.

La joven tenía los ojos clavados en el camino.

--Bien, el caso es que nunca me enseñaron a cocinar.

--No parece una vida demasiado agradable.

Los delgados hombros de la joven subieron y bajaron en un leve encogimiento.

--No es el peor trabajo del mundo --dijo--. No tengo que sacarles la tripas a los peces, arar, pasarme todo el día inclinada encima de una cuba de curtidor o cuidar de unos cerdos cubiertos de barro y mugre. No tengo que complacer a seis o siete hombres en una sola noche, sino únicamente a uno, y Liante no exige mucho de mí. Ah, y además he estado ahorrando... Algún día tendré mi propio negocio.

--Oh, ¿sí? --murmuró Gaviota, entre divertido y perplejo. En algunos aspectos aquella mujer tan práctica y segura de sí misma le recordaba a la pobre Primavera, pero su elegante altivez la hacía distinta a cualquier mujer que hubiese conocido hasta aquel momento--. ¿Qué clase de negocio?

--Una tienda para caballeros y damas. ¡Una sombrerería, con todos los complementos necesarios! Sólo venderé los mejores sombreros y guantes, y abriré mi tienda en alguna gran ciudad.

El leñador asintió.

--La gente siempre necesitará ropa, así que no te morirás de hambre. Me alegra ver un poco de ambición. Yo sólo he aprendido a cortar árboles y a dar forma a la madera..., y a guiar mulas dándoles golpes en la cabeza. Me habría bastado con eso, pero se me acabó la suerte de repente hace tres días.

--Bueno, pues entonces no sigas pensando en lo que ocurrió. Alégrate de haber tenido un hogar. A algunos se nos ha negado incluso eso.

Los dos guardaron silencio durante un rato.

--¿Cómo conseguiste este trabajo? --acabó preguntando Gaviota.

--Liante compró mi contrato hace un año. Eso también fue muy raro. Sí, se portó de una manera muy extraña...

--¿Qué quieres decir?

Aquella mujer era una sorpresa detrás de otra.

La bailarina frunció el ceño mientras recordaba.

--Hizo que todas las chicas fuéramos al salón, y después hizo que cada una se colgara del cuello un medallón de plata que sacó de una caja. Nos lo fuimos poniendo una detrás de otra, y nunca llegamos a saber por qué quería que nos lo pusiéramos. Después dijo que quería comprarme, regateó un rato y mi señora me dejó marchar.

Gaviota pensó que realmente aquello era muy extraño y no tenía ningún sentido, y se limitó a encogerse de hombros.

--¿Cómo te llamas?

--Lirio. Liante quiere que siempre vaya vestida de blanco. Las otras chicas son Rosa, que es un encanto pero un poco boba; Orquídea, que se cree una reina; Flor de Melocotón, que no está mal del todo; Junco, que debería estar matando cerdos en vez de aquí; y Campánula, y ésa es tan perra que podría criar a toda una camada de cachorros.

--Gracias por la advertencia --replicó Gaviota.

Pero empezó a pensar en lo que le había dicho Lirio. Las bailarinas llevaban nombres de flores, como solía ocurrir también con las mujeres de su aldea. Ninguna de ellas se habría llamado Lirio, una flor muy delicada que crecía en los jardines y a la que era preciso cuidar continuamente. La primavera, en cambio, era una flor silvestre vigorosa y tenaz que crecía en los montones de estiércol.

Un instante después, los recuerdos del hogar y de todo lo que había perdido invadieron la mente de Gaviota, y no le permitieron decir ni una palabra más.

* * *

A media tarde el explorador alzó una mano para indicar a la caravana que se detuviera, y después les hizo señas desde un pequeño promontorio que se alzaba por delante de ellos pidiendo que Gaviota fuese a reunirse con él. El leñador, sintiendo curiosidad, pasó las riendas a Lirio y subió cojeando por la pequeña colina.

El hombre del rostro lleno de arrugas y la piel bronceada estaba haciendo su turno de vigilancia.

--¿Qué opinas de eso? --preguntó de repente, apoyando su

ballesta en un robusto brazo y señalando con la mano libre.

Gaviota puso una rodilla en el suelo y examinó el sendero, evitando pisar el rastro. Un poco de agua que brotaba del sendero y quedaba atrapada en una pequeña cuneta hacía que la tierra estuviera fangosa, y había dos roderas de carro abiertas en ella. Dentro de cada rodera se veían unos pequeños hoyos bastante profundos, espaciados regularmente a un palmo de distancia el uno del otro.

--Remaches en una llanta de hierro --dijo Gaviota--. No se parecen en nada a nuestras ruedas. Son lisas... Tenemos a alguien delante de nosotros. ¿Tal vez... cuatro carros? --Rozó los bordes de las huellas con las puntas de los dedos. Eran tan rectos y precisos como si los hubieran hecho con un cuchillo, pero ya se habían secado y se desmoronaron bajo su mano--. Yo diría que nos llevan dos días de ventaja.

Gaviota se irguió y fue por una abertura de la arboleda.

--Venían de más al norte, y entonces cambiaron de parecer y siguieron por esta dirección --siguió diciendo--. Por eso no los hemos visto antes. ¿Van al mismo sitio que nosotros?

--Es una pregunta a la que no puedo responderte, hombretón --dijo el guardia, y se rió--. No sé adonde vamos. Me llamo Morven, por cierto... Estuve treinta años en el agua hasta que llegó un momento en el que me bastaba con ver algo azul para vomitar, así que levé anclas. Después me fui tierra adentro y acabé entrando al servicio de ese hechicero tan delicado que siempre anda rodeado de perros de presa. ¿Cómo te llamas?

--Gaviota.

El leñador estrechó la huesuda mano del guardia. Morven tenía una gran cantidad de canas en su barba y su rizada cabellera. Su rostro estaba tan lleno de arrugas como el caparazón de un cangrejo de tanto entrecerrar los ojos para protegerlos del sol y del viento. Vestido con una camisa azul bastante descolorida y unos pantalones blancos y con sus pies nudosos calzados con sandalias, le recordó al viejo Diente de Lobo, el único hombre de Risco Blanco que había viajado.

Otro entrecerrar de ojos.

--¿Gaviota? ¿Un nombre de ave marina, siendo leñador?

--Sí. Una gaviota se posó en el umbral de nuestra casa el día en que nací. Fue la primera y la última gaviota que se ha visto jamás en nuestra aldea.

--Entonces tu destino es ir al mar algún día.

--Quizá. --Gaviota se encogió de hombros--. Nunca he tratado de adivinar las intenciones de los dioses. Siempre hacen lo que quieren con nosotros... Ni siquiera soy capaz de saber cuáles son las intenciones del hombre para el que trabajo, dejando aparte la de mantener satisfechas a sus bestias.

--Hacer que algo viva contento y satisfecho ya es suficiente para un hombre solo, sea lo que sea el algo en cuestión..., y eso incluye a las esposas. Yo debería saberlo. He tenido trece.

Gaviota sonrió.

--¿Por eso estás tan tierra adentro?

Morven enseguida le devolvió la sonrisa.

--Digamos que procuro mantenerme lo más alejado posible de los puertos de mar, y dejémoslo en eso. Ven, vamos a darle las malas noticias al viejo Trasero Apretado...

Los dos hombres fueron hacia la caravana.

--¿Trasero Apretado?

--El secretario de Liante, el tacaño, el hombre que te cuenta hasta las cortezas del queso... Es el que nos paga, cuando se acuerda de hacerlo.

--Procuraremos que se acuerde, ¿verdad?

--Oh, desde luego que sí. Pero el dar dinero es algo que nunca llegará a gustarle, de la misma manera que Kem nunca te besará por haberle rajado la oreja. --Morven soltó otra risita--. ¡Por la Lanza de las Eras, te juro que daría un mes entero de paga para poder verlo otra vez! ¡Eh, Trasero Apretado! ¡Mueve tu gordo culo y baja!

* * *

Incluso Liante salió de su carro para examinar las misteriosas huellas. El hechicero acabó decidiendo que lo único que podían hacer era seguir avanzando en dirección noroeste, y tratar de encontrar una ruta paralela si es que ello era posible.

Y cuando la caravana volvió a ponerse en marcha, Gaviota supo de repente cuál era la meta de su viaje.

El noroeste...

Iban al lugar en el que una estrella fugaz se había precipitado desde lo alto de los cielos hacía una luna, chocando con el suelo y haciendo temblar la tierra e incendiando el bosque.

Era un portento lleno de muy malos augurios..., y había demostrado serlo para Risco Blanco.

¿Qué significaría para Gaviota y Mangas Verdes cuando llegaran allí?

* * *

Gaviota yacía sobre un costado y contemplaba la hoguera que iba agonizando poco a poco. Estaba agotado, pero no podía dormir.

En cuanto la medianoche del día más ocupado de toda su vida hubo quedado atrás, el leñador se metió debajo del carro de los suministros y se acostó. Había dejado a Mangas Verdes dentro del carro con Felda, la cocinera, pero él había optado por dormir fuera, donde podría vigilar a las recuas y levantarse sin perder ni un instante en el caso de que los lobos o los osos decidieran venir a husmear. Gaviota se había preparado para esa eventualidad colocando su arco, su aljaba y su hacha de doble filo encima de los ejes del carro. Después se había derrumbado encima de su petate.

Y había empezado a pensar en dónde estaba.

Se encontraba a muchos kilómetros de su valle, mucho más lejos de lo que jamás hubiera llegado a estar de él. Cada giro de aquellas ruedas hacía que él y Mangas Verdes estuvieran un poco más lejos del valle. Gaviota nunca había sentido nostalgia de su hogar, porque nunca había estado lejos de él.

De repente el leñador se preguntó si realmente habría sido tan terrible que él y Mangas Verdes muriesen con los demás. ¿Estaría toda su familia reunida entonces, junta en algún lugar mejor?

Un siseo.

--¡Gaviota!

Los ruidos que rompieron el silencio detrás de él hicieron que Gaviota se sobresaltara, y el leñador giró rápidamente sobre sí mismo y alargó la mano hacia su hacha.

Una vaharada de perfume surgió de la nada y una esbelta mano se posó encima de su boca, y un instante después unos dedos ágiles y esbeltos apartaron su manta y Lirio se deslizó dentro de ella. La luz de las ascuas agonizantes teñía de rojo su blanco rostro cubierto de polvos, y sus pies estaban fríos y su cuerpo caliente. La joven soltó una risita y después puso sus labios pintados sobre los de Gaviota, y le besó ávidamente.

--¡Podemos estar juntos si no hacemos ruido! --susurró--. No es necesario que me pagues. Nadie lo sabrá. ¡Haré todo lo que desees!

La sangre retumbaba dentro del cráneo de Gaviota como un

martillo sobre un yunque. Lirio se pegó un poco más a él, le mordisqueó los labios y buscó a tientas con las manos por debajo de su faldellín.

--¡Espera!

Gaviota la agarró por las muñecas, aturdido por la sorpresa y con la mente todavía perdida en Risco Blanco, muy lejos de allí.

Lirio pensó que estaba bromeando, y se agachó y le mordió un pezón. Estaba obteniendo una reacción procedente de debajo de su faldellín, pero Gaviota le apartó las manos.

Los rojos labios de la joven se fruncieron en un mohín.

--¿Qué pasa? ¿Acaso preferirías alguna otra cosa? Conozco todas las formas de...

--Calla..., encanto. --Gaviota había estado a punto de decir «niña». Lirio había visto mundos enteros que él ignoraba, y sin embargo era tan joven y tan ingenuamente entusiasta que Gaviota se sentía como si fuese su hermano mayor--. No quiero...

La confusión de Lirio se estaba convirtiendo en ira.

--¡Los hombres nunca saben lo que quieren! ¡Por eso vienen a nosotras! Puedo...

--¡Por todos los cielos! ¿Quieres escucharme de una maldita vez? --Un caos de pensamientos contradictorios se agitaba en la mente del leñador. Una parte de su ser sabía muy bien lo que quería, pero Gaviota siguió hablando sin hacerle caso--. No es nada que tenga que ver contigo, Lirio. Eres muy bonita, y muy dulce y cariñosa. No, soy yo. Todavía...

Lirio aguardó en silencio. Estaba acostumbrada a hacerlo.

--Todavía estoy de luto --logró balbucear Gaviota por fin--. Hacer el amor contigo sería... demasiada felicidad demasiado pronto. Deshonraría el recuerdo de mi aldea, y de mi familia. ¿Lo entiendes?

Lirio se echó hacia atrás, estudió el rostro de Gaviota durante unos momentos y acabó meneando la cabeza en un lento vaivén que hizo ondular su cabellera recogida con cintas.

--Yo no... Lo que has dicho... Ningún hombre me ha dado jamás esa excusa. Demasiado cansado, o demasiada bebida. Pero nunca...

Estaba perpleja, y Gaviota se sintió invadido por una repentina oleada de comprensión y simpatía. La joven le había ofrecido afecto de la única manera en que sabía hacerlo, y él la había rechazado.

Pero un instante después un refrán que su madre solía citar con mucha frecuencia acudió a la mente de Gaviota: «Un simple abrazo contiene mucho más amor que cuanto se pueda hacer en una cama.»

Y pensar en su hogar perdido sólo sirvió para hacer que se sintiera todavía más lleno de tristeza.

Gaviota rodeó a la joven con sus brazos y acunó su cabeza sobre su pecho. El aroma de su perfume brotaba de los oscuros cabellos de Lirio.

--Por favor, Lirio... Deja que te abrace durante un rato, ¿de acuerdo? Es lo único que te pido...

Lirio le devolvió el abrazo con una suave y cautelosa delicadeza. Ella también estaba sola y echaba de menos su hogar, y el compartir esas circunstancias con Gaviota hizo que por fin pudiera entenderle.

--Eres un hombre extraño, Gaviota, pero eres bueno y... ¡Ay!

Lirio soltó un chillido ahogado, y después gritó. Acababa de ser arrancada de los brazos de Gaviota, y un instante después fue sacada de debajo del carro por una mano implacable que tiraba de sus cabellos.

--¿Qué...? ¡Quítate de en medio, gata de callejón! --rechinó una voz--. ¡He venido a matar a tu amiguito!

_____ **8** _____

Era Kem, el guardia de las cicatrices, en un cauteloso ataque por sorpresa.

Debía de haber intentado agarrar a Gaviota por los cabellos, sin saber que Lirio estaba junto a él.

«Es un pequeño error que va a salirle muy caro», pensó Gaviota.

Lirio, que había sido arrastrada hasta quedar con medio cuerpo fuera del carro, seguía gritando. Gaviota extendió el brazo junto a ella, agarró la peluda muñeca de Kem, se sujetó a una rueda con su mano libre...

... y tiró con todas sus fuerzas.

Una maldición y un golpe sordo le indicaron que el rostro de Kem había chocado con el lado del carro. El guardia soltó a Lirio. La joven, toda una veterana de las peleas entre borrachos, desapareció debajo del eje trasero.

Kem, todavía maldiciendo y atrapado por una muñeca, se agachó y lanzó un golpe con la mano libre. Gaviota pensó que probablemente empuñaba un cuchillo. El leñador movió la muñeca en un brusco giro, y Kem soltó un juramento cuando su golpe falló el blanco y no consiguió herir el brazo de Gaviota.

El leñador se impulsó con las piernas, salió de debajo del carro y rodó hacia la hoguera. Sólo llevaba puesto su faldellín de cuero. La luz del fuego destelló sobre su cuerpo sudoroso y cubierto de cicatrices. Gaviota miró a su alrededor buscando algún arma no letal: había ramas para la hoguera, tierra, cacharros de hierro y suministros colgados del carro. Tenía armamento de sobras.

Kem rodeó el extremo del carro y deslizó cautelosamente los pies sobre el suelo, adoptando una postura de combate con aquella larga daga reluciendo en su puño.

--¡Es el momento de la despedida definitiva, pájaro de mierda!

Gaviota curvó los dedos.

--Antes tendrás que acercarte para poder herirme, oreja cortada. ¿Qué pasa, es que tienes miedo?

El guardia atacó con un gruñido gutural. Gaviota saltó a un lado, cogió una bolsa de grano colgada de un gancho en el carro y la hizo girar en un gran arco dirigido contra la cabeza de su enemigo. Kem esquivó la pesada bolsa, pero perdió la oportunidad de usar su hoja. Gaviota lanzó la bolsa hacia el rostro del hombre, saltó sobre él e incrustó su puño en la muñeca del matón, dejándola entumecida y sin

fuerzas. La daga se clavó en el suelo.

Pero Kem sabía luchar, mientras que Gaviota sólo contaba con su fuerza bruta. Kem dejó que el arma siguiera donde había caído y lanzó un manotazo dirigido a la ingle de Gaviota. El leñador movió las caderas en un veloz giro y retrocedió para aplastar la mano contra el carro. Estaba demasiado cerca, y Gaviota alzó su antebrazo derecho y golpeó a Kem debajo del mentón. Los dos contrincantes se agarraron ferozmente, respirando el sudor del otro y arrancando pelos del cuerpo de su enemigo.

Kem atacó como una serpiente, y mordió dos dedos de Gaviota como si fuese un perro de presa.

Gaviota siseó y dirigió los dos dedos de su mano izquierda hacia los ojos de Kem. El guardia se apresuró a escupir la otra mano de Gaviota para evitar quedar cegado. Después golpeó a Gaviota en el pecho, el estómago y la garganta. Gaviota detuvo aquel ataque asestando un potente bofetón sobre la hinchada oreja de Kem. El guardia dejó escapar un gorgoteo de dolor.

Después Kem bajó la cabeza y la hundió en el estómago de Gaviota mientras empujaba con los dos pies. Gaviota acabó con la espalda pegada a una rueda. Había sido atrapado mediante su propio truco, utilizando el carro como si fuese una pared. Kem lanzó un puñetazo contra las pelotas de Gaviota, y el leñador intentó replicar con un rodillazo, pero estaban demasiado pegados el uno al otro para que ninguno de los dos golpes pudiera hacer mucho daño.

Un instante después un lazo pasó por encima de la cabeza de Gaviota y se tensó sobre su tráquea.

* * *

Gaviota sintió que se quedaba sin respiración y se llevó las manos a la garganta. Manoteó desesperadamente intentando quitarse el lazo y se arañó la garganta, pero la cuerda ya se había hundido profundamente en la carne. El pánico se adueñó de él y Gaviota se debatió, pataleó e incrustó el trasero en la rueda del carro para liberarse, pero estaba firmemente sujeto.

Su cada vez más aturdido cerebro le gritó que el matón tenía un compañero.

Gaviota había dejado de oponer resistencia, y eso hizo que Kem también supiera que tenía un compañero. El hombre de las cicatrices decidió explotar al máximo la ventaja, y alzó un puño y lo descargó

sobre el estómago de Gaviota. El impacto hizo que Gaviota se bamboleara de un lado a otro y sacudió su garganta, pero no había forma de que el aire atrapado pudiera escapar. El leñador intentó apartar a Kem de una patada, pero estaba tan pegado a su enemigo que no pudo levantar la pierna o el pie.

La luz de la hoguera se estaba debilitando, como si alguien hubiese empezado a extinguirla.

«Es mi vista», pensó Gaviota. Estaba empezando a sumirse en la inconsciencia..., para siempre.

Soltó su dolorida garganta y movió el codo hacia atrás, despellejándoselo al chocar con la madera llena de asperezas y consiguiendo rozar el brazo del asesino. Oyó una risotada. Su siguiente codazo fue todavía más débil. Kem le golpeó el mentón y le puso negro un ojo, pero el dolor que sentía en la garganta y los pulmones era tan intenso que Gaviota apenas si se enteró.

«Todos mis problemas terminarán dentro de un momento --pensó--. ¿Quién cuidará de Mangas Verdes?»

Entonces oyó un golpe ahogado por encima del rugir que retumbaba dentro de sus oídos y, como si estuviera emergiendo de un lago muy profundo, descubrió que podía volver a respirar. La cuerda se había aflojado de repente.

Gaviota arrancó el lazo estrangulador de su cuello. Tosió, jadeó y sufrió un acceso de náuseas. Kem adivinó lo que había ocurrido, y saltó hacia atrás para alejarse de Gaviota.

Pero no se movió lo suficientemente deprisa.

Gaviota, que aún estaba jadeando, bajó la cabeza y se lanzó a la carga.

Su cráneo chocó con la mandíbula de Kem, y Gaviota oyó un *clack* altamente satisfactorio. Volvió a embestir al guardia y lo agarró por los hombros, sujetando a Kem por los resistentes agujeros abiertos en el cuero. Gaviota, gruñendo a causa del esfuerzo, hizo girar al hombre sobre sus talones.

Kem tropezó y se desplomó sobre la hoguera. Los cacharros de cocina habían sido apartados a un lado, por lo que sólo había un agujero rodeado de piedras y lleno de ascuas agonizantes. La hoguera estaba a punto de morir, pero todavía se encontraba muy caliente. Kem intentó detener su caída y metió las manos entre las cenizas y los carbones al rojo vivo. El guardia aulló.

Gaviota se levantó de un salto e incrustó las dos rodillas en la espalda del hombre, bajando las manos con todas sus fuerzas para

sostenerse las rodillas. Después Gaviota dejó caer los puños sobre la nuca del huesudo cráneo de Kem: una vez, dos veces, tres...

Pero cuando los levantó por cuarta vez descubrió que le pesaban demasiado. La negra noche se volvió todavía más negra, y el leñador cayó de espaldas, totalmente exhausto.

* * *

Un pie calzado con una sandalia le estaba empujando las costillas. Gaviota abrió un ojo hinchado. Un rostro lleno de arrugas coronado por una cabellera canosa le sonrió. Era Morven, el marinero.

--Ya habéis jugado bastante, niños. Es hora de irse a la cama.

Gaviota rodó sobre sí mismo, soltó un gemido y logró quedar sentado en el suelo. Kem ya no estaba encima de la hoguera, pero había un par de pies sobresaliendo de debajo de una rueda. Gaviota se arrastró hasta ella y reconoció a otro guardia, un hombre moreno y apuesto al que la cocinera llamaba Chico Guapo.

--Es Chad, un amigo de Kem --dijo Morven--. Probablemente es el único amigo que tiene. Es muy rápido con el lazo de estrangular.

--¿Qué...? --Gaviota tosió y tragó fuego--. ¿Qué... ha ocurrido?

Morven soltó una risita y alzó una ballesta.

--Estaba recorriendo el perímetro de vigilancia cuando oí un ruido junto al carro de los suministros, y pensé que algún ladrón quería echar mano a los pasteles de Felda. Le aticé con esto. ¿Quién hubiera podido imaginarse que sería uno de los nuestros? En fin, siempre acabo metiendo la pata de alguna manera u otra...

Morven empezó a arrancar los pelitos pegajosos que se habían quedado adheridos a la empuñadura de la ballesta.

Gaviota se frotó la garganta.

--¿Y Liante aprueba... que sus empleados intenten asesinarse los unos a los otros?

Morven clavó los ojos en una estrella lejana.

--Liante ya tiene demasiadas preocupaciones para prestar atención a las nuestras. Siempre resolvemos nuestros pequeños problemas entre nosotros.

--Creo que no tardarán mucho en... quedar resueltos. Mataré a esos dos, y después ya no tendrán más preocupaciones.

--Liante contrataría nuevos matones. Vive con lo que tienes. A partir de ahora se mantendrán lo más lejos posible de ti.

Morven apoyó la ballesta en el barril del agua, agarró a Chad, lo

alzó en vilo como si fuese un niño y lo dejó caer en la parte de atrás del carro de los hombres.

--¡En! --protestó alguien dentro del carro.

--Lo siento --replicó el marinero.

Después Morven cogió su ballesta y volvió a montar guardia.

Lirio salió de las sombras para quitar el polvo y la tierra de la espalda de Gaviota.

--Eres duro de matar.

--Siempre que... Morven esté detrás de mí.

La joven se arrodilló para limpiarle las piernas y ponerle bien el faldellín.

--Ahora habrá más gente detrás de ti. Kem y Chad no le caen bien a nadie.

--Me gustaría... poder dormir un rato, para... variar.

Lirio le cogió de la mano y le acompañó hasta debajo del carro de los suministros. Después se puso de rodillas y le arregló la manta.

--No --dijo--. Preferirías tener compañía: la mía.

Gaviota abrió la boca para protestar, pero Lirio le tapó con la manta y se deslizó junto a él.

--Lo sé, lo sé. Nada de hacer el amor, sólo abrazarse. Y tal vez unos cuantos besos...

La joven posó sus rojos labios sobre los morados que cubrían los maltrechos labios del leñador y le metió la lengua dentro de la boca.

Y esta vez Gaviota se encontraba demasiado débil para rechazarla.

* * *

Todos los días que siguieron fueron iguales.

Levantar el campamento, viajar, comer, viajar, montar el campamento, dormir. Descansaban un día de cada siete, pero eso significaba toda una jornada de reparaciones. Gaviota había vivido toda su existencia en una tranquila aldea de campesinos, con tiempo de sobras para echar la siesta, jugar y charlar. Todo aquel ajetreo le resultaba agotador y un poco mareante, y se preguntó por qué el hechicero se movía tan deprisa e insistía tanto en que avanzaran a la mayor velocidad posible. ¿Cuáles eran aquellos secretos o tesoros que le llamaban y que no podían esperar ni siquiera un par de días?

Gaviota conducía, cuidaba de las recuas, se preocupaba por los carros, comía, dormía y volvía a hacer todo eso en sus sueños. De vez

en cuando su padre o su madre surgían de entre las nieblas y repetían algún viejo chiste o historia, y Gaviota se despertaba con el corazón lleno de dolor y echándoles de menos, pero cada vez que ocurría eso enseguida volvía a estar ocupado.

El terreno se fue volviendo más abrupto a medida que se aproximaban a las comarcas montañosas del norte. Las suaves ondulaciones se convirtieron en cañadas demasiado hondas para poder ser cruzadas, por lo que hubo que rodearlas. Las extensiones de granito se volvieron más gruesas y dejaron de ser simples losas planas, transformándose en riscos que tenían la mitad de la altura de un carro. A veces los conductores tenían que cortar abetos jóvenes y emplearlos como palancas para subir los carros. Las rocas y un terreno más abrupto significaban árboles más pequeños y de troncos más nudosos y retorcidos, y de vez en cuando Gaviota tenía que cortar ramas, o ponerse en cuclillas y serrar a la altura de los tobillos para que los carros pudieran pasar por encima del tocón. La velocidad de su avance se fue reduciendo hasta unos pocos kilómetros al día.

Los exploradores seguían encontrando rutas transitables, pero necesitaban más tiempo para hacerlo. Los carros solían esperar a que volvieran, y luego tenían que retroceder y probar suerte por otro camino. Hubo algunos días en los que se desplazaron por todos los puntos cardinales de la brújula, viajando kilómetros y más kilómetros en un largo círculo para avanzar un solo kilómetro en dirección noroeste.

Lirio iba con Gaviota siempre que podía hacerlo. Mientras respondiera a las llamadas de Liante y cumpliera con sus tareas en el campamento, nadie se preocupaba de lo que hiciera con el resto de su tiempo. Mangas Verdes vagabundeaba por el bosque, encontrando flores, lagartos y huevos de pájaro, pero siempre se mantenía lo suficientemente cerca para ser visible, como si supiera que Gaviota se preocuparía en el caso de que no la viera.

Kem conducía su carro con las manos vendadas, y Chad sufría mareos de vez en cuando. Los dos se mantenían lo más lejos posible del mulero. Otros integrantes de la caravana se hicieron amigos de él, y las nuevas amistades incluyeron algunas bailarinas, la cocinera Felda y su ayudante Stiggur, el secretario Knoton y el enfermero Haley. Todos se daban animadamente los buenos días cada mañana, excluyendo a Kem y Chad mediante el silencio. Otros permanecieron dentro de sus mundos privados, como Oles, el guardia que nunca hablaba, Ranon Voz de los Espíritus, la cantora, y la vieja Kakulina, la

astróloga.
Y Liante, por supuesto.
--¿Qué hace dentro de ese carro todo el día y toda la noche? --preguntó Gaviota--. Debe de apestar a cerrado, y estará muy incómodo teniendo tan poco espacio. ¿Con qué se distrae?
Lirio enarcó una ceja.
--Bueno, podría contarte lo que hace con nosotras las bailarinas, pero seguirías sabiendo tan poco como antes. Sus otros intereses son un secreto. Sé que tiene un cristal mágico. Suele estar tan fascinado por él que no me ve entrar.
--¿Y qué ve dentro de ese cristal mágico?
--No lo sé. Una vez estuve mirándolo fijamente un buen rato, pero no vi nada.
Gaviota estuvo pensando en eso durante unos momentos.
--Pero ¿qué más hace? Un hombre no puede pasarse el día entero contemplando burbujitas dentro de un cristal, ¿verdad?
Lirio bostezó, se deslizó sobre el pescante y apoyó la cabeza en el muslo de Gaviota.
--Tú hablas de hombres, y él es un hechicero. No es como nosotros. Juguetea con cosas, o las estudia. Una caja llena de frasquitos apestosos, libros, pequeños artefactos de relojería... Incluso tiene una caja llena de conchas como esas que los niños recogen en la playa, y también tiene ensalmos, hojas, polvo de hadas y esas cosas. Pero no creo que haya demasiados objetos de valor. No los tiene ordenados, y se limita a meter cosas en agujeros. Siempre se están cayendo de los estantes y entrechocando encima de su mesa. Creo que si perdiera todo el carro eso no le afectaría en lo más mínimo... --Lirio se estaba adormilando, pero de repente abrió un ojo maquillado--. No, hay algo que tiene muchísimo valor: su grimorio.
--¿Su grim-qué?
--Su grimorio. Su libro de magia... El que está encadenado a su cinturón.
--Oh, ese libro... ¿Está lleno de hechizos mágicos? ¿Significa eso que si leo algunos, y eso suponiendo que pudiera leer, sería capaz de hacer magia?
Lirio meneó la cabeza sobre el muslo cubierto de cuero de Gaviota.
--No. Por lo poco que he visto de él, sólo contiene unos diagramas que ha dibujado Liante. Creo que le recuerdan hechizos que ya conoce. De la misma forma que la cocinera tiene esos dibujos en su

cajón de las especias, ¿sabes?
--Ah. Oh, bueno, de todas maneras no quiero hacer magia. Me sentiría muy ridículo llevando una túnica a rayas.
Lirio soltó una risita y le palmeó la rodilla.
--No, tus talentos apuntan en una dirección muy distinta.
--¿Cómo lo sabes? --Gaviota tiró de las riendas y le revolvió el cabello, haciéndola chillar--. Hasta el momento sólo has padecido mis besos.
Lirio chasqueó la lengua, se irguió y empezó a ponerse pequeñas horquillas en el pelo.
--Una mujer siempre sabe esas cosas.
--¡Una mujer! --se burló Gaviota--. ¡Pero si apenas consigues hacerle una curva decente a tus ropas!
--¡Tengo dieciocho años, abuelo, y he visto y hecho muchas más cosas que tú!
--Ya me lo imagino. --Gaviota animó a sus mulas con un sonoro chasquido de la lengua--. Dentro de treinta años contarán grandes historias sobre eso cuando seas una abuela gorda.
--Espero que lo hagan. --Lirio suspiró--. Pero ¿qué hombre decente se casaría con una ramera?
--Te sorprendería saber cuántos estarían dispuestos a hacerlo.
--¿Te casarías con una ramera?
Gaviota la miró de soslayo pensando que volvía a tomarle el pelo, pero Lirio se había puesto muy seria.
--No. Antes tendría que dejar de ejercer la profesión, y además debería saber cocinar. Yo cocino fatal.
Lirio curvó sus dedos sobre la mano con la que Gaviota sujetaba las riendas.
--Las otras bailarinas están celosas, ¿sabes? Me envidian porque ven que siempre estoy contigo.
--Bueno, pues diles que no se están perdiendo gran cosa. --Gaviota se sintió repentinamente enfadado consigo mismo. Lirio estaba llena de dulzura y consideración, pero Gaviota no podía dedicarle toda su atención mientras su mente siguiera siendo un caos de emociones encontradas. El leñador decidió cambiar de tema--. Bien, así que estamos viajando sólo para que Liante pueda seguir escribiendo en un libro, ¿eh?
Lirio le contempló con el ceño fruncido, no muy segura de qué le estaría pasando por la mente, y acabó meneando la cabeza.
--No. Viajamos para que pueda acumular maná. Por lo que tengo

entendido, todas las tierras poseen magia, y algunas más que otras. Liante va recogiendo su energía al cruzar el país. La utiliza para aprender cosas, y para enfrentarse a otros hechiceros.

Gaviota chasqueó la lengua.

--¿Y por qué no la usa para ayudar a la gente?

Un encogimiento de hombros. La joven alzó la mirada hacia el cielo.

--No tardará en llover. Hay muy pocos hombres como tú, Gaviota... En el oeste existe una gran ciudad llamada Estark, que según he oído decir es uno de los lugares de poder, donde los hechiceros llevan a cabo sus extrañas magias. Una vez al año se enfrentan en un torneo, a veces luchando hasta la muerte. El ganador se marcha con un hechicero supremo, un Caminante que desciende de los cielos igual que un dios. Toda la ciudad existe únicamente para conjurar la magia, y para hacer apuestas sobre quien ganará los torneos. Los exploradores recorren todas las comarcas y campos, y descubren a cualquier persona que tenga la capacidad de usar la magia. Es como si los Dominios no fuesen más que una granja, con los hechiceros controlándolo todo y el resto de nosotros sólo fuéramos ganado.

Gaviota soltó un bufido.

--Pues este toro no se dejará llevar al matadero así como así.

Lirio le miró fijamente, y de repente sus ojos parecieron pertenecer a una anciana en vez de a una muchacha.

--Pero trabajas para un hechicero, al igual que yo.

--Cierto --suspiró el leñador. El carro tembló al pasar por encima de una roca, y Gaviota hizo chasquear las riendas--. ¡Eh, calma! Mi padre solía decir que no hay cosa que guste más a los dioses que el conseguir que un hombre viole un juramento.

--¿Un juramento? ¿Hiciste un juramento?

--Así es. Juré matar a cualquier hechicero con el que me encontrara. ¡Y mírame ahora!

Enfurecido de nuevo, consigo mismo y con todo lo demás, Gaviota no volvió a abrir la boca.

* * *

Un rato después Oles, el guardia callado al que le había tocado explorar el terreno aquel día, alzó la mano e hizo señas al leñador para que se reuniera con él. Gaviota le pasó las riendas a Lirio y bajó

al suelo de un salto.

El guardia estaba inmóvil delante de un macizo de arbolillos. Gaviota miró por entre el encaje de sus ramas y vio que el suelo del bosque se convertía en una masa de turba pantanosa. El leñador dejó escapar un gemido.

--Es así por todo el noroeste --murmuró Oles. Tenía un frondoso bigote y una abundante cabellera que siempre estaba despeinada, y vestía un chaquetón de piel de oveja y unos pantalones muy holgados. El guardia espantó una mosca que se había posado en su oreja--. Yo diría que no hay forma de pasar, pero Liante no estará de acuerdo conmigo. Ese hechicero permanecerá cómodamente sentado dentro de su carro mientras el suelo intenta devorarnos.

Gaviota movió la mano de un lado a otro, ahuyentando a las moscas y los pequeños insectos surgidos del pantano que zumbaban a su alrededor.

--¿Y qué me dices del oeste?

--Todavía más cenagoso. Me hundí hasta las rodillas.

Oles señaló las numerosas manchas de barro seco que cubrían sus pantalones.

--¿El norte?

Hablar con Oles hacía que Gaviota también tendiera a emplear pocas palabras.

--Cuesta arriba. Seco, pero no podrías pasar. Los árboles son enormes.

Gaviota espantó una mosca y soltó un juramento.

--¿Qué infiernos...? Oh, Mangas Verdes.

Su hermana acababa de materializarse ante ellos, surgiendo de entre los arbolillos tan silenciosamente como un gamo. Mangas Verdes sostenía en las manos algo largo, flácido y gris: otro tejón. Oles contempló a la muchacha que acunaba una bestia salvaje sobre su seno.

Gaviota acarició la cabeza de su hermana.

--Tienes mucha suerte --dijo--. No puedes perderte, porque siempre estás perdida. O quizá sea que nunca lo estás...

Mangas Verdes emitió un burbujeo de interrogación. Después volvió la mirada hacia los carros y el pantano con su muralla de arbolillos, y dejó escapar un suave zureo de paloma.

--Me temo que sí. --Gaviota estaba pensando en voz alta--. Vamos a pasar días enteros cortando árboles para hacer un camino con sus troncos, y... ¿Eh?

Mangas Verdes estaba tirando de su mano y señalaba el norte.
--No, cariño --le dijo su hermano--. Los árboles son demasiado grandes.
El tejón suspendido de su gorda tripa movió las patas de repente. La muchacha lo soltó, y el tejón desapareció entre la espesura. Pero antes de que el animal se esfumara Gaviota se dio cuenta de que le faltaba un trocito de oreja, como si se lo hubieran arrancado de un mordisco.
El leñador se detuvo de repente, tan bruscamente que faltó poco para que hiciese perder el equilibrio a su hermana.
--¡Eh! Ese tejón...
«Espera un momento --pensó--. Hace algunos días Mangas Verdes encontró un tejón al que le faltaba un trozo de oreja, pero lo dejó marchar.» ¿Sería el mismo animal que acababa de ver, a tantos kilómetros de distancia de aquel lugar? Los tejones no recorrían kilómetros: se mantenían dentro de su territorio. ¿Podía haberles seguido? ¿A lo largo de tanta distancia?
Tonterías. Entonces... ¿Lo había transportado Mangas Verdes todo aquel trecho? No. ¿Escondido en el carro de los suministros? No, imposible. ¿Entonces cómo...?
Pero Mangas Verdes seguía tirando de su mano, y Gaviota tuvo que seguirla. Él también sentía curiosidad. Su hermana rara vez se mostraba tan insistente, a menos que hubiera algún animal herido que pesase demasiado para que ella pudiera levantarlo. Mangas Verdes llevó al leñador hasta la espesura. Un sendero que apenas tenía medio metro de anchura serpenteaba por entre matorrales menos densos: era un camino de ciervos. Mechones de pelaje blanco de los estómagos, restos del abrigo invernal que habían ido perdiendo los ciervos, habían quedado enganchados en las ramas. Mangas Verdes caminaba erguida, pero Gaviota tenía que encorvarse.
--Sea lo que sea, será mejor que no vayamos muy lejos. He de cortar árboles, Verde...
Pasaron por entre dos robles que entrelazaban sus ramas y se encontraron repentinamente en un claro.
Estaban en una cañada, parecida a otras muchas que ya habían atravesado, que tenía los lados recubiertos de brezales y pequeños robles. Pero el fondo de aquella cañada consistía en un suelo arenoso alisado por la lluvia que iba subiendo poco a poco en una suave pendiente. Los únicos obstáculos eran rocas que podrían apartar mediante palancas. Gaviota dejó a su hermana en el comienzo de la

cañada y subió por la pendiente, sintiendo punzadas de dolor en su rodilla lisiada por el esfuerzo. Cuando llegó al final de la pendiente vio grandes árboles que crecían bastante separados unos de otros. Podía ver casi a un kilómetro de distancia.

Gaviota oyó un crujir de guijarros detrás de él. Oles le había seguido con su ballesta acunada en los brazos.

--Vaya... No había visto este paso. Esa muchacha debería ser exploradora.

--Sí --dijo Gaviota. Miró a su hermana, que acababa de levantar una piedra para hacerle cosquillas a una salamandra roja--. Quizá debería serlo.

* * *

Ensancharon el sendero de los ciervos utilizando el atajo de Mangas Verdes, y atravesaron la cañada en dos días. Después volvieron a encontrarse encima de un terreno sólido, e hicieron progresos considerables durante media docena de días.

Los demás no tenían ni idea de ello, pero Gaviota ya había adivinado que se estaban acercando a su objetivo. Un día estuvo seguro de ello.

Podía olerlo.

La brisa que llegaba del norte transportaba un olor acre y rancio, una pestilencia húmeda que recordaba el hedor de una hoguera vieja. Pero era mucho más potente y penetrante, como si la misma tierra hubiera ardido también.

Como así había ocurrido.

Vieron las primeras señales bastante lejos y a la derecha. El explorador --aquel día le tocaba explorar a Chad, que evitaba dirigir la palabra a Gaviota-- se limitó a señalarlas con la mano y se marchó.

Gaviota asintió. Había estado en lo cierto.

Un largo triángulo oscuro había manchado el bosque. El suelo estaba ennegrecido y las cortezas de los árboles parecían calcinadas, y todas las hojas estaban resecas y se habían vuelto de un color marrón negruzco. El fondo del triángulo apuntaba hacia el noroeste, allí donde el viento había soplado con fuerza y creado un pequeño incendio. Siguieron avanzando a través de una nueva franja de verdor, y encontraron otra cicatriz quemada.

Y por fin llegaron al lugar en que el incendio había hecho más estragos.

Incluso la gorda cocinera salió de su carro para mirar. Hasta Liante lo hizo.

El hedor a quemado invadió las fosas nasales de toda la caravana, y se pegó a sus ropas y su piel.

Como si estuvieran en una orilla verde, una marea negra se alejaba de sus pies y se iba extendiendo hacia el noroeste hasta perderse de vista. Las pequeñas llanuras y suaves ondulaciones de aquella comarca se habían consumido hasta quedar convertidas en tierra negruzca, aunque el fuego había saltado por encima de algunas hondonadas y riscos. Los grandes árboles habían sobrevivido y todavía se veía verdor en lo alto de sus copas, pero los más pequeños habían perecido como velas que se van doblando sobre sí mismas. El cielo despejado y las semanas de primavera habían hecho que la tierra se fuese recuperando, y dedos verdes se habían infiltrado en los eriales oscuros. Después de días de avanzar a través del bosque sumido en las sombras, los cálidos rayos del sol hicieron que los viajeros tuviesen que entrecerrar los ojos.

Gaviota puso a prueba su teoría con Liante. Su túnica de franjas multicolores hacía que el hechicero brillase como un castillo de fuegos artificiales bajo la luz del sol.

--Hace dos lunas vimos una estrella fugaz --dijo el leñador--. ¿Podría haber provocado un incendio forestal?

--Podría, sí... --dijo Liante sin prestarle demasiada atención, y Gaviota supo que había adivinado su destino--. Bien, sigamos adelante.

--¿Continuamos avanzando en dirección noroeste? --insistió Gaviota.

--Sí --dijo Liante, y se volvió hacia su carro.

--No podemos acampar aquí --protestó Felda--. No habrá agua.

Liante rechazó la objeción con un vaivén de la mano.

--Habrá maná. Pongámonos en marcha. Ya pensaremos dónde montar el campamento en cuanto encontremos...

El hechicero se calló de repente.

--¿Qué? --preguntó una docena de voces.

Pero el hechicero subió a su carro y corrió el cortinaje que tapaba la entrada.

El séquito, lleno de curiosidad y haciéndose mil preguntas, subió a sus pescantes y puso en marcha a las recuas con un coro de chasquidos de lengua.

Al día siguiente encontraron lo que andaban buscando.

* * *

En el centro más negro y desnudo de la zona quemada, que había quedado desnuda de árboles, el suelo se hundía de repente formando un enorme hueco circular. Toda la caravana volvió a bajar de sus carros para contemplar aquel gran hoyo abierto en la tierra.

Era perfectamente circular y tan profundo como un lago, pero seco, y medía unos sesenta metros de diámetro. Las distintas capas de tierra se iban sucediendo unas a otras para mostrar barro negruzco, arena amarilla, arcilla gris y arena grisácea.

En el fondo del cráter había un agujero bastante más pequeño cuyo fondo no podían ver.

Nadie habló. No había pájaros que cantaran, ni mariposas que revolotearan de un lado a otro. El suelo era totalmente estéril, y ni siquiera había hormigueros. El bosque contenía el aliento, como si la impresionante violencia de la catástrofe todavía estuviese flotando en el aire.

--¡Éste es el lugar! --El alegre grito de Liante sobresaltó a toda la caravana. El hechicero señaló con un dedo--. ¡Una estrella cayó de los cielos y se estrelló aquí mismo! ¡Coged las herramientas!

--¿Para qué? --preguntó Kem.

--¡Para desenterrarla!

_____ 9 _____

Cavaron.

En cada carro había una pala de mango corto, dos picos y una palanca de hierro. Los hombres recibieron órdenes de bajar por la pendiente y meterse en el agujero del fondo. Descubrieron que tenía la forma de una campana de unos dos palmos de diámetro, y que estaba lleno de rocas, ramas y hojas empapadas por la lluvia. Sacaron toda aquella acumulación de restos y empezaron a cavar.

Al principio los cuatro guardias cavaron al unísono. Cuando el agujero llegó a ser demasiado profundo para poder echar la tierra fuera, ataron cubos a cuerdas para llenarlos e irla sacando. Era un trabajo bastante lento. Liante, que parecía haber enloquecido de impaciencia, ordenó a las bailarinas que echaran una mano en la extracción de la tierra. Cuando se montó el campamento a un kilómetro escaso de distancia, cerca de un arroyo de aguas cristalinas, el ayudante de la cocinera y el enfermero también recibieron orden de ayudar. Incuso Knoton el secretario tuvo que ensuciarse las manos y soplar sobre sus ampollas.

--No sé qué hay aquí abajo --gruñó Gaviota--, pero tiene muchas ganas de echarle mano.

Obligados a trabajar codo a codo empuñando herramientas peligrosas, Gaviota y Morven se pusieron a un lado y Kem y Chad se colocaron al otro y acordaron una tregua tácita. Hablaban lo estrictamente necesario y ni una sola palabra más, pero tampoco vigilaban su espalda para evitar recibir un golpe de pico.

--Si empezamos a perder el tiempo peleando entre nosotros, Liante probablemente nos convertirá en sapos --observó Gaviota en un momento dado.

Nadie discrepó de su opinión.

El séquito de Liante siguió cavando durante todo el día, descansando únicamente para comer y montar guardia. Gaviota se alegraba de cualquier excusa que le permitiera dejar de remover la tierra, y cuando le llegó el turno agarró su arco y su aljaba y se fue a toda prisa.

El nuevo perímetro incluía el campamento y el cráter, con lo que el circuito abarcaba poco más de un kilómetro y medio. El bosque devastado --árboles requemados, tocones inclinados y el nuevo verdor que iba brotando del suelo-- le permitía ver hasta muy lejos, aunque algunas hondonadas y protuberancias del terreno seguían

disminuyendo la visibilidad. Gaviota puso una flecha junto a su arco para poder dispararla sin perder ni un solo instante si llegaba a ser necesario. Las huellas indicaban que los ciervos y otros animales se sentían atraídos por los tiernos brotes primaverales que iban creciendo en el bosque.

De repente el leñador oyó un ruido detrás de él, y apoyó la flecha en la cuerda del arco mientras giraba sobre sus talones.

Y faltó muy poco para que disparase su arco contra Stiggur, el ayudante de la cocinera.

--¡No dispares, no dispares! ¡Lo siento!

El muchacho alzó un par de manos temblorosas.

El chico seguía siendo bajito y delgado como un palo a pesar de las comidas generosas y regulares. Gaviota supuso que había pasado mucha hambre cuando era pequeño, y que nunca llegaría a ser alto. Llevaba una sencilla camisola de lino, muy limpia, y los cabellos muy cortos para mantener alejados de la comida a los piojos y la suciedad. Felda era una auténtica maniática en todo lo concerniente a lavarse las manos, enterrar el agua sucia, lavar los platos y cavar la letrina lo más lejos posible del campamento. Un brote repentino de disentería o fiebre de los campamentos podía acabar con toda la caravana..., y retrasar la frenética carrera hacia su meta que había emprendido Liante.

--¿Qué ocurre, muchacho? --preguntó secamente Gaviota.

Nunca había hablado demasiado con él salvo para pedir más comida o darle los buenos días.

--Yo... Eh... Sólo quería hablaros, señor.

Su voz era temblorosa y estridente, y parecía a punto de quebrarse a cada momento. Gaviota supuso que tendría unos doce años: la edad de Gavilán, si todavía estaba con vida.

El leñador frunció el ceño, sintiéndose un poco perplejo, y el muchacho retrocedió.

--De acuerdo --dijo por fin Gaviota, comprendiendo que se trataba de un cumplido--. Ponte a mi derecha y un poco detrás de mí, y mantente alejado del arco..., y camina sin hacer ruido. Espero conseguir un poco de cerdo o venado fresco.

--Sí, señor.

Gaviota reanudó la marcha.

--Guárdate los «señor» para Liante. Me llamo Gaviota, y me basta con mi nombre.

--S-sí..., Gaviota.

Siguieron avanzando, zuecos y pies descalzos hundiéndose en el suelo arcilloso. A veces su paso hacía que una rama quemada o un poco de corteza calcinada se desprendiera de los árboles. Los arbustos tiraban de sus tobillos al recuperar su posición normal después de haberse curvado ante ellos. Gaviota no miraba a ningún sitio en concreto, para así percibir mejor los movimientos, y mantenía la cabeza inclinada hacia un lado para poder captar cualquier sonido que se produjera delante de ellos.

El leñador se sobresaltó un poco cuando el muchacho habló de repente.

--Admiro mucho la forma en que maneja ese látigo, señor..., quiero decir Gaviota.

--¿De veras? --gruñó Gaviota, sintiéndose más irritado que otra cosa.

El muchacho se tomó su respuesta como un estímulo, y siguió hablando a toda velocidad.

--Sí, señor..., Gaviota. Es realmente maravilloso que pueda meterlo por entre las orejas de una mula sin darle. Y lo de la oreja de Kem...

El muchacho se calló, no muy seguro de si debía criticar a otro adulto.

--La gente habla tanto del pobre Kem que deben de zumbarle los oídos.

Gaviota alzó un dedo pidiendo silencio mientras atisbaban por detrás de un tronco. Un cachorro de oso pardo estaba cavando debajo de un tronco en busca de gusanos y orugas.

--¿No va a disparar? --susurró Stiggur.

--Podría hacerlo --siseó Gaviota--. El hígado de oso es un manjar muy sabroso, especialmente el de un animal joven y de carne tan tierna. Pero tendría a una madre encima de la espalda antes de que pudiera poner otra flecha en el arco. Mira, ahí... ¿Ves?

Señaló con un dedo. Al final de una pequeña pendiente una osa que aún mostraba el pelaje espeso e hirsuto del invierno empujaba el tronco de un fresno, balanceándolo de un lado a otro en un intento de hacer caer a una marmota que se aferraba a él. Gaviota llevó al muchacho en dirección opuesta.

--Nunca ataques a un oso pardo, a menos que cuentes con una jauría de sabuesos y varios lanceros.

El muchacho le estaba mirando fijamente, pendiente de cada palabra que salía de sus labios. Gaviota se preguntó cuál sería la

razón por la que los chicos siempre le seguían a todas partes. Nunca podía caminar por Risco Blanco sin tropezar con algún niño que le contemplaba con los ojos muy abiertos.

Gaviota quería que dejase de mirarle, y decidió descolgar el látigo de las mulas de la parte de atrás de su cinturón. Era pesado, largo y aceitado, dos metros y medio de látigo que siempre parecían estar vivos en su mano, como una serpiente.

--Bueno, si no podemos cazar porque hay alguien hablando, entonces podemos practicar con esto.

Gaviota guardó la flecha dentro de su aljaba y empuñó el látigo.

--Sostenlo dejándolo flojo, y luego arrójalo a lo largo del suelo. No lo muevas junto a ti, sino por detrás. Cuanto más recto, mejor... Para empezar lánzalo hacia adelante, moviéndolo por debajo de la mano. Con mucha delicadeza, como si le cogieras la mano a una chica... Dale a ese arbusto.

Stiggur tomó reverentemente el látigo y lo movió con gran cuidado, adelantándolo hasta dejar que quedara desplegado. Después dio un gran paso hacia adelante y golpeó con todas sus fuerzas.

La serpiente negra se curvó, retorciéndose y golpeándole detrás de la rodilla. El muchacho soltó un chillido.

Gaviota asintió.

--Ésa es una de las grandes ventajas del látigo: si no escuchas, el castigo es automático. Ahora fíjate bien.

Gaviota tomó el látigo de la mano del muchacho, lo hizo ondular por detrás de su espalda con un fluido giro de la muñeca y golpeó por debajo de la mano. El cuero siseó igual que la lengua de un dragón y arrancó una rama de diez centímetros de longitud del tronco de un roble joven.

--¡Caramba! --balbuceó el chico.

Gaviota volvió a ofrecerle el látigo.

--Era un golpe muy fácil. Ahora te toca a ti.

Cuatro nuevos intentos sirvieron para que Stiggur lograra golpearse en el tobillo, el cuello y el trasero. Pero la punta del látigo acabó acertando un arbusto. El muchacho corrió hacia él y le enseñó la ramita rota como si fuese un soberbio cisne blanco. Gaviota se echó a reír.

--Es un buen comienzo --dijo--, pero has de seguir practicando. Si cazamos un ciervo, podemos cortar una tira de su piel y entonces te enseñaré cómo trenzar tu propio látigo.

--¿De veras? ¡Eso sería magnífico!

--He dicho «si»..., ¡suponiendo que algún día llegue a haber el silencio suficiente para poder cazar! --El leñador revolvió la despeinada cabellera del muchacho con una mano, pero enseguida dejó de hacerlo. El chico le recordaba mucho a Gavilán, tanto que sentía un gran dolor cada vez que le miraba--. ¿Dónde está tu familia, Stiggur?

--Nunca he tenido una familia. Felda me encontró delante de la entrada de la valla de un pastizal una mañana. Eso es lo que significa mi nombre: Stiggur quiere decir «puerta».

--Un huérfano sin hogar, ¿eh? Bueno, entonces ya somos dos. --Gaviota empujó cariñosamente al muchacho hacia el campamento--. Bien, vamos... Si el sol no me engaña, mi turno ya casi ha terminado. Ahora he de cavar, y tú has de ir a recoger madera.

El hombre y el muchacho se abrieron paso a través de la espesura y volvieron al campamento.

* * *

Cuatro días de excavación sólo encontraron tierra.

Al principio habían estado viendo arena, barro y arcilla machacada por el impacto de la estrella fugaz, pero después de tanto cavar el agujero había quedado reducido a una masa de arena limpia y compacta, con sólo una manchita de tierra negruzca en el centro. Los hombres siguieron cavando con renovado vigor, encorvando las espaldas encima del agujero.

Liante había venido hasta allí en busca de una gran piedra de hierro y níquel. Sería una especie de pelota llena de bultos y protuberancias, estaría oxidada y habría quedado medio fundida y calcinada, por lo que tendría un aspecto bastante similar al de una gran ceniza metálica. El hechicero les explicó que ésa era la materia de la que estaban hechas las estrellas, algo que todos habían ignorado hasta aquel momento. Morven sugirió que las estrellas debían de estar terriblemente calientes para que el hierro y el níquel acabaran quemándose.

Pero lo que acabaron encontrando no era una roca de hierro redonda.

* * *

Chad fue el primero en dar con ella.

Aquel *chik* metálico, un ruido que no les resultaba familiar y que no era producido por una roca, hizo que todos se quedaran inmóviles. El guardia se puso de rodillas y alzó la hoja de la pala con las dos manos para seguir cavando con mucho cuidado. Liante les había advertido de que no debían romper la estrella.

Una afilada nariz cuadrada se hizo visible en el agujero y empezó a soltar tierra.

Los hombres se apresuraron a inclinarse sobre ella, y sus cabezas entrechocaron al hacerlo. Gaviota envió a Stiggur en busca de Liante. Dos hombres fueron sacando la arena con las manos, apartándola con gran delicadeza. Siguieron quitando arena hasta dejar tres lados al descubierto, y después dejaron de hacerlo.

La caja era tan grande como un cráneo y tan rosada como la piel quemada por el sol. Estaba tallada, o cincelada, con surcos regulares. Dos caras mostraban cuadrados que recordaban hebillas de cinturón, y los otros dos contenían círculos de un aspecto bastante similar. Unos promontorios parecidos a tiras mantenían cerradas aquella especie de hebillas. Pero todo era de una sola pieza, y hacía pensar en una gran roca rosada de apariencia porosa.

--Coral --dijo Morven--. Se parece al coral.

--¿Qué es eso? --gruñó Chad.

--Es una piedra de los mares poco profundos que crece en ellos como los árboles, por debajo de las olas. Los peces nadan a través de ella igual que si fuesen monos. Hay corales de todos los colores, pero la mayoría son rosados. Aunque el coral es blando... Puedes dejarlo señalado con un cuchillo, e incluso cortarlo. Para haber caído del cielo, haber abierto un cráter de este tamaño y seguir intacta, esta cosa tiene que ser muy dura.

--A mí me recuerda las tripas de un cerdo --murmuró Kem--. Es como si envolvieras una caja en tripas de cerdo, igual que cuando quieres hacer unas salchichas. Es como algo muerto.

Gaviota la golpeó suavemente con una uña.

--Parece sólida, pero tiene aspecto de poder abrirse.

--Sí --dijo Knoton el secretario--. Es como una caja fuerte sin cerradura.

--¿Crees que Liante podrá abrirla? --preguntó Gaviota--. ¿Se atreverá a hacerlo? Cayó de las estrellas. Quién sabe lo que puede haber dentro...

El secretario se encogió de hombros.

--Nos ha hecho cruzar medio bosque y cavar durante varios días

para encontrarla. ¿Qué te parece que hará?

Gaviota se echó hacia atrás hasta quedar apoyado sobre las pantorrillas.

--Espero que estemos en otro sitio cuando consiga abrirla.

Todo el mundo estuvo de acuerdo.

* * *

El hallazgo dejó tan complacido a Liante que les dio el día libre a todos.

Los trabajadores sacaron las herramientas del agujero con un gemido de agradecimiento y volvieron al campamento. Después se quitaron los zapatos y las camisas y se lavaron en el arroyo. Felda canturreaba mientras preparaba la cena. Todo el mundo se alegraba de que el objeto hubiera sido encontrado, pues eso significaba que ya podían irse de aquel erial maloliente y repleto de cenizas. Cualquier otro sitio tenía que ser mejor.

Liante, que se hallaba de un excitado buen humor muy raro en él, se quedó fuera de su carro para dejarse caer encima de un tocón y tomar sorbos de té endulzado con miel. El hechicero no paraba de juguetear con la caja rosada, dándole vueltas, alzándola bajo la luz del sol y contemplándola con los ojos entrecerrados en busca de grietas, pestillos o alguna manera de abrirla.

Gaviota aceptó un plato de arenques y patatas secas y los inevitables encurtidos, recibió una jarra de cerveza de manos de Stiggur y después se sentó con la espalda apoyada en una rueda, no muy lejos de Liante.

--Bueno, Liante, ¿qué es? --preguntó en tono despreocupado después de haber estado comiendo durante un rato.

El hechicero interrumpió sus manipulaciones de la caja para mirarle fijamente.

--Yo no te hago preguntas sobre los cuidados que requieren las mulas --replicó--. Ten la amabilidad de no interrogarme acerca de la magia.

--Bueno, bueno.

Gaviota se encogió de hombros. Siguió contemplando los jugueteos del hechicero y esperó en silencio.

Liante acabó hablando, demasiado excitado para poder resistir la tentación de parlotear sobre el hallazgo.

--¡Es un cofre de maná!

Gaviota puso cara de interés, pero también de estupidez.
--Almacena energía mágica..., ¡maná! La magia está por todas partes, ¿sabes? En el aire que respiramos, en el agua, en la tierra... Pero la magia está muy dispersa. ¡Esta cosa almacena el maná de la misma manera que una bolsa contiene el oro! ¡Encierra el valor de toda una tierra, listo para ser empleado por la persona capaz de usar la magia que lo necesite!
--¿De veras?
El hechicero casi dio unos saltitos sobre el tocón, como un niño con un juguete nuevo.
--¡Sí, sí! ¡Si está tan lleno como creo, entonces podré conjurar un centenar..., un millar de hechizos sólo con esto! ¡Acelerará enormemente el avance de mis estudios! ¡Vale su peso en oro! ¡En platino! Pero no vale absolutamente nada para la persona que no sea capaz de utilizar la magia --se apresuró a añadir.
Gaviota se hizo el estúpido.
--Por supuesto. A nosotros no nos sirve de nada. Bueno, me alegro de que podamos dejar de cavar.
Liante miró al tonto de pueblo que tenía a su servicio y se rió de él. Después apuró su té frío y se puso la caja debajo del brazo para volver a entrar en su carro.
Pero Mangas Verdes le estaba obstruyendo el paso.
Liante frunció el ceño. Hasta aquel momento había ignorado a aquella muchacha que parecía medio retrasada. La trataba como si fuese el gato de alguien, una criatura incapaz de trabajar u obedecer órdenes. Nunca le dirigía la palabra.
Pero la muchacha le impedía avanzar. Liante extendió el brazo para hacerla a un lado, y Gaviota se incorporó.
Gaviota, que parecía tan irresistiblemente atraída por la caja como una abeja por un narciso, alargó una sucia manecita en un gesto lleno de ávido interés. Liante giró sobre sus talones, pero Mangas Verdes le siguió.
Gaviota pensó que aquello resultaba muy curioso. Mangas Verdes nunca había demostrado interés hacia ningún objeto creado por la mano del hombre. Insectos, aves, flores, helechos, hojas, copos de nieve: eso era lo único que le interesaba.
Pero de repente quería aquella caja de piedra.
--¡Alto! ¡No debes tocarla!
Liante alzó una mano para impedírselo, pero se detuvo cuando Gaviota se aclaró la garganta. Nadie iba a maltratar a su hermana.

El hermano la cogió suavemente del brazo.

--Vamos, Verde... Eso no es para ti.

Liante entró en su carro. Mangas Verdes intentó soltarse de la mano de Gaviota, maullando como un gatito hambriento mientras se debatía, y siguió intentándolo incluso después de que el cortinaje hubiera sido corrido de nuevo. Gaviota tiró de ella hasta llevarla a la hoguera, le pidió alguna golosina a Felda y recibió un poco de miel en una cuchara. Pero su tonta hermana se limitó a dejarla caer al suelo. El leñador tuvo que impedirle que entrara en el carro de Liante.

--Vaya, eso sí que es raro --murmuró la cocinera--. La pequeña quiere esa caja. ¿Ve algo que nosotros no podemos ver?

Gaviota meneó la cabeza, un poco irritado.

--Probablemente sólo es por el color. Debe de parecerle un ramo de flores o... No sé, puede que un cerdito.

Pero los viejos de la aldea solían decir que los «tocados» tenían el don de la vista mágica, y que podían percibir cosas que los mortales corrientes no eran capaces de sentir. ¿Qué había visto Mangas Verdes en aquella caja?

Fuera lo que fuese, daba igual. La caja pertenecía a Liante, y si insistía en su empeño Mangas Verdes sólo conseguiría causar problemas.

--Vamos, Verde. He de inspeccionar las pezuñas de los animales. ¡Vamos, ven conmigo! Te dejaré acariciar a las mulas... --Gaviota tiró de ella hasta darle la vuelta--. ¡Ven!

Los dos hermanos atravesaron el páramo calcinado --él tirando, ella maullando-- en dirección a las recuas.

* * *

Lirio no paraba de removerse y darse vueltas, y ya le había clavado el codo o la rodilla a Gaviota una docena de veces.

El leñador acabó irguiéndose y se deslizó por debajo de los ejes.

--¿Quieres dormir o quieres bailar? --preguntó, tocándola en el hombro.

La bailarina salió de entre las mantas y apartó un mechón de cabellos sudorosos de su frente. El rostro de Lirio era claramente visible, pues la Luna de la Neblina estaba alta en el cielo y bañaba la noche con una luz blanca. Su piel brillaba con una extraña claridad, haciendo que pareciese más una estatua que una mujer de carne y hueso.

--Lo siento. He tenido... malos sueños. Hay... Hay algo en el aire que...

Gaviota volvió a dejarse caer sobre la espalda y soltó un gemido.

--¡No, tú también no! Primero Mangas Verdes se pone a llorar porque quiere una roca rosada, y ahora tú te dedicas a galopar por la tierra de las pesadillas.

La muchacha se estremeció y se hizo un ovillo, pegándose al hombro desnudo del leñador.

--Es este sitio. Está lleno de susurros que hablan dentro de mi cabeza. Siento haberte despertado, amor mío.

--Esto me recuerda a lo que ocurría en el Bosque de los Susurros --murmuró Gaviota--. Mangas Verdes era sensible a ese bosque... ¿Cómo me has llamado?

El leñador no obtuvo respuesta, y erguirse apoyándose en un codo no servía de nada porque estaba tan oscuro que no podía ver la cara de la joven.

--Lirio...

--Se me ha escapado. --Los brazos perfumados de Lirio rodearon repentinamente su cuello y la bailarina se aferró a él. Gaviota sintió el cosquilleo de sus lágrimas deslizándose por encima de su hombro--. Pero no ha sido una equivocación.

--Lirio...

Gaviota no sabía cómo empezar.

Un murmullo sonó junto a él.

--Eres tan bueno, tan dulce... Me tratas decentemente y me hablas como si fuese una gran dama, no una...

--¡Calla! --Gaviota le tapó la boca con la mano--. No me gusta esa palabra. No tiene nada que ver contigo.

Una inspiración ahogada, un suspiro.

--Es lo que soy. Soy una ramera, y doy placer a los hombres a cambio de dinero. Me he acostado con todos: Liante, Chad, Oles, Kem..., incluso Morven.

Gaviota se irguió de repente.

--¿Morven?

--Sí. Fue el más bueno de todos. Ardía de deseo, pero fue amable y delicado. Le gustaba que yo...

--¡No quiero oír hablar de ello!

Lirio volvió a sorber aire por la nariz.

--No tienes por qué estar enamorado de mí.

--No es eso... --Gaviota alzó los puños hacia el suelo del carro.

Las palabras parecían tan inútiles que sintió un repentino deseo de agujerear los tablones de roble a puñetazos--. Escucha, cariño...

Un alarido rasgó el silencio de la noche.

Gaviota rodó sobre sí mismo hasta salir de debajo del carro, con el hacha de doble filo en la mano.

Un hombre estaba gritando. Era Oles.

Gaviota vio la sucia blancura de su chaquetón de piel de oveja en la negra noche al otro lado de la hoguera en la que ya sólo quedaban encendidas las ascuas. La prenda parecía aletear por encima del suelo, como un cisne que se dispone a emprender el vuelo. Oles, que siempre era lento y perezoso, estaba corriendo más deprisa de lo que Gaviota hubiera visto correr jamás a hombre alguno, todavía más deprisa que cuando la cocinera llamaba a comer. Iba armado con una espada en el cinto y una ballesta en la mano, pero parecía haberse olvidado de las armas. Oles corría desesperadamente sin dejar de gritar ni un solo instante, una larga nota quejumbrosa en la que no se percibía respiración alguna.

--¿Qué ocurre? --gritó Gaviota, aferrando su hacha con más fuerza. El terror era contagioso, especialmente en las profundidades de la noche--. ¿Qué te persigue?

Y entonces Gaviota lo vio.

Una hilera de muertos vivientes avanzaba hacia los carros formando una línea serpenteante.

* * *

Parecían troncos de álamo ambulantes, tan blancas y rígidas eran aquellas criaturas, aquellos seres que llevaban mucho tiempo muertos.

Avanzaban con paso tambaleante sobre el suelo lleno de agujeros y pequeñas cañadas, tropezando entre ellos, rebotando, dando media vuelta sobre sus talones y volviendo a avanzar. Las cabezas eran casi todas calvas o les faltaba alguna parte de la piel, con lo que el hueso desnudo relucía débilmente bajo la luz de la luna. Los rostros se habían secado hasta convertirse en cuero, y la carne se había tensado alrededor de los ojos hasta dejarlos medio cerrados y rodeados de arrugas. Las bocas estaban entreabiertas, como si lamentaran la injusticia que suponía haber sido arrancadas de la tumba. Las criaturas iban envueltas en sudarios fúnebres, o en harapos desgarrados por las ratas, o en nada.

Todas avanzaban --despacio y con torpeza, pero llenas de

decisión-- hacia el círculo de carros, medio centenar de siluetas o más entrevistas en la penumbra. Lo más horrible de todo era que no producían absolutamente ningún ruido salvo aquellos roces y crujidos ahogados.

Gaviota, sudoroso y con los ojos desorbitados, intentó pensar. Aquellos seres se movían tan despacio que la amenaza que representaban era muy pequeña. Apenas podían levantar los brazos, pero tampoco resultaban nada fáciles de detener, pues ya estaban muertos. Uno de ellos llevaba el dardo de la ballesta de Oles atravesándole el pecho.

--¡Dioses de Urza! --chilló Lirio--. ¡Son zombis dañinos de Escatia!

El leñador no tenía tiempo para preguntarse dónde había aprendido la bailarina tantas cosas sobre los zombis y de dónde venían, suponiendo que Escatia fuese un lugar. El campamento ya estaba despierto, y la gente salía a toda prisa de los carros. Una bailarina lanzó un chillido tan penetrante que Gaviota sintió una punzada de dolor en los oídos.

--¡Ya empezamos otra vez! --gruñó Kem mientras tensaba una ballesta que colgaba de un estribo--. ¡Necesito otro empleo!

--¡Escondeos! --chilló una muchacha--. ¡Buscad algún refugio! ¡Liante nos protegerá!

--¡Liante nos ha metido en esto! --replicó secamente Chad mientras se pasaba su camisa de cuadros por la cabeza.

--¡Ni lo sueñes, idiota! --gritó Morven, sacando a rastras a Oles del carro de los hombres--. ¡Te vas a quedar aquí, y lucharás con nosotros!

--¡Levanta, Stiggur! --gritó la voz de Felda dentro del carro de los suministros--. ¡Arriba, bobo! ¡Nos están atacando!

--¡Avivad el fuego! --aulló Knoton desde dentro del carro--. ¡Liante lo ordena!

Gaviota había encontrado trabajo que hacer. Agarró varios haces de ramas, partió los extremos y miró a su alrededor, buscando alguna lona o unos cuantos trapos con los que convertirlos en antorchas. Todos los seres vivos temían al fuego, y tal vez los muertos le tuvieran miedo también.

Hubo más chillidos y gritos, pero los relinchos de los caballos volvieron a aturdirles una vez más antes de que fuese posible imponer algo de cordura.

Las recuas no estaban muy lejos, como de costumbre, y les habían unido las patas para que pudieran pasar la noche pastando sin

alejarse. Pero había algo entre ellas. Gaviota oyó gruñidos muy parecidos a los de un lobo, pero más ásperos y graves, y una tos que no podía haber sido lanzada por ninguna de las criaturas que conocía.

El leñador metió la mano debajo de su carro para coger su arco y su aljaba y se encontró con las manos llenas de armas. Gaviota arrojó su hacha a Lirio, a quien se le cayó apenas la hubo recibido. El leñador puso una flecha en el arco y lo apuntó hacia las recuas, todavía sin saber qué las había atacado.

Chad cruzó corriendo el círculo viniendo de la dirección opuesta a aquella por la que se aproximaban los zombis, soltó un juramento y apoyó su ballesta encima de un pescante. El arma entró en acción con un ruidoso *twangtunk* y un dardo siseante hendió el aire. Empujado por Morven, Oles ocupó torpemente otra posición de disparo y lanzó un segundo dardo. Una mula chilló.

--¡Procura calmarte un poco, idiota! --aulló Gaviota--. ¡Ten cuidado, y mira hacia donde disparas!

Maldiciendo a los dioses, a sí mismo y a todo lo que había entremedio, el leñador tomó puntería a lo largo de su arco buscando un objetivo.

La tierra era un manto negro tachonado de plata: la luz de la luna desparramándose sobre el verdor de la primavera. Los caballos blancos y ruanos aparecían como fantasmas borrosos, pero las mulas de pelaje más oscuro resultaban casi invisibles entre las masas negras de los troncos quemados. ¿Qué estaba...?

Allí. Algo tan grande como los caballos y de un color leonado saltó entre las recuas atadas. Los cuerpos de los caballos impidieron que Gaviota viese lo que era, pero un instante después vio cómo una cabeza amarilla coronada por un pelaje amarillo subía y bajaba velozmente. Después vio otras dos cabezas desprovistas de melena. Una jaca marrón logró romper su atadura y huyó al galope. Apenas había dado tres pasos cuando un par de siluetas gemelas de color leonado aparecieron junto a ella y desgarraron los flancos de la jaca con largas garras. La sangre voló por los aires y la jaca se tambaleó.

«Son unos gatos enormes», comprendió Gaviota. Eran gatos monteses gigantes, todos de un color arena, y los que tenían melena eran los machos.

Y estaban matando a sus animales.

Gaviota vio todo aquello en cuestión de segundos y se dio cuenta de que un macho muy peludo perseguía a una yegua blanca, y un instante después apuntó su arco un poco por detrás del hombro del

gran gato y disparó. La flecha salió despedida, acompañada por el golpe de la fina cuerda de lino en la muñeca de Gaviota.

El gigantesco macho se estremeció y aflojó su presa sobre la yegua. La jaca marrón relinchó a lo lejos, y Gaviota volvió frenéticamente la cabeza de un lado a otro intentando divisarla.

Sus oídos acostumbrados a identificar los sonidos de las caballerías captaron un retumbar de pezuñas, pero venía de la otra dirección y sonaba cerca de los zombis.

Eran caballos que galopaban en una carga sincronizada.

Caballería.

Por el Trono de Hueso, ¿de dónde habían salido aquellas cosas?

Y un instante después Gaviota lo supo, y soltó un torrente de feroces maldiciones.

--¡Es otro condenado duelo de hechiceros!

Gaviota tenía dos obligaciones en la vida: cuidar de su hermana y cuidar de sus animales.

El leñador deslizó su arco por encima de un hombro desnudo, arrancó su hacha de la mano de Lirio y subió de un salto al pescante del carro de los suministros. Su cabeza casi chocó con la de Mangas Verdes, que aún estaba medio dormida e intentaba apartar la cortina. Gaviota le puso la palma de la mano sobre la coronilla y la metió dentro del carro de un empujón.

--¡No salgas de ahí!

La aspereza del tono que había empleado con su hermana bastó para surtir efecto incluso sobre el cerebro aturdido por el sueño de la joven.

Después Gaviota bajó de un salto del carro y fue corriendo hacia los otros seres vivos de los que tenía que cuidar.

Los grandes gatos --Chad los había llamado leones-- habían derribado a la jaca marrón. El continuo fluir de la luz lunar y las sombras dificultaba considerablemente la visión, pero Gaviota pensó que le habían cortado los tendones o le habían roto la espalda. La jaca lanzaba agudos relinchos de terror mientras yacía en el suelo. Con una presa segura, las leonas volvieron a lanzarse a la cacería. Estaba claro que dejarían inmovilizadas a media docena antes de alimentarse, de la misma forma que un zorro sembraba la destrucción en un gallinero antes de marcharse a su madriguera con una gallina.

Los gatos se desplegaron en una formación de tres cuartos de círculo. El movimiento de pinzas obligó a las recuas a retroceder hacia un risco de granito, llevándolas hasta una especie de aprisco temporal. Gaviota se dio cuenta de ello. Aquellos leones eran muy astutos.

Entonces se acordó de otra cosa. Proteger a las recuas durante un duelo de hechiceros había sido la causa de que el jefe de caravana anterior de Liante acabase muerto.

Había ocho o nueve animales esparcidos por entre los troncos calcinados. Un macho enorme con una gran melena negra había quedado fuera del combate, pues estaba corriendo en círculos mientras daba mordiscos al aire y agitaba una zarpa en un intento de quitarse la flecha que se había alojado detrás de su hombro. Allí había dos machos más, jóvenes y delgados, y cinco o seis hembras de cuerpo largo y esbelto. Por lo que sabía de los felinos, Gaviota supuso que aquellas leonas eran las más peligrosas.

Todos estaban preparados para caer sobre sus animales como una piara de cerdos sobre un campo de maíz.

«No cometas ninguna imprudencia --se dijo--. Dispara antes. Acércate sólo si es necesario.»

El leñador se detuvo con un resoplido y colocó una flecha en su arco. Aquellos seres probablemente tenían el cráneo tan duro como los bueyes, por lo que un disparo en la cabeza produciría muy poco efecto. Gaviota tomó puntería bajo la ondulante claridad lunar, como si estuviera intentando disparar a través del agua, y enfiló la punta de la flecha hacia el estómago de una hembra y la lanzó. Oyó un *tuk* cuando la flecha se hundió en ella. La leona saltó, sobresaltada, y después giró sobre sí misma, bufando y gruñendo. Gaviota oyó partirse el astil de la flecha.

El leñador pensó que con aquel ya iban dos disparos en el corazón de aquellos leones, y ninguno de los dos había muerto todavía. Resultaban muy difíciles de matar.

Y muy fáciles de enfurecer.

El macho herido, viejo y sabio, había comprendido la conexión existente entre aquellos aguijonazos y el hombre del arma. El león rugió, giró sobre sí mismo y atacó al leñador.

Gaviota se quedó boquiabierto. Aquel animal venía hacia él mucho más deprisa que un caballo, casi volando con grandes saltos tan largos como su cuerpo.

El leñador nunca podría correr más que el león, y ni siquiera podría buscar protección detrás de un árbol.

Gaviota dejó caer su arco, empuñó su pesada hacha de doble filo y la alzó.

Justo a tiempo.

El león dorado ocupó todo su campo visual. Gaviota calculó el momento más adecuado, hizo girar el hacha con todas sus fuerzas y una maldición, y rezó para no fallar el golpe.

Aunque tal vez hubiese debido rezar pidiendo no dar en el blanco...

El hacha y aquel cráneo tan duro chocaron con un horrible crujido. Era como golpear una roca. Gaviota pudo ver cómo el largo filo entraba en la frente del león, su ojo y su hocico, desgarrando la piel y el pelaje antes de quedar libre de nuevo. La sacudida del impacto onduló a través del brazo de Gaviota, dejándoselo entumecido hasta el sobaco.

Y no frenó a la bestia en lo más mínimo.

El león cayó sobre él con una fuerza tan irresistible como la de una avalancha. Hubo tantos golpes y tan veloces que Gaviota ni siquiera pudo empezar a contarlos, y todos le dejaron sin aliento e hicieron que diese vueltas como una peonza.

Una zarpa tan grande como un plato chocó contra él dándole media vuelta, y abriendo su hombro con un trío de garras afiladas como navajas de afeitar. Sólo su aljaba de grueso cuero llena de flechas le salvó de perder carne, y aun así ésta quedó limpiamente arrancada de su espalda. La enorme cabeza ensangrentada se incrustó en la suya. Unas mandíbulas erizadas de bigotes le despellejaron la frente. Un pecho grande como un tonel hizo que Gaviota cayera al suelo. Una nube pestilente de hedor a gato y amoníaco le provocó un acceso de náuseas.

Gaviota se hizo una bola, aferrando desesperadamente su hacha --su única esperanza-- mientras rebotaba sobre el suelo a dos metros de distancia. Una pata de atrás golpeó su trasero cuando el león voló por encima de él. Los golpes gemelos le cortaron la respiración, y Gaviota jadeó intentando tragar aire. Se frotó el pecho y descubrió que estaba mojado y pegajoso.

El porqué la bestia no había hundido sus garras dejándole clavado en el suelo era un misterio para Gaviota, a no ser que estuviera aturdida por el golpe en la cabeza. Lo único que sabía era que seguía vivo.

Durante unos momentos, por lo menos.

El leñador giró sobre sus talones, resoplando y tosiendo, y se preparó para enfrentarse al próximo ataque.

Cuando aterrizó, el león hizo temblar el suelo a pesar de que cayó sobre sus almohadillas aterciopeladas. Se dio la vuelta, gruñendo, y Gaviota alzó su hacha cubierta de sangre. La sangre brotaba de la frente de la bestia, y un trozo de piel colgaba encima del ojo hendido. Aun así, Gaviota sabía que las heridas en la cabeza sangraban muchísimo, pero que rara vez mataban a nadie. Lo mismo debía de ocurrir con un león.

Gaviota se fue deslizando hacia el lado ciego del león, cojeando sobre la rodilla lisiada que había conseguido lesionarse todavía más, no sabía muy bien cómo. La bestia tosió como si estuviera escupiendo una bola de pelos. Probablemente estaba acumulando aliento para otra embestida.

--¿Por qué... no lo... olvidamos? --jadeó Gaviota.

El gran gato pegó el estómago al suelo. Gaviota ya sabía lo que

vendría a continuación, y se sintió como un ratón atrapado en un granero.

El león se impulsó con sus patas traseras y saltó, levantando las zarpas para atraparle debajo de ellas.

Jadeando tan violentamente que pensó que sus entrañas iban a reventar, Gaviota lanzó un golpe hacia arriba para herir al león debajo de la mandíbula o en la garganta. Pero una gruesa pata delantera desvió el hacha. El leñador había quedado desequilibrado, y el barrido de la zarpa y su propia inercia hicieron que Gaviota acabara en el suelo.

Una lanzada de dolor desgarró su cuerpo cuando cayó encima de su hombro lacerado. La tierra le entró por la nariz, irritándola y haciendo que le escocieran las fosas nasales. El barro y las cenizas se pegaron al sudor y la sangre. Hilillos de sangre caliente surgidos del arañazo que tenía en la frente le entraron en los ojos. Le zumbaba la cabeza.

«¡Olvídate de todo eso!», pensó frenéticamente. ¿Dónde estaba el maldito león?

A seis metros de distancia y cojeando, ahí era donde estaba. Gaviota había conseguido romperle o dislocarle una pata delantera con su golpe.

--¡Ahora estamos iguales! --gruñó.

Los dos estaban lisiados y medio ciegos.

La pata herida correspondía al lado ciego del animal, por lo que el gran gato se tambaleaba a cada paso que daba. El león empezó a moverse en círculos, jadeando e intentando recuperar el aliento, igual que el hombre.

Después, gruñendo su amenaza, el león fue alejándose hacia su manada dando saltos de tres patas.

«Los leones son más listos que la gente --pensó Gaviota--. No luchan hasta la muerte.»

Pero entonces el estridente relinchar de los caballos y las mulas hizo que levantara la cabeza de golpe.

Las leonas habían caído sobre las recuas, desgarrando, mordiendo y golpeando a los animales atados con sus afiladas uñas.

La batalla todavía no había terminado. Apenas acababa de empezar.

* * *

Exhausto, superado en número y abrumado, Gaviota comprendió que no podía enfrentarse a todos los grandes gatos.

Pero tenía que alejar a los leones de las recuas.

Quizá un farol podría funcionar. Los animales no aguantaban los ruidos fuertes.

Gaviota alzó su hacha en una mano y su arco en la otra y empezó a agitar las dos armas de un lado a otro mientras se lanzaba a la carga, gritando y aullando. Esperaba no acabar siendo atacado por media docena de carnívoros hambrientos.

--¡Yaaaah! ¡Hya-yaah! ¡Venga, venga! ¡Vamos, moveros de una vez! ¡Hya-yaah!

El truco dio resultado, al menos por el momento.

Los leones y las leonas parecieron asustarse cuando aquel humano enloquecido echó a correr por entre ellos. Los caballos, que tenían las patas delanteras atadas por las correas de cuero, dieron saltos y se encabritaron frenéticamente. Los leones gruñeron, menearon la cabeza y empezaron a retroceder. Gaviota exprimió su suerte al máximo golpeando el trasero de un gran gato cuando pasó junto a él. Después dejó atrás una mula gris, se metió por debajo de la cabeza de una yegua pinta y se escondió entre un aterrorizado montón de carne de caballo.

Una reacción instintiva hizo que empezara a consolar a las caballerías repartiendo palmaditas en sus hocicos. Los caballos se pegaron los unos a los otros, juntando los ollares, empujándose y dándose golpes con las costillas. Los leones se reagruparon a una distancia prudencial de las recuas. Cabezota, la mula, hizo que retrocedieran aún más coceando a una leona. Su pezuña le acertó en la mandíbula, e hizo que la leona se batiese en retirada.

Hubo un momento de calma total. El gruñir de los leones era como un trueno lejano. Los caballos se estremecían y golpeaban el suelo con los cascos, agitándose como árboles bajo un vendaval.

Durante unos momentos Gaviota albergó la esperanza de que los leones se retirarían y se contentarían con comerse a la jaca marrón. Los machos jóvenes ya estaban lamiendo la sangre de sus flancos temblorosos. El leñador pensó que un descanso no le iría nada mal --estaba sangrando por tres sitios: la frente, el hombro y el trasero--, pero los leones siguieron moviéndose en círculos igual que buitres, apretando el lazo más y más. Los caballos aterrorizados chocaban unos con otros y generaban todavía más pánico.

La calma no podía durar.

Si los leones se lanzaban a la carga, matarían o dejarían lisiadas a una docena de caballerías. Gaviota pensó que era mejor sacrificar a unas cuantas.

Agarró su hacha por la cabeza y soltó una maldición. No disponía de espacio para inclinarse y desatar las correas de cuero que mantenían prisioneras a las recuas, y agacharse estando rodeado de caballos asustados sólo serviría para que acabara con una pezuña en el cráneo.

Cabezota podía arreglárselas por sí sola. De todas formas merecía que se la comieran, porque la muy ingrata aprovechó que Gaviota se estaba inclinando para arrancarle un mechón de cabellos de un mordisco.

El hacha cayó por entre las patas nudosas y las pezuñas letales, y se abrió paso a través del cuero. Gaviota fue cortando más ataduras. Mientras lo hacía pensó que si sobrevivía a aquella noche y le quedaba algún animal, luego se pasaría toda una eternidad haciendo correas nuevas.

El hacha golpeó, los caballos y las mulas saltaron, y los leones continuaron con su acecho, poniendo a prueba el valor de las recuas. Gaviota sudaba y manejaba el hacha y comía tierra y sudor de caballo mientras se movía a tientas entre la negrura y la agitación de patas. Nunca supo cómo lo hizo, pero consiguió arreglárselas para no cortarse los pies y sólo despellejó un par de jarretes.

Una a una, las caballerías fueron descubriendo que estaban libres. Caballos y mulas piafaron y se enfrentaron a dos impulsos irresistibles y contradictorios, el de quedarse con los demás animales y el de huir al galope.

Cabezota se encargó de decidirles girando repentinamente sobre sus cuartos traseros y lanzándose a un trote tan torpe y vacilante como el de una vaca. Suave la siguió, y después lo hizo un caballo y luego otro. Muy pronto ya no quedaba una sola caballería libre que no estuviera galopando frenéticamente, y Gaviota tuvo que aferrar las bridas para poder cortar las últimas cuatro correas.

El leñador se limpió el rostro sudoroso con una mano ensangrentada.

Y se dio cuenta de que se había quedado solo con los leones hambrientos y sin ningún refugio.

Pero la manada se dispersó. Cuatro leonas persiguieron a las caballerías a grandes saltos para averiguar cuáles se irían quedando rezagadas y morirían. Los machos jóvenes habían abierto en canal el

flanco de la jaca marrón, esparciendo el hígado y las entrañas que relucían bajo la luz de la luna, y se estaban peleando por los trozos del infortunado animal como cerditos apelotonados delante de la teta. El enorme león al que Gaviota había herido con su flecha y su hacha se había derrumbado y yacía sobre un flanco, tan inmóvil como una alfombra.

Gaviota buscó su arco y descubrió que la cuerda estaba rota. De todas maneras había perdido la aljaba, por lo que arrojó el arco a un lado. Después se escurrió alrededor de un pequeño macizo de abedules sin desperdiciar ni un momento y fue lo más deprisa posible hacia los carros.

Donde el estrépito se había incrementado repentinamente. Había gritos, alaridos, maldiciones y el tintinear del acero entrechocando con el acero.

Una hueste de caballería vestida de negro estaba atacando los carros.

* * *

Caballos, arreos, capas, yelmos... Todo era negro. Los visores de los yelmos estaban levantados para revelar los rostros de negras barbas de los invasores. Sólo sus escudos tenían algo de color, plata con el rostro de un demonio sonriente en el centro.

Entre jadeos y resoplidos, Gaviota contó diez o doce jinetes con coraza y armados. En comparación con ellos, los cuatro combatientes de Liante eran unos niños. Sables de hoja curva resonaban en los costados de los jinetes negros, pero lo que blandían eran sogas terminadas en ganchos de acero.

Los caballeros trazaron un círculo atronador en torno a los carros --una maniobra que recordó a Gaviota el ataque de los leones--, fantasmas negros contra un cielo negro, aullando órdenes o burlas o gritos de ánimo dirigidos a sus compañeros. Los jinetes negros hicieron girar las sogas sobre sus cabezas. Los ganchos silbaron y chirriaron, demostrando que el último metro era de cadena e invulnerable al filo de las espadas.

La mayor parte del séquito de Liante debía de estar acurrucado dentro del carro, ya que sólo los cuatro guardias se habían preparado para plantar cara al ataque. Oles alzó su ballesta y disparó, pero el dardo chocó con un escudo. (El leñador supuso que los escudos eran de alguna madera muy dura: nogal, serbal o palo de hierro.) Un

gancho golpeó a Chad en la cabeza, derribándole, o el guardia lo esquivó con un movimiento muy brusco. Kem se había metido debajo de un carro y lanzó un tajo de su espada contra la pata de un caballo, pero el magnífico y bien entrenado animal se hizo a un lado sin desequilibrar a su jinete. Ese mismo caballero desenvainó su sable en un solo y fluido movimiento y envió un mandoble dirigido contra la cabeza de Kem. El guarda se apresuró a retroceder mientras la pesada hoja dejaba una muesca en el roble.

Sólo Morven era efectivo. Veterano de batallas bamboleantes en alta mar, el marinero se instaló tranquilamente sobre el pescante de un carro, apuntó su ballesta y preparó meticulosamente el disparo. Los merodeadores que giraban velozmente a su alrededor no ofrecían blancos fáciles, pero uno de ellos aulló de repente y fue derribado de su silla de montar por un dardo que se incrustó en su rostro.

Gaviota, impotente junto al tronco de un árbol, hervía de ira. No tenía su arco y no podía atacar con su hacha, y tampoco podía llegar hasta los carros. Buscó una roca que lanzar y no encontró ninguna. Por el dragón shivano, ¿qué hacer?

¿Y qué habían venido a buscar aquellos jinetes?

Tres de ellos engancharon su garra metálica en el carro de los hombres sin un solo grito. Después ataron los cables a los pomos de sus sillas de montar y ladraron una seca orden a sus caballos, que empezaron a retroceder. Un gancho se soltó de la lona y resbaló por el suelo, pero los otros dos habían quedado profundamente incrustados en el carro.

El carro tembló, crujió, se bamboleó y fue inclinándose sobre dos ruedas.

Los guardias avisaron a gritos del peligro. Oles volvió a hacer un disparo bajo, y un caballo relinchó.

El carro se derrumbó estrepitosamente sobre un costado.

Su caída dejó un hueco en el círculo. Dos invasores lo aprovecharon al instante, y se lanzaron a la carga por él.

Gaviota cogió un puñado de tierra y lo esparció por el resbaladizo mango de su hacha.

Había llegado el momento de la matanza..., y los que morirían igual que peces atrapados dentro de un barril serían los hombres y mujeres de Liante.

* * *

Dos caballeros y sus monturas suponían una enorme cantidad de hombre y caballo. Los jinetes se encontraron metidos en un agujero más pequeño de lo que habían previsto. Gaviota sintió un escalofrío que le puso la piel de gallina a pesar del ardiente furor de la batalla. Aquellos hombres que se comunicaban con extraños graznidos hicieron volver grupas a sus bestias como si formasen parte de ellas..., como los centauros Helki y Holleb.

Gaviota pensó que era una suerte que estuviera demasiado ocupado para poder tener miedo.

Porque un instante después echó a correr hacia el círculo.

Los dos caballeros, valientes, estúpidos o enloquecidos por la gloria, hicieron volver grupas a sus monturas, obligando a retroceder a los guardias y no dejándoles más salida que esconderse debajo de los carros. Después los jinetes empuñaron sus largos sables de hoja curva y destrozaron lonas, madera, cuerdas y todo lo que les rodeaba con su acerado contacto.

El leñador vio que los otros jinetes reanudaban su circuito alrededor de los carros, haciendo girar los ganchos sobre sus cabezas mientras se movían. Gaviota supuso que los caballeros del centro tenían como función evitar que se produjeran nuevos disparos de ballesta mientras que los demás... ¿Qué tenían que hacer los demás? ¿Volcar otro carro para dejar todavía más destruido el círculo de la caravana?

¿Qué querían? ¿A Liante, quizá? ¿Y dónde estaba aquel bastardo cobarde? ¡La caravana que estaba siendo atacada por los caballeros era su séquito!

Gaviota calculó cuidadosamente el momento y echó a correr hacia el hueco abierto entre la cabeza de un caballo y el extremo del carro volcado. Esperaba que su rodilla palpitante no respondiera al esfuerzo fallando y dejándole tirado en el suelo.

Pero un caballo negro surgió de la nada como por arte de magia y se deslizó junto a un carro, pasando lo bastante cerca de él para rozar una bolsa de grano y cortarle el paso. Gaviota dio un respingo. ¡Aquellos jinetes casi podían hacer volar a sus caballos!

El hombre desenvainó un sable con un veloz giro de la muñeca y gritó algo. ¿Un desafío, una burla? Varios jinetes más repitieron su acción, ensanchando el círculo.

Gaviota, que había quedado atrapado entre muros de carne, soltó una maldición. Tenía su hacha manchada de sangre y tierra y nada más.

El caballero bajó la cabeza y le fulminó con la mirada, el blanco de sus ojos reluciendo encima de una barba negra, y después tiró de las riendas haciendo que el caballo se detuviera casi encima de Gaviota. Las monturas quizá habían sido entrenadas para pisotear a la infantería, lo cual supondría otro método de matar al que enfrentarse. Fuera como fuese, el jinete alzó su sable hacia el cielo. Desde esa gran altura partiría el cráneo de Gaviota en dos mitades como si el leñador fuese una gallina.

Gaviota se agachó de manera instintiva y saltó hacia la cabeza del caballo. Tal como esperaba, el jinete no quiso mover su hoja tan cerca de la oreja de su montura, por lo que lanzó un mandoble contra el hombro expuesto de Gaviota.

Gaviota alzó su hacha y la impulsó hacia un lado para detener el golpe con el mango, pero el sable chocó con el acero del hacha en un encontronazo lo bastante potente para resultar doloroso. Un diluvio de chispas salió despedido en todas direcciones. El impacto hizo que Gaviota sintiera un cosquilleo en los dedos. El sable ascendió con una maldición, una curva de plata bajo la luz de la luna, preparándose para otro mandoble.

El leñador tenía que hacer algo, y lo que hizo fue golpear el gran ojo marrón del caballo con su puño. El animal piafó y trató de retroceder. El jinete se bamboleó sobre la silla de montar, perdiendo el control y la ventaja. Gaviota, animado por su éxito, golpeó la sensible boca del caballo. El animal giró la cabeza hacia el otro lado, y el jinete volvió a verse sacudido.

«¿Por qué no?», pensó Gaviota. Dejó caer su hacha y saltó.

Su mano tensa golpeó la bota del jinete a la altura del tobillo, impulsándola limpiamente hacia atrás y sacándola por completo del estribo. El hombre lanzó un grito de sorpresa, y Gaviota tiró salvajemente del tobillo, con su hombro herido ardiendo en una furiosa llamarada de dolor mientras lo hacía. El caballero bajó la guarda de su sable sobre la cabeza de Gaviota, pero tenía que volverse hacia un lado o permitir que su tobillo quedara dislocado. La pierna atrapada hizo que su trasero dejara de estar en contacto con la silla de montar...

... y Gaviota empujó empleando toda su fuerza.

Con un graznido primero y un potente estrépito después, el caballero se estrelló contra el suelo.

Gaviota podría haberse entregado a un éxtasis de carcajadas y ansias de batalla, pero un jinete surgió de la nada y extinguió rápidamente su fugaz alegría. El leñador se agachó para esquivar un

tajo velocísimo que le habría decapitado. Gaviota recogió su hacha. El caballero caído estaba intentando levantarse al otro lado del caballo.

¿Qué vendría a continuación? ¿Un duelo entre sable y hacha librado en la oscuridad y contra un experto?

--¡No, gracias! --gritó Gaviota.

Buscó a tientas las riendas del caballo negro hasta encontrarlas, calmó al animal con un chasquido de la lengua y se apresuró a retroceder por el hueco abierto en el círculo de la caravana.

Con el caballo como escudo, los jinetes negros que acechaban fuera del círculo no podían acercarse. Gaviota vio cómo el hombre que se había quedado sin montura --una silueta negra-- llamaba a los otros jinetes, se agarraba a la mano de un camarada y era alzado hasta quedar detrás de él sobre la silla de montar. Gaviota tuvo que admitir que eran unos jinetes soberbios.

El leñador metió al nervioso caballo en el hueco central.

--¡Soy Gaviota! --gritó para evitar recibir algún disparo de las ballestas.

--¿Y quién te necesita? --le respondió un gruñido malhumorado.

Era Kem, dándole la bienvenida al hogar. Gaviota podría haberse echado a reír, pero de repente hubo un tremendo estrépito en el centro del círculo de la caravana. Un torrente de imágenes confusas invadió la mente de Gaviota, y el leñador intentó acordarse del peligro.

Ató a toda prisa las riendas oscuras a una rueda del carro de los suministros, y habló instintivamente al animal mientras lo hacía.

Un suave trino llegó hasta sus oídos. Mangas Verdes había oído su voz y acababa de descorrer la cortina del carro. Gaviota agitó su hacha delante de la joven.

--¡Vuelve dentro! --siseó--. ¡Vamos, métete dentro! Es demasiado... Oh, cielos...

Tres jinetes más gritaron, volvieron grupas y lanzaron sus ganchos. Garras de acero se hundieron profundamente en la madera pintada e hicieron presa en ella.

El carro de los suministros se bamboleó. Felda gritó. Mangas Verdes, sintiendo curiosidad, se asomó todavía un poco más.

Y un instante después baló como una oveja. El carro se inclinó sobre dos ruedas.

--¡Nooooo! --aulló Gaviota.

* * *

Gaviota se lanzó hacia el brazo de su hermana y no consiguió agarrarlo. La joven fue empujada por detrás cuando Felda, la gorda cocinera, intentó saltar del carro. Mangas Verdes acabó cayendo en el hueco del pescante del carro.

El carro continuó inclinándose. El caballo negro atado a la rueda piafó, y después lanzó un relincho de terror cuando sus mandíbulas fueron impulsadas hacia arriba. Gaviota se agarró a la rueda para descargar todo su peso por aquel lado, pero el haber quedado libre en el aire hizo que la rueda girase y el leñador cayó.

Morven se cogió a la lona en un extremo del carro y permaneció agarrado allí, aguantando la progresiva inclinación. Un jinete ladró una orden a su montura, sin duda para que tirase con más fuerza. Estorbado por su pesada hacha y con el hombro ardiéndole como si hubiera sido fulminado por el rayo, Gaviota se agarró a un lado del carro y se mantuvo desesperadamente aferrado a él, tirando del carro hacia abajo.

Pero una hoja de sable se incrustó en la madera muy cerca de su cabeza, y tuvo que soltar el carro.

Se había olvidado de los dos caballeros que estaban dentro del círculo.

Ya era demasiado tarde para esquivar, pues el sable descendía de nuevo, una astilla de acero tan plateado como la de un creciente lunar. Gaviota alzó su hacha.

Demasiado tarde.

* * *

En vez de golpear el caballero se arqueó y se retorció de repente, y movió el brazo de un lado a otro con tanta violencia que quedó medio fuera de la silla de montar. Su hoja chocó con la rueda del carro que estaba suspendida en el aire, y arrancó un trocito de hierro del reborde.

El caballero quedó colgando de la silla, sostenido únicamente por un estribo. Parecía incapaz de agarrarse a nada, como si estuviera azogado. Su cabeza iba de un lado a otro, temblando bajo el efecto de unas bofetadas invisibles. El otro caballero que había entrado en el círculo se estaba comportando de la misma manera.

Gaviota los miró, boquiabierto. ¿De dónde procedía aquella repentina enfermedad? ¿Y dónde la había visto Gaviota antes?

Entonces se acordó. ¡Le había ocurrido a él!

Recorrió los alrededores con una rápida mirada que acabó deteniéndose en el carro de Liante. El hechicero inmóvil era una silueta que se recortaba contra el cielo plateado, y las franjas de su túnica ardían en blanco y negro. Una mano sostenía el cetro que había empleado contra Gaviota, aquel que «desviaba los ataques».

Gaviota sabía cómo lo conseguía: hacía que tus músculos sufrieran violentos espasmos.

Durante un período de tiempo bastante corto.

El caballero ya estaba logrando volver a erguirse sobre la silla de montar, pero había perdido su sable. El otro merodeador había conseguido mantenerse encima de su caballo. Pero ninguno de los hombres había sido atacado, y Gaviota se preguntó si Liante también había provocado aquellos espasmos en los guardias.

Daba igual. El leñador giró sobre sí mismo para volver a agarrar la rueda del carro.

Demasiado tarde.

A pesar del peso de Morven y del caballo atado a la rueda, el carro crujió y se estremeció y acabó volcando sobre un lado.

El grito de Felda terminó de repente cuando algo cayó encima de ella. Mangas Verdes giró sobre sí misma, tan ligera como una pluma, y rodó sobre el suelo. Los tres caballeros habían dejado caer sus cables terminados en ganchos, pero la repentina aparición de la muchacha entre sus patas asustó a los caballos negros, que retrocedieron y trataron de encabritarse.

Con el carro volcado, Liante podía ver con toda claridad lo que había delante de él. El hechicero agitó una mano y lanzó su hechizo.

Un jinete aulló al sentir un repentino calambre que se extendió por todos sus músculos. Incluso el caballo meneó la cabeza, y el caballero se derrumbó de la silla de montar. El brazo de otro jinete sufrió un espasmo tan violento que el tirón hizo dar media vuelta a su caballo, y el animal se alejó al galope como si huyera de las picaduras de un enjambre de abejas. El tercer hombre vio la silueta de un hechicero empuñando una varita, y encabritó su caballo para obtener una protección parcial contra él mientras retrocedía expertamente.

--¡Utiliza la hidra de roca! --gritó Gaviota--. ¡Aterrorizaría a los caballos!

--¡Las hidras son bestias diurnas! ¡Necesitan el sol para luchar! --rugió Liante--. ¡Guárdate tus consejos para ti, peón!

El caballero que había retrocedido dejó que su caballo volviera a poner las cuatro patas en el suelo en cuanto estuvo fuera del radio de

alcance de la varita mágica. Después rugió una frase ininteligible, seguramente un insulto. El hechicero le devolvió el grito: era la primera vez que Gaviota veía enfurecido a Liante. El caballero se rió. Una visión de color blanco asomó la cabeza por detrás de Liante: era una bailarina, demasiado curiosa para su propio bien.

Los caballeros se habían dispersado, colocándose fuera del campo de acción del hechizo para poder volver a instalarse sobre sus sillas de montar. El jinete que se había reído, que quizá fuese su capitán, alzó la mano en un burlón saludo y gritó una áspera orden a sus camaradas. Los jinetes hundieron sus talones en los flancos de los caballos negros y se prepararon para marcharse.

--¿Vamos a dejar que se vayan? --le preguntó Gaviota al aire.

Y un instante después se agachó.

En vez de moverse en círculos alrededor de los carros, los ruidosos caballeros se lanzaron hacia la brecha y cabalgaron en una carga atronadora a través del centro del círculo entre risas y gritos burlones mientras los guardias se apresuraban a apartarse. Uno agarró las riendas del caballo atado, pero no consiguió soltarlas y tuvo que dejarlas caer.

Liante saltó hacia la seguridad que le ofrecía el interior de su carro. Gaviota oyó el ruido que hizo la cortina de lona al rasgarse.

Alguien se movió con demasiada lentitud.

La fantasmal silueta blanca había quedado abandonada en el pescante del carro.

El capitán de los jinetes hizo que su negra montura saltara sobre el eje del tiro, y agarró a la bailarina al pasar junto a ella.

La joven cayó sobre la silla de montar con un chillido, quedando acostada encima del estómago. Se debatió y pataleó, pero un puño enguantado golpeó su cuello y la dejó aturdida.

El capitán negro reagrupó a sus tropas sin dejar de reír. Los jinetes volvieron a juntarse como una bandada de cuervos, el capitán con un trofeo y los demás con morados y heridas. Pellas de barro y trocitos de tierra flotaban como puntos negros en el aire detrás de ellos.

Gaviota ya había comprendido lo que acababa de ocurrir.

--¡Lirio!

_____ 11 _____

Gaviota se inclinó para recoger su hacha. Después soltó las riendas del caballo cautivo, subió de un salto a la silla y dejó escapar un siseo cuando notó un pinchazo de dolor en su trasero; pero gritó «¡Hyah!» y emprendió una veloz persecución...

... de unos caballeros armados, con coraza y expertos en el combate, mientras que él iba desnudo salvo por un faldellín y un hacha.

Bueno, tal como solía decir su padre «Lo único que puedes hacer es intentarlo».

El caballo, que estaba muy bien adiestrado, salió por la brecha entre los carros y galopó en pos de sus compañeros.

--¡A por ellos, Gaviota! --gritó Morven.

El leñador bajó la cabeza e intentó mantenerse encima de la silla de montar. Antes había cabalgado sobre caballos de arado, sin silla de montar y meramente para divertirse.

Aun así, lo único que podía hacer era intentarlo.

La hueste de caballeros se dividió delante de él. El capitán con Lirio --el trasero vestido de blanco y las piernas de la bailarina eran claramente visibles en la oscuridad-- y dos jinetes siguieron al galope mientras los demás se desviaban. Gaviota no tenía ni idea del porqué habían llevado a cabo aquella maniobra. El capitán debía de haberles ordenado que volvieran con el otro hechicero...

--¡Eh!

Gaviota habló en voz alta, sorprendiéndose a sí mismo. ¿Dónde estaba el otro hechicero, el duelista? Hasta el momento habían soportado ataques a cargo de zombis, leones y caballería, pero aún tenían que ver a la persona que había lanzado toda aquella ofensiva. ¿Cuándo aparecería aquel hechicero misterioso?

¿Y qué clase de demonio arrancaba zombis de sus tumbas?

Y ya que estaba pensando en todo aquello, ¿sería aquel contingente el que había dejado las huellas de carro que Morven había encontrado? En ese caso, ¿dónde estaban los carros? ¿Y por qué la caravana de Liante había llegado hasta allí antes?

--¡Olvídate de eso! --se riñó a sí mismo--. ¡Ya habrá tiempo para hacerse preguntas más tarde!

Ejerció presión con sus rodillas y golpeó el flanco del caballo negro con el plano del hacha. El impacto sorprendió de tal manera a la montura que salió disparada hacia adelante, ganando terreno hasta

que Gaviota se encontró muy cerca del caballero que galopaba en último lugar. El trío había reducido la velocidad en cuanto estuvo lo suficientemente lejos del destrozado campamento de Liante.

Y el más rezagado de los tres jinetes negros pagó su laxitud con la vida.

Gaviota fue en línea recta hacia su lado izquierdo, guiando a su montura con mera fuerza bruta y sin ninguna habilidad. El yelmo que ahogaba los sonidos hizo que el hombre no percibiese el repiquetear de cascos, y el jinete se volvió en el último momento para sobresaltarse al ver aquel monstruo medio desnudo y de ojos desorbitados que caía sobre él.

Gaviota hizo girar su hacha con una sola mano en un golpe que resultó bastante suave, pues su hombro herido ya se estaba debilitando. Aun así la afilada hoja se hundió en la espalda del caballero. El jinete se desplomó hacia adelante, la columna vertebral seccionada, y cayó sobre el pomo de la silla de montar.

Gaviota liberó su arma de un tirón y pasó junto al caballero agonizante, galopando frenéticamente y resoplando tan ruidosamente como su caballo.

El jinete del medio, que ya se había dado cuenta de que algo andaba mal, giró sobre su silla de montar, una masa negra sobre la negrura del bosque. Gaviota, que no dominaba las artes de la equitación, tuvo que aproximarse al hombre por su derecha, el lado de su sable.

Miles de horas de adiestramiento se hicieron notar entonces, pues el jinete desenvainó su arma en un segundo. La hoja salió velozmente de la vaina para relucir bajo la luz de la luna. El caballero negro la hizo girar en un golpe asestado de plano, que tanto podía hendir la cara del caballo como la del jinete.

Gaviota no tenía ninguna protección ni la menor idea de qué debía hacer, por lo que reaccionó instintivamente alzando su hacha. El acto le salvó la vida.

La hoja curva chocó con el mango de madera de nogal, resbaló sobre él y acabó rebotando en el hacha. Gaviota soltó una maldición, alegrándose de haber estado sujetando el mango bastante por abajo y pensando que no le habría hecho ninguna gracia perder dedos de la mano derecha cuando ya le faltaban tres en la izquierda.

Pateó salvajemente los flancos de su montura, llevándola hacia el caballero y estorbándole lo suficiente para que no pudiese dirigir bien el golpe. El caballero picó espuelas para ganar un poco de espacio en

el que moverse, pero Gaviota se mantuvo pegado a él. Probablemente fue sólo la locura de su ataque la que le mantuvo con vida.

De hecho...

... el leñador se lanzó el hacha a la mano de la rienda y atacó con la izquierda.

Su brazo subía y bajaba, siguiendo el galopar del caballo sobre aquel terreno lleno de obstáculos y desigualdades. (¿Hacia dónde iban aquellos caballeros?) Gaviota lanzó un manotazo hacia la capa del caballero, falló, se inclinó sobre la silla de montar, pasó junto al brazo que blandía la espada, agarró una correa de la armadura...

... y tiró.

Pillado por sorpresa y acostumbrado a luchar enfrentando los sables y no las manos, el caballero tiró de las riendas para mantenerse encima de la silla de montar. Pero eso sólo sirvió para hacer girar la cabeza del caballo y frenar su galope. Gaviota tiró como si estuviera en una competición de llevarse la cuerda, gritando y aullando en el rostro del hombre y aferrándose a él igual que una sanguijuela.

El caballero intentó golpearle con la guarda de su sable, pero el leñador esquivó el golpe agachándose, se aferró todavía más desesperadamente a los flancos de su caballo aunque sentía cómo se le envaraban los músculos de las piernas y volvió a tirar, gruñendo a causa del esfuerzo.

Un bache del terreno, una sacudida inesperada, un espacio debajo del trasero del jinete y éste dejó de hallarse en contacto con la silla de montar.

Gaviota lo soltó apenas se encontró en el aire.

El leñador rió a carcajadas mientras se alejaba al galope, oyendo ruidos ahogados y maldiciones detrás de él.

Pero sólo estaba interesado en un jinete: el capitán que galopaba delante de él, con Lirio acostada a través de su silla de montar.

--¡Prepárate! --aulló el leñador. Se irguió sobre el caballo, hizo girar el hacha por el extremo de su mango y se la colgó a la espalda--. ¡Recuerda Risco Blanco!

* * *

El jinete negro iba lanzado al galope y sujetaba a la bailarina que se debatía delante de él, pero aun así había visto caer a sus camaradas. Espoleó a su montura para mantener la ventaja. Gaviota

pensó que o era un cobarde o era demasiado orgulloso para presentar batalla..., o quizá quería escapar con su trofeo.

El caballero atravesó la trayectoria que seguía Gaviota sin dejar de gritar órdenes a su montura, y después se deslizó alrededor de un árbol demasiado grande para morir en el incendio. Luego rodeó otro árbol, haciendo que su montura bailotease sobre las patas. Se estaban aproximando al borde del cráter de la estrella. El capitán tendría la ventaja apenas se hallaran en terreno más despejado: si tenía que perseguir a un caballista veterano montado sobre un caballo espléndido, Gaviota nunca conseguiría alcanzarle.

A menos que arrojara su única arma.

No vio otra alternativa, pues su montura estaba empezando a cansarse y se quedaba atrás. El capitán, que contaba con el mejor caballo, escaparía con Lirio.

Y si el hombre y la montura volvían a la tierra de la que habían sido traídos (por aquel hechicero desconocido), fuera cual fuese ésta, Lirio también se iría con ellos y Gaviota la perdería.

Gaviota acababa de descubrir que no quería perder a Lirio.

El leñador se irguió sobre los estribos, apoyándose en sus pies descalzos y bamboleándose violentamente con cada salto y oscilación del caballo. Gaviota pasó la larga y pesada hacha por encima de su hombro y la lanzó. El esfuerzo le hizo soltar un gruñido, y se derrumbó sobre la silla de montar para no perder el equilibrio. Perder la persecución equivalía a perder a Lirio.

El hacha giró por los aires como una bola de rayos. Lanzada demasiado baja, dio al caballo en la grupa con el mango por delante, rebotó en la espalda del capitán y salió despedida hacia la espesura negro verdosa.

«Nada», pensó Gaviota. Había empleado su último recurso.

Pero fue suficiente.

El caballo recibió el impacto en pleno galope, y dio un torpe salto en el aire. Cargado con una bailarina que se debatía, el capitán negro tiró de las riendas y gritó para calmar al animal, pero las órdenes y aquel contacto extraño lo confundieron hasta tal extremo que sucumbió al pánico.

¿O se había encabritado por alguna otra razón? Gaviota no podía ver ninguna.

Daba igual. El enemigo permaneció inmóvil durante un segundo.

Gaviota seguía acercándose a toda velocidad..., y cayó sobre su objetivo.

No teniendo más arma que su cuerpo, el leñador dirigió su caballo lanzado como un proyectil junto al del capitán, sacó los pies de los estribos, apoyó uno en el reborde de la silla de montar y saltó.

Fue un salto torpe en la oscuridad desde una plataforma que se movía y temblaba hacia un blanco en movimiento, pero volvió a bastar.

La mano derecha de Gaviota golpeó el hombro del capitán, resbaló y acabó agarrándose a su capa. Su hombro dolorido chocó con la espalda del hombre y Gaviota dejó escapar un gruñido de dolor, pues los caballeros también llevaban la espalda cubierta por una coraza. Empezó a deslizarse y sus costillas chocaron el canto de la silla de montar, que crujió y le dejó sin aliento. Pero su mano izquierda encontró un punto de apoyo en las riendas del capitán, y Gaviota logró mantenerse. Podía oler al capitán, una mezcla de humo, estiércol, ajo y perfume. Oyó maldiciones guturales. Lirio gimió cuando el codo de Gaviota se incrustó en la parte inferior de su espalda.

Golpeado una vez más por una fuente de impactos extraña, el caballo se desvió bruscamente hacia un lado.

Y eso permitió que Gaviota descubriera por qué se había asustado antes.

Estaban justo en el borde del cráter de la estrella.

El caballo perdió pie.

Tres humanos y un animal aullaron mientras se precipitaban hacia el abismo en un confuso amasijo de brazos, piernas, carne de caballo, y ropas negras y blancas.

* * *

El oscuro horizonte pasó por el campo visual de Gaviota como una exhalación. En un momento dado tenía la cabeza arriba, y al siguiente se encontró cabeza abajo. La capa del capitán revoloteó a su alrededor. Las blancas piernas de Lirio envolvieron su mandíbula. El estómago del leñador se agitó de un lado a otro, y Gaviota sintió el sabor del vómito en su boca. Debía de estar volando con la cabeza hacia abajo.

Y si caía detrás del capitán, podía terminar aplastado debajo de un caballo. Gaviota se soltó.

Además, ya había detenido al capitán. Lo primero que debía hacer era recuperarse.

Sus pies desnudos chocaron con el suelo en un fuerte impacto, y Gaviota fue patinando sobre su dolorida espalda entre un pequeño

torrente de gravilla y tierra desprendida por los cascos del caballo. Golpeó una roca con su tobillo, extendió una mano y no logró tocar el suelo --debía de estar dando tumbos a una velocidad terrible--, y un instante después se dio un golpe lo bastante fuerte para dislocarle la muñeca.

El leñador, chillando y aullando, se precipitó detrás del caballo y del jinete..., y de Lirio.

Estaba más oscuro que nunca, porque la Luna de la Neblina ya se había ocultado detrás de los árboles medio consumidos, quedando astillada por ellos como si la misma luna se hubiese agrietado. Pero la arena amarilla del cráter desprendía su propia y luminosa claridad, como si la estrella caída aún siguiera brillando dentro de la tierra.

Esa caprichosa iluminación permitió que Gaviota viera cómo el capitán y el jinete se separaban.

El jinete negro se apartó de la silla de montar impulsándose con los pies y cayó hacia atrás sobre la grupa de su montura. Liberado de aquel gran peso, el caballo no siguió rodando sino que agitó frenéticamente sus patas, todavía resbalando pendiente abajo. Lirio, no atreviéndose a saltar, se agarró a las cinchas y fue bamboleándose de un lado a otro como si fuera un saco de grano blanco sujeto a través del pomo de la silla.

El capitán se puso en pie, apoyándose en la empinada cuesta y llevándose una mano al cinturón. Gaviota sabía que estaba desenvainando su sable.

El jinete negro gruñó una sarta de maldiciones dirigidas al leñador que tenía encima.

Gaviota estaba lo bastante enfurecido como para devolverle los gritos a aquel soldado veterano.

--¡Yo digo lo mismo de ti! --aulló, y se lanzó a la carga cuesta abajo entre una rociada de gravilla y tierra.

Venir corriendo desde una posición más elevada hizo que Gaviota fuese adquiriendo velocidad hasta que casi volaba con cada salto. Esperaba que la hoz plateada de aquel sable fuese hacia él, y si el hombre que iba a blandido lo hubiese alzado a tiempo sin duda Gaviota habría terminado empalado en él..., pero por alguna razón misteriosa el capitán no conseguía desenvainar su sable.

Un repentino destello de comprensión permitió que Gaviota supiera porqué no podía hacerlo: la caída había doblado la vaina de acero, y había dejado atrapada la hoja en su interior.

El leñador terminó su último salto con un aullido y se lanzó sobre

el capitán, que seguía intentando desenvainar su sable y fue derribado al recibir el irresistible impacto de los dos pies de Gaviota justo en el centro de su peto.

La inercia de Gaviota hizo que los dos contrincantes quedaran separados al caer, y ambos rodaron hacia el fondo del cráter.

Cuando Gaviota hubo dejado de rodar y consiguió incorporarse, vio que el capitán acababa de lanzarse a la carga. El caballero desenvainó una larga hoja blanca de una vaina que llevaba a la derecha del cinturón, y graznó una extraña orden.

Y el cuchillo empezó a arder en su mano.

* * *

«Más condenada magia», pensó el leñador. Una hoja que quemaba... ¿Causaría más daño que una hoja normal o menos?

¡Por las cicatrices de Scarzam, cómo odiaba la magia!

El capitán se detuvo, dejó escapar un tembloroso grito de batalla, plantó firmemente los pies en el suelo y lanzó un mandoble dirigido hacia el estómago de Gaviota.

El leñador respondió con lo único que tenía, un puñado de tierra. El diluvio de partículas acertó al capitán en el rostro, pero había visto inclinarse a Gaviota. El capitán abrió los ojos y sus labios se curvaron en una sonrisa entre despectiva y burlona.

Gaviota retrocedió mientras el cuchillo hendía el aire en un veloz vaivén. El fuego de la hoja, que quedaba aplanado por el viento, se debilitó hasta quedar reducido a casi nada y volvió a inflamarse enseguida. Gaviota lo encontró hipnótico.

El leñador dio un paso en falso y se tambaleó hacia un lado, y estuvo a punto de caer cuando su rodilla lisiada se dobló debajo de él. A su espalda estaba el foso del que habían sacado aquella estrella fugaz que había resultado ser una caja de piedra rosada.

No tenía ningún sitio al que ir salvo el agujero...

El capitán no estaba familiarizado con aquel terreno, pero vio el hoyo negro que se abría a los pies de su adversario. El jinete negro aulló y se lanzó sobre Gaviota para empujarle al fondo del abismo.

Pero el leñador se encogió sobre sí mismo como si quisiera convertirse en un hongo pegado al suelo. El capitán golpeó el suelo con los pies y también se detuvo..., y lanzó un tajo con su cuchillo.

La hoja al rojo blanco besó el ya desgarrado hombro de Gaviota. El crujido que oyó era su piel quemándose, y pudo oler el hedor de la

carne que se calcinaba. La herida le produjo una sensación de frío helado y, al mismo tiempo y extrañamente, de un calor insoportable. Gaviota gritó y extendió las manos. Golpeó al capitán en la rodilla, pero sólo consiguió apartarle un poco.

Si acababa cayendo dentro del pozo, quedaría tan atrapado como un ratón en un barril de harina. Si intentaba arrastrarse o echar a correr, recibiría una cuchillada en la espalda.

Gaviota buscó desesperadamente algo a lo que agarrarse, y sus nudillos chocaron con la dureza de la madera: había encontrado algo liso, alargado y desgastado por el uso.

Era el mango de un pico dejado allí aquella tarde por los cansados cavadores.

Gaviota lo agarró con un gruñido y fue saltando hacia el capitán para confundirle. El jinete negro se echó hacia atrás, preparado para golpear, y después movió su cuchillo en un largo tajo dirigido hacia abajo...

... y soltó un chillido de sorpresa cuando Gaviota atacó sus piernas con una misteriosa y pesada herramienta.

Gaviota no había tenido tiempo de sujetar bien el pico y tuvo que atacar con el mango de madera en vez de con la cabeza de hierro, pero el capitán fue derribado de todas maneras. El jinete negro rodó rápidamente sobre sí mismo para alejarse, medio enredado en su capa de caballero.

Gaviota saltó, apuntó durante un segundo, levantó la herramienta por encima de su hombro igual que si fuera un hacha, y golpeó con todas sus fuerzas.

La pesada punta de hierro, tan puntiaguda como el pico de un pájaro, se abrió paso a través de la coraza de acero, la piel, la carne, los órganos y el hueso, más coraza y, finalmente, la tierra.

Gaviota, jadeante y agotado, se quedó inmóvil aferrando el mango del pico. Los estremecimientos del agonizante fueron subiendo por la madera, avanzaron a través de los brazos de Gaviota y parecieron ir en línea recta hacia su corazón. Pero el leñador siguió sujetando implacablemente el pico.

Los estremecimientos se fueron calmando poco a poco y acabaron cesando.

Las llamas del largo cuchillo, todavía empuñado por una mano enguantada de negro, se extinguieron con un último parpadeo.

Un jadeo ahogado hizo que Gaviota girase sobre sus talones. Un fantasma se lanzó sobre él. El leñador tiró instintivamente del mango

del pico, pero la herramienta había quedado incrustada en la coraza.

Y un instante después el fantasma saltó a sus brazos con un sollozo. Una mezcla de almizcle y perfume invadió las fosas nasales de Gaviota.

--Lirio... --gimió.

* * *

La bailarina pegó su cálido cuerpo al de Gaviota y se aferró a él, temblando y estremeciéndose. Lloraba como una niña pequeña, suplicando ser abrazada, pero Gaviota tuvo que acabar apartándola.

--Debemos volver --dijo--. Los otros nos necesitarán.

--¿Kem? ¿Chad? --Lirio frunció los labios en un mohín de disgusto--. ¿Por qué arriesgar tu vida para rescatarlos?

--Mangas Verdes, Felda, Stiggur --replicó Gaviota--. Vamos.

Sabía que debía seguir moviéndose. Si se quedaba quieto durante un segundo, todos sus golpes y heridas empezarían a dolerle de tal manera que no podría hacer nada.

Avanzó tambaleándose a través de la pendiente del cráter y fue hacia el caballo del capitán. El animal retrocedió, pero Gaviota le cogió por las riendas mientras emitía sonidos tranquilizadores y el caballo obedeció. Demasiado dolorido y mareado para montar, el leñador tomó la mano de Lirio y dio una palmada en la grupa del caballo para que subiera la pendiente remolcándoles detrás de él.

Una vez en lo alto de la pendiente, Gaviota buscó el caballo desde el que había saltado, pero no lo vio. Con la luna desaparecida, la noche se había vuelto totalmente negra. Sólo quedaba el débil resplandor fantasmagórico de los tocones de abedul, troncos calcinados que creaban rayas grises sobre la negrura. Gaviota apenas si podía ver sus manos a la luz de las estrellas. Tendrían que volver al campamento yendo despacio y con mucho cuidado.

A pesar de las protestas de la bailarina --Lirio no quería volver a montar--, Gaviota se instaló con mucha dificultad y bastantes dolores en la silla de montar y la izó hasta colocarla delante de él. Esta vez Lirio viajaría en posición vertical. Chasqueando la lengua, Gaviota inició el avance en dirección oeste. El caballo estaba agotado y llevaba el doble de carga de lo habitual, por lo que sólo podía caminar. Gaviota, que también estaba agotado, dejó que caminara.

El campamento debía de estar a un kilómetro de distancia. Poco después divisaron una luz a través de los troncos retorcidos y de lo

que parecía una pantalla formada por matorrales entrelazados.
--¡Es la hoguera del campamento! --casi canturreó Lirio.
--Puede que le hayan echado más madera para que nos sirva como señal --murmuró Gaviota.
--¿Crees que la batalla habrá terminado?
El leñador se encogió de hombros. El momento de descanso le había recordado todas sus lesiones, y cada una de ellas le quemaba, picaba, ardía y dolía. El sudor, la tierra y la sangre se adherían a su piel allí donde ésta tocaba las sucias prendas holgadas de Lirio, pero Gaviota se pegó un poco más a su cuerpo en busca de consuelo a pesar de ello.
--Tal vez --dijo--, pero eso también puede ser malo. Si Liante se encuentra superado en número podría huir, como hizo esa hechicera de la túnica marrón y amarilla durante el duelo en Risco Blanco. --El nombre de su aldea perdida llenó de dolor su corazón. Gaviota meneó la cabeza, enfurecido consigo mismo--. Por eso debemos volver lo más deprisa posible. Si Liante desaparece, podría llevarse consigo a todo el mundo, mi hermana incluida. Es la única persona que me importa.
--¿Y qué hay de mí? --preguntó Lirio con un mohín.
La irritación se unió al dolor y la preocupación que acosaban a Gaviota. El leñador chasqueó la lengua e intentó conseguir que el caballo fuese un poco más deprisa.
--Tú también me importas, naturalmente. Pero debemos...
El caballo soltó un relincho y se detuvo tan de repente como si hubiera chocado con una muralla. Gaviota masculló una maldición y le clavó los talones, pero un instante después percibió que había algo delante de ellos en la oscuridad. La suave brisa que había estado envolviéndoles hasta aquel momento acababa de cesar.
Bajó cautelosamente del caballo y avanzó con una mano extendida delante de él..., y se la pinchó. Gaviota captó un olor verde y amargo que le resultaba muy familiar.
--¡Por todas las pelotas del mundo! Es el muro de espinos de Liante otra vez. ¿Y ahora qué? --Gaviota miró a derecha e izquierda, se enredó la despeinada cabellera en unos espinos que parecían querer agarrarla y soltó una maldición--. ¿Puedes ver algún camino que permita rodearla?
La bailarina, que estaba un poco más arriba de la grupa del caballo, estiró el cuello.
--Hacia la derecha hay algo blanco. No serán espinos, ¿verdad?

--¿Quién sabe? --Gaviota suspiró--. En cuanto dejan suelta la magia, ya no hay más reglas que valgan. Nada tiene sentido.

Tiró del caballo llevándolo hacia aquellos lo-que-fuesen blancos, con una mano levantada delante del rostro para protegerlo en la impenetrable oscuridad. El muro de espinos serpenteaba como un matorral del bosque, y Gaviota fue pinchado en los hombros y las manos por unos cuantos espinos, puso los pies descalzos sobre bastantes más, y sufrió frecuentes tropiezos con gruesos tallos y tuvo que dar un rodeo para esquivarlos.

El leñador se fue sintiendo cada vez más y más preocupado a medida que iba pasando el tiempo. Tenía que volver con Mangas Verdes antes de que algún desastre cayera sobre el campamento.

Y cuando estuvo muy cerca de las barreras blancas, Gaviota descubrió que eran... ¿dientes?

* * *

Al principio el muro de espinos se mezclaba con los dientes blancos, y luego acababa desapareciendo del todo para ser sustituido por ellos. Los dientes eran de todos los tamaños, desde la longitud de un dedo hasta tan altos que un hombre no podía llegar a la punta con la mano. Gaviota tocó un diente y se encontró con que era liso y un poco resbaladizo, y que la punta era lo bastante afilada para atravesar la piel. Decidió hacer una prueba y partió un diente delgado en su mano como si fuese un carámbano, pero todos los que tenían el grosor de su pulgar o lo superaban no podían ser rotos.

--Ya los he visto antes --dijo Lirio--. Crecen en cavernas, y salen del suelo y del techo. La gente los llama lanzas de piedra. ¿Lo hueles? El suelo está cubierto de guano de murciélago.

Aquel olor acre y seco hizo que Gaviota arrugase la nariz. El suelo se había vuelto de un blanco grisáceo, y el parloteo de un millón de insectos que vivían en aquella sustancia pegajosa y repugnante brotaba de ella. «Otro trozo lejano de los Dominios --pensó Gaviota--, arrancado del suelo de alguna caverna colosal y arrojado aquí, en los confines occidentales del Bosque de los Susurros...» ¡Cuántas maravillas y prodigios eran capaces de desperdiciar aquellos hechiceros para satisfacer su codicia!

Blanqueado por la luz de las estrellas, el muro de espadas ondulaba a través del bosque de tocones calcinados, como si hubiera sido sembrado por un borracho. Pero no tenía más de sesenta metros

de anchura en ningún punto.
Y entonces se llevaron otra sorpresa.
Ya no había obstáculos delante de ellos, y podían ver con toda claridad la hoguera que habían divisado antes.
No era la de su campamento, sino la del campamento de otro hechicero.

* * *

Lo que estaban viendo no era una pequeña hoguera encendida en un hoyo para cocinar, sino una gran pira.
Se encontraba a unos cien metros escasos de ellos. «No teníamos a la luna para que nos guiara, y me he desviado sin darme cuenta», pensó Gaviota. No podía ver gran cosa entre aquellos troncos que parecían barrotes negros. La gran hoguera estaba rodeada de caballeros negros, algunos montados y otros de pie. En el centro caminaba una silueta de gran tamaño..., y un instante después Gaviota se dio cuenta de que era realmente muy grande. Casi tenía la altura de los hombres montados. Aquella silueta iba de un lado a otro, probablemente arengando a sus tropas, tan peligrosas como los leones. La luz destellaba sobre el hombre como si llevara una armadura que cubría su cuerpo desde los pies hasta la cabeza. Más allá del círculo había unas protuberancias curvas que hacían pensar en colinas lejanas, y Gaviota acabó decidiendo que eran carros con la lona pintada de algún color oscuro.
Así que aquellos eran los carros con cuyas huellas se habían encontrado hacía semanas.
Pero ¿dónde estaba el campamento de Liante? ¿Y dónde estaban los zombis? ¿Y qué forma adoptaría el próximo ataque? ¿Sería algo peor que los no muertos?
Lirio susurró el nombre del leñador y señaló con una mano. Gaviota siguió la curva blanca de su manga.
A lo lejos se veía el destello de un fuego protegido. También había un vaga sugerencia de cuerpos que se movían y una forma ovalada, la curva de un carro volcado.
Gaviota pidió silencio con un siseo para no atraer a los jinetes negros, tapó los ollares del caballo para evitar que lanzara algún resoplido dirigido a sus compañeros y tiró cautelosamente del animal conduciéndolo por entre el campo de espadas. Apenas había luz, por lo que Gaviota procuró arrastrar los pies descalzos para no pisar

alguna de aquellas afiladas lanzas de piedra, y esperó que el caballo hiciera lo mismo. El estiércol de murciélago chasqueaba con un sonido líquido entre los dedos de sus pies. El crujir de los caparazones de los insectos era tan estrepitoso como repugnante.

No tardaron en salir de aquel suelo de caverna para volver a encontrarse encima de la blanda y esponjosa tierra negra. Gaviota se limpió los pies y montó detrás de Lirio. Con aquel diminuto destello para guiarles, podían cabalgar hasta el campamento. Si los jinetes aparecían, tal vez tendrían que huir.

Un atronar de cascos tamborileó repentinamente en sus oídos, pero no venía de la hoguera lejana. Sonaba procedente de la dirección en que estaba el campamento de Liante.

Gaviota detuvo al caballo al lado de un grueso tronco.

--¿Quién...? --preguntó Lirio.

--¡Calla!

Eran dos jinetes lanzados al galope que giraban y serpenteaban por entre los árboles. Un extraño sonido rompió el silencio, un fantasmagórico y ululante grito de guerra que hizo añicos la noche y llenó de escalofríos las columnas vertebrales de cuantos lo escucharon.

Gaviota dejó escapar un jadeo de pura sorpresa. Conocía aquel grito.

--¡Helki! ¡Holleb!

* * *

Piel bronceada cubierta de sudor relucía bajo la luz de las estrellas. Los centauros estaban desnudos, sin coraza ni cascos o pinturas de guerra, y sólo llevaban sus brazales y sus lanzas emplumadas. Unas melenas hirsutas y despeinadas ondulaban detrás de ellos, cabelleras crecidas hasta ser casi tan largas como sus colas. «¿Qué ha ocurrido?», se preguntó Gaviota. Antes habían sido tan pulcros y de aspecto tan marcial, con su equipo pintado y frotado y meticulosamente ordenado encima de sus arneses... ¿A qué venía aquel nuevo aspecto tan mísero y descuidado?

¿Y qué estaban haciendo allí? ¿Por qué no estaban en su hogar del país de las estepas?

Gaviota gritó sus nombres mientras pasaban por delante de ellos. Holleb se limitó a lanzar aquel grito de guerra suyo que helaba la sangre, pero Helki tembló como si tuviera miedo o sintiera vergüenza.

--¡Gaviota! ¡Debemos atacar! ¡Somos cautivos! No podemos... ¡Uh!

La centauro se interrumpió bruscamente para lanzar su grito, y los dos enfilaron sus lanzas.

Jinetes negros se apresuraban a montar junto a la lejana hoguera. La enorme figura central agitaba brazos que relucían con destellos dorados.

Pero Gaviota había quedado tan asombrado y aturdido por las palabras de Helki que era incapaz de moverse. ¿Cautivos? ¿De nuevo? La hechicera de la túnica marrón y amarilla los había abandonado, y Liante los había devuelto a su hogar. Así pues... ¿Los había invocado él mismo, esclavizándolos para sus propios propósitos? Tenía que haberlo hecho, pues venían de su campamento e iban hacia el del enemigo.

¿Era realmente Liante tan malvado, despiadado e implacable como cualquier otro hechicero? ¿Se estaba comportando Gaviota como un idiota al que se podía engañar con unas cuantas palabras al trabajar para él?

--¡Oh! --exclamó Lirio--. ¡Mira el cielo!

Un destello muy potente cegó a Gaviota, obligándole a parpadear.

Chisporroteando en el aire, surgida del campamento del hechicero que se encontraba más lejos, volaba un caballo envuelto en llamas que resplandecía como un cohete.

--¡Una pesadilla!

_____ 12 _____

El caballo mágico ardía en el cielo igual que un cometa.

El cuerpo y el rostro eran tan grises como la piedra de una lápida. Las patas eran de un blanco resplandeciente y esparcían llamas amarillas. La crin y la cola llameantes se desplegaban detrás de él como una cometa de papel a la que se hubiera prendido fuego.

La criatura había surgido de la hoguera del otro hechicero igual que si hubiera sido lanzada por una catapulta. El caballo mágico estaba surcando el cielo en un veloz arco, hiriendo los ojos con aquella brillantez que hacía casi imposible el contemplarlo, y agitaba sus cascos por encima de las copas de los árboles. Las pezuñas tamborileaban en los oídos y en el aire a pesar de que no tocaban nada. Los ollares escupían fuego y pequeñas nubes de humo negro.

Gaviota se preguntó si estaba vivo o muerto. Las madres decían que cuando tenías una pesadilla estabas cabalgando sobre la yegua de los malos sueños, pero Gaviota nunca había imaginado que un auténtico demonio anduviera suelto durante las horas oscuras y reinara en ellas.

Y un instante después ya no hubo más tiempo para suposiciones, porque el monstruo llameante se lanzó en picado sobre los carros de Liante.

--¡Mangas Verdes! --aulló el leñador.

Agarró a Lirio por la cintura y hundió los talones en los flancos del caballo, lanzándolo al galope hacia el campamento. Pero el animal de carne y hueso tembló y se resistió, temiendo ya fuese al fuego o a ese extraño olor metálico que brotaba del caballo fantasmal. Gaviota acabó rindiéndose después de tres intentos de obligarle a avanzar. El leñador bajó de la silla de montar y tiró de Lirio, haciendo que la joven se tambaleara detrás de él.

--¡Vamos!

Pero no tenía ni idea de lo que esperaba hacer cuando llegara al campamento. Ya no tenía ni el hacha que había arrojado, por lo que estaba totalmente inerme. Lo máximo que podía esperar hacer era coger en brazos a Mangas Verdes y salir huyendo lo más deprisa posible.

Bajando del cielo con un silbido estridente, como un halcón que se precipita sobre las gallinas, la pesadilla trazó un círculo por encima de los maltrechos carros de la caravana. El campamento quedaba iluminado con toda claridad por su resplandor. Gaviota vio cómo las

mujeres y los guardias se encogían sobre sí mismos. Incluso los siempre fanfarrones Kem y Chad se hicieron un ovillo y se taparon la cabeza, como niños asustados por la ira de un progenitor.

Todo el mundo, tanto dentro de los carros como fuera de ellos, aullaba como si el gritar fuese la única forma de seguir con vida.

«Terror --pensó Gaviota--. Esa cosa difunde el terror. Provoca malos sueños de los que no puedes despertar.»

Sin darse cuenta de ello, el leñador había empezado a moverse cada vez más despacio, como si el miedo fuese una marea creciente que hubiese que vadear.

Gaviota intentó concentrarse, y estuvo a punto de caer cuando Lirio soltó un jadeo y tiró bruscamente de su mano. Todavía estaban a unos cien metros del campamento.

--¿Qué...?

Y entonces lo vio. La luz parpadeante de la pesadilla le permitió descubrir las siluetas retorcidas que yacían esparcidas por el suelo del bosque que se extendía a sus pies.

«Zombis dañinos --las había llamado Lirio--, zombis de Escatia...»

Yacían como espigas de maíz cosechadas, caídos al azar por todos lados. Con el rostro vuelto hacia el suelo, la cabeza echada hacia atrás, unos encima de otros... Había más de cincuenta, totalmente inmóviles salvo por la agitación de los puñados de gusanos que se retorcían encima de ellos.

El hedor de su hinchada podredumbre era casi palpable, como el impacto de un puño en la cara. Gaviota se tapó la nariz y retrocedió. El leñador y la bailarina dieron un gran rodeo, tambaleándose y luchando con las náuseas.

A pesar del horror, Gaviota pensó que aquella escena le resultaba familiar. Estaba contemplando un montón de cuerpos caídos que habían sido dispersados como pajas por un vendaval, igual que había ocurrido en Risco Blanco.

Los aldeanos, incluidos sus padres y hermanos, se habían ido derrumbando hacia el final del duelo entre los hechiceros. Una misteriosa debilidad, invisible e inaudible, había ido absorbiendo la vitalidad de sus cuerpos y se la había arrebatado. El mismo Gaviota había caído. Sólo los más sanos y fuertes sobrevivieron. Jóvenes, ancianos y débiles murieron. Muchos otros nunca habían llegado a recuperar las fuerzas y habían yacido inconscientes hasta que expiraron, marchitados como flores cortadas.

Y si aquel hechizo de debilidad --suponiendo que se tratara de

eso-- derribaba zombis en aquel lugar, entonces el mismo hechicero tenía que haberlo lanzado en Risco Blanco.

Liante.

Gaviota se quedó inmóvil, horrorizado y perplejo. ¿Liante había acabado con su familia y sus amigos?

¿O sería quizá que todos los hechiceros conocían aquel hechizo?

Gaviota, hirviendo de negra furia, se dijo que si había sido Liante lo pagaría con su vida. Gaviota le mataría. Gaviota le rompería todos los huesos uno por uno, y mientras lo hacía iría recitando los nombres de todos los aldeanos de Risco Blanco que habían caído bajo su magia.

--¡Malditos sean todos los hechiceros, y maldito sea yo por trabajar para uno!

* * *

Unos gritos surgieron del campamento lejano.

Gaviota volvió la cabeza en esa dirección. Las rojas uñas de Lirio se habían hundido en su brazo.

--¡Alejémonos de estos... muertos!

Pero el campamento asediado por un fantasma llameante no iba a ser un gran refugio.

--¡Mira! --gritó Gaviota--. Algo lo ha detenido...

Bailando en el aire más arriba de lo que nadie podía llegar, la pesadilla dejó de trazar círculos. La criatura empezó a agitar nerviosamente sus patas en el cielo y movió su cola llameante de un lado a otro, creando una rociada de globos de fuego que se desprendieron de ella como las chispas de una piedra de amolar. Los globos de fuego ardían y se consumían con un último parpadeo al caer entre el verdor recién brotado, pues en todo aquel retorcido bosque pesadillesco ya no quedaba nada que pudiese arder.

Pero daba la impresión de que la pesadilla podía huir en cualquier momento, pues algo la estaba manteniendo a raya. Los destellos de luz que emitía permitieron que Gaviota pudiera ver las franjas laterales de Liante, que estaba inmóvil encima del pescante del carro.

Gaviota, enfurecido y desesperado, pensó que el hechicero no estaba lanzando muchos ataques aquella noche. Tenía trabajo más que suficiente con defender su campamento y mantener con vida a sus seguidores ante los distintos asaltos que caían sobre ellos.

Pero en aquel momento Liante alzó una especie de jarra de

piedra, bastante parecida a las que se usaban para beber cerveza o aguardiente, y entonó un hechizo que tenía un sonido extrañamente musical.

Gaviota también había visto aquello con anterioridad.

La jarra emitió una nube que se hinchó y se fue haciendo más y más grande, creciendo continuamente sin dejar de mantener una forma que recordaba a una vejiga hinchada. La nube se fue hinchando gradualmente igual que una burbuja de jabón, y acabó desprendiéndose de la jarra para quedar flotando en el aire.

Y adoptar la forma de un hombre.

El hombre era alto, de piel azulada, tan musculoso que parecía gordo y con una larga coleta negra en su cráneo calvo, y llevaba un ceñido chaleco y unos holgados pantalones bombachos bastante parecidos a los que usaban las bailarinas. El hombre azul se fue irguiendo igual que una burbuja en el agua y se encaró con la pesadilla, que estaba danzando sobre sus patas justo al lado del círculo de carros.

El séquito de Liante dejó de gritar. Gaviota se dio cuenta de que por sí solo eso ya era una buena razón para conjurar al hombre-nube.

--Un djinn --jadeó Lirio.

Moviéndose igual que una nube animada, el djinn azul inició un avance tan lento como el de un banco de neblina. La pesadilla agitó su cola llameante, se alzó sobre sus pezuñas de fuego...

... y mostró unos dientes amarillentos y se lanzó a la carga.

Gaviota y la joven contuvieron el aliento mientras el fantasma saltaba sobre la nube azul.

Y pasaba a través de ella.

Los resultados no se parecieron a nada de cuanto pudiesen haber predecido.

Parecía como si el fuego se hubiera encontrado con el agua. Un tremendo *¡whooomph!* hizo vibrar el aire, y retumbó en los oídos con tanta potencia como un golpe físico.

El djinn estalló y se convirtió en una masa de nubéculas de vapor. Las nubéculas fueron subiendo lentamente hacia el cielo como el humo que brota de una hoguera recién extinguida.

La pesadilla se detuvo y se sacudió como un perro al salir de un estanque. Su fuego se había debilitado hasta que la noche había vuelto a ser casi negra, pero volvió a inflamarse en aquel momento.

Las partículas de humo volvieron a unirse en las alturas, recuperando su forma y convirtiéndose una vez más en un hombre

mágico.

La pesadilla escupió fuego por los ollares y atacó. El llamear era tan intenso que incluso el mismísimo aire parecía chisporrotear. La madera crujía y se incendiaba allí donde los cascos de la criatura rozaban los troncos quemados.

El leñador se dio cuenta de que el poder de la pesadilla se incrementaba con su ataque, y lo mismo ocurrió con su llama. Hasta el momento lo único que estaba salvándoles de una conflagración general era el hecho de que el bosque ya hubiese ardido antes. Pero si la bestia de llamas llegaba a arder con un fuego lo suficientemente caliente, el calor tal vez podría consumir incluso a esos troncos calcinados de corteza resistente a las llamas y provocar la ignición de su corazón de madera.

--¡Vamos, Lirio! --gritó Gaviota mientras tiraba de la joven--. ¡Tenemos que llegar al interior del círculo!

Lirio no se resistió, y se limitó a titubear.

--Pero... ¿Qué está ocurriendo allí? --preguntó, alzando la voz para hacerse oír por encima del estrépito del viento abrasador.

Gaviota se quedó boquiabierto. Se había olvidado del campamento del otro hechicero. Las llamas de la hoguera se habían hecho más altas, y Gaviota rodeó un tronco para poder ver mejor. Silueteada delante del fuego, la figura de la armadura estaba dando órdenes.

Pero se había vuelto más grande, y estaba más cerca.

El hechicero que avanzaba a gigantescas zancadas, balanceando sus miembros envueltos en la coraza color oro y plata, se había vuelto tan descomunal y pesado que se hundía hasta los tobillos en el blando suelo del bosque.

Y una horda de esqueletos saltaba y hacía piruetas alrededor de sus piernas.

* * *

Los esqueletos eran bastante pequeños, no más altos que niños y de constitución delicada. Sus mandíbulas eran muy largas y estaban repletas de dientes puntiagudos. Las siluetas angulosas se agitaban y temblaban delante de la lejana hoguera, imposiblemente delgadas y desarticuladas, y sin embargo vivas.

Gaviota comprendió que estaba viendo esqueletos de trasgos, aquellos ladrones rastreros, implacables y llenos de astucia. Vivos no

servían de nada. Tal vez fuesen de mayor utilidad muertos...

El caballo que había capturado se encabritó con un estridente relincho y arrancó las riendas de la mano del leñador. Gaviota permitió que se escapara.

--¡Nosotros también deberíamos echar a correr! ¡Ve hacia el campamento y no te pares por nada!

Ya podían oír el ruido del ejército de esqueletos. Unos extraños gritos aflautados que hacían pensar en una colonia de murciélagos llegaban hasta ellos, flotando en el cada vez más cargado aire de la noche. Por encima de sus cabezas, la pesadilla volvió a lanzarse sobre el hombre-nube.

Y la mente de Gaviota fue repentinamente incapaz de aceptar tanta extrañeza. Caballos fantasma, titanes acorazados, esqueletos que chillaban y graznaban, seres-nube, zombis muertos y no muertos... ¡Todo aquello había surgido de la nada y se agitaba en el bosque consumido por las llamas! Si seguía pensando en esos seres, Gaviota sucumbiría al pánico o se volvería loco. El leñador los expulsó de su cerebro con un decidido esfuerzo de voluntad. «Encuentra a Mangas Verdes», se dijo. Tenía que encontrar a su hermana y salir huyendo como si le persiguiesen todos los demonios del infierno..., pues probablemente lo harían en algún lugar de aquel vasto paisaje enloquecido.

Gaviota avanzó con paso tambaleante hacia el campamento, remolcando a Lirio detrás de él, hasta que pudo distinguir rostros relucientes por el sudor que alzaban la mirada hacia la batalla espectral y hacia el hechicero de la armadura y su huesuda horda.

La pesadilla se estaba abriendo paso nuevamente a través de la masa azul del hombre-nube, pero esta vez la neblina azulada se dispersó por el aire de la noche y se fue disipando hasta dejar de existir. La criatura no volvió a formarse.

Estaba claro que la pesadilla era la reina de la noche.

El monstruoso caballo se alzó sobre las copas de los árboles, piafando y dando coces, más fuerte y resplandeciente que nunca. Su cuerpo estaba tan caliente que despedía chispas, igual que el acero cuando arde dentro de la forja. Las chispas caían sobre el campamento y se extinguían como luciérnagas.

Pero Gaviota apenas si podía ver el campamento. Una extraña calina estaba brotando del suelo, como la neblina que emana de un pantano. El leñador siguió corriendo y jadeando, y se adentró en ella y notó un repentino escozor en los ojos. Era humo, el tipo de humareda

que se pega al suelo y que surge de las hogueras de los campamentos cuando hace mal tiempo.

Nadie había tocado el fuego que se usaba para cocinar y los árboles apenas ardían, pero el humo se iba espesando como si la misma noche se estuviera consumiendo poco a poco.

--¡Más condenada magia! --tosió Gaviota.

Medio ciegos y con los ojos entrecerrados, el leñador y la bailarina dejaron atrás el carro de los hombres volcado en el suelo y tropezaron con el varal al que se uncían las recuas. Gaviota se dio cuenta de que el carro había sido volcado por segunda vez, o quizá fuese que le habían dado la vuelta: en todo caso, no cabía duda de que la lona apuntaba hacia el centro. Eso era bueno, pues el fondo del carro formaba un muro exterior.

Alguien les dio el alto, y los dos gritaron sus nombres. Guiados hasta Morven, Gaviota y Lirio se acurrucaron detrás del pescante del carro volcado. La humareda se había vuelto tan espesa que la hoguera del campamento había quedado convertida en un borroso manchón grisáceo. Gaviota sólo podía ver la cabellera gris blanquecina de Morven.

--¿Qué le ha pasado al carro? --jadeó el leñador.

--Intentamos levantarlo, nos asustamos y acabamos volcándolo del otro lado --murmuró el marinero--. Estamos metidos en un buen lío, y este humo no ayuda nada. Es uno de los hechizos más estúpidos de Liante... El humo va muy bien para ahuyentar a los animales o a las personas, pero no estorbará en lo más mínimo a ese bastardo de la armadura o a sus matones de hueso. Claro que quizá acabe matando a las pulgas de mi manta.

--¿Cómo puedes...? --Gaviota se atragantó y estornudó--. ¿Cómo puedes bromear en este momento?

El leñador sintió más que vio el encogimiento de hombros del marinero.

--Bueno, en cuanto ha pasado algún tiempo te acostumbras. Nuestro pequeño Lío mueve las manos y empieza a caer mierda del cielo. Procura mantener el mentón por encima de ella y no abras la boca... De momento todos seguimos con vida.

--El jefe de caravana anterior murió.

--Oh, cierto. --Otro encogimiento de hombros--. Pero salió del círculo de protección. El pobre Gorman había nacido para remover la mierda con una pala, no para pensar... Espero que nuestro querido Liante pueda sacarse algún truco de la manga. Ese monstruo blindado

tiene aspecto de poder comerse un carro entero en tres bocados.

--¿Qué nos haría a nosotros? --resopló Gaviota.

Como el resto del séquito, estaba respirando a través de las manos o de un trozo de tela mientras contemplaba a la horda que se iba aproximando. Había cortinas de humo gris que ondulaban entre ellos y los esqueletos, pero aun así podían ver que ya sólo estaban a unos treinta metros de distancia.

Por lo menos el terror que se había adueñado de los seguidores de Liante ya estaba empezando a disiparse un poco, pues la pesadilla flotaba en el sur a la altura de las copas de los árboles, inmóvil delante del hechicero blindado como si fuese un faro suspendido en el cielo. Liante había entrado en su carro.

Morven se frotó los ojos llorosos.

--Oh, probablemente no se nos comerán y tampoco nos torturarán hasta matarnos: mantente lo bastante lejos y normalmente no tendrás problemas. Para los hechiceros sólo somos hormigas. Quedaríamos esparcidos a los cuatro vientos, tal como le ocurrió a tu aldea. Oh, lo siento... Pero apuesto a que este pirata anda detrás de la caja de coral. Si está tan llena de magia como dijo el pequeño Lío, entonces será un imán para todos los agitadores de manos de todos los puntos de la rosa de los vientos.

--Quizá Liante acabe decidiendo renunciar a ella --murmuró Gaviota.

Morven y Lirio soltaron un bufido.

Gaviota abrió y cerró sus manos vacías. Sin un arma se sentía impotente, desnudo. Sus posesiones actuales se reducían a un faldellín de cuero y nada más. Le dijo a Lirio que no se moviera de allí, y después pasó junto a ellos para ir al carro de los suministros volcado.

No llegó muy lejos. El carro era la viva imagen de la confusión y el desorden. Amontonadas junto a una pared de lona había cajas, cuencos, cacharros de cocina, hogazas de pan, utensilios varios, mantas enrolladas y harina, cerveza, vino y mantequilla que se habían esparcido por el suelo. Instalada encima de todo aquel amasijo de objetos, con un chal tapándole la cabeza, había una Felda bastante sucia que mantenía firmemente abrazada a Mangas Verdes, con Stiggur acurrucado detrás de ellas. La hermana de Gaviota estaba llorando. El leñador pensó que una de las grandes ventajas de ser medio retrasada era que tenías muy pocas preocupaciones. Mangas Verdes estrujaba entre las manos un objeto gris, como una borla o un

manojo de pelos de caballo, y el leñador se preguntó dónde lo habría encontrado.

La gorda cocinera le preguntó qué estaba ocurriendo, pero el leñador no le hizo ningún caso. Había venido para ver qué tal estaba su hermana y coger su hacha pequeña, que estaba guardada junto con sus sierras y unas cuantas herramientas más detrás de unas cuantas cajas; pero después de lo ocurrido tendría que descargar el carro entero para poder llegar hasta allí. Pidió alguna clase de arma a Felda y recibió un pesado atizador de acero y un cuchillo de carnicero que deslizó cuidadosamente debajo de su cinturón.

--Si hay alguna necesidad de salir, vendré a buscaros --les dijo después--. De lo contrario, quedaros dentro.

Nadie intentó discutir con él.

Gaviota salió del carro justo a tiempo de ver desaparecer los esqueletos de trasgo.

* * *

La humareda había empezado a pegarse al suelo y ya no era tan espesa, aunque había dejado un acre sabor a quemado en sus bocas y una irritación parecida a la quemadura del exceso de sol en sus rostros.

Los esqueletos de trasgo habían estado bailando y girando alrededor del hechicero de la armadura igual que gorriones delante de un cuervo, lanzando chillidos estridentes y agitando brazos delgados como ramas y, en general, se habían comportado como idiotas totalmente inútiles igual que hacían en vida. Gaviota no estaba muy seguro de si suponían una amenaza o no: ¿qué podían hacer salvo morderte? Además, una buena patada bastaría para dejarlos convertidos en un montoncito de huesos sueltos.

Uno a uno, los esqueletos ejecutaron una extraña especie de salto, giraron sobre sí mismos y se encogieron como una hoja que se arruga bajo el frío, para acabar saliendo despedidos hacia el cielo como partículas de polvo atrapadas por un remolino del desierto.

Un grito de triunfo y deleite brotó del carro de Liante. El hechicero, que llevaba las mangas subidas hasta el codo, se sacudió las manos mientras el último esqueleto se esfumaba tan deprisa como cenizas arrastradas por el vendaval.

--Uno invoca y el otro desinvoca --comentó Morven--. Irán haciendo y deshaciendo hasta que uno haya conseguido imponerse al

otro. Ah, si tuviera una centésima parte de la energía que desperdician estos hechiceros...

Y entonces incluso el lacónico marinero se calló, pues el hechicero de la armadura acababa de llegar al campamento. Al parecer Liante no podía «desinvocarlo».

El guerrero-hechicero se detuvo a unos seis metros de los carros, y al quedarse inmóvil pareció hundirse todavía más en el suelo del bosque. «Debe de pesar tanto como un granero de piedra», pensó el leñador. Gaviota estudió al enemigo bajo la parpadeante luz de la pesadilla suspendida en el cielo y la hoguera del campamento, intentando encontrar alguna debilidad en él.

No parecía haber ninguna. El hechicero envuelto en una armadura de plata espectacularmente adornada medía dos metros de altura. El peto, las grebas e incluso las mangas habían sido esculpidas para seguir la forma de los músculos que había debajo de ellas. Rebordes rojizos o correas de refuerzo cruzaban la armadura en los puntos donde soportaba más tensión. Allí donde no había armadura se veía cota de malla, que envolvía la garganta, la ingle y las muñecas. Dos anchas alas erizadas de pinchos sobresalían de sus hombros, y había más pinchos sobresaliendo del dorso de sus guanteletes. Cuernos gemelos de plata terminados en puntas rojas se inclinaban hacia adelante surgiendo del yelmo curvado, y los ángulos del rostro estaban recubiertos de láminas rojas engastadas en circunvoluciones de plata. No había ni rastro de carne visible, ni siquiera en la parte inferior del rostro del hechicero. Era una visión fantástica e irreal, algo que ninguna pesadilla podía conjurar. La armadura parecía tan sólida e inconmovible como un muro de granito. Pero, al menos por lo que podía ver Gaviota, el guerrero no iba armado, y eso le daba un aspecto entre desequilibrado y falto de preparación.

Liante estaba inmóvil encima del pescante del carro. Gaviota se sorprendió: nadie podía enfrentarse en un combate cuerpo a cuerpo con aquella visión acorazada, pero Liante se limitó a cruzarse tranquilamente de brazos metiendo las manos dentro de las mangas. No mostró ningún miedo y, de hecho, fingió aburrimiento.

El guerrero alzó una mano y la cerró, y la luz del cielo se debilitó de repente. La pesadilla tembló y se retorció hasta quedar convertida en una hoja de fresno y se alejó velozmente hacia las alturas. Sólo la pequeña hoguera usada para cocinar daba un poco de claridad, pues el humo se había disipado. Y hacia el este, como vio Gaviota un instante después, relucían los primeros destellos de la falsa aurora. El

duelo había consumido la mayor parte de la noche, y el peso de la falta de sueño, el combate y las heridas cayó súbitamente sobre el leñador como un yugo de piedra. Sus párpados empezaron a bajar a pesar de todos sus dolores y molestias, y Gaviota bostezó tan aparatosamente que le crujió la mandíbula.

Pero las palabras de Liante arrancaron rápidamente al leñador de su creciente sopor.

--¡Desperdiciáis vuestro tiempo y vuestro esfuerzo, mi señor hechicero! --gritó a través de la distancia que los separaba--. No robaréis lo que he venido a buscar, pues trabaja para mí.

--La magia no trabaja para nadie, sino que nosotros trabajamos para ella. --Curiosamente, la voz del guerrero no era un retumbar ahogado o un áspero trueno, sino que hablaba con el tono afable y tranquilo de un hombre de mediana edad. Gaviota se preguntó si el ser que había dentro realmente llenaba toda aquella gigantesca armadura--. Hasta que aprendas esa lección, no sabrás nada.

El guerrero añadió algo ininteligible en una extraña retahila de gruñidos y gemidos.

La contestación que obtuvo fue un resoplido.

--No siento ningún deseo de discutir sobre taumaturgia antes del desayuno, y ciertamente no con un patán que abusa de mi hospitalidad destrozando mis carros. No obtendrás lo que has venido a buscar, así que bien podrías marcharte.

El guerrero volvió a gruñir, pero se calló cuando Liante alargó la mano hacia el interior del carro y cogió la caja de piedra rosada. Vista bajo esa tenue luz realmente parecía, tal como había dicho Kem, una masa de tripas de cerdo tensadas. Era como si fuese a pudrirse bajo el sol de la mañana.

El guerrero volvió a hablar, pero Liante alzó su mano libre y la extendió, y después cerró el puño.

El guerrero blindado se tambaleó al doblársele las rodillas. Después se irguió con una asombrosa exhibición de fuerza y agitó una mano cerrada, y fue recobrando el equilibrio poco a poco. Gaviota pensó que probablemente había bloqueado el hechizo de Liante --¿otra oleada de debilidad?-- con un contrahechizo. Pero ¿quién sabía en realidad lo que hacían los hechiceros? Los mortales sólo podían mirar y asombrarse.

El leñador se preguntó qué ocurriría a continuación. Si el guerrero no podía resistir el poder del cofre de maná de Liante, ¿qué pasaría?

La madera crujió y se astilló. El carro de Liante gimió, se

bamboleó y empezó a inclinarse hacia un lado, empujado desde abajo. Gaviota estiró el cuello intentando ver algo en la penumbra. Espadas blancas del suelo de la caverna se estaban multiplicando debajo del carro, y al ir subiendo lo empujaron haciendo que sus ruedas dejaran de estar en contacto con el suelo..., y siguieron creciendo y empujando.

Liante soltó una maldición y buscó algo a lo que agarrarse, debatiéndose desesperadamente para no soltar el cofre de maná.

El guerrero, que había recuperado sus fuerzas, interrumpió aquel ataque e inició otro.

El gigante de la armadura avanzó con largas zancadas hacia el carro de los suministros, agarró el eje y tiró de él arrastrando el carro hacia un lado. Felda gritó dentro del carro. Lirio chilló, Morven maldijo y Gaviota sopesó su atizador.

No era gran cosa para enfrentarse a un mago acorazado.

Oyó chillar a su hermana. Mangas Verdes por fin había descubierto el terror.

Gaviota salvó de un salto el varal del carro volcado, haciendo girar el delgado atizador en su mano izquierda.

--¡Lucha conmigo, demonio! --gritó..., y se lanzó a la carga.

* * *

Las cosas ocurrieron demasiado deprisa para que Gaviota pudiera percibirlas. Una parte de su ser le decía que no importaba. Debía proteger a su hermana y eso era suficiente, por lo que atacó.

El guerrero-hechicero estaba rompiendo la madera como si fuese un palito reseco, y ya había arrancado los ejes delanteros y el varal de las recuas de la estructura del carro. Una rueda de madera rebotó en su yelmo plateado. Una mano metálica arrancó tablones de un lado del carro. La lona se partió y quedó atrapada. Las astillas volaron en todas direcciones. Los gritos hicieron vibrar el aire.

Stiggur apareció por el agujero en el lado del carro, surgiendo de él como un pájaro carpintero, y arrojó una botella contra el yelmo del guerrero. La botella se hizo añicos, y Gaviota captó el olor del vinagre. El hechicero golpeó con una mano de metal que habría decapitado al muchacho, pero éste desapareció dentro de su refugio.

Para aquel entonces Gaviota ya había dado la vuelta y se encontraba detrás del hechicero. No vio ninguna rendija en la armadura de la espalda. ¿Y dónde infiernos estaba Liante con su saco

de trucos mágicos?

El leñador se irguió y golpeó la parte de atrás de la rodilla del hechicero con el atizador. La cota de malla la protegía, y lo único que ocurrió fue que el atizador se dobló.

La única señal de que hubiera notado lo ocurrido que dio el hechicero fue lanzar un golpe hacia atrás con la palma de la mano, como si ahuyentara una mosca.

Gaviota extendió el brazo para proteger su cabeza, pero el guantelete le dio en el codo y casi se lo rompió. La mano de Gaviota chocó con su ya maltrecha frente, que volvió a sangrar. Se sentía como si hubiera sido aplastado por un árbol. El leñador se tambaleó y acabó cayendo sobre el blando suelo del bosque.

Y oyó gritos a través de una neblina de confusión.

Con la cabeza dándole vueltas, vio confusamente cómo un hechicero que giraba locamente agarraba a su hermana por la túnica y la sacaba a rastras del carro. El hechicero dejó inmovilizada a Mangas Verdes sujetándola por un brazo. Aquel contacto helado hizo que la muchacha chillase como una liebre atrapada.

Gaviota intentó sentarse en el suelo, pero sus músculos se negaban a responder. No conseguía encontrar sus manos o sus brazos, y era como si se los hubiesen arrancado. Quizá lo habían hecho. Intentó impulsarse con las piernas y sentarse, pero éstas sólo se agitaron en un leve temblor. El pánico se fue adueñando de Gaviota. Quizá tenía rota la espalda, como le había ocurrido a su padre.

Otro grito se unió al de Mangas Verdes. El hechicero movió una bota acorazada en una patada que dejó medio ladeado el carro, y después se inclinó por encima de él y agarró a Lirio por la cintura. La bailarina acababa de ser secuestrada por segunda vez en esa noche. Lirio tiró de la mano de metal hasta que le sangraron las uñas, pero no consiguió liberarse.

Morven el marinero alzó su ballesta y disparó desde tres metros de distancia. El pesado dardo con punta de acero se estrelló contra el yelmo del hechicero y rebotó, saliendo despedido y perdiéndose en la lejanía. Chad llegó corriendo y se llevó la ballesta al hombro, pero se detuvo: si un dardo no había surtido ningún resultado, seguramente otro tampoco serviría de nada. Aun así, era todo lo que tenían. Kem y Oles agitaron vacilantemente sus espadas. No veían ningún sitio para atacar. Junco, una de las bailarinas, llegó a la carrera con una antorcha, pero ella también se quedó inmóvil.

Gaviota meneó la cabeza y empezó a sentirse mareado. Vio a través de una neblina oscura cómo el guerrero se volvía hacia el campamento con sus dos cautivos, y oyó que Liante gritaba alguna orden mágica.

«Ya iba siendo hora», pensó el leñador.

La orden obtuvo resultados. El guerrero-hechicero se detuvo, empezó a girar sobre sus talones...

... y su yelmo estalló.

En un momento dado estaba allí y al siguiente su cabeza explotaba como si acabara de ser fulminada por el rayo. Trozos de metal caliente salieron disparados en todas direcciones. Un pequeño fragmento hirió a Mangas Verdes en la frente y la hizo sangrar. Lirio chilló cuando otro fragmento la golpeó en los senos. Gaviota oyó como un trozo de metal chocaba con el suelo cerca de él.

Lo único que quedaba del yelmo era un pedazo de cuello medio fundido. El guerrero dio otro paso, y aquella tira ennegrecida y retorcida se desprendió y crujió bajo sus pies cuando la pisó. Hilachas de cota de malla desgarrada quedaron colgando sobre el pecho rojo-y-plata.

Pero el hechicero acorazado siguió caminando.

Sin cabeza.

--¡Un avatar! --chilló Liante--. ¡Tramposo!

Gaviota se preguntó distraídamente qué era un avatar, pero no lo hizo durante mucho tiempo.

El titán --fantasma, espectro o lo que fuese-- siguió avanzando hacia la hoguera lejana con su cautiva.

Gaviota, paralizado, se encontraba en su camino. Pero el gigante blindado no podía verle.

Un pie colosal se alzó por encima del leñador. Gaviota, con los ojos desorbitados, se acordó de que el gigante se había hundido en el suelo fangoso, por lo que debía de pesar tanto como un tiro de bueyes.

Y se disponía a dejar caer su pie sobre Gaviota, aplastándole igual que a una cucaracha.

Entonces el mundo entero se volvió de color blanco.

_____ 13 _____

Gaviota estaba indefenso y atrapado, contemplando una enorme bota de suela claveteada suspendida encima de él que se disponía a aplastarle...

... y un instante después el cielo se llenó de blancura, y el olor a rancio y humedad de los hongos envolvió al leñador.

Algo colosal se alzó sobre Gaviota, algo que hacía que el avatar acorazado pareciese un ratón en comparación, como si la luna hubiera venido a la tierra.

La cosa proyectaba su propia luz, que era tan fría y pálida como el fuego fatuo de los pantanos o el destello de los insectos luminosos. El leñador vio una cabeza del tamaño de una casa, unos ojos amarillos y saltones, y dientes como las lanzas de piedra de una caverna. La bestia era totalmente blanca, una masa gigantesca salpicada por hileras de bultos de un marrón grisáceo que desprendía aquella fantasmagórica claridad.

Gaviota comprendió que eran hongos. La bestia era un hongo gigante encima del que brotaban un millar de hongos más. Aquel hedor a moho era casi insoportable. Escamas tan grandes como platos se desprendieron de los hombros de la bestia y se desintegraron al chocar con el suelo, de la misma manera en que las setas arbóreas se desprendían de los abedules y caían al suelo durante el otoño.

Pero fueron los dientes los que entraron en contacto con el hechicero acorazado.

El guerrero sin cabeza se detuvo tan de repente como si hubiese chocado con una muralla. Las fauces del monstruo-hongo giraron hacia él, descendieron y mordieron. Dientes de piedra hicieron añicos la armadura rojo y plata, rompiéndola con un espantoso crujido.

Las mujeres cayeron al suelo mientras el avatar se debatía, y buscaron desesperadamente algo a lo que agarrarse para evitar desaparecer dentro de las fauces. La boca, tan grande como un pozo, se abrió todavía más y engulló la mitad del despojo blindado. Guantes de metal tiraron de aquellos labios repletos de bultos y protuberancias. Trozos de hongo blanco se desprendieron y llovieron sobre Gaviota y las bailarinas. Gaviota avanzó a rastras en un repentino acceso de fuerza y terror hasta que consiguió salir del camino que había estado siguiendo el avatar, y su cabeza chocó con Lirio y su hermana.

Y un instante después el avatar se había esfumado. Gaviota

parpadeó. ¿Engullido? ¿O...?

No. Allí estaba el avatar, una pequeña nube de cenizas que se alejaba velozmente por el cielo.

El monstruoso hongo gigante dejó escapar un gruñido gutural. Ojos tan saltones como los de un pez giraron en las órbitas, buscando y acechando. La criatura era inmensa, tan alta como los árboles muertos y tan larga como un granero. El ser alzó un hinchado pie pulposo y avanzó tambaleándose hacia los carros. Hombres y mujeres aullaron.

Y entonces la bestia cambió de color.

Oleadas marrones surgieron del suelo y fueron subiendo a gran velocidad, volviéndose de color verde en la parte central del ser y convirtiéndose en azules cuando llegaron al final de su cuerpo. Aquella visión hizo que Gaviota se acordara de la túnica de Liante, con sus franjas ascendentes. El hongo monstruoso quedó bañado en una claridad multicolor durante unos segundos. Después se encogió sobre sí mismo, secándose y marchitándose hasta desaparecer en el suelo.

Sin dejar ningún rastro.

Gaviota logró sentarse en el suelo apoyándose con una mano. La hoguera lejana se había extinguido al no ser alimentada. Los jinetes negros habían desaparecido, al igual que los carros oscuros, los leones, el avatar, el humo, los esqueletos de trasgo y la pesadilla. Sólo quedaban los zombis esparcidos por el suelo y un muro de espadas, lastimosamente delgado.

La batalla había terminado.

Liante escrutó el horizonte desde el pescante del carro. El sol ya estaba asomando por entre los árboles calcinados hacia el este. Su cálida luz era bienvenida y reconfortante, pues revelaba el valeroso verdor que brotaba del suelo y la renovación de la esperanza.

--¡Le venceremos! --gritó el hechicero--. ¡Vamos a recogerlo todo y seguiremos adelante!

* * *

Pero el amanecer, y el regreso a la cordura y la normalidad, también reveló las consecuencias de la batalla: destrucción, heridas y ruina general.

La mayor parte del séquito de Liante sólo había dormido unas cuantas horas después de todo un día de excavación, y después había padecido toda una noche de combate. Estaban llenos de

morados y golpes, sucios y medio desnudos, y tenían bolsas debajo de los ojos y la voz enronquecida. Gaviota no podía contar sus heridas: un arañazo triple en el hombro que necesitó la aguja del enfermero, un muslo de color rosado, costras en la frente, costillas doloridas, dedos magullados, y muchas más.

Pero tenían que reanudar la marcha. Liante no quiso confirmar sus sospechas, pero el cofre de maná podía atraer a todos los magos en muchos kilómetros a la redonda, tal como había especulado Morven.

Mientras Felda sazonaba cerveza y cortaba tocino para el desayuno, los guardias y Gaviota inspeccionaron el carro de los suministros. Había quedado totalmente inutilizado. Los ejes y las ruedas estaban rotos, el lado aplastado, y el varal donde se uncía a las recuas había quedado arrancado. Enderezaron el carro de los hombres, que se hallaba intacto, y lo colocaron al lado del otro. Después sacaron los petates y mantas de los guardias --soldados de fortuna, con muy pocas propiedades personales--, y lo colgaron todo fuera del carro. Los guardias tendrían que dormir al aire libre soportando el frío, la humedad y los mosquitos.

Después transfirieron en silencio los suministros al nuevo carro. Casi todos los utensilios de cocina estaban intactos, al ser de hierro, pero los platos, jarras y botellas había quedado hechos añicos, los barriles habían sufrido filtraciones y algunas salazones se habían echado a perder. En el nuevo carro había sitio suficiente, aunque los suministros quedaron amontonados en el suelo en vez de distribuidos en estantes y alacenas, y todo el mundo se temió que comerían raciones acortadas dentro de poco tiempo.

Todo fue bien hasta que Gaviota, agotado, se tambaleó y sus hombros chocaron con los de Kem. Todos los hombres dejaron caer al instante lo que estaban transportando y alargaron la mano hacia un cuchillo o, en el caso de Gaviota, hacia un látigo.

--¡Eres demasiado torpe para este trabajo, apaleador de estiércol! --gruñó Kem de la Cicatriz--. ¡Deja que los hombres terminen de hacerlo!

--No te he visto matar ningún dragón esta noche --rechinó Gaviota--. ¿Estabas protegiendo a las mujeres desde la retaguardia?

--¡Sácale las tripas, Kem! --gritó Chad el Guapo con toda la potencia de sus pulmones. Todos tenían los nervios tan tensos que estaban a punto de estallar--. ¡Yo puedo encargarme de los caballos! ¡Deja que su cuerpo sirva de alimento a los escarabajos!

Morven se removió nerviosamente.
--Tienes la lengua demasiado larga, Chad. Animas a los demás a pelear, ¿eh? Quizá te gustaría bailar un ratito conmigo...
Gaviota pensó que si alguien le atizaba un puñetazo probablemente se caería al suelo y no se levantaría durante mucho tiempo.
Un grito estridente surgido de la boca de Liante les interrumpió un instante después.
--¡No os pago para que os estéis cruzados de brazos y charléis! ¡Os descuento un día de sueldo a todos! ¡Toma nota, Knoton! ¡Y la próxima vez será una semana!
Nadie replicó. La generosa paga que recibían era lo único que los mantenía allí. Los hombres recogieron las herramientas y vituallas entre resoplidos y amenazas murmuradas.
--¡Ya arreglaremos cuentas más tarde, montón de estiércol! --siseó Kem.
--Hablas tanto que conseguirás matarme de aburrimiento, Kempleto Imbécil --replicó el leñador.
Gaviota arrojó su carga dentro del carro y se fue para contar a las recuas.
Sólo media docena de animales había regresado al campamento. El resto estaba disperso por el bosque. Gaviota necesitaba ayuda, y así se lo dijo al secretario. Knoton, que estaba intentando poner en orden sus papeles y su material de escritura, asintió.
--Llévate a Junco --dijo--. Nació en un rancho, y sabe montar. Y llévate también a Chad... Trabajó con caballos en las llanuras. Ah, y a la cantora... Sabe hacer de todo.
Así fue como Gaviota se encontró en compañía de Junco, la bailarina que siempre vestía de amarillo. Junco era alta y robusta, con piernas y brazos sólidos y las manos y los pies bastante grandes, pecas y la cabellera de un dorado rojizo, el mismo color de los cabellos de la cantora que se adornaba con cintas, Ranon Voz de los Espíritus. Chad, que procuró mostrarse educado mientras estaba bajo la mirada de Liante, accedió a ir hacia el sur del bosque en busca de los animales perdidos, mientras que Gaviota y Junco recorrerían el norte en los alrededores del cráter. Todo el mundo cabalgaría a pelo, pues no había sillas de montar. Utilizaron las largas bridas del carro como riendas, lo cual significaba una considerable cantidad de cuero amontonada sobre el cuello de las monturas. El dolor de su trasero y la quemazón de su hombro hacían que Gaviota se viera obligado a

complementar las riendas improvisadas agarrándose a la crin del animal.

Con el bosque tan despejado, Gaviota no necesitó mucho tiempo para localizar dos mulas perdidas, un par de caballos que normalmente estaban uncidos juntos y dos monturas negras de caballería con relucientes arreos y sillas de montar negras, así como su hacha, que se encontraba cerca del borde del pozo allí donde la había lanzado contra el capitán de los jinetes negros. El leñador frunció el ceño al ver las manchas de óxido que el rocío había dejado en la hoja.

--¿Ése de ahí abajo es él? --preguntó Junco.

Su voz era un poco ronca y nada cultivada, y no había recibido ningún adiestramiento para el canto. Gaviota pensó que le recordaba a las chicas de las granjas de Risco Blanco, y --una punzada de dolor-- a la perdida Primavera. Un robusto dedo señaló el cráter dentro del que yacía un cadáver negro.

--Sí. --Gaviota detuvo a los caballos negros--. Algo no tardará mucho tiempo en comérselo.

Junco bajó de la silla de montar moviéndose con una gracia fluida y ágil, aunque un poco estrepitosa.

--Entonces no necesitará lo que haya dentro de su bolsa --dijo.

Mientras Gaviota trabajaba, la joven fue bajando por la pendiente del cráter y saqueó el cadáver.

--¿Has encontrado algo? --le preguntó Gaviota cuando volvió.

--No gran cosa.

Junco se apartó los cabellos de la cara, pero su despreocupación resultaba un poco forzada. Gaviota se preguntó cuánto dinero habría llevado encima el capitán, aunque en realidad le daba igual. Tendría que haber bajado al cráter a echar un vistazo. Pero la guerra --y la recogida de botín entre las carroñas-- todavía era algo nuevo para él.

--Toma, puedes quedarte esto.

Junco le ofreció un cuchillo envainado. Gaviota lo aceptó sintiendo una leve curiosidad, y un instante después se acordó. Era la hoja que se había inflamado la noche anterior. La empuñadura era de un color negro azabache, cuero negro envuelto en grueso alambre también negro. El pomo tenía forma de diamante, e iría muy bien para romper cráneos. Gaviota extrajo cautelosamente la larga hoja esperando que se incendiara, pero no ocurrió nada. El leñador se preguntó si el encantamiento habría estado unido a la fuerza vital del hombre. Después deslizó el cuchillo debajo de su cinturón con un encogimiento

de hombros y le dio las gracias a Junco, aunque supuso que nunca se lo habría entregado de haber sabido que era un arma mágica.

--¿Amas a Lirio?

La repentina pregunta de Junco le pilló por sorpresa.

--¿Eh? --Gaviota la miró fijamente mientras volvía a montar--. ¿Amarla? Oh, no sé... Yo... Me gusta mucho...

Gaviota frunció el ceño. La verdad era que no tenía una idea muy clara de cuáles eran sus sentimientos. Lirio era una compañía muy agradable, y su presencia le reconfortaba. La joven sólo quería afecto, y se había aferrado a él. ¿Era eso amor? Cuando pensó que podía perder a Lirio, el leñador se había sentido dominado por el pánico. ¿Era eso amor?

Junco encogió sus grandes hombros, se agarró a la crin de la montura y subió su robusto trasero a la grupa.

--Ella te ama.

Gaviota agitó las riendas, repentinamente no muy seguro de qué debía hacer con ellas.

--Si tú lo dices...

Junco alzó hacia el cielo sus ojos ribeteados de rojo y puso en marcha a su yegua con un chasquido de la lengua. Después le hizo volver grupas expertamente para contornear el cráter.

Durante el trayecto de vuelta Gaviota desmontó, ató la recua de caballos a un árbol e inspeccionó la serpenteante hilera de lanzas de piedra que brotaba incongruentemente del suelo del bosque. De día no eran blancas, sino temblorosos arco iris de pálidos colores de la tierra: blanco, marrón, rojo, azul grisáceo... El leñador se preguntó en qué parte de los Dominios crecerían. Después meneó la cabeza y rompió la punta de una de las lanzas, un regalo para su hermana. A Mangas Verdes siempre le habían gustado los objetos extraños y bonitos.

Una vez en el campamento Gaviota entregó la lanza de piedra a Mangas Verdes, y fue recompensado con un trino de alegría.

En cuanto hubo contado los animales, el leñador se sintió mucho menos alegre que su hermana. Habían perdido cuatro bestias entre las que habían sido víctimas de los leones y las que habían huido. Gaviota había encontrado dos monturas de caballería sin silla, por lo que de hecho sólo habían perdido dos, pero la falta de un carro hacía que en realidad les sobrasen dos animales. Los guardias se mostraron complacidos, porque podrían montar en los caballos negros ensillados. Liante decidió emplear a un guardia en labores de exploración, pero

también apostó a uno detrás para que se asegurase de que no eran seguidos.

Gaviota se sintió bastante menos complacido, pues el nuevo carro de los suministros tenía una recua mixta formada por dos caballos y dos mulas, lo cual siempre daba problemas. Las alturas y la zancada eran distintas, y los animales que fuesen delante siempre acabarían recibiendo mordiscos en las colas; pero su látigo para mulas podría acabar con aquellas malas costumbres.

Liante ardía en deseos de alejarse de allí, por lo que empujó, insultó, chilló y amenazó con despedirles a todos..., lo que Gaviota pensó era una amenaza bastante hueca mientras estuvieran en aquel lugar. Aun así, todo el mundo empezó a trabajar. Cargaron los carros, examinaron los alrededores en busca de cualquier cosa que pudieran haberse dejado olvidada --sólo encontraron el caballero muerto contra el que había disparado Morven--, e iniciaron el avance a través del bosque devastado. Dos horas después ya habían salido de la zona quemada y volvían a estar en un auténtico bosque. Hacia el mediodía los carros empezaron a ir más despacio cuando los conductores se quedaron dormidos en sus pescantes. Liante se ablandó un poco, y permitió que acamparan para la noche. Todo el mundo se quedó donde estaba y pasó la tarde durmiendo.

No fueron atacados, cosa que Gaviota pensó era una suerte: si les hubieran atacado, todos se habrían rendido al instante sólo para poder descansar un poco.

Pero ni su profundo sueño de aquella tarde impidió que Gaviota acumulara más preguntas para Liante, y todas esas docenas de preguntas le robaron el descanso a su mente.

* * *

La cena transcurrió en silencio. Felda se quejó de que no conseguía encontrar nada, y de que lo que encontraba estaba torcido o roto. Stiggur abrió un camino hasta el nuevo carro de los suministros de tanto ir a coger cosas y cambiar las cargas de sitio.

Gaviota metió su tocino salado y sus pepinillos dentro de media hogaza de pan y fue trabajando mientras comía. Cojeando e inclinado como si fuese un anciano, inspeccionó pezuñas, esparció ungüento sobre los zarpazos de león, los arañazos de las ramas y las rozaduras de los arreos --también puso un poco encima de sus propios arañazos y heridas--, y examinó los carros en busca de daños de mayor

consideración. Se saltó muchas tareas, pues quería tener un poco de tiempo libre antes de acostarse.

Aun así, no pudo ir a ver a Liante hasta que ya era bastante tarde.

El hechicero estaba sentado en la parte de atrás de su carro. El faldón de lona estaba levantado, y Gaviota pudo ver el interior del carro por primera vez. Estaba pintado con colores tan chillones como el exterior. Tal como le dijo Lirio, había cajas y más cajas de libros, potecitos y pequeños artilugios de relojería, todas alineadas a lo largo de las paredes, y lámparas de grueso cristal esmerilado que le permitían trabajar por la noche, aunque una se había agrietado durante la batalla. Además, una cama repleta de tallas y adornos que podía plegarse contra la pared ofrecía espacio suficiente para tres personas: el hechicero y dos bailarinas.

Gaviota reconoció unas cuantas cosas que resultaba obvio Liante había ido recogiendo en los alrededores: un hueso bastante sucio, quizá cogido de un zombi; un trozo de hongo de la bestia; un largo pelo gris, tal vez de la pesadilla...

Pero Gaviota no estaba interesado en las costumbres o el trabajo de Liante. Sólo quería...

--Me gustaría obtener algunas respuestas, Liante.

El leñador sabía que su voz sonaba áspera, pues estaba enfadado. Aparte de eso, el haber crecido en una aldea donde todo el mundo era igual hacía que no supiese inclinarse ante quienes eran «mejores» que él.

El hechicero no alzó la mirada. Liante estaba escribiendo con una pluma de ave en su librito de magia, el grimorio sujeto a su cinturón lleno de bolsitas por una cadena, bajo la luz amarilla de una lámpara.

--¿Y por qué he de darte respuestas? --replicó mientras pasaba la página para que Gaviota no pudiera ver lo que había escrito en ella--. ¿Trabajas para mí, o es al revés? ¿Y eres consciente de que los príncipes entregan fortunas enteras a los hechiceros a cambio de respuestas a sus preguntas?

Su tono era frío y altivo. Gaviota sospechó que había estado ensayando previamente aquellas palabras y, de hecho, que había previsto su aparición.

Pero el leñador era muy tozudo, y no estaba dispuesto a darse por vencido tan fácilmente.

--Hay cosas que no entiendo. Son cosas que tú sí entiendes, o que sospecho que entiendes. Cosas que...

Liante sopló sobre la página para secar la tinta.

--¿Puedes entender esto? Yo me ocupo de las respuestas, y tú te ocupas de los animales y de los carros.

--... necesito saber para seguir a tu servicio. De lo contrario, cojo a mi hermana y mi paga y me voy. Ya os las arregláréis para encontrar el camino de salida de estos bosques.

Liante puso los ojos en blanco y suspiró, un adulto que se enfrenta al molesto parloteo de un niño.

--Muy bien --dijo--. Necesito un jefe de caravana. Pregunta, y procura hacerme perder el menor tiempo posible.

A Gaviota le sorprendió que hubiera accedido tan rápidamente, pero volvió a tener la sensación de que todo aquello estaba ensayado. ¿Sería aquel hechicero inteligente hasta ese punto, o sería más tonto que los caballos? Fuera lo que fuese, el leñador decidió hacer sus preguntas.

--Anoche vi a Helki y Holleb, los centauros de la batalla en Risco Blanco. La centauro me gritó que estaban cautivos y que se veían obligados a pelear. Tú los enviaste de vuelta a su hogar, a sus estepas... Pero ¿los has esclavizado ahora para que luchen por ti?

El hechicero empezó a pasar las páginas de su libro, meneando la cabeza mientras lo hacía, y acabó deteniéndose en otra página. Después Liante se frotó el estómago como si le doliera, y Gaviota se acordó de que tenía problemas de tripas, o que se imaginaba tenerlos.

--Los centauros de la Montaña del Dedo Roto de las Tierras Verdes son mercenarios, y se los encuentra en todos los Dominios. Todos los hechiceros los utilizan, pues son unos luchadores incomparables. Pero si los conjuré, fue algo accidental. Probablemente han vendido su lealtad a algún otro hechicero y han pasado a formar parte de otro ejército.

Gaviota replicó con un meneo de cabeza.

--No lo entiendo. ¿Por qué afirmaría que estaban cautivos?

--Quizá lo están. --Liante dejó de removerse y miró a Gaviota a los ojos. El leñador no pudo desviar la mirada, como si fuese una gallina hipnotizada por un halcón--. Tal vez el grupo al que se unieron fue capturado. Prosperan mediante el rescate, ¿sabes? El que yo los trajese aquí y luego los devolviera a su hogar de las estepas tendría que haberlos liberado, y estoy seguro de que me lo agradecieron.

Gaviota frunció el ceño y se dijo que la magia estaba más allá de su comprensión. El leñador decidió probar suerte con otra pregunta.

--¿Derribaste a esos zombis con un hechizo de debilidad? ¿Y era el mismo hechizo que acabó con tantos aldeanos, y con mi familia, en

Risco...?

--No poseo ningún ensalmo de debilidad, porque es un hechizo demasiado cruel. Con los zombis utilicé un hechizo de no-vida. No roba la vida sino que se limita a devolverla al sitio al que pertenece, dejándolos nuevamente convertidos en cadáveres inanimados. Posee la ventaja de que no produce efectos repulsores sobre el maná de ningún humano o bestia de la zona... Supongo que te fijarías en que no había pájaros muertos alrededor de los zombis.

«¿Pájaros muertos?», se preguntó Gaviota. ¿Qué tenía que ver eso con nada de lo que le había preguntado? Estaba hecho un lío. Liante seguía mirándole fijamente. Con la luz detrás de él, sus ojos brillaban como los de un buho mientras su dedo dibujaba extraños círculos encima de una página.

--Bueno, olvídalo --se conformó el leñador, y removió nerviosamente los pies de un lado a otro--. Eh... ¿Qué es un avatar? Utilizaste esa palabra...

--Es una proyección a distancia de tu persona. Pensé que estábamos luchando con un hechicero de carne y hueso metido dentro de esa armadura, pero resultó que el hechicero se había mantenido a cierta distancia de nosotros y manejaba la armadura desde allí. Y también le daba voz... Igual que un simulacro. Es un hechizo muy útil que me gustaría conocer.

«A mí también», pensó Gaviota confusamente. Entonces podría estar en cualquier otro sitio, lejos de aquella mirada abrasadora.

--Eh... ¿Y qué era ese monstruo-hongo?

Un leve encogimiento de hombros, y el primer signo de reticencia por parte del hechicero.

--Era un... fungosaurio. Un monstruo-hongo, tal como tú has dicho. Viven en el subsuelo.

Gaviota sintió deseos de maldecir en voz alta. Por supuesto. Estaba tan cansado que no pensaba con claridad.

--¿Por qué ese hechicero, o avatar, intentó secuestrar a mi hermana? ¿Qué importancia tiene Mangas Verdes para él?

Otro encogimiento de hombros.

--¿Por qué el caballero negro se llevó a Lirio? Los hombres tienen necesidades que sólo las mujeres pueden satisfacer. El hechicero no podía saber que tu hermana es retrasada. Aunque para sus propósitos no es que eso hubiera importado, naturalmente...

Liante siguió hablando antes de que ese insulto pudiera abrirse paso por la embotada mente del leñador.

--Es muy tarde, Gaviota. Tendremos que levantarnos pronto para seguir el viaje. ¿Por qué no te retiras a descansar?

Y de repente Gaviota sintió que un peso invisible caía sobre él con un impacto tan palpable como si fuera a aplastarle contra el suelo. Dejó escapar un jadeo ahogado. Estaba tan agotado que no sabía si conseguiría llegar hasta su manta.

--S-sí. Buena idea... Buenas... noches...

--Buenas noches, hijo.

El hechicero sonrió mientras el leñador se alejaba bostezando.

* * *

Gaviota fue a echar un vistazo a su hermana, que se había hecho un ovillo encima de su chal igual que una gata y estaba durmiendo, y después se metió debajo del carro. Lirio estaba aguardándole encima de su manta.

--¿Obtuviste alguna respuesta de Liante?

La joven se hizo a un lado mientras Gaviota se dejaba caer encima de la manta y bostezaba.

--Sí... Lo he averiguado... todo.

--Lo dudo. Liante también tiene algunas preguntas propias. Sé que está muy intrigado por ese hongo monstruoso.

--¿Eh? ¿Qué pasa... con él?

--¿No te fijaste en cómo se desvaneció? ¿No? Fue muy extraño. Cuando Liante conjura una cosa, parpadea como las estrellas en una noche de verano. ¿No es así?

Gaviota gimió.

--Lo que tú digas, querida...

--Y cuando ese hechicero acorazado conjuró y desinvocó después, sus esbirros se marchitaron hasta convertirse en montoncitos de cenizas y se disiparon en el viento. ¡Pero cuando la bestia-hongo apareció y desapareció, quedó inundada por colores que subieron del suelo, como una gran planta que crece! Eso no fue obra de la magia de Liante ni del otro hechicero, porque en ese caso el monstruo no le habría atacado. ¡Así que ya sabes lo que significa eso!

--No.

Incluso esa sílaba le exigió un gran esfuerzo. Gaviota tenía todo el cuerpo dolorido, y se sentía tan cansado que no podía levantar la cabeza. Las heridas que le había infligido el león ardían y le picaban.

--¡Significa que fue conjurada por otro hechicero que se

encontraba cerca!

--La astróloga, quizá. O la cantora. ¿No hacen un poquito de magia de vez en cuando? La cantora hasta sabe a montar a caballo... Y eso me recuerda... --Gaviota se apoyó en los codos y se incorporó a pesar de su fatiga--. Lirio, ¿por qué me contrató Liante como jefe de caravana? Chad es un bastardo, pero sabe manejar a los animales mejor que yo. Y con Junco ocurre lo mismo. Hoy he podido verlo... ¿Por qué me necesitaba Liante?

La joven frunció el ceño en la oscuridad.

--Junco me contó que te había dicho que te amo --murmuró--. ¿Es verdad eso?

--¿Qué? ¿Eh? --Gaviota sintió que la cabeza le daba vueltas. ¿Qué había sido de su pregunta?--. Hum... Sí, me lo dijo.

--¿Y qué opinas de eso?

Lirio se inclinó sobre él. Gaviota pudo oler el perfume de su cabellera, y el olor de la menta en su aliento.

--Me alegro de... gustarte --farfulló.

--Te quiero --murmuró Lirio, y Gaviota sintió el calor de su respiración en su oreja.

--Sí. --Fue todo lo que pudo responder--. Yo... Tú me gustas mucho. Lirio.

--Eso no es lo que una mujer quiere oír.

--Lo sé, y lo lamento. No sé... Ya no estoy seguro de nada. Parece como si cada día que pasa supiera menos.

La bailarina apoyó la cabeza en su hombro. Sus cabellos le hicieron cosquillas en la nariz, pero Gaviota estaba demasiado cansado para apartarlos.

--A mí me pasa lo mismo.

--¿Hmmm? ¿Cómo es eso?

--Me está ocurriendo algo, Gaviota --murmuró Lirio, y el leñador notó el calor de su aliento en la piel--. Es algo muy extraño... Tengo nuevas ideas y sentimientos que nunca había experimentado antes. Los susurros dentro de mi cabeza... Y a veces siento un cosquilleo en las manos y en los pies, como cuando el hechicero acorazado estuvo tan cerca. No sé qué significa... Pero sé que te amo.

Gaviota le dio unas torpes palmaditas en la cabeza y luchó para seguir despierto.

--Mereces alguien mejor que yo, Lirio. Te mereces alguien que te ame y que cuide de ti, que te dé un hogar decente... Yo sólo tengo mis ropas, unas cuantas herramientas gastadas y un puñado de monedas

de plata.

--Todo eso me da igual. Me salvaste la vida. Me rescataste de ese caballero que quería violarme. Nunca lo olvidaré.

Lirio rodó hasta quedar encima del leñador y pegó su cuerpo y sus labios a los suyos.

Gaviota, medio dormido, nunca estuvo muy seguro de lo que ocurrió a continuación.

* * *

Unos días después salieron del Bosque de los Susurros.

El cambio en el paisaje fue muy claro y repentino. Llegaron a un pequeño risco en el que los grandes árboles y el suelo negro y blando del bosque terminaban de golpe. Unos diez metros por debajo de ellos el suelo se volvía arenoso, y pasaba a estar cubierto de hierba y pequeños arbolillos de hoja perenne no más altos que un hombre.

--Un páramo de pinos --les dijo Morven--. Relativamente fácil de atravesar, si no te importa aguantar que las agujas de los pinos se te claven en los pantalones, pero aquí el agua es más escasa que el ron. Se hunde en la arena y desaparece. He oído decir que estos pinos y cedros tienen raíces de un kilómetro de longitud.

Desde aquel promontorio vieron que más allá de los páramos se extendía una depresión del terreno donde los buitres trazaban círculos, y luego había colinas de un gris verdoso que se desplegaban hasta perderse de vista. Liante desenrolló un mapa de pergamino, declaró que aquellas pequeñas montañas eran las Colinas del Borde de Hielo y observó que había un pantano delante de ellos: era aquella depresión medio escondida.

--Aquí debería haber montones de lotos negros, niños. Daré una corona de oro a la primera persona que me enseñe uno... vivo. No los arranquéis.

Retrocedieron un poco hasta llegar a un arroyo y llenaron hasta el último recipiente vacío y lo taponaron. Después Gaviota inició la terrible tarea de bajar los carros por el risco. Después de muchas meditaciones, discusiones y experimentos, se les ocurrió el método de vaciar un carro, sujetarlo con cuerdas a unos cuantos árboles para que actuaran como freno, y utilizar luego una doble recua de mulas para irlo bajando mientras unas palancas bien afianzadas evitaban que volcara. Hicieron falta tres días antes de que pudieran empezar a cruzar los páramos de los pinares.

El terreno era muy arenoso, y estaba salpicado de raíces dispuestas a hacer tropezar los pies y tallos de hierba lo bastante afilados para perforar la zapatilla de una bailarina. Con el aire atrapado entre el bosque y las colinas, las moscas y los mosquitos se convirtieron en una plaga hasta que Gaviota y el enfermero Haley prepararon una mezcla de extracto de yerbabuena y parafina en aceite mineral para que actuase como repelente. Las mulas caminaban despacio y prestando mucha atención a donde ponían las patas, pero los carros rodaban sin ningún problema sobre aquellas raíces duras y flexibles. La caravana hizo considerables progresos.

Cuatro días después llegaron a un pantano. Una especie de camino lleno de fango lo contorneaba y se iba alejando en dirección sur. Los insectos de aquella zona eran todavía más molestos, pero Gaviota se alegró de ver que las colinas parecían bastante redondeadas y no demasiado difíciles de atravesar.

Los guardias discutieron acerca del primer turno. Todos tenían muchas ganas de ir a buscar lotos negros. Lirio explicó que Liante solía ofrecer recompensas especiales a cambio de ciertos hallazgos mientras viajaban. Se afirmaba que los lotos negros estaban llenos de maná.

Kem sacó la paja más corta, y obtuvo el primer turno.

Pero hacia la medianoche, cuando llegó el momento del cambio de guardia, Chad estuvo yendo y viniendo nerviosamente de un lado a otro tanto rato que acabó despertando a Gaviota.

--Vete a pasear un poco más lejos, ¿quieres? --gruñó el leñador--. ¡Algunos de nosotros queremos dormir!

Chad respondió sugiriéndole una obscenidad, pero después siguió hablando en un tono bastante preocupado.

--Kem todavía no ha regresado --dijo--. Lleva mucho retraso.

--¿Retraso? --Gaviota se quitó la cabeza de Lirio del hombro y rodó sobre sí mismo hasta salir de su manta. Después alargó rápidamente la mano hacia el aceite de yerbabuena y esparció un poco sobre su piel--. Antes nunca se había retrasado.

--¡Ya lo sé! --replicó Chad con voz despectiva, pero resultaba obvio que estaba preocupado--. Vi luces ahí fuera en cuanto se apagó la hoguera. Me he estado preguntando...

Gaviota le agarró del brazo.

--¿Luces? ¿Dónde? ¡Enséñamelo!

Chad estaba tan nervioso que obedeció sin rechistar y llevó al leñador hasta el comienzo del pantano.

--Estaban más o menos por... ¡Sí, ahí!

Gaviota se quedó boquiabierto. A un tiro de piedra de ellos, subiendo y bajando lentamente sobre el suelo, había esferas brillantes de todos los tamaños, glóbulos de una luz entre blanca y verdosa que desprendían una suave claridad.

--Por las rodillas de Gnerdel... --jadeó el leñador--. ¿No sabes qué son?

--No --murmuró Chad--. ¿Qué son?

--¡Date la vuelta o estás perdido! ¡No las mires! A veces aparecían en las turberas que hay debajo de Risco Blanco --explicó mientras daba la espalda al pantano--. ¡Son fuegos fatuos! ¡Atraen a las personas a los humedales para que mueran allí, y luego el pantano se alimenta con sus cadáveres!

--¡Pues entonces Kem está ahí!

Gaviota usó el mango de su hacha para golpear los tablones del carro de los suministros, las mujeres, la astróloga e incluso el de Liante, donde dejó señales en la pintura.

--¡Despertad, despertad! ¡Hemos perdido a alguien! ¡Aviva la hoguera, Stiggur! ¡Que arda bien alta! ¡Necesitaremos un faro para regresar!

Todos fueron saliendo de los carros y maldijeron a las hordas de insectos apenas lo hubieron hecho. Gaviota se puso su chaqueta de cuero, se untó con un poco más de repelente de yerbabuena, agarró su látigo y su hacha, y encendió una antorcha hecha con cortezas de abedul metidas en un mango de madera de nogal. El leñador dio una apresurada explicación, fue corriendo hasta el comienzo del pantano y recorrió la orilla cenagosa con la antorcha en alto.

Se acordaba de que el fondo fangoso lleno de cañizales y hierba se extendía en una dirección, y que luego era sustituido por pequeñas lagunas. Más allá de ellas había macizos de extraños árboles retorcidos --Morven los había llamado cipreses de agua--, con raíces nudosas que sobresalían del suelo y se curvaban como rodillas y ramas festoneadas de lianas y helechos. Aquellos telones impedían ver más allá de ellos.

Pero los fuegos fatuos que saltaban y oscilaban, llamándoles con sus guiños como niños que juegan al escondite, eran claramente visibles.

Gaviota pensó que seguramente estaban buscando presas, pues descubrió las pisadas de Kem bajo la forma de profundos agujeros en el barro allí donde se habían atascado sus botas. Se había adentrado unos quince metros en la hierba cuando encontró una bota. Gaviota soltó un juramento: dejar abandonado algo vital demostraba que Kem había quedado fascinado.

El leñador se aseguró de que no miraba directamente a las luces. Hacerlo era tan peligroso como mirar al sol.

Cuando el barro negruzco se volvió demasiado pegajoso, Gaviota se quitó los zuecos de madera y los lanzó a la orilla. El frío fango rezumó entre los dedos de sus pies, pero por lo menos podía caminar. El leñador se abrió paso a través de la hierba tallo de sierra que le hería las piernas. Goteando barro y agua y alzando las piernas todo lo que podía --no tardarían en dolerle--, Gaviota oyó un ruido de chapoteo detrás de él.

Chad le seguía con otra antorcha. El guardia iba armado con una ballesta y una espada corta.

Más allá de su luz parpadeante, Gaviota divisó a Mangas Verdes.

--¡Vuelve al campamento, maldición!

--¡Es mi amigo y le rescataré! --gritó Chad--. Y de todas maneras, ¿qué infiernos te importa a ti lo que le ocurra a Kem?

--¡No hablaba contigo! --Gaviota intentó darse la vuelta, pero estaba atascado en el barro. De hecho, al haberse quedado quieto empezó a hundirse en él--. ¡Me refería a mi hermana, maldita sea! ¡Y Kem tal vez sea un imbécil, pero no se merece vagar por un pantano hasta que muera! ¡Nadie se merece eso! ¡Vuelve al campamento, Verde!

Su hermana le ignoró. La joven tenía el suficiente sentido común para subirse los harapientos faldones de su túnica y caminar siguiendo una trayectoria paralela a las pisadas de los hombres, por lo que no se hundía. Sus piernas estaban ennegrecidas hasta los muslos. Gaviota dejó de chillar. Aparte de atarla a un árbol, no podía hacer nada para detenerla. Tendría que ir vigilando tanto por delante como por detrás.

Gaviota intentó recordar las leyendas de los fuegos fatuos. En Risco Blanco algunas veces aparecían tres años seguidos durante el verano, y luego desaparecían por tres años o más. Nadie sabía qué aspecto tenían vistos de cerca. Quienes pasaban demasiado tiempo mirándolos quedaban fascinados, y empezaban a caminar hacia las luces. Si se les impedía ir hacia ellas, luchaban como gatos salvajes para seguir avanzando y tenían que ser atados y metidos dentro de un establo cerrado hasta el amanecer, y luego había que vigilarlos durante cada noche para impedir que volvieran a intentar marcharse. En cuanto a lo que querían las luces, nadie lo entendía. Se murmuraba que atraían víctimas para que vagabundeasen hasta que morían en lugares donde sus cuerpos alimentarían al mismo pantano, pero nadie lo sabía con seguridad.

Lo más extraño de todo era que sólo las personas quedaban fascinadas. Los animales ignoraban las luces. ¿Qué significaba aquello? Una vez más, nadie lo sabía. Sólo era un misterio sobre el que especular durante las largas noches de invierno.

Gaviota pensó que quizá aquella noche diera con la respuesta. En cuanto a sobrevivir, eso ya era otro asunto...

* * *

El leñador se sorprendió al descubrir que las lagunas resultaban bastante fáciles de atravesar. Los fondos eran de arcilla, sólida pero resbaladiza. Gaviota agradeció aquella ocasión de caminar más fácilmente y poder quitarse el verdoso barro podrido con el agua.

Hasta que descubrió que tenía las piernas salpicadas de sanguijuelas.

Se mordió la lengua para no gritar, y luchó contra el impulso de ir corriendo a la orilla. Gaviota arañó aquellos bultos viscosos, pero las sanguijuelas permanecieron pegadas a su piel y continuaron chupándole ávidamente la sangre. El leñador se rindió y las expulsó de su mente. Quizá harían que su hermana acabase dando la vuelta. En cuanto a Chad, que se lo comieran vivo.

Chapoteando, tambaleándose sobre terreno traicionero y haciendo malabarismos con la antorcha para que no se cayera --con lo que se habría extinguido y le habría dejado sumido en la negrura--, Gaviota llegó al primer ciprés. Usó su hacha para separar las resistentes lianas y agarrarse a la primera rama, pero aquellas rodillas de madera estaban muy resbaladizas.

«En este condenado pantano nada es fácil», pensó Gaviota. No era un sitio adecuado para mortales, y además no podía seguir el rastro de Kem. El guardia podía haber ido en cualquier dirección.

Lo cual significaba que lo único que podía hacer era ir hacia las luces que bailoteaban en la lejanía..., y eso significaba jugar con la muerte.

Gruñendo y maldiciendo, Gaviota lanzó una rápida mirada a los fuegos fatuos, apartó la vista en seguida y se volvió en esa dirección. Chad seguía detrás de él.

Gaviota quedó asombrado al descubrir que Mangas Verdes se encontraba por delante de él.

La muchacha se había echado las faldas empapadas por encima de un hombro. Su huesudo trasero desnudo brillaba como una pequeña luna. El cuerpo de Mangas Verdes también estaba punteado de sanguijuelas, pero en su caso eran menos que las que soportaba Gaviota y se desprendían cuando se rascaba. «Otra muestra de su extraño poder», pensó el leñador. Incluso los insectos respetaban su conexión con la naturaleza, y la molestaban menos que a las personas que tenían la mente despejada.

Mangas Verdes se las había arreglado para seguir avanzando en un círculo que la había llevado unos treinta metros más allá, y casi se encontraba fuera de la claridad de la antorcha.

Gaviota le gritó que no fuera tan deprisa. Mangas Verdes siguió adelante, ligera y ágil como un gamo. El leñador se vio obligado a ir detrás de ella.

Pero ¿quién sabía lo que era capaz de hacer su hermana? Tal vez estaba siguiendo el rastro de Kem. Tal vez su visión ultraterrena le permitía ver cosas que Gaviota era incapaz de ver.

Gaviota se aseguró de que Chad estaba siguiéndole y maldijo, saltó y se tambaleó en persecución de Mangas Verdes. Quizá la idiotez fuera su propia y extraña bendición...

... o tal vez no.

Mangas Verdes chilló como una liebre atrapada en una trampa.

Gaviota aulló.

Unas flacas formas humanas de un verde viscoso acababan de lanzarse sobre su hermana.

* * *

Algunas cayeron de los árboles, otras corretearon velozmente por encima de las raíces y dos brotaron del agua, surgiendo de ella como carpas que saltan sobre una libélula. Tres agarraron a Mangas Verdes por los brazos y otra la sujetó por las piernas, y todas empezaron a tirar.

En distintas direcciones, luchando incesantemente entre ellas como en una pelea de gatos.

Gaviota ya había visto aquello con anterioridad. Los diminutos trasgos también se habían peleado de esa manera. Aquellas criaturas quizá fuesen primos suyos.

El leñador saltó sobre una raíz --aullando y deseando tener a mano su arco--, resbaló y saltó hacia otra. Pero avanzaba como un caracol que intenta perseguir a unas serpientes: Gaviota chapoteaba y tropezaba, mientras que aquellos trasgos tan grandes parecían volar por encima del agua, las raíces y las lianas.

Porque estaban huyendo con su presa a pesar de todas sus discusiones. La horda se derritió en la noche, alejándose cada vez más de Gaviota y de la temblorosa claridad de su antorcha.

Gaviota se estaba agarrando a las lianas cuando Chad se reunió con él y alzó su ballesta. El arma crujió y chasqueó. Gaviota se la bajó de un manotazo.

--¡Le darás a mi hermana!

--¡Ja! ¡No es probable! ¡Mira!

Y lo cierto era que un trasgo aullante tenía las tripas atravesadas por el dardo, que lo había dejado unido a un tronco de ciprés. Los hombres se apresuraron a ir hacia él, resbalando sobre las raíces, apartando las lianas a manotazos y produciendo un gran estrépito con sus chapoteos.

Vista a la luz de las antorchas, la criatura era tan fea que casi hería los ojos. Tenía la piel de un gris verdoso, las orejas puntiagudas y una lacia cabellera negra. Estaba tan flaca que se le veían las costillas y los contornos de las caderas, y su cuerpo desnudo se hallaba cubierto de verrugas y cicatrices de sanguijuela. El dardo de la ballesta le había atravesado una cadera, y el ser chillaba mientras intentaba liberarse con sus manos viscosas que resbalaban continuamente sobre el astil del proyectil.

--Trolls de las ciénagas --murmuró Chad--. Están a medio camino entre los trasgos y los orcos.

Gaviota se preguntó distraídamente si aquellos trolls estaban aliados con los fuegos fatuos, o si en realidad eran los fuegos fatuos y utilizaban algún truco de la luz. ¿O sencillamente seguían a los fuegos fatuos y esperaban ver aparecer alguna víctima fascinada? Después expulsó todos esos pensamientos de su mente.

--¿Adónde se han llevado a mi hermana? --le preguntó al monstruo.

--No obtendrás respuestas --gruñó Chad, que se estaba agarrando al tronco de un árbol para no perder el equilibrio--. Son animales. No tienen mente.

Y antes de que Gaviota pudiera actuar, el mercenario aplastó la cabeza de la criatura contra el árbol con la culata de su ballesta.

El troll era resistente. Una sucia oreja goteó sangre, pero la criatura sólo estaba aturdida y se limitó a menear la cabeza. Chad tiró de ella y volvió a golpear, aplastándole el cráneo. El troll se derrumbó para quedar colgando del dardo.

--¿Por qué has hecho eso? --preguntó Gaviota, perplejo e impresionado.

--Para ahorrarme otra flecha --respondió Chad con un despectivo chasquido de la lengua--. Venga, tenemos que encontrar a Kem.

--Y a mi hermana.

Los dos hombres alzaron sus antorchas y empezaron a examinar los alrededores. Gaviota señaló un hueco que se abría entre las lianas. Se metieron por él, Gaviota abriendo la marcha con el hacha preparada para ir apartando el follaje o golpear lo más deprisa posible

si llegaba a ser necesario atacar.

Tropezando entre las lianas, caminando en cuclillas sobre rodillas y pies cada vez más doloridos, lanzando manotazos a los insectos y maldiciendo cuando las antorchas se quedaban atascadas en la vegetación, los dos hombres siguieron avanzando. En un momento dado oyeron un débil grito lejano --era una voz de hombre-- que se interrumpió enseguida.

Rodearon tocones de árbol para encontrarse con brezales y helechos que se iban haciendo más frondosos a cada momento que pasaba, y acabaron pisando suelo firme. Era una isla. Gaviota descubrió un sendero no más ancho que un camino de ciervos, y fueron por él. Otro grito desgarró el aire. Chad gruñó cuando olieron el humo de una hoguera para cocinar que parecía estar quemando basura.

No había trolls apostados para montar guardia, y unas patillas de fuego no tardaron en hacerse visibles a través de las cortinas de lianas. Chad y Gaviota extinguieron las antorchas en un charco y se arrastraron sobre masas de brezo pisoteado y restos vegetales.

No era una aldea, sólo un claro de unos tres metros de anchura. La hoguera era un círculo de rocas. El suelo estaba cubierto de huesos y desperdicios varios entre los que había varios montones de hierba podrida que servían de camas.

Gaviota fue el primero en irrumpir dentro del claro, con Chad siguiéndole.

Mangas Verdes yacía de bruces encima de un montón de hierba, y había cuatro trolls sentados sobre su espalda sujetándole las manos. Pegados al fuego había cinco trolls más, machos y hembras, sentados encima de la espalda de Kem. Una arpía de cabellos grises empuñaba un cuchillo de hoja oxidada con el que iba serrando el brazo del guardia a la altura del codo. Los chorros de sangre que salían disparados de la herida llegaban hasta el fuego, haciendo que humeara con un hedor metálico.

Los dos rescatadores se quedaron atónitos ante la sorpresa de los trolls. Los rostros verdosos se alzaron hacia ellos, las mandíbulas retorcidas se aflojaron, y los ojos sobresalieron de las órbitas. Gaviota comprendió que aquellos seres eran tan estúpidos como un perro tonto.

Y después hizo girar su hacha, y los trolls empezaron a morir.

El leñador le gritó a Chad que se mantuviera alejado y colocó el hacha de doble filo detrás de él. El arma quedó un poco atascada

entre las lianas, y Gaviota volvió a hacerla girar con un gruñido y un potente tirón.

El filo del hacha se abrió paso a través de la troll del cuchillo. El cráneo de la criatura se hizo añicos y quedó convertido en un tocón rosado que lanzó chorros de sangre y sesos en todas direcciones. El hacha atravesó a dos trolls más y acabó incrustándose en un cuarto. Los otros ya habían echado a correr.

No llegaron muy lejos. Algo irrumpió en el claro desde el otro extremo. Era una cosa larga, baja y ancha cubierta de un pelaje grisáceo lleno de franjas más oscuras. Gaviota vio una cabeza achatada dividida en dos partes por una tira de pelo oscuro, y un instante después unos dientes muy blancos destellaron y se cerraron sobre la pierna de un troll, separándola limpiamente del cuerpo.

Era un tejón tan grande como una mula.

Chad se agachó a la izquierda de Gaviota, rodeó la hoguera y se lanzó sobre los trolls agazapados encima de Mangas Verdes. Pero vaciló y retrocedió cuando el tejón gigante escupió una pierna para corretear en pos de otra víctima.

Gaviota comprendió que no estaba hambriento. El tejón atacaba para matar, de la misma manera que perseguía a las gallinas. Como una serpiente de cuerpo gordo y lustroso, corría sobre sus cortas patas en persecución de un troll que chillaba igual que un ratón.

Había trolls por todas partes. Chad atravesó el pecho de una hembra con su espada y después le pateó el mentón para liberar su hoja. Se tambaleó intentando recobrar el equilibrio, plantando los pies en el suelo y lanzando mandobles contra otros trolls que se debatían y se retorcían, dando zarpazos y patadas para escapar como gusanos que salen de un trozo de carne. El guardia logró atravesar la espalda de otro troll antes de que el claro quedase totalmente vacío salvo por los muertos.

Y los agonizantes. El tejón cerró sus mandíbulas sobre un troll, gruñó y mordió y meneó la cabeza hasta que la sangre chorreó por sus bigotes.

El guardia dirigió la punta de su espada hacia la bestia como precaución.

--¿De dónde ha salido esta cosa? ¡Por las tetas de Urza, eso sí que es un tejón realmente grande!

--Esta isla debe de llegar hasta alguna lengua de terreno más alto que atraviesa todo el pantano --sugirió Gaviota.

Fueron hasta la hoguera y el leñador removió las ramas con su

hacha para avivar las llamas, queriendo averiguar si asustaban al tejón. La bestia se limitó a seguir alimentándose, sin dejar de gruñir ni un solo instante mientras lo hacía. Gaviota se puso en cuclillas, teniendo mucho cuidado de no acercarse demasiado a los dientes y las garras, y agarró el pie de su hermana y tiró hasta que la tuvo junto a él.

La joven se irguió, visiblemente aturdida, y después se lanzó a sus brazos. Gaviota se la quitó de encima para poder inspeccionarla y no vio que le pasara nada, aparte de estar asustada. Le dio palmaditas y la calmó, y le preguntó por Kem.

El hombre de la cicatriz en la cara pudo incorporarse. Los trolls casi le habían asfixiado, y jadeó intentando tragar aire. Su brazo sangraba. Chad cortó un faldón de su camisa y preparó un vendaje para cortar la hemorragia. Gaviota, que seguía abrazando a Mangas Verdes, ayudó a Chad a levantar a Kem.

--No esperes que te dé las gracias --graznó Kem, todavía muy aturdido, lanzando las palabras a la cara del leñador.

A Gaviota se le ocurrieron muchas réplicas, y escogió la más insultante.

--De nada.

* * *

Unos días después, el leñador todavía seguía pensando en lo ocurrido.

--El que ese tejón apareciera de una forma tan repentina fue condenadamente extraño.

Lirio, que estaba bamboleándose encima del pescante a su lado, se encogió de hombros.

--No era más que un animal grande. Los trolls eran más grandes que los trasgos, ¿no? Puede que las criaturas de ese pantano crezcan más que en otros sitios.

--Pero aquel tejón --¡oh, era enorme!-- estaba limpio... ¡Incluso tenía arena amarilla pegada al pelaje, no barro! ¡No le vi ninguna sanguijuela encima, y nosotros estábamos cubiertos de ellas! Debió de...

--Le dijiste a Chad que la isla iba subiendo poco a poco. El tejón salió de su madriguera en busca de trolls. ¿Qué hay de tan extraño en eso?

--Pero es que el tejón...

Gaviota se interrumpió para guiar a sus mulas alrededor de un pequeño afloramiento rocoso con unos cuantos gritos.

Ya habían dejado atrás el pantano. Liante había encontrado sus lotos negros a lo largo de su límite sur. El hechicero se pasó toda la mañana tocándolos y haciendo dibujos en su grimorio mientras la caravana se dedicaba a ahuyentar insectos a manotazos.

El camino se fue volviendo más marcado y transitable a medida que se aproximaban a las colinas, y encontraron un paso en el viejo cauce de un río. Tuvieron que rodear grandes rocas, o hacerlas a un lado mediante palancas, pero hicieron buenos progresos. Las colinas que se alzaban a cada lado de la caravana estaban cubiertas de hierba, y tenían pequeños macizos de árboles que daban cobijo a gamos, cabras y bisontes enanos que hicieron piafar de miedo a los caballos. Desde la cima de cada colina veían más colinas, pero después éstas se terminaron de repente. Pájaros blancos trazaban círculos en el cielo, y Liante dijo que se aproximaban al océano.

Después explicó a su jefe de caravana que los pájaros blancos se llamaban gaviotas, igual que él. Gaviota empezó a sentirse muy interesado. Nunca había visto el mar ni una gaviota.

Alguien más compartió su reacción. Por primera vez en toda su vida, Mangas Verdes empezó a interesarse por lo que la rodeaba. La joven sacaba la cabeza cien veces al día por entre Gaviota y Lirio para contemplar el paisaje. Después trepaba por encima de la cocinera, el ayudante de la cocinera y los cacharros de cocina para mirar por la parte de atrás. Mangas Verdes bajaba de un salto del carro, lo rodeaba a la carrera, cogía una roca o un tallo de hierba, se lo enseñaba a su hermano y después señalaba los gamos y bisontes, parloteaba a toda velocidad, volvía a subir al carro y asomaba la cabeza una vez más por encima del hombro de Gaviota.

--¿Qué está mirando? --preguntó Lirio.

--Que me cuelguen si lo sé. --Gaviota se encogió de hombros--. Está fascinada por alguna cosa. Puede que sean esos ciervos de las orejas grandes, o tal vez sea algo que nosotros no podemos ver.

Mangas Verdes metió un manojo de flores silvestres entre los dedos de Lirio. Los capullos diminutos formaban una nube de blancura. Gaviota los había visto en el jardín de su madre, y sabía que se llamaban aliento de bebé. Le dijo el nombre a Mangas Verdes, y vio cómo fruncía el ceño.

--Parece como si estuviera pensando --murmuró Lirio.

--Igual que hace una mula antes de soltar una coz --dijo Gaviota.

Pero tuvo que estar de acuerdo con la bailarina. Mangas Verdes se estaba comportando de una manera muy extraña, incluso para alguien «bendecido con el don de la otra vista».

* * *

Al día siguiente llegaron a lo alto de un promontorio y vieron el océano.

Gaviota quedó tan sorprendido que tiró de las riendas. ¡Era tan azul, tan ancho y tan vasto! El horizonte estaba puntuado de islas que formaban una larga hilera amarilla hacia el sur. Barcos, los primeros que había visto en toda su vida, se deslizaban silenciosamente sobre las aguas como enormes cisnes de madera.

Lirio se echó a reír.

--Y también es profundo --dijo--. Te cubre hasta la cabeza.

--No me tomes el pelo --la riñó Gaviota--. Es sólo que hay... ¡Oh, hay tanto mar que ver!

La bailarina volvió a reír y se puso bien la capucha de su chaqueta, que había sacado de un cofre de su carro, pues una fuerte brisa en la que flotaba el olor a sal les estaba dando en la cara desde hacía un rato.

--Lo siento. Yo estoy acostumbrada al mar. Nací en un puerto. Mi madre era ramera, igual que yo.

--Basta --dijo Gaviota, y le cogió la mano.

Mangas Verdes apareció entre ellos y empezó a parlotear con curiosos burbujeos de tejón mientras contemplaba el mar. Lirio se rió de su asombro.

--Mar --le dijo--. Maaaaar.

--¡Maaaaar! --exclamó la retrasada.

Gaviota se sobresaltó hasta tal extremo que faltó muy poco para que se cayera del pescante del carro.

--¿Qué has dicho?

--¡Diiiiicho! --gritó su hermana.

Gaviota se quedó boquiabierto, y Lirio empezó a reírse de los dos hermanos. El leñador, muy trastornado, se volvió hacia ella.

--¡Para! --casi rugió--. ¡Esto es serio! ¡Antes nunca había repetido nada!

--¿Nunca? ¿De veras?

Esta vez le tocó el turno a Lirio de quedarse perpleja. Mangas Verdes estudió a los dos como un perro paciente que aguarda

órdenes.

Y las órdenes llegaron, pero desde dos carros más atrás.

--¿A qué viene esta parada? --chilló Knoton el secretario con su voz aguda y estridente--. ¡Venga, moveos de una vez! ¡Liante está esperando!

Gaviota se dejó caer sobre el pescante, agitó las riendas y agarró la palanca del freno para que el carro fuese más despacio mientras iba descendiendo por la pendiente. Un camino serpenteante corría a lo largo del risco: era el primero con el que se encontraban desde que salieron de Risco Blanco.

Gaviota subía y bajaba con cada salto y traqueteo del carro, mirando con los ojos muy abiertos cuanto la rodeaba. La brisa marina agitaba su cabellera convirtiéndola en un halo marrón.

--¡Maaaar! --canturreó.

* * *

Después de haber pasado junto a campos recién arados y sembrados, una granja que parecía una pequeña fortaleza, pequeños riscos llenos de maleza y luego más granjas y más campos, llegaron al pueblo formado por unos cuantos centenares de casas. Gaviota volvió a quedar muy impresionado.

--¡Tantas personas en el mismo sitio!

Lirio se rió.

--Y esto no es más que un pueblecito. Tendrías que ver una auténtica ciudad. Está amurallada, pero necesitarías un día entero para ir desde un extremo hasta el otro. O dos días...

Gaviota descubrió que le resultaba imposible imaginarse eso. Pero a pesar de que Lirio se burlaba de él, le alegró verla reír con tanta facilidad.

Liante ordenó que los carros se detuvieran en la primera cervecería, pues se habían quedado sin cerveza hacía ya varias semanas. El hechicero sacó monedas de su propia bolsa para pagar una ronda. Cansado, polvoriento y con las piernas medio entumecidas por el largo viaje, su séquito apuró ávidamente las jarras. Liante hizo que volvieran a llenarlas y después alzó su espumeante jarra para un brindis.

--¡Por vosotros, mis orgullosos seguidores! ¡Respeto esa capacidad para trabajar duro y esa diligencia vuestras que nos han traído hasta aquí sanos y salvos! ¡Sabed que habrá cerveza en

abundancia, y comida fresca, y días para vagabundear a voluntad con vuestras bolsas repletas!

Unida por primera vez, la caravana lanzó vítores y bebió. Cuando hubieron terminado el tonel, Liante dio las últimas órdenes. Tenían que montar el campamento fuera del pueblo, recoger madera para el fuego y apostar un centinela, y después el resto podría marcharse para ir donde más le apeteciese. Todos obedecieron cansinamente mientras el sol se iba ocultando.

Antes de que pudiera darse cuenta, Gaviota tenía dinero dentro de una bolsa, una daga negra en el cinturón, Mangas Verdes colgada de un brazo y Lirio del otro, y a Stiggur siguiéndole igual que un cachorrito. Los cuatro fueron juntos al pueblo. Lirio les había prometido que lo pasarían bien, aunque Gaviota no tenía ni idea de lo que llevaba aparejado eso. Por el momento se sentía más que satisfecho sólo con contemplar todas aquellas novedades.

Durante los días siguientes fueron explorando el pueblo. Gaviota apenas podía creer que hubiera tanta diversidad, color y actividad industriosa. Todo le gustó muchísimo. Las calles eran espaciosas y estaban bastante limpias, aunque cerdos, gallinas y perros correteaban de acá para allá. Los edificios eran de uno o dos pisos, cubiertos con tablillas de madera manchadas de sal y postigos, con puertas pintadas e imágenes puntuando las paredes. Las tiendas lucían carteles pintados. Las cervecerías estaban repletas de marineros, piratas, granjeros y artesanos. Los muelles estaban llenos de mercancías descargadas de largas y gráciles galeras y panzudos cargueros. Los talleres estaban abiertos y daban a las calles, por lo que pudieron ver caballos siendo herrados, navios en reparación y calafateo, peces a medio destripar, velas sumergidas en el sebo o la cera, y tela durante el proceso de teñido.

Lirio les compró comidas que nunca habían probado: pescado fresco del océano y patatas fritas en aceite de oliva, cordero asado con cebollas, naranjas endulzadas con miel, colas de marmota maceradas en cerveza... Compró a Mangas Verdes y Stiggur enormes trozos de cristal de roca que resultaron ser dulces de caña de azúcar suspendidos de un hilo. Vio cómo Gaviota iba probando cervezas de todas las procedencias, destiladas de avena y otros cereales, pero también obtenidas de calabazas, patatas, setas e incluso corteza de abedul.

Con una bolsa llena de dinero y algunos sitios en los que gastarlo, Gaviota hizo que una costurera confeccionase un traje nuevo para su

hermana, de color verde claro con las mangas más oscuras y parecido a los que su madre había cosido hacía ya mucho tiempo, aunque con un corpiño acolchado ya que el clima era más frío junto al mar. Pero en cuanto a su propia indumentaria, no se le ocurrió nada aparte de un sencillo suéter de color gris.

Cada tarde los cuatro se quitaban la ropa y se metían en el océano, donde se zambullían, nadaban, chapoteaban y se salpicaban unos a otros como niños.

Un día Gaviota intentó hacerse amigo de aquellas aves que le habían dado el nombre, y les ofreció trocitos de comida y migajas de pan, pero las gaviotas emprendieron el vuelo cada vez que se les acercaba y nunca le dejaron llegar lo bastante cerca para que pudiese tocarlas. Cuando le preguntó por qué se comportaban de aquella manera, Lirio se lo explicó.

--Son carroñeras, Gaviota. Viven de su ingenio y de su cautela. Comen lo que pueden, a veces luchando con perros, gatos y otras aves para conseguirlo... Y en realidad no son bienvenidas en ningún sitio, aunque los marineros se niegan a matar ningún ave marina. Trae mala suerte.

--Unas carroñeras irritables y recelosas cuya presencia no gusta a nadie --dijo Gaviota con voz pensativa--. Soy bastante más parecido a esas aves que me dieron el nombre de lo que me imaginaba.

La bailarina se echó a reír y le apretó el brazo.

--Tu presencia es muy agradable, y no creo que se te pueda considerar irritable o receloso... Y te limitas a sobrevivir, igual que hacemos todos. Míralo de esta manera: las gaviotas son duras, inteligentes y veloces, y te puedes fiar de ellas y además siempre tienen mucha suerte. ¿Te gusta más así?

--¿Y a ti?

El leñador se rió y le rodeó la cintura con los brazos.

Gaviota volvió a reírse cuando le dio el pan a Mangas Verdes. La muchacha sólo necesitó alargar la mano con un trocito de pan en la palma y las gaviotas cayeron sobre ella, aleteando alrededor de sus faldas y flotando en el aire para comer de su mano, y algunas incluso llegaron al extremo de posarse sobre su cabeza.

--¿Cómo se llaman, Verde? --le preguntó su hermano a gritos.

--¡Paaaaájaros! --respondió su hermana entre risitas.

Durante sus recorridos por el pueblo y los alrededores fueron enseñando pacientemente nuevas palabras a Mangas Verdes, hasta que la joven empezó a señalar con el dedo y decir los nombres de las

cosas como un bebé despierto e inteligente. Mangas Verdes no tardó en ir uniendo unas palabras con otras.

--¡Quiero caramelo! ¡Veo peces! ¡Tengo hambre!

Gaviota meneó la cabeza ante aquel prodigio, y deseó que su familia estuviera viva para poder ver crecer la mente de su hermana.

Pero durante su cuarta noche allí, cuando casi todo el pueblo estaba en la cama, se llevaron su mayor sorpresa..., y la más desagradable.

* * *

Con Stiggur en el campamento para montar guardia, Lirio, Gaviota y Mangas Verdes fueron a dar un paseo. Tal como insistía siempre Lirio en que debían hacer, fueron por el centro de la calle para evitar los callejones y la presencia de posibles ladrones que estuvieran al acecho.

Pero enseguida oyeron un repiqueteo de pies lanzados a la carrera.

Gaviota giró sobre sí mismo, tirando de las dos mujeres hasta colocarlas detrás de él.

Y soltó un jadeo de puro estupor.

Chad corría hacia él empuñando un gran garrote.

Antes de que tuviera tiempo de gritar, Gaviota oyó un golpe ahogado. Lirio se desplomó sobre él, dejada inconsciente por otro asesino. Gaviota miró por encima de su hombro y divisó al estólido y silencioso Oles.

Y junto con la ira ante aquel rastrero ataque llegaron las preguntas. ¿Qué infiernos estaba ocurriendo para que miembros de su propia caravana le atacaran? ¿Quién estaba detrás de todo aquello?

Un instante después llegó la sorpresa más grande de todas.

--¡Gaviota! --gritó una voz de muchacha.

El leñador giró sobre sus talones para encararse con la persona que acababa de dirigirle la palabra.

--¿¿¿Mangas Verdes???

15

Las preguntas dejaron paralizado a Gaviota.

¿Mangas Verdes había pronunciado su nombre? ¿Chad y Oles querían matarles? ¿O querían capturarles? Campanas de Kormus, ¿por qué?

Algo silbó junto a su cabeza y el leñador se agachó y alzó un brazo para apartarlo. Era Oles haciendo girar su garrote en el aire. El impacto sobre su bíceps envió una sacudida de dolor hasta la columna vertebral del leñador.

Y entonces Chad se lanzó a la carga enarbolando el garrote.

En vez de dejar su cabeza expuesta a otro golpe de Oles, Gaviota también se lanzó a la carga con los hombros bajados y el torso inclinado.

Logró deslizarse por debajo de dos golpes sibilantes. Gaviota extendió las manos, agarró una bota de Chad y tiró de ella. Chad soltó un juramento y se derrumbó encima del leñador. Gaviota rodó sobre el costado sin dejar de tirar, colocando a Chad encima de él para que obstaculizara los ataques de Oles.

Los dos hombres lucharon en el polvo y la basura de la calle sumida en las tinieblas de la noche. Chad era fuerte, pero no era rival para Gaviota. El leñador se irguió y agarró a Chad por la garganta. El balido de sorpresa del guardia quedó interrumpido de repente. Chad intentó boquear, pero ni siquiera podía tragar saliva. Sin aire, el pánico se fue adueñando de él.

Incapaz de gritar pidiendo ayuda, Chad golpeó el suelo con los talones. Gaviota oyó los maullidos aterrados de Mangas Verdes por encima de su cabeza.

--¡Corre, Verde! --chilló.

Porque él estaba muy ocupado arrancándole la vida a un traidor con las manos.

Chad se debatió y pateó, gorgoteando mientras se le acababa el aire. Trató de golpear la cabeza de Gaviota, pero el leñador estaba demasiado cerca para que pudiera asestar un golpe realmente efectivo. El guardia levantó las manos hasta el rostro de Gaviota e intentó arañarle los ojos, pero Gaviota le mordió un pulgar hasta que sintió el sabor salado de la sangre manchándole la boca.

Estarse asfixiando hizo que Chad descubriera nuevas reservas de una fuerza enloquecida. El guardia arqueó la espalda y sacó su espada corta de su vaina. Lanzó un mandoble...

... mientras Gaviota le arrojaba a un lado y se ponía en pie de un salto.

Chad se agarró la garganta, tosiendo y jadeando, pero se acordó del peligro que corría. Se puso a cuatro patas, intentó alzar su espada...

... y Gaviota cayó sobre él igual que una avalancha.

Una patada con los zuecos de madera de nogal del leñador rompió la clavícula del guardia, dejó amoratado su hombro y terminó abriéndole un arañazo en su apuesta cabeza. Gaviota se inclinó y alzó en vilo a Chad, desgarrándole la camisa. Girando sobre sus talones para alejarse del sitio en el que suponía que estaba Oles, Gaviota dio cinco rápidos pasos sin soltar a Chad y agarrándolo como si estuviera bailando con él.

Los dos hombres jadearon cuando chocaron con la esquina de un edificio.

Gaviota se lanzó sobre Chad, aplastándole contra la esquina con su cadera. El guardia agitó su espada y lanzó un mandoble contra la espalda de Gaviota, rasgando la chaqueta de cuero y la piel, pero su brazo estaba atrapado.

La mano del leñador descendió sobre el brazo de Chad en un golpe tan cortante como el de una hoja de acero. La espada cayó al polvo con un ruido metálico.

Gaviota agarró un puñado de cabellos de Chad. Alzó al guardia hasta dejarlo de puntillas, lo atrajo hasta su hombro...

... y después estrelló la apuesta cabeza de Chad contra la esquina tan fuerte como pudo.

Como había ocurrido cuando aturdió al troll del pantano, el primer golpe dejó confuso a Chad y le arrebató la voluntad de seguir luchando. Cabellos oscuros y trocitos de piel morena quedaron pegados a las rugosas tablillas de madera del edificio.

El segundo golpe fue más potente y mejor dirigido, y le dejó inconsciente.

El quinto le mató.

* * *

Gaviota dejó caer el cuerpo mutilado de Chad y se limpió la sangre de las manos pasándolas por la pared del edificio.

--Alimenta a las ratas, rata.

La furia de la batalla se fue disipando poco a poco, y el leñador se

acordó del resto del ataque. Oles. Mangas Verdes. Lirio.

Pero estaba solo en la oscura calle. Gritó los nombres de las mujeres, y no obtuvo respuesta. ¿Dónde infiernos se habían metido?

Gaviota volvió frenéticamente la cabeza de un lado a otro, registrando la espaciosa calle con la mirada. Si Oles estaba volviendo al campamento --¿por qué?-- iría en dirección oeste, alejándose de los muelles.

Gaviota decidió correr el riesgo de confiar en su intuición. Agarró la espada de Chad y echó a correr sin hacer caso al dolor de su rodilla, escrutando la oscuridad en busca de su hermana.

* * *

Unos cien metros por delante de él Gaviota vio a un hombre de anchas espaldas que llevaba encima del hombro a una joven que se debatía.

Mangas Verdes se retorcía y se contorsionaba, dando golpes con sus puños huesudos y lanzando patadas mientras maullaba como una gata famélica. Oles siguió avanzando con su zancada larga y desgarbada, cambiando de posición el peso que transportaba y mirando a su alrededor por si veía llegar a la ronda del pueblo.

Gaviota se quitó los zuecos y echó a correr tan deprisa como podía hacerlo. El estrépito que producía Mangas Verdes ahogó el ruido de su aproximación. El leñador enfiló la espada que había tomado prestada hacia la espalda de Oles, bajando la punta para que la hoja no quedara atascada en sus costillas.

La espada mordió la carne tan limpiamente como el colmillo de una serpiente, y se deslizó por ella trazando un frío sendero a través de las tripas de Oles. La punta de la espada sobresalió de su estómago durante un momento y luego se retiró con un chirrido de acero que le hizo estremecer.

Oles se quedó sin fuerzas cuando la sangre brotó a chorros de su herida. Se tambaleó e intentó mantener cautiva a la muchacha, pero le fue arrancada del hombro.

El guardia se desplomó de bruces en el suelo sin emitir ni un solo sonido.

* * *

Gaviota remolcó a su hermana a lo largo del pequeño paseo

marítimo. La arena alcanzaba su máxima firmeza entre la marca más alta de la marea, indicada por las algas, y las olas. A juzgar por lo que le había contado Lirio sobre las mareas, la subida del nivel del agua taparía sus huellas.

Porque en aquel momento, y por encima de todo, Gaviota necesitaba tiempo para pensar.

Las olas chocaban con la orilla y se derrumbaban sobre ella, avanzando hacia sus pies bajo la forma de una blanca espuma cremosa. La playa se convertía en rocas un poco más adelante y el leñador se metió por entre ellas, saltando de un peñasco cubierto de sal al otro y deslizándose sobre montones de algas que chasqueaban y crujían debajo de sus pies. La Luna de la Neblina, la luz de las estrellas y la débil claridad del océano iluminaban su camino. Las gaviotas despertadas por su aparición graznaron y remontaron el vuelo. Gaviota esperaba que sus homónimas no le traicionaran.

Más allá de las rocas había una pequeña extensión de hierba marina y robles achaparrados. Gaviota colocó a Mangas Verdes en la primera estribación, se izó detrás de ella y arrastró a su hermana hasta el macizo de vegetación más espeso y protegido que pudo encontrar. La hierba y los zarzales tiraban de las faldas y las piernas desnudas de la joven. Gaviota sintió cómo el rasguño de espada empezaba a picarle y arder al ser besado por la brisa que entraba a través del desgarrón de su camisa.

En cuanto hubo dejado atrás la primera barrera de zarzales, usó la espada de Chad para abrirse paso a través de una línea de arbustos cargados de bayas. Los tallos cortados desprendieron un dulce aroma resinoso. Una gran roca plana salpicada de líquenes formaba un claro lo suficientemente grande para que pudieran sentarse. La roca aún no había perdido el calor del sol, y se encontraban por debajo de la fría brisa marina. El sonido del oleaje quedaba ahogado.

Gaviota se dejó caer sobre la roca, jadeando y haciéndose un poco a un lado para asegurarse de que no hería a su hermana con la punta de la espada. Después hizo un rápido examen de su situación. Tenía su daga negra y su látigo de mulero, la espada de Chad, una bolsa llena de monedas y nada más. Mangas Verdes tenía todavía menos, únicamente un traje y un chal.

La pregunta a responder era en qué clase de lío se habían metido y hasta qué punto era grave.

El leñador se preguntó si Chad y Oles habrían estado trabajando

en solitario. ¿Habían planeado...? Bueno, ¿qué podían haber planeado? ¿Matar a Gaviota para vengarse de unos cuantos insultos? No resultaba probable, dado que habían utilizado garrotes y no espadas. ¿Vender a Mangas Verdes a una casa de prostitución? ¿A un traficante de esclavos? ¿Venderlos a los dos? Lirio le había advertido de que a veces los comerciantes secuestraban a campesinos y que los «convencían» de que se convirtieran en marineros, dado que la vida en alta mar era dura y miserable. ¿Habría acabado Mangas Verdes en un harén? ¿Detrás de quién andaban exactamente los dos guardias?

Y lo que era más importante, y mucho más tenebroso...

¿Habían sido enviados por Liante?

Como hombre Liante no le gustaba nada. Gaviota lo consideraba quisquilloso, irritante, presuntuoso y altivo, pero quizá todas las personas educadas o de buena posición eran de esa manera. Aun así, no le había importado trabajar para él, ya que el hechicero era un amo justo y nada exigente. Liante pasaba la mayor parte del tiempo lejos y sin prestarle ninguna atención, distraído y con la cabeza llena de planes y problemas místicos. Gaviota no confiaba en el hechicero, pero no tenía ninguna razón para desconfiar de él.

O, al menos, no la había tenido hasta entonces.

Bien, ¿qué debía hacer? ¿Ir a ver a Liante y exigirle la verdad? ¿Recibiría ayuda de alguien de la caravana en el caso de que realmente hubiese un plan traicionero tramado contra él? De Morven, tal vez. De Stiggur, quizá. De Lirio... Por supuesto que sí, pero ¿dónde estaba? Gaviota había sentido cómo se desplomaba, pero luego había desaparecido. ¿Había logrado escapar? ¿Se la habían llevado?

Un millar de preguntas y ninguna respuesta. Nada tenía sentido.

Como siempre, Gaviota se volvió hacia su hermana y le habló --tal como hacía con sus mulas-- para aclarar sus pensamientos.

--¿Tienes alguna idea, Verde?

Y entonces Gaviota se llevó la mayor sorpresa de toda la noche.

Mangas Verdes respondió.

--N-no --dijo.

* * *

El leñador se frotó la frente. Quizá le habían dado un golpe en la cabeza y no había llegado a enterarse.

--¿Qué has dicho? --preguntó en voz baja.

--No...

--¿Puedes entenderme?

--S-sí...

Mangas Verdes le había respondido con voz temblorosa y vacilante. Gaviota también se dio cuenta de que su voz era muy agradable, como el trino de un pájaro o las canciones de su madre. Pero hablaba muy despacio, como si tuviera que encontrar y comprender cada palabra. Su refugio estaba tan oscuro que el leñador no podía verle los ojos, pero notó que le estaba mirando.

Por primera vez en su vida, Mangas Verdes había dado una muestra de inteligencia.

--S-siempre he po-podido.

--¿Siempre has podido qué?

--Enten-der... Sabía que t-tú es-tabas a-allí, pero era didifícil... No po-podía... --Mangas Verdes agitó sus manecitas en un vaivén de exasperación--. Te... oía. P-pero había tantas co-cosas más... Pájaros. Flo-res. El ci-cielo...

Su hermano intentó comprenderlo.

--¿Siempre supiste que te hablaba y me entendías, pero había otras cosas que te distraían?

--Sí... ¡Sí!

La voz de Mangas Verdes se volvió tan repentinamente alegre y animada como la de un niño.

Gaviota empezó a pensar. Cuando era pequeño, un padre de la aldea se había caído de un tejado. Había aterrizado sobre la cabeza, y estuvo a punto de morir. A partir de entonces había días en los que tenía la mente embotada, y otros en los que podía pensar con claridad. Para decirlo brevemente, su cerebro había quedado dañado..., como el de su hermana cuando nació.

O eso habían pensado. La nueva Mangas Verdes se comportaba de una forma muy lúcida. ¿La habrían golpeado también en la cabeza?

--¿Por qué de repente puedes hablar tan bien? ¿Lo sabes?

--Ár-boles --canturreó Mangas Verdes.

--¿Árboles?

--Demasiados árboles. Por todas partes. --Mangas Verdes movió una mano, formando un dosel sobre su cabeza--. Palabras de ár-árboles... Hablaban dentro de mi cabeza. Me contaban... historias.

--¿Susurros? ¿El Bosque de los Susurros? ¿Oías historias?

Mangas Verdes asintió, su rostro un pálido manchón en la

semioscuridad.

Gaviota se rascó la cabeza y encontró una costra que le escoció al ser tocada. Bien... Así que el misterio del Bosque de los Susurros había quedado resuelto, al menos en parte. Los árboles hablaban después de todo, pero las personas normales no podían entenderlos, igual que si hablaran una lengua extranjera. Pero su pobre hermana retrasada oía sus canciones y sus secretos, y había tantos que abrumaban a su pobre cerebro.

Por lo tanto eso significaba...

--¡Oh! Cuando llegamos a los páramos de pinos dejamos atrás el Bosque de los Susurros... Después de unos cuantos días de viaje..., empezaste a hablar. ¡Oh! ¡Tu mente se despejó en cuanto estuviste lo bastante lejos del bosque!

--Sí. Ahora ha-hablo yo sola. A ti. Hermano Gaviota.

Gaviota se sorprendió ante el sollozo que le formó un nudo en la garganta. Su nombre, tan dulce viniendo de su hermana..., que había perdido su mente y la había encontrado.

El leñador la estrechó entre sus brazos, apretándola con todas sus fuerzas hasta que Mangas Verdes soltó un chillido.

--Me a-aplastas..., Gaviota.

--Sí --fue todo lo que pudo decir él.

Y entonces un pensamiento cruzó velozmente por su cerebro, y Gaviota se echó hacia atrás y miró fijamente a su hermana.

--Oh, cielos... Todo este tiempo yo te llevaba al bosque porque te gustaba tanto, y para evitar que te metieras en líos, ¡y era el bosque el que nublaba tu mente! Yo tengo la culpa de que estuvieras... enferma.

--No. --La sonrisa de Mangas Verdes estaba llena de dulzura--. Amo el bo-bosque. Yo...

Se calló. Gaviota supuso que estaba buscando la palabra adecuada, pero la mirada de Mangas Verdes pasó por encima de su cabeza y se clavó en el cielo iluminado por la luna.

A un tiro de arco de ellos, suspendido delante del dosel de las estrellas, había un hombre volando en el cielo.

* * *

Una docena de pensamientos encontrados chocaron en la mente de Gaviota.

¡Habían sido encontrados! ¡Por Liante!

¡Y el bastardo podía volar! Así que había sido él y no quien vestía

la túnica marrón el que había volado sobre Risco Blanco y había hecho llover sobre la aldea aquella plaga de debilidad.

Y Liante estaba buscando a Gaviota y Mangas Verdes, y muy probablemente no para socorrer a sus ovejitas perdidas.

--¡Agáchate! --siseó Gaviota.

El leñador empujó a su hermana hasta dejarla acostada en el suelo y después se inclinó sobre ella. Pero probablemente ya era demasiado tarde. Entre el susurro del oleaje y el zumbido de la brisa marina, y la emoción de todos sus fantásticos descubrimientos, los dos habían estado hablando en un tono de voz normal. Cualquier persona que estuviera cerca podía haberles oído, especialmente si flotaba en el aire. Gaviota lo sabía por haber trepado a muchos árboles.

Volvió a mirar, pero el hechicero había desaparecido. ¿Eso era bueno o malo? En cualquier caso, tenían que irse de allí.

Un grito bárbaro surgido de una veintena de gargantas hizo vibrar la noche. Gaviota ya lo había oído antes, muy lejos. La maleza tembló, crujió y se abrió. Un guerrero con la piel pintada de azul, una visión de cabellera blanca y grandes colmillos armada con una espada de hoja curva y un escudo de cuero, cargó sobre ellos. Gaviota empujó a Mangas Verdes, le ordenó que huyera y alzó su espada..., sabiendo muy bien que no era ningún espadachín. Pero incluso si el bárbaro le mataba... Pero había una veintena o más. El leñador los había oído gritar... ¿Con cuántos podía enfrentarse antes de que muriese? ¿Uno? ¿Quién protegería a Mangas Verdes después?

Otro bárbaro azul irrumpió en el claro, y después un tercero y un cuarto, hombres y mujeres. Gaviota no sabía en qué dirección señalar. Los invasores desprendían un olor extrañamente dulzón: su color azul debía de ser obtenido mediante el jugo de bayas. Todavía jadeaban a causa de su grito, y sus labios dejaban escapar gruñidos llenos de ansias de combatir.

Gaviota se preparó para matar o ser matado. Pero Mangas Verdes...

Una sombra que recordaba la de un águila pasó velozmente por encima de su cabeza, y Gaviota desfalleció. Se sintió tan débil que no podía mantenerse en pie. Las rodillas se le doblaron, y el brazo con que empuñaba la espada bajó lentamente.

Cayó sobre su hermana, que también se había desplomado. Un hombre pintado de azul se derrumbó también, y sus colmillos golpearon una roca con un horrible crujido. Otro le siguió. Pero más bárbaros estaban entrando en el claro.

Golpearon a Gaviota con el plano de sus espadas como si estuvieran separando la paja del grano durante la cosecha. Una hoja martilleó su brazo, su muslo, su hombro, su cabeza... Las luces temblaron, se desvanecieron y volvieron a hacerse nítidas y brillantes. Alguien gritó fuera del círculo. Los golpes cesaron y los bárbaros lanzaron gruñidos guturales. Media docena inmovilizó los brazos de Gaviota, y una mujer alzó su garrote y preparó cuidadosamente el golpe.

Los cielos se desplomaron sobre la cabeza de Gaviota, aturdiéndole. Las estrellas giraron locamente por toda la rosa de los vientos. Y se extinguieron con un último parpadeo.

* * *

Unas voces le despertaron: Liante, Kem, Felda...

Durante un momento se imaginó que había despertado debajo del carro de los suministros, como siempre, mientras los demás hablaban alrededor de la hoguera de la mañana y esperaban a que Felda sirviera el desayuno. De repente Gaviota sintió una inmensa y sorprendente punzada de nostalgia por aquellos tiempos sencillos.

Pero no podía moverse, y cuando lo intentó sintió dolores por todas partes. Sólo podía abrir un ojo, pues el otro estaba cerrado por la hinchazón. Gaviota reprimió un gemido y abrió su ojo sano.

Todavía era noche cerrada. Sus brazos estaban inmóviles por encima de su cabeza, hinchados y muertos por la falta de circulación, atados a una rueda de carro. Los cuatro carros formaban un círculo, y el leñador estaba atado al carro de los suministros.

A la luz de la hoguera del campamento, la escena era casi normal. Knoton el secretario estaba sentado en el pescante de su carro, pareciendo un poco nervioso e incómodo. Las bailarinas asomaban la cabeza desde varios carros. Lirio estaba allí, con aspecto fatigado y preocupado, y Gaviota se preguntó si ella también le había traicionado y le había llevado deliberadamente hasta una trampa en aquella calle. Pero la robusta Junco no se apartaba de su espalda, y cuando Lirio abrió la boca para hablar le tiró violentamente de la cabeza agarrándosela por el pelo. La gorda Felda estaba sentada encima de una caja a un lado, inmóvil junto a la vieja astróloga. Stiggur asomaba del carro de los suministros por encima de la cabeza de Gaviota, y ponía cara de estar a punto de llorar. El enfermero y la cantora no eran visibles por parte alguna. Kem con sus cicatrices y su

única oreja, Morven el marinero y Liante, el hechicero de las muchas franjas de colores, estaban inmóviles junto a la hoguera sosteniendo jarras de cerveza en las manos.

Mangas Verdes estaba al lado del secretario, sentada en el pescante del carro de Liante con las manos atadas detrás de la espalda y la cabeza latiéndole de dolor.

Gaviota se preguntó dónde se encontraban los cuerpos de Chad y Oles.

El leñador, que ya estaba totalmente despierto, carraspeó para aclararse la garganta irritada. Se lamió los labios y descubrió que estaban tan hinchados que empezó a babear, pero todavía podía hablar.

--¡Liante! --aulló--. ¡Negro perro traidor! ¡Cobarde asqueroso! ¡Sucio hijo de una perra enferma que comes mierda, te revuelcas en el barro y buscas gusanos en la tierra! Bastardo de ojos rasgados...

Gaviota siguió insultándole, decidido a utilizar hasta la última frase malsonante del repertorio de los muleros, y continuó haciéndolo durante largo tiempo hasta que empezó a repetirse y le falló la voz.

Liante no le prestó ninguna atención. El hechicero señaló las colinas que se alzaban a lo largo de la costa al norte del pueblo. Después se volvió hacia Kem y, sin alzar la voz, le fue dando órdenes: obtener nuevos suministros, contratar más guardias, reponer las bestias perdidas, encontrar un nuevo jefe de caravana, reanudar la marcha... El hombre de la cicatriz asintió ante su lista mental, y después se rascó distraídamente el vendaje que envolvía su codo.

Gaviota, que ya había recuperado el aliento, volvió a gritar.

--¡Kem, hijo de perra desorejado! ¡Me debes tu vida! ¡Fui a un pantano maloliente y me enfrenté a trolls que planeaban devorarte vivo, maldito desgraciado! ¡Te saqué de allí sobre mi hombro cuando te desmayaste y Chad no pudo más! ¿Te acuerdas de eso, perro miserable? ¿O eres todavía menos que un asqueroso chucho callejero lleno de piojos que come basura, pues hasta el más feo de los perros lamedores de culos conoce la gratitud?

Kem no mostró ninguna preocupación, pero rodeó la hoguera. Se plantó delante de Gaviota, derramó cerveza sobre el rostro del leñador y después empezó a asestarle potentes bofetones que le cruzaban la cara del derecho y del revés. El guardia se detuvo únicamente porque le dolía el codo.

Liante asintió.

--Está empezando a resultar un poco molesto. Tenemos a su

hermana, así que ya no le necesitamos. Enterradlo entre la maleza antes de que salga el sol. Cavad bien hondo para que los perros no lo desentierren.

Gaviota sintió deseos de aullar de rabia. La despreocupada indiferencia con que Liante se comportaba ante su muerte, como si fuese un cerdo al que había que sacrificar, era la mayor maldad que había visto en toda su vida. Kem y Chad podían ser un par de matones, pero comparados con aquella víbora que practicaba la hechicería eran hombres honestos.

Y entonces Kem mostró una emoción por primera vez. Gaviota vio cómo se le arrugaba la frente, y pensó con cansado abatimiento que el mercenario tal vez sintiera gratitud después de todo. «Quizá me dé una muerte rápida...»

Algo tiró de la muñeca de Gaviota. Su mano cayó flojamente encima de su regazo.

--¡Eh, tú! --gruñó Kem--. ¡Quieto!

El guardia extendió los brazos por encima de Gaviota mientras la otra mano del leñador caía con la misma flacidez encima de su regazo. Los aguijonazos de dolor que recorrieron sus dedos hicieron que Gaviota lanzase un siseo de dolor.

Kem sacó a rastras a Stiggur, agarrándolo de la muñeca y rugiendo de ira. El muchacho se había deslizado por debajo del carro y había liberado a Gaviota con un cuchillo de cocina. Stiggur chilló cuando Kem empezó a golpearle.

Gaviota, que no podía usar las manos, alzó un zueco y pateó a Kem en el tobillo. El guardia cayó hacia adelante y su rostro se incrustó en el borde de hierro de la rueda.

Las cosas ocurrieron muy deprisa.

Morven tiró su jarra al suelo y agarró a Liante por el rígido cuello de su túnica, alzándole en vilo hasta dejarle de puntillas y lanzándole contra su carro. Knoton, el secretario de las manos delicadas y suaves, golpeó al marinero con las riendas. Lirio usó sus largas y rojas uñas sobre los ojos de Junco, cegándola, y saltó del carro y corrió hacia Mangas Verdes. Pero la vieja astróloga alargó un flaco pie y le puso la zancadilla, y la bailarina se estrelló contra el suelo.

Gaviota rodó sobre sí mismo y se puso en pie. Había decubierto quién era amigo y quién era enemigo, y no se había llevado ninguna sorpresa. Un grito le hizo volverse sobre sus talones. Era Stiggur.

El muchacho movió los dos brazos en un veloz giro, arrojando algo al leñador: su látigo de mulero y su hacha. Las manos de Gaviota

seguían siendo incapaces de agarrar nada, por lo que permitió que las dos armas chocaran con su pecho, rebotaran en él y cayeran al suelo. Después se arrodilló y maldijo mientras intentaba cogerlas, manoteando tan torpemente como un niño. Gaviota acabó logrando deslizar el látigo debajo de su cinturón y sujetó el hacha contra su cadera.

Se volvió en busca de Liante. Morven estaba intentando mantenerle inmovilizado mientras Knoton le golpeaba el rostro con las riendas.

Mangas Verdes, que seguía encima del pescante al lado del secretario, estaba a salvo por el momento. Gaviota, los dedos cosquilleándole y escociéndole, saltó y mordió las riendas, y después sacudió violentamente el cuello para arrancarlas de las manos de Knoton. Empezó a darse masaje en los dedos, sintió que iban respondiendo lentamente...

Alguien le golpeó desde un lado y Gaviota se estrelló contra el carro. Era Kem, con la espuma de la ira cubriéndole los labios. El guardia dejó caer un antebrazo sobre la garganta de Gaviota para mantenerle inmovilizado. Gaviota intentó patearle, pero no consiguió que sus pies llegaran hasta el cuerpo de Kem. No se atrevía a mover sus manos entumecidas por miedo a dejar caer su hacha.

--Menos que un perro, ¿verdad? --graznó el leñador, lanzando sus palabras enronquecidas al rostro surcado por aquella larga cicatriz.

--Un perro obedece a su amo --replicó Kem.

Después alzó un puño y golpeó el abdomen de Gaviota por tres veces con gran fuerza.

Pero el leñador estaba demasiado enfurecido para poder notar más dolor. Tensó la espalda y esperó a que el guardia volviera a lanzar su puño contra él, y entonces bajó la cabeza y se lanzó a la carga.

La coronilla de la cabeza de Gaviota se incrustó en la boca de Kem, haciendo que los dos soltaran un ladrido de dolor, pues Gaviota había sido dejado sin conocimiento hacía un rato. La aturdida pareja de adversarios se debatió, frenéticamente agarrada y se tambaleó hacia el fuego.

El campamento se había convertido en un caos de gritos y confusión. Gaviota empujó a Kem, haciendo que tropezara con la hoguera. Las chispas relucieron y dispersaron luz. Lirio estaba luchando con la vieja astróloga, que era tan fuerte como flaca y correosa. Felda daba palmadas con sus gordas manos, no muy

segura de qué debía hacer. Stiggur se agarró al tobillo de Kem sin ser visto y consiguió que volviera a tropezar. Morven agarró el cuello de Liante con las dos manos y le golpeó la cabeza contra un lado del carro. Mangas Verdes había desaparecido, caída de espaldas debajo del carro. Gaviota vio unos pies calzados con zapatillas y manos de uñas rojas que la alzaban. Quiso lanzar el carro por los aires y enviarlo volando hasta la luna para rescatar a su hermana, y sintió que tenía las fuerzas necesarias para ello. Flexionó las manos y descubrió que podía sostener su hacha.

La clave estaba en coger a Liante. No le mataría enseguida..., todavía no. Pero le rompería los brazos y las piernas con el mango del hacha, y después le iría arrancando lentamente la verdad...

Morven se desplomó súbitamente hacia atrás, totalmente inconsciente. Liante, que se apoyaba en el lado del carro, aún tenía las dos manos levantadas como si siguiera empujando.

Hechizos. Magia. Había que detenerle.

Gaviota se lanzó sobre el hombre de las franjas multicolores, pero de repente sus pies estuvieron flotando por encima del suelo..., o eso fue lo que sintió.

¿Qué era...?

Como si se hubiera convertido en un fantasma, Gaviota vio que sus piernas brillaban con una parpadeante claridad azulada, como la de las primeras estrellas que anunciaban la mañana. Sus brazos también resplandecían con esa misma claridad. El leñador podía ver los vivos colores del carro de Liante a través de su muñeca.

Un sinfín de guiños luminosos invadieron su campo visual y se fueron volviendo cada vez más brillantes, como si hubiera estrellas estallando delante de sus ojos.

Después todo se volvió negro.

Y después la negrura fue sustituida por una abrasadora claridad blanca.

_____ 16 _____

El oleaje se agitaba alrededor de los tobillos de Gaviota y le golpeaba las rodillas. Durante un segundo pensó que había sido lanzado por encima del pueblo y que había ido a parar al océano.

Pero el cielo era de color blanco, y el sol se encontraba justo encima de su cabeza. Unos segundos antes había sido medianoche, y de repente era mediodía.

Gaviota estaba en algún lugar muy, muy lejano.

Delante de él se extendía una orilla tan verde y llena de vegetación que casi hería los ojos. De la arena blanca brotaban plantas altas de aspecto suculento adornadas con flores que recordaban el arco iris. Pájaros de largas colas que tenían todos los colores imaginables graznaban posados en árboles de hojas plumosas de cuyas ramas colgaban extaños frutos. Más allá se alzaba un cono grisáceo de unos treinta metros de altura.

Algo centelleó al lado de Gaviota, perdió su equilibrio y cayó al agua, resoplando y chapoteando. Gaviota se cambió de mano el hacha, se metió en el ir y venir de las olas y sacó a Stiggur del océano. Otro chapoteo reveló a Morven, con el rostro vuelto hacia abajo, inmóvil y ahogándose. Gaviota volvió a cambiarse de mano el hacha y remolcó al marinero hasta la playa.

--¿Dónde es-estamos? --jadeó el muchacho.

Su delgadez y el estar chorreando agua hacían que pareciese una rata almizclera.

El leñador se arrodilló, colocó a Morven encima de su rodilla y lo hizo saltar sobre ella. El marinero vomitó agua de mar, agitó las manos como si fuera un cangrejo y acabó pidiendo ser dejado en paz con un gruñido. Gaviota le soltó.

Stiggur se quitó la túnica para quedarse desnudo. La estrujó y después volvió a ponérsela.

--¿Dónde estamos, Gaviota?

--Calla. Estamos a salvo. --El leñador escrutó el horizonte, vacío salvo por las curvas de las olas y los puntos de las islas, y dejó escapar un suspiro--. Liante también está a salvo. Supongo que estamos todo lo lejos que pudo enviarnos.

Después aulló con un agónico e interminable grito de dolor arrancado de lo más profundo de sus entrañas y golpeó la arena con su hacha tan fuerte que la dejó enterrada hasta la mitad del mango. Gritando, chillando y maldiciendo, Gaviota golpeó la playa con los

puños hasta que los tuvo ensangrentados y en carne viva.

--¡Todo ha sido culpa mía! ¡Yo he tenido la culpa! ¡Tan imbécil, tan confiado! ¡Yo... tengo... la culpa... de todo... esto!

Una mano le rozó el hombro y el leñador se quedó inmóvil.

La frente de Morven estaba sangrando, su rostro todavía estaba blanco debido a haber vomitado y sus manos temblaban. Pero sus ojos ya habían recobrado la firmeza tranquila de siempre.

--No ha sido culpa tuya, muchacho. El hechicero te engañó. Mienten, estafan y roban... Es su naturaleza, igual que las víboras muerden a los bebés.

La ira que se había adueñado de Gaviota volvió a arder en sus entrañas. Se levantó de un salto y golpeó el pecho de Morven con los dos puños, haciéndole tambalearse.

--Y entonces ¿por qué trabajabas para él, bastardo sabelotodo? ¿Por qué no me dijiste que era un cerdo asqueroso del que no te podías fiar?

El marinero respondió en un tono tranquilo e impasible. En el pasado se había enfrentado a amenazas mucho peores que un hombre enloquecido por la furia.

--Empecé a trabajar para él poco antes que tú. Liante parecía distinto... Parecía honrado. Tendría que haber comprendido que mi mente estaba afectada por un hechizo... Así que si quieres culpar a alguien por todo este lío, cúlpame a mí y no a ti.

Gaviota estaba jadeando, exhausto y con los puños balanceándose flácidamente junto a sus costados. Aquellas palabras calmadas y afables extinguieron su ira tan deprisa como el agua apaga el fuego.

--Pero... ¿Qué podemos hacer?

Morven alzó la mirada hacia el cielo y después se volvió para escuchar la llamada de un ave marina, un trino que recordaba el gorgoteo del agua saliendo de una jarra. El marinero se limitó a suspirar.

--¡Mirad! --exclamó Stiggur, señalando con una mano.

Aproximándose por la playa con un tambaleante CLUMP CLUMP CLUMP chirridogruñidogolpechasquido CLUMP CLUMP venía la bestia mecánica, avanzando sobre tres patas intactas y una pata averiada.

Un grito surgido de una abertura en el follaje hizo que se volvieran en esa dirección.

--¡Oh, no! --gritó Helki, la centauro, que estaba desnuda y tenía un

aspecto sucio y descuidado--. ¿Vosotros también? ¡No, no!

* * *

Y, sorpresa y prodigio, todos estaban allí.

Helki les guió por entre aquellas robustas plantas verdes y a lo largo de una suave pendiente hasta llegar a un claro en el que había un hoyo para encender fuego y chozas de distintos tamaños.

Los centauros estaban desnudos salvo por sus brazales, y Helki atraía la mirada de una forma irresistible y un poco molesta con sus pequeños y firmes pechos y sus pezones morenos del tamaño del pulgar. Sus crines y sus colas estaban sucias y enredadas.

Liko, con sus ojos rasgados y sus dos cabezas calvas, todavía llevaba aquel atuendo improvisado mediante velas de barco. Gaviota vio que su brazo cortado se había curado hasta convertirse en un limpio muñón blanco, pero no se había regenerado. Así que Liante también había mentido en eso...

Sentados encima de un tronco había tres hombres bronceados de barba negra y aspecto curtido. Los tres observaron las cicatrices y morados de Gaviota con curiosidad profesional, pero se mantuvieron en silencio. Gaviota reconoció sus faldellines rojos de la batalla de Risco Blanco: eran los mercenarios de la cota de malla escamosa que habían sido invocados por la hechicera de la túnica marrón y amarilla. Estaba claro que aquel trío había quedado abandonado allí, al igual que los centauros, y Liante los había enviado hasta aquel lugar. Aquellos hombres de apariencia dura y temible podían haber amenazado a la familia de Gaviota, y haber intentado violar a Primavera. Pero el leñador no podía resolver esas cuentas pendientes en aquel instante.

Entre los presentes también había un hombre alto envuelto en cota de malla que mantenía una espada y un escudo al alcance de su mano. Gaviota supuso que debía de ser un paladín de las tierras del norte: sólo uno de aquellos hombres llevaría su coraza con un calor semejante.

El leñador miró a su alrededor mientras Helki iba dando el nombre de todos.

--¿Y todos aquellos que han tenido algún contacto con Liante están atrapados aquí?

Las cuatro pezuñas de Helki bailotearon sobre el suelo. Las lágrimas se deslizaron por su rostro, como lo estaban haciendo por el

de Holleb.

--No, no todos. Algunos peones debe devolverlos a sus tierras natales. Este lugar, esta isla, es un lugar vacío..., un vertedero.

La centauro siguió explicándose entre lágrimas y sollozos.

--Todos contamos la misma historia. Somos invocados para luchar por Dacian, la que viste de marrón y amarillo, y quedamos abandonados en el caos y luego Liante se ofrece a enviarnos a casa. Pero no sabe dónde está nuestro hogar, así que nos envía aquí para utilizarnos cuando nos necesite. Nunca podemos escapar --añadió con abatida consternación.

Gaviota asintió. Eso explicaba lo que había querido decir Helki con su «¡Somos cautivos!» aquella negra noche en el bosque incendiado. Sintiéndose repentinamente agotado, se dejó caer sobre la arena y se puso el hacha encima de las rodillas. El agua de mar ya había manchado de óxido la hoja.

--Mentir ha de ser la mayor habilidad de un hechicero. Tendría que haberlo adivinado... ¿Cómo era posible que un hechicero supiese dónde estaba vuestro hogar? Incluso afirmó conocer el origen de la bestia mecánica, una cosa sin cerebro.

Bardo, el robusto paladín, asintió.

--Todos tenemos una parrte de culpa. Oímos fabulosas historrias sobrre hechicerros hasta que crreemos que pueden hacerrlo todo, igual que dioses. La consecuencia es que crreemos en sus mentirras.

Su acento hería los oídos como el graznido de un cuervo.

--¿Cómo conocía Liante la Montaña del Dedo Roto si nunca estuvo allí? --gruñó Holleb.

Un soldado de negra barba que se estaba quedando calvo llamado Tomás agitó las manos mientras hablaba.

--Pienso que uno de los poderes de los hechiceros es el de leer tus pensamientos. Te hacen preguntas acerca de tu tierra natal, y una imagen acude a tu cabeza. Los hechiceros ven esa imagen y fingen conocerla. Y además también te embrujan... Lo he visto suceder.

--Es cierto --murmuró Gaviota, y se frotó su dolorida cabeza--. Lo he sentido... Mientras hablan, la mentira parece creíble. --Otros asintieron, y Gaviota se sintió un poco menos estúpido y crédulo--. Ni siquiera llegué a protestar una sola vez cuando me llamaba «peón», una herramienta que utilizar y descartar.

Helki estaba llorando, por lo que fue Holleb quien habló con su áspera voz.

--Hay más atrapados aquí. Trasgos que vuelan en globo están

aquí, pero nosotros somos desterrados al otro lado de la isla, así que roban y mienten igual. Hay algunos orcos aquí. Hay grandes seres-hormiga en la cima de la montaña.

--Todos hemos sido desterrados para siempre --dijo Helki.

Stiggur se echó a llorar.

* * *

Gaviota se levantó.

--No, no lo estamos.

Todos alzaron la mirada hacia él. Stiggur se restregó los ojos llenos de lágrimas.

--¿Qué quieres decir?

--Que no hemos sido desterrados para siempre. --Pero Gaviota se sintió desfallecer. La falta de sueño, la fatiga de la batalla, el agotamiento mental, la preocupación por su hermana... Todo conspiraba para aplastar su voluntad y minar sus energías. El leñador intentó olvidarse de todo aquello--. ¡Pensad un poco! Venimos de todos los rincones de los Dominios. Tiene que haber una manera de salir de esta... jaula. ¿Quién sabe algo?

Nadie habló. Stiggur se secó la cara con dedos llenos de arena.

Morven el marinero rozó la áspera corteza de una palmera con la mano, suspirando ante el ímpetu de la juventud mientras lo hacía.

--Creo que he navegado por estas aguas --dijo--. Estamos muy al sur, allí donde las islas están muy separadas las unas de las otras. La mayoría son demasiado pequeñas para tener agua fresca, y somos afortunados al contar con ella. Pero no podemos construir una embarcación con estos arbolitos ridículos: no son más que pulpa y tiras de fibra. Eso quiere decir que no podemos salir de aquí por el mar.

--Y tampoco podemos construir esos globos de los trasgos --dijo Gaviota con amargura--, así que la única manera de escapar es mediante la magia. Y la magia es algo que sólo poseen los hechiceros.

El líder de los soldados rojos, el calvo y barbudo Tomás, movió las manos como si dibujase en el aire.

--El campo de batalla es nuestra mejor posibilidad. Debemos atacar en cuanto seamos invocados, pues tal es la naturaleza del yugo mágico que pesa sobre nosotros. Pero si derrotamos a nuestro enemigo inmediato, normalmente somos libres de actuar siguiendo nuestra voluntad. Ése es el momento para huir.

--Pero no estáis en casa --gruñó Holleb--. Estáis con el hechicero en otro lugar de los Dominios.

Unos robustos hombros redondos se alzaron. Los brazos y el cuello del soldado estaban cubiertos por el encaje de cicatrices resultado de toda una vida de guerra.

--Cierto, pero estaremos en algún lugar civilizado. Podemos ir caminando hasta el mar y obtener pasaje con rumbo a nuestra tierra natal.

--Si podemos encontrarla --protestó uno de sus hombres--. Si alguien sabe dónde se encuentra.

--¿Lo ha sabido alguien alguna vez? --preguntó Gaviota.

Tomás meneó su reluciente cabeza.

--No. Si hemos averiguado una cosa, es que los Dominios no terminan nunca. Bajo Dacian, la de la lustrosa cabellera negra, hemos visto un centenar de tierras. Algunas eran agradables, otras eran agujeros infernales. Pero todas eran distintas y estaban muy lejos unas de otras. Nunca me he encontrado con nadie que conociese el camino que lleva a nuestra tierra natal. Normalmente estoy haciéndoles agujeros con mi espada, por supuesto...

--Dacian --murmuró Gaviota--. El nombre de la que mató a mi familia... Aunque ahora sé que Liante miente, por lo que él también debió de tener alguna parte en eso.

Morven se cruzó de brazos y apoyó la espalda en la palmera.

--En mis viajes he visto un millar de tierras. Los Dominios son todo islas, algunas de centenares de leguas de longitud, algunas tan pequeñas como un pañuelo... Pero los mares no se terminan nunca. Algunos navegantes opinan que el mundo es redondo, como una pelota, y que si seguimos navegando lo circundaremos y encontraremos el puerto del que hemos salido. Pero ¿cuánto se tardaría en hacer eso? ¿Años? ¿Décadas? Nadie lo ha hecho nunca, o ni siquiera ha intentado contar la mentira de que lo había hecho. Es imposible.

--Todo irrá cada vez peorr parra nosotrros --dijo Bardo, el paladín, con voz solemne--. Los hechicerros rrealmente poderrosos se mueven más allá de la humanidad. Aprrenden a caminarr porr los planos que hay entrre los mundos, tierrrra que no podemos imaginarr, donde el cielo es verrde con cinco lunas, y los hombrres están vueltos del rrevés, o rrespirran humo, o... De momento estos dos hechicerros, Dacian y ese llamado Liante, caminan porr tierrrras que podemos entenderr. Un día, cuando sean poderrosos, serremos llevados a

lugarres que ni siquierra los dioses visitan...

El silencio siguió a esa profecía.

--No lo entiendo --gruñó Gaviota--. Si los hechiceros pueden esfumarse de un sitio para aparecer en otro, de la misma manera en que un conejo puede meterse por un agujero y volver a la superficie a un tiro de arco de allí, ¿por qué viaja Liante en una caravana de carros? ¿Por qué no mueve las manos y traslada todo lo que quiera llevarse consigo hasta el siguiente destino, leguas más allá?

--Necesitas algún sitio en el que guardar tu comida y tu botín --intervino Morven--. Incluso los hechiceros tienen que comer.

Un fruncimiento de ceño pensativo arrugó la frente de Holleb, y el centauro meneó la cola de un lado a otro.

--Hay sitios a los que es más fácil saltar, sitios mágicos donde la música canta en los oídos... Tu conejo tiene muchos túneles subterráneos, sí, pero sólo dos, tres agujeros. No puede moverse a través de la tierra, ha de correr hasta la abertura.

Gaviota deslizó un dedo por el filo de su hacha.

--Sí, creo que tienes razón. Gracias a mi hermana he sabido --¡dioses, si fue anoche mismo cuando lo supe!-- que el Bosque de los Susurros es uno de esos lugares, un sitio mágico desde el que se puede saltar a otros. Liante llegó allí y destruyó nuestra aldea, pero después tuvo que llevar su caravana de carros campo a través hasta el próximo punto de salto, esté donde esté ese sitio. ¡Por la maldición de Chatzuk! ¿Qué es lo que quiere de mi hermana?

Ante sus rostros confusos, el leñador explicó las palabras de su hermana, cómo podía hablar de repente y cómo Liante les había traicionado.

--Pero ¿hacia dónde se dirige? ¿Y por qué?

El silencio se adueñó del claro. Los vientos marinos agitaban las copas de los árboles. El sordo retumbar de los pasos de la bestia mecánica se acercó un poco más, y luego se fue alejando. Un lagarto verde se metió debajo de una hoja, y Stiggur, siendo un muchacho, lo cogió de manera instintiva.

--Tal vez nunca lo sepamos --suspiró Morven--. Holleb, ¿se te ha ocurrido alguna forma de obtener cerveza a partir de los cocos?

--¡No! --El grito de Gaviota sobresaltó a todo el mundo. El temor de lo que pudiera ocurrirle a Mangas Verdes había renovado su ira--. ¡No vamos a instalarnos aquí! ¡No vamos a ponernos cómodos en esta jaula! ¡Vamos a encontar una salida!

Todos se limitaron a contemplarle en silencio. Stiggur mostró un

destello de esperanza, sabiendo que su héroe era capaz de conseguirlo todo. Pero el resto reaccionó con una calma impasible..., y con resignación.

Gaviota no pudo soportar la expresión de impotencia que veía en todos sus rostros.

--¡Levanta, Stiggur! ¡Y tú también, Morven!

El marinero siguió sentado y se limitó a menear su canosa cabeza.

--Mis días de obedecer órdenes han terminado, amigo.

La respuesta del leñador consistió en agarrarle por el hombro y tirar de él hasta ponerle en pie.

El marinero se frotó el brazo.

--¡Calma, calma! ¡Estoy contigo! ¿Adónde vamos?

Gaviota no lo sabía. Pero no debían quedarse sentados sin hacer nada, porque eso sería una muerte lenta.

--Recorreremos la isla --dijo--. Veremos todo lo que haya que ver aquí.

--No hay gran cosa que ver --murmuró Tomás.

Pero los dos hombres y el muchacho ignoraron sus palabras y echaron a caminar, con Gaviota abriendo la marcha.

* * *

La decisión de escapar que había tomado Gaviota se iba reforzando con cada paso que daba. Aquella isla podía ser el paraíso, pero seguía siendo una prisión. El leñador avanzó a grandes zancadas por la playa mientras Morven y Stiggur se esforzaban por mantenerse a su altura.

Sorprendentemente, había mucho que ver.

En el centro de la isla encontraron a los «seres-hormiga» de Holleb. Aquellas criaturas de metro y medio de altura, marrones como troncos de árbol y hechas de segmentos articulados cubiertos de rígidos pelos negros que caminaban erguidas, parecían haber surgido de un hormiguero pateado por un hechicero que luego hubiera convertido a sus moradores en soldados mediante la magia. Sus únicos adornos eran hojas de palmera unidas mediante algún pegamento --escupitajos de hormiga, sugirió Morven-- a sus cabezas en forma de yelmo. Iban armados con toscas hojas de hierro, un cruce entre una pala y una lanza. Cavaban túneles, trincheras y pequeñas cañadas en el cráter del volcán muerto. Algunas traían hojas y frutas

mientras que otras montaban guardia. Todas trabajaban en un silencio fantasmagórico, agitando sus antenas como si estuvieran hablando entre ellas.

Los viajeros no pusieron a prueba a los centinelas, y se conformaron con observar desde un pequeño promontorio. Aquellas bestias-insecto que parecían idénticas resultaban difíciles de contar, pero les pareció que había por lo menos un centenar, aunque muy bien podía haber decenas más debajo del nivel del suelo.

--Esperemos que no se aficionen a la carne --siseó Morven.

Después fueron al otro extremo de la isla y se encontraron con los trasgos, el ladrón con aquella franja oscura que le daba aspecto de mofeta llamado Sorbehuevos entre ellos. Con los trasgos vivían algunos orcos grises de gran tamaño, los primeros que Gaviota había visto jamás. Aquellos orcos del Clan Zarpafierro les gritaron que gobernaban la isla..., hasta que Gaviota dejó tumbado a uno en el suelo golpeándolo con el mango de su hacha. Después de eso el clan fue todo amabilidad y quejumbrosa cortesía, pero los orcos no sabían nada.

Los exploradores siguieron adelante, y pasaron la noche hechos un ovillo sobre la arena caliente.

Los pájaros emprendían el vuelo al oír sus pasos, los cerdos salvajes huían correteando por entre la espesura, e incluso una tortuga marina fue divisada más allá del arrecife, nadando tan sumergida en el agua como un tonel. Se encontraron con una primitiva estatua de barro de un metro y medio de altura. Resultaba obvio que había sido dejada caer allí, pues yacía de lado sobre un frondoso matorral. En un bajío encontraron un viejo navío naufragado, que Morven les explicó era una carabela, con los castillos de proa y popa tan altos que parecía un zapato de madera. Gran parte del navío estaba intacta, pero el arrecife le había arrancado el fondo durante una tormenta. Aparte de un poco de hierro y algunos mástiles rotos, la carabela no tenía nada que ofrecerles.

El segundo día se encontraron con la bestia mecánica, que seguía con su incansable y ruidoso vagabundeo sin sentido.

El sol ya estaba muy arriba del cielo al tercer día cuando llegaron al sitio en el que habían aparecido.

Morven y Stiggur entraron en el tosco campamento y se dejaron caer sobre la arena. Pero las rápidas zancadas de Gaviota hicieron que el gigante medio dormido, los soldados rojos y los centauros levantaran las miradas hacia él.

--¡Venid aquí! --ordenó el leñador.
Sintiendo curiosidad y preparada para cualquier diversión, aquella abigarrada colección de seres se frotó los ojos y se preparó para escuchar.
El leñador no se sentó, sino que empezó a ir y venir por el pequeño círculo. Mientras hablaba iba dando golpecitos en el mango del hacha que empuñaba. La enorme hoja de acero que oscilaba en el aire empezó a producir un efecto casi hipnótico sobre quienes le contemplaban.
--Estamos atrapados aquí --empezó diciendo Gaviota--. Nos sentimos impotentes, como si debiéramos sentarnos y esperar la llegada de la salvación.
Hizo una pausa. Todo el mundo estaba escuchándole, profundamente fascinado.
--Puede que estemos atrapados, pero no estamos impotentes. Hemos sido enviados aquí, y podemos ser sacados de este lugar.
Un murmullo recorrió la pequeña multitud.
--Pero eso... --dijo Morven.
Gaviota le interrumpió.
--Todos nosotros somos luchadores. Nos han metido en una guerra: las personas normales y corrientes contra los hechiceros. Pero limitarnos a permanecer sentados sin hacer nada, dejándonos dominar por la desesperación y esperando que alguien nos ayude... ¡es perder la batalla sin haber levantado una mano! ¡No somos ovejas que esperan ser sacrificadas! ¿Lo somos?
Hubo un murmullo de negativa, pero aparte de eso los que le escuchaban se conformaron con mirarse unos a otros.
--¿Cómo? --aulló Gaviota--. Lo único que oigo es el susurro del oleaje. ¿Somos ovejas o no lo somos?
--¡No! --exclamó Tomás, el guerrero de la barba negra.
--No, no lo somos --dijo Morven sin alzar la voz--. Pero ¿qué podemos...?
--¡Podemos prepararnos para luchar! --gritó Gaviota--. ¡Luchar! ¡Pero no estamos preparados! ¿Dónde está tu arma, Morven?
El marinero movió una mano en un vago gesto que no señalaba nada en concreto.
--La última vez que la vi, estaba en el carro de los hombres.
--¡Pues entonces te proporcionaremos una nueva arma! ¿Dónde está la tuya, Stiggur?
--No tengo arma --respondió el muchacho con su voz estridente y

un poco temblorosa.

Gaviota descolgó su látigo del cinturón y lo lanzó a las manos de Stiggur.

--Ahora la tienes. Al final de esta semana quiero ver cómo arrancas pelitos grises de la barba de Morven.

El muchacho puso cara de perplejidad y alzó el látigo como si fuese una serpiente muerta. Morven le dio un suave codazo y se frotó el mentón con el pulgar.

--Apunta a los pelos negros. Cuantos menos blancos tengas, mayor será el desafío.

Hubo risas, por primera vez.

El leñador siguió hablando, decidido a no darles ni un momento de respiro.

--¡Ahí hay un voluntario armado y listo para practicar! Helki, Holleb, ¿dónde están vuestras armas? ¡Cuando os vi por primera vez, estabais cubiertos de armamento y equipo, y todo estaba impoluto! Ahora...

Los centauros parecieron avergonzarse del estado de descuido en el que habían caído. Sus petos estaban oxidándose dentro de su choza, y sus lanzas habían sido utilizadas para atravesar peces. Los dos volvieron grupas sin decir palabra y con un balanceo de colas, cogieron su armadura y empezaron a quitar las manchas de óxido con puñados de arena.

Tomás se volvió hacia sus camaradas y les hizo una seña con la cabeza. Los soldados rojos cogieron sus espadas cortas y buscaron piedras de amolar. Gaviota siguió su propio consejo y afiló su hacha. El leñador siguió hablando.

--Entonces estamos de acuerdo --dijo--. Estaremos preparados para la llamada cuando llegue.

Morven tenía las manos vacías y sólo podía rascarse el sobaco.

--¿No estamos olvidando algo? Liante escoge a quien necesita para una batalla, de la misma manera que tú y yo podemos coger una pieza de ajedrez y moverlo de un lado a otro encima de un tablero. Podría conjurar a los centauros, o a estos tipos, pero ¿por qué conjurarte a ti o a mí? Ellos podrían esfumarse en cualquier momento y nosotros nos quedaríamos solos aquí para construir castillos de arena...

--Morven, mientras hay vida hay esperanza y una forma de resolver los problemas --le interrumpió Gaviota--. Todos nosotros trabajaremos juntos y todos nosotros saldremos de esta isla. ¡Y

cuando lo hagamos, mataremos a Liante y a cualquier otro hechicero que encontremos!

Sus palabras hicieron que Tomás lanzase un magnífico grito de guerra que surgió de lo más profundo de su alma. Todos se sobresaltaron, y después se echaron a reír. Helki se irguió sobre sus patas traseras y relinchó su grito de batalla, y Holleb se unió a él. Morven se rió y aulló una estrofa de una canción marinera.

Y un instante después todos estaban gritando y chillando y cantando, y bailaban por el claro.

Gaviota era el que gritaba más fuerte de todos.

--¡Recordad Risco Blanco! ¡Recordad Risco Blanco!

* * *

Estuvieron haciendo planes hasta bien entrada la noche.

Organizaron un esquema de turnos de guardia ininterrumpida en el que todo el mundo vigilaría durante tres horas. Idearon señales de advertencia por si se daba el caso de que alguien fuera «convocado» de repente, y compararon notas y el escaso conocimiento que poseían. ¿Era posible que alguien que desapareciese arrastrara consigo a un compañero? ¿Era mejor salir huyendo, o volver a la isla con noticias? ¿Era posible hacerlo?

Faltaba poco para el amanecer cuando Morven gimió y se estiró hasta hacer crujir su espalda.

--Pero aun así, quedarnos aquí esperando...

--No esperaremos --dijo Gaviota--. Trabajaremos.

Sus palabras sorprendieron al marinero a medio estirarse.

--¿En qué?

--Trabajaremos con lo que tengamos, y arreglaremos todo lo que necesite arreglarse. Empezaremos con la bestia mecánica.

--¿Eh? --preguntaron varias voces al unísono--. ¿De qué nos puede servir?

Gaviota se encogió de hombros.

--Algún hechicero la creó y otros hechiceros la invocan o la devuelven aquí, por lo que ha de tener alguna utilidad. Sea cual sea, la haremos caer al suelo y sustituiremos esa pata que no funciona con un mástil sacado del barco naufragado. Ése es tu trabajo, Morven: dinos qué necesitas. Ah, y desmonta esa carabela, a ver qué más puedes encontrar en ella... Liko, ¿puedes ayudar? Buen chico. Será mejor que te preparemos un garrote para que puedas hacer papilla a

los matones de Liante. Stiggur, quiero verte chasqueando ese látigo hasta que seas capaz de dejar sin pestañas a un mosquito. Eres listo y tienes buenos reflejos, así que sé que puedes hacerlo.

El muchacho asintió, resplandeciendo de orgullo.

--Puedo ayudar con esa reparación --dijo uno de los soldados rojos, un hombre bastante delgado llamado Varrius--. Estuve trabajando de aprendiz con un herrero antes de que me escapase para hacerme soldado.

--Estupendo, estupendo --dijo Gaviota. Estaba descubriendo poderes de diplomacia que nunca había conocido--. Helki, Holleb, ¿iréis hasta esa colonia de hormigas? Tenéis paciencia y sentido común: averiguad si tienen cerebro y pueden ayudar. Tal vez ellas también quieran irse a su casa. Tomás, Neith: habéis mandado soldados y os habéis ganado su respeto. ¿Organizaréis a esos trasgos y esos orcos? Decidles que planeamos irnos de aquí y que deben ayudar, y pateadles el trasero si empiezan a protestar. Fabricad lanzas con puntas endurecidas por el fuego, o lo que os parezca práctico, y entrenadlos como tropas de choque. --Los soldados se frotaron las manos, felices tanto por los cumplidos como por el duro trabajo que les aguardaba--. Bardo, tú has viajado y visto una gran parte de los Dominios. Ve al sitio en el que encontramos esa estatua de arcilla, corta la hierba y ponla vertical, y averigua si puede ayudarnos en algo. ¿Todo el mundo tiene una tarea que hacer?

»Bien, ¡pues a trabajar!

* * *

Fue maravilloso ver cómo todos se concentraban en sus tareas, lo que demostraba que el viejo Oso Pardo tenía toda la razón cuando decía que para ser feliz había que estar ocupado. Todos estaban ocupados, y mucho.

Con sus armaduras y armas limpias y frotadas y al alcance de la mano, todos se fueron dispersando por la isla.

Un día después se enfrentaron a su primera gran labor.

Después de haber convencido a los orcos y los trasgos, Morven dirigió la acumulación de rocas y guijarros para formar una barricada y la excavación de una larga trinchera. Después los cavadores aguardaron, cada uno de ellos provisto de una larga pértiga.

Mientras la bestia mecánica avanzaba lentamente por la orilla, moviéndose sobre tres patas y faltándole la cuarta, Gaviota reflexionó

en qué artefacto tan extraño era y se preguntó si estaría viva. No mostraba ninguna señal de desgaste, como le habría ocurrido a un molino, e incluso había sitios en los que el hierro y la madera parecían haberse cubierto de costras y haberse curado. Además de todo eso, nunca caminaba a ciegas, sino que daba un rodeo alrededor de los obstáculos más grandes que ella. Gaviota se encontró preguntándose con creciente interés qué habría dentro de aquella cabeza de hierro y madera, pero no había ninguna manera de averiguarlo aparte de romperla para que revelase su interior.

La bestia se fue aproximando a la barricada, y se desvió hacia el arenal a medida que se iba acercando a ella. Dándose valor a gritos, los hombres, centauros y orcos lanzaron las palancas contra sus enormes pies de hierro mientras Liko extendía un brazo colosal y empujaba, haciendo que la criatura cayese hacia un lado. El estrépito que provocó con su caída hizo que todos estuviesen a punto de desplomarse.

Derrumbada de lado en la trinchera, la bestia siguió moviendo incesantemente sus poderosas patas en un mecánico ir y venir.

Y después se quedó quieta de repente, la primera vez que alguien la veía inmóvil. Stiggur, que estaba junto a la gigantesca cabeza, lanzó un grito de alegría.

--¡Mirad lo que he encontrado!

Detrás de las orejas de la bestia mecánica había cuatro varillas de hierro terminadas en unas cabezas de una madera pulimentada muy dura. El muchacho empujó una palanca hacia adelante y las patas se movieron. Otra palanca, y las patas se movieron hacia atrás. Después se movieron hacia la derecha, y luego hacia la izquierda. Echar todas las palancas hacia atrás hizo que se quedaran inmóviles.

--Antes de que pase mucho tiempo serás general de este ejército, Stiggur --dijo Gaviota riendo mientras hacía cosquillas al muchacho en las costillas.

* * *

Todos trabajaron sin parar desde el alba hasta el anochecer durante días y más días.

Helki y Holleb hicieron cuanto pudieron para aprender el lenguaje de los soldados-hormiga. Mientras tanto los centauros se entrenaban, lanzándose a la carga, galopando y girando al unísono, gritando órdenes de batalla y echando a correr de repente un instante después,

gritando como una joven pareja de enamorados para acabar chocando con las olas y besarse. Tomás y Neith reunían a los orcos y trasgos cada mañana y los entrenaban en el manejo de la lanza. Aquellas criaturas rastreras, sucias y perezosas protestaban quejumbrosamente y se escapaban en cuanto podían, pero el miedo y los golpes asestados sobre sus huesudas cabezas fueron surtiendo su efecto poco a poco, y los villanos de piel verde grisácea aprendieron. Stiggur no sólo logró partir hojas con su nuevo látigo de mulero, sino que lo hacía mientras montaba sobre la bestia mecánica que iba y venía por la playa. Morven afiló un sable oxidado que había encontrado en la carabela naufragada, mató un cerdo y se hizo una vaina con su piel.

Todo el mundo hacía su turno de guardia sin quejarse, y dormía con la coraza y las armas al alcance de la mano.

Y eso demostró ser una buena idea.

* * *

Gaviota soñaba con Lirio.

Compartía una choza con Morven y Stiggur, y yacía bajo unas cuantas hojas de palmera para protegerse del frío del amanecer. Pero pasaba muchas noches revolviéndose y agitándose, buscando a tientas el cuerpo suave y cálido de Lirio y despertando cuando no lo encontraba.

El leñador se preguntaba si la amaba. ¿Sabía qué era el amor? Lirio siempre le había gustado y siempre había disfrutado con su compañía, y con el contacto de su cuerpo casto y flexible pegado al suyo. Gaviota la echaba de menos de la misma manera en que echaba de menos a su hermana. ¿O más? ¿Qué era realmente el amor?

--¡Despierta, Gaviota! --gritó una voz--. ¡En nombre de los cielos, despierta de una vez!

--¡Señor de Atlantis! --maldijo Morven.

--¿Qué? --graznó Gaviota, que estaba medio adormilado--. Aparta esa luz de mi cara...

No había luz. Era él quien estaba brillando.

Gaviota se irguió de golpe, agarró su hacha y se miró las manos. Estaban envueltas en un fantasmagórico resplandor blanco, y brillaban con la débil claridad de los hongos fosforescentes que crecen encima de los troncos del pantano. La luz se fue volviendo más intensa y se extendió a todo su cuerpo, haciendo que el leñador tuviera que

entrecerrar los ojos y obligando a retroceder a los demás.

Neith, el soldado rojo que estaba montando guardia, le había despertado.

--¡Estás siendo invocado! ¡A través del vacío, para ir a la batalla!

--¿Yo? --jadeó el leñador, cegado por su propia iluminación--. ¿Por qué yo?

Y entonces la tierra se movió.

_____ 17 _____

Arrojado a través del espacio, precipitado a través de un vacío, desde un punto hasta otro que se encontraba a centenares de leguas de distancia, de la noche al día, Gaviota sólo pudo agarrarse la cabeza mientras las imágenes caían sobre él.

En el tiempo que su corazón necesitó para latir una vez, vio:

Un gran risco se arqueaba por encima del mar. No había pueblos ni granjas, ni barcos en el agua, sólo hierba amarilla que se extendía a lo lejos hasta ser sustituida por un bosque a un kilómetro y medio de distancia. Unos diez metros por debajo del risco, el océano rugía y se agitaba y se lanzaba contra rocas cubiertas de algas marinas, proyectando chorros de espuma que centelleaban...

Un monolito de basalto negro, un reluciente cono oscuro como el azabache y alto como una iglesia, elevándose por encima del risco y del océano, junto a la base del cual...

Mangas Verdes estaba atada de pies y manos encima de un altar negro tallado al pie del monolito, donde...

Liante, con una caja rosada de aspecto ridículo sujeta sobre su cabeza mediante un pañuelo azul, mantenía inmóvil un cuchillo que parecía una hoz encima de la hermana de Gaviota. El hechicero estaba rodeado por...

Kem y tres nuevos matones armados con espadas cortas. Los cuatro protegían al hechicero, y estaban vueltos de espaldas a él y contemplaban boquiabiertos a Gaviota, mientras...

Muy lejos detrás de él, tierra adentro, estaba la caravana de Liante con los carros dispuestos en círculo, donde su secretario y su cocinera y sus bailarinas y su cantora y su astróloga y su enfermero atendían obedientemente a sus labores, para así no tener que ver lo que hacía su amo y señor en el altar del monolito, o...

En pie al lado de Gaviota...

Lirio, su rostro tan blanco como sus prendas de bailarina.

--¿Gaviota? --preguntó, y su voz sonó como el trino de un pajarillo.

--¡Lirio!

Visiones e ideas giraron locamente alrededor de Gaviota, dejándole confuso y aturdido. La brisa del mar refrescó su frente sudorosa: allí era más fresca que en la isla tropical. Un instante después un pensamiento atravesó su cerebro como un cohete en un castillo de fuegos artificiales.

--¡Eres una hechicera!

--¿Qué? --La joven se quedó boquiabierta y contempló sus manos temblorosas--. ¡No, no puede ser!

Pero Gaviota le cogió una mano y se la abrió. Débilmente visibles bajo el resplandor del mar, las palmas de Lirio todavía brillaban con la luz blanca que había transportado a Gaviota.

--¡Es verdad! ¡Me has traído hasta aquí! ¡Tienes magia dentro de ti!

--¡Por el amor de los dioses! --La muchacha estaba atónita--. ¡Eso explica... lo que sentía, esas voces! ¡Oh, Mishra! ¡Te echaba tanto de menos! ¡Y deseaba que estuvieras aquí para detener eso!

Señaló a Liante, que permanecía inmóvil enarbolando el cuchillo en forma de hoz. El hechicero no parecía sorprendido y de repente --más pensamientos, como olas que le hacían perder el equilibrio-- Gaviota supo por qué.

¡Liante siempre había sabido que Lirio tenía un poder de hechicería latente! Sometió a un examen a todas las mujeres de la casa de prostitución y había hecho que cada una se pusiera el medallón de plata del que le habló Lirio, un objeto capaz de detectar la magia interior incluso si quien lo llevaba puesto no sabía que la poseía. Liante había comprado su contrato, ostensiblemente como ramera, pero de hecho a fin de mantenerla cerca de él, para el estudio o el...

Sacrificio.

Como sí hubiera sido fulminado por un rayo, Gaviota expulsó de su mente todos los pensamientos y la confusión y empezó a moverse.

Demasiado tarde.

Kem y los guardias ya llegaban a la carrera. Gaviota apenas tuvo tiempo de alzar su hacha antes de que cayeran sobre él. Los cuatro hombres usaron sus puños, extendieron las piernas para zancadillearle y chocaron con el leñador, derribándolo al suelo y aplastándolo bajo media tonelada de carne.

Gaviota vio cómo el cuchillo sacrificial subía más allá de la cabeza llena de cicatrices de Kem.

Y lo vio caer.

--¡¡Nooooo!!

* * *

Gaviota luchó contra aquellos cuerpos sudorosos, mordiendo,

debatiéndose y sacudiendo los brazos y las piernas, pero permaneció tan atrapado como si estuviera debajo de una avalancha. Un puño chocó con la boca del leñador y le ensangrentó los labios. Pero los guardias no le mataron: debían de pensar que Liante lo quería vivo.

El rostro de Kem se alzó sobre él, entrevisto a través de una neblina de dolor y locura. Las cicatrices se tensaban sobre venas que palpitaban con la tensión del esfuerzo, y el lado mutilado al que le faltaba una oreja relucía por el sudor.

--¡Kem, bastardo! ¡Demonio asesino, puta asquerosa! --Incapaz de moverse, Gaviota escupió las maldiciones más obscenas sobre el rostro del hombre--. ¡Entré en un pantano infestado de sanguijuelas para ir en tu busca! ¡Luché con trolls para salvar tu miserable vida, perro inútil! ¡Estás en deuda conmigo! ¡Ese hombre va a asesinar a mi hermana!

--¡Fuiste a buscar a tu hermana, mentiroso, no a mí! --gruñó Kem desde unos centímetros de distancia--. ¡Te daba igual lo que fuese de mí!

--¡Fui allí a buscarte, maldito seas! ¡Nadie merece ser comido por unos caníbales! ¡Y mi hermana también fue en tu busca, y lo hizo porque tiene corazón! --Durante todo ese tiempo Gaviota suplicaba interiormente que su hermana no estuviese muerta--. ¡Nunca demostraste tener ni la gratitud de una cucaracha! ¡Pero estás en deuda con nosotros, y ahora ha llegado el momento de pagar esa deuda! ¿O es que vas a ser un perro toda tu vida?

Por primera vez, Gaviota vio aparecer una pequeña arruga en aquella frente llena de cicatrices. Profundas bolsas circundaron los ojos de Kem, y mil surcos tensaron su boca. Estaba contemplando a un hombre torturado por la duda.

Y de repente Kem rodó sobre sí mismo, y Gaviota ya no lo tuvo encima.

--¡Dejad que se levante! --ordenó a los otros guardias, empujándoles y dándoles manotazos.

Los matones se apartaron, confundidos y sin saber qué hacer. Trabajaban para Liante, pero Kem los había contratado. ¿A quién debían obedecer?

Mientras deliberaban, Gaviota entró en acción con la irresistible velocidad de una catapulta y los apartó a un lado. Después se puso a cuatro patas y agarró su hacha.

Si su hermana estaba muerta, convertida en una ruina sangrienta destripada igual que un pescado, el leñador cortaría a Liante en mil

pedacitos diminutos.

Se puso en pie y corrió sobre la hierba amarilla en dirección al monolito. El sol poniente rozaba la punta del gran cono, proyectando un halo, y Gaviota no podía ver con claridad su base oscurecida.

Pero podía oír. Un terrible estrépito de gruñidos, rugidos y chasquidos de mandíbulas surgió de la oscuridad..., acompañado por los gritos de un hombre.

Gaviota entrecerró los ojos y entró corriendo en las sombras.

Un tejón gigante estaba atacando ferozmente a Liante.

Y encima de Mangas Verdes, que estaba ilesa, había un tejón más pequeño al que le faltaba un trocito de una oreja.

Gaviota, confuso y medio enloquecido, tropezó.

Y pensó.

* * *

El tejón de la oreja mordida había llegado del Bosque de los Susurros, a leguas de distancia. No había sido transportado hasta allí, no podía haberles seguido, no estaba escondido en los carros.

Y sólo Mangas Verdes había tocado a ese tejón.

En consecuencia, Mangas Verdes tenía que haberlo conjurado.

¡Y en consecuencia, Mangas Verdes también era una hechicera sin saberlo!

Como guijarros que caen en unas ranuras, una docena de pistas encajaron y las preguntas fueron respondidas. Mangas Verdes podía invocar animales a los que había tocado en el pasado. Ésa era la razón por la que el tejón de la oreja mordisqueada parecía seguirles, y la razón por la que aquella bestia-hongo, el fungosaurio, atacó al hechicero acorazado antes de que pisoteara a Gaviota. Explicaba el porqué había brillado con un resplandor azul, verde y marrón, en vez de centellear debido al conjuro de Liante o arder con una luz blanca debido al de Lirio. Explicaba por qué el tejón gigante había aparecido en el cubil de los trolls cuando Mangas Verdes se hallaba en peligro. Explicaba por qué estaba atacando salvajemente a Liante en aquel preciso instante.

Su hermana poseía la magia de la naturaleza, y el leñador siempre lo había sabido. Su «segunda vista». Su capacidad para domesticar animales salvajes, para encontrar a las criaturas que se habían perdido. El que los animales nunca le hicieran daño, ni siquiera las moscas y las sanguijuelas...

Había pasado muy poco tiempo desde que Gaviota averiguó que aún había más cosas: que la magia del Bosque de los Susurros había inundado la mente de Mangas Verdes, convirtiéndola en una retrasada. Lejos del bosque, Mangas Verdes había aprendido a pensar con claridad.

Pero se había vuelto capaz de conjurar todo lo que había tocado.

¡Mangas Verdes tenía auténtica sangre de hechicera corriendo por sus venas!

¡Y Liante lo había sabido desde el principio!

Al igual que con Lirio, Liante había percibido la capacidad mágica de Mangas Verdes. Por eso había contratado a Gaviota como jefe de caravana (aunque Chad podía hacer ese trabajo), única y exclusivamente para poder llegar hasta Mangas Verdes. (Y Gaviota se había creído muy listo al conseguirle un sitio en la caravana, mientras Liante fingía indiferencia. ¡Qué idiota había sido!)

Liante había estado tramando desde el principio sacrificar a Mangas Verdes y robar su maná encima de aquel altar negro. Pero su plan había salido mal.

Ya fuese conscientemente o sin saberlo, su hermana había conjurado dos tejones para que la protegiesen.

Pero dos tejones no la protegerían de un hechicero enfurecido y sus guardias.

A menos que...

* * *

Grande como un toro, ancho, achatado y con la espalda gris, el rostro una confusión de bandas blancas y negras, el tejón gigante se agazapó con el estómago pegado al suelo y empezó a hacer pedazos la extraña túnica a franjas de Liante.

La ridícula caja atada con un pañuelo cayó de la cabeza de Liante y rebotó sobre la hierba pisoteada. Gaviota reconoció el bloque rosado del cráter, el cofre de maná. Liante debía de haber planeado almacenar la energía mística de su hermana dentro de él.

Pero el tejón de Mangas Verdes había interrumpido el sacrificio.

La falda de la túnica de Liante había quedado convertida en harapos, y el tejón siguió tirando de la tela atrapada en sus temibles mandíbulas. Pero aparentemente el hechicero no había sufrido daño alguno, y sólo parecía confuso y perplejo.

Y, naturalmente, Liante escupió un hechizo y alzó una mano, y el

tejón salió despedido hacia atrás y rodó sobre la espalda con un resoplido gutural. Gaviota ya había visto aquello antes, en el bosque incendiado. Era un hechizo de protección personal, un aura impenetrable.

Que Gaviota anhelaba poner a prueba.

--¡Liante! --gritó--. ¡A ver qué tal lo haces con esto!

Gaviota hizo girar su hacha por encima del hombro y la lanzó contra el pecho del hechicero, impulsándola con la velocidad del rayo.

La madera y el acero giraron por los aires. Pero el temible filo sólo consiguió rebotar en una pared invisible a escasos centímetros de la nariz del hechicero. Liante ni siquiera se tambaleó a causa del golpe. El hacha se incrustó con un golpe sordo en la hierba cubierta de sombras que crecía alrededor del monolito.

El hechicero alzó una mano, los dedos tensamente curvados, y retrocedió.

--¡Matadle! --gritó por encima de su hombro--. ¡Cien coronas de oro al que le corte la cabeza!

Los guardias, que habían quedado confundidos por el extraño curso que habían tomado los acontecimientos, se lanzaron sobre Gaviota como mastines que acaban de encontrar el olor de su presa..., todos salvo Kem, que permanecía tan inmóvil como si hubiera echado raíces en el suelo, el rostro contorsionado por el conflicto de lealtades.

Eso dejaba sólo tres luchadores endurecidos y temibles con espadas que buscaban la cabeza de Gaviota.

Si le mataban --y lo harían--, Mangas Verdes sería la siguiente.

Las palabras volvieron.

A menos que...

Gaviota giró sobre sí mismo y alzó a su hermana del altar, haciendo salir despedido al tejón más pequeño de la pareja. La dejó en el suelo, agarró su hacha --gracias a los dioses la había afilado--, y cortó la cuerda que sujetaba sus muñecas.

--Gaviota --baló Mangas Verdes--. ¿Qué ha-hacemos?

Correr quedaba descartado. No había ningún sitio al que ir, salvo el borde del risco que llevaba a las rocas de abajo.

--¡Conjura algo!

Gaviota empuñó su hacha, preparado para enfrentarse con los tres asesinos.

--¿El q-qué? No s-sé...

--¡Cualquier cosa! ¡Y date prisa!

Un débil suspiro de desesperación resonó detrás de Gaviota.

«Esto no va a funcionar», pensó frenéticamente el leñador. Su hermana no tenía ninguna práctica con la magia. Conjurar había sido un accidente, un acto de desesperación. No podía limitarse a extender una mano invisible a través del vacío y...

El aire empezó a brillar con un resplandor iridiscente delante del leñador. Los colores parpadeaban como un arco iris que tocase la tierra. Marrón cerca del suelo, verde en el centro, azul a la altura de la cabeza, amarillo por encima...

Gaviota perdió el equilibrio cuando el suelo hizo erupción.

Zarzales, árboles y lanzas de piedra salieron disparados hacia el aire.

* * *

Los muros surgieron de la nada por todas partes y se extendieron a lo largo del risco, mezclándose y confundiéndose al azar y sin ningún orden.

Los enormes y sinuosos espinos color verde amarronado de la batalla de Risco Blanco se intercalaban con las espadas de la caverna del bosque quemado, así como con árboles curiosamente retorcidos que se encogían sobre sí mismos y se retorcían para formar una barrera imposible de atravesar. Gaviota sabía que estos últimos procedían de los más lejanos e inhóspitos confines del Bosque de los Susurros.

Masas de tierra roja sostenían los espinos, barrizales blancos indicaban la situación de las espadas de piedra, y alfombras de hojas verdes daban a luz al muro de ramas. Los olores cayeron sobre Gaviota en oleadas incontenibles. Había hierro de la tierra rojiza, amoníaco del guano de los murciélagos y podredumbre de las hojas medio desintegradas, y todo eso se mezclaba con el penetrante aroma a sal de la brisa marina.

Pero aquellos muros carecían de toda lógica.

Un confuso amasijo de árboles, espinos y espadas de piedra surgía del borde del acantilado y avanzaba hacia la derecha de Gaviota llegando a tener seis metros de grosor o más, y luego terminaba de repente dejando una pradera de hierba virgen. Otro muro mezclado se curvaba hacia la izquierda, no más ancho que el seto de un jardín, y luego giraba sobre sí mismo formando una espiral que recordaba a un laberinto. Más allá del círculo de carros se alzaba un macizo tan grueso que parecía un bosque, denso y negro con tiras

blancas esparcidas por él. Otro retazo que se encontraba a un tiro de piedra era tan cuadrado como un huerto.

El grueso muro de la derecha tenía unos cuatro metros de altura, y los robustos zarcillos que colgaban de él tiraron de los cabellos de Gaviota. El leñador retrocedió y partió unas cuantas lanzas de piedra con sus zuecos.

Y soltó una maldición. Desde el punto de vista defensivo el muro de la derecha era impecable, pero el de la izquierda no contendría ni a un niño..., y había un hueco de más de seis metros entre ambos. Los matones de Liante podían cruzar esa brecha con toda facilidad.

En cuestión de segundos. Gaviota vio cómo el maltrecho Liante corría hasta colocarse detrás de un muro para tener un panorama más claro de la situación, y luego señalaba con una mano y empezaba a chillar órdenes. Los tres guardias, que ya se habían recuperado de la sorpresa de la explosión verde, alzaron sus espadas y se lanzaron por la brecha. Pero sus pies se frenaron de repente cuando vieron a una hechicera con las manos alzadas.

--¡Más! --gritó Gaviota--. ¡Has conseguido hacerles perder unos momentos! ¡Ahora conjura más muros!

--Yo no... ¡No pu-puedo! --gimoteó la joven y se agarró al codo de su hermano, el chal medio rasgado cayendo de un hombro y la cabellera despeinada envolviéndole el rostro, una frágil silueta que sólo le llegaba hasta el hombro al leñador--. ¡Es to-todo lo que te-tengo!

Gaviota reprimió un gemido y aferró su hacha.

--¡Prueba alguna otra cosa! ¡Conjura a Morven!

--¿A qu-quién?

Mangas Verdes no conocía ningún nombre.

--¡El marinero, maldita sea, el de los cabellos grises! ¡Y el chico de la cocinera, Stiggur! Y los centauros... ¡Las personas-caballo! ¡Vamos, date prisa!

Mil matices terrosos ondularon junto al leñador, y Morven se materializó sosteniendo sus pantalones con la mano. El marinero miró frenéticamente a su alrededor.

--¡Vaya, hemos vuelto!

Gaviota volvió la cabeza hacia él.

--¿Dónde está tu sable? --rugió.

--¡Lo dejé en el suelo un segundo para ir a hacer mis necesidades entre los arbustos! Lo puse justo al lado y...

--¿De qué sirve hacer planes si...?

Detrás de sus guardias, Liante puso un dedo encima de su grimorio, alzó otro para señalar, ladró una áspera frase en una lengua arcana y después sonrió a Gaviota con maliciosa satisfacción.

Un centelleo llenó el aire delante de los ojos del leñador y fue llenando las sombras proyectadas por el monolito. Gaviota retrocedió.

Fuera lo que fuese lo que había conjurado Liante, era grande. Como neblina que surgiera del suelo, un cuerpo tan grande como una casa fue cobrando forma. Era de color gris pizarra, y por encima de él se retorcían media docena de nebulosos cuellos grises. Un temible siseo hizo que Gaviota se encogiera sobre sí mismo.

«Vamos a ser devorados --pensó el leñador--. Igual que pececillos por una gran carpa... No, por seis grandes carpas.»

El leñador siguió retrocediendo a toda velocidad y chocó con Morven, quien mascculló una maldición mientras intentaba subirse los pantalones y abrochárselos.

--Eh, mira por dónde... ¡Lanza del mar! ¿Una hidra de roca?

El centelleo se fue volviendo más luminoso y se solidificó rápidamente, hasta que Gaviota apenas pudo ver el muro de espinos a través de él.

«Es preferible saltar a las rocas --pensó--. Puede que alguno de nosotros sobreviva. Aquí arriba, nadie sobrevivirá...»

Pero Mangas Verdes canturreó suavemente, y los colores de la tierra ondularon a menos de cinco metros de Liante. El ayudante de la cocinera apareció entre un revoloteo de tonos marrones, verdes, azules y amarillos, parpadeando y con el látigo enrollado.

--¡Stiggur! --gritó Gaviota, y el muchacho dio un salto--. ¡Golpéale!

Aturdido, pero oyendo la voz de su héroe, el muchacho echó el látigo hacia atrás desplegándolo a lo largo del suelo, no en línea recta, y después lo movió hacia adelante, demasiado deprisa y con demasiada fuerza.

Pero la punta del látigo de mulero hendió el aire y chasqueó casi en el ojo de Liante. El hechicero, sobresaltado, se llevó la mano a la mejilla ensangrentada.

La conjuración había sido bruscamente interrumpida antes de que pudiera surtir todo su efecto, y los centelleos que habían brillado delante de los ojos de Gaviota se desvanecieron. El estruendoso siseo se desvaneció. La hidra de roca se fue empequeñeciendo hasta desaparecer. Gaviota vio unos pequeños huecos en la hierba allí donde habían empezado a formarse sus patas.

Gaviota dejó escapar un ruidoso suspiro. Habían escapado por

muy poco.

Pero su suerte no podía durar. Tenían que organizar una defensa.

O morir.

Liante se había refugiado detrás de un muro de espinos. Stiggur permanecía inmóvil, con el látigo nacidamente desplegado sobre el suelo, y contemplaba a los guardias, que estaban mirando a su alrededor a la espera de órdenes.

--¡A mí, Stiggur! --aulló Gaviota.

El muchacho pasó corriendo junto a los confusos matones antes de que pudieran detenerle. Pero Stiggur alzó la cabeza para mirar por encima del monolito.

Un largo clavo de acero surgió del cielo y se enterró en el suelo con un golpe ahogado a los pies de Gaviota. Unos cuantos centímetros más y se habría enterrado en su cráneo.

En las alturas flotaban cuatro globos con las barquillas repletas de trasgos que chillaban y gritaban. La brisa que venía del mar los empujó rápidamente por encima del acantilado. Colgando de los cordajes, luchando con incómodas cargas y peleándose entre sí, la primera tripulación de trasgos de piel verde grisácea empezó a dejar caer lanzas sobre las siluetas atrapadas en la hondonada.

Las lanzas rebotaron ruidosamente en el monolito, salieron despedidas del altar negro y saltaron por los aires después de chocar con la tierra. Gaviota agarró a Morven y a su hermana y tiró de ellos hasta llevarlos a un refugio parcial junto al monolito envuelto en sombras. Los trasgos rieron con maliciosa alegría.

Gaviota empezó a sentir un doloroso palpitar en la cabeza cuando intentó abarcar toda aquella confusión. Seguían necesitando una defensa sólida. Los guardias no habían avanzado y vigilaban la brecha, pero Liante debía de estar conjurando algo horrendo y temible.

--¡Trae al resto, Verde! --gritó el leñador--. ¡Trae cualquier cosa que hayas tocado! ¡La bestia mecánica, los centauros..., incluso nuestros apestosos trasgos!

Mangas Verdes, el ceño arrugado por la concentración, se subió las verdes mangas de su traje hasta los codos, alzó las manos y empezó a murmurar. Gaviota no tenía ni idea de qué estaba susurrando. ¿Plegarias? ¿Versos? ¿Sonidos que no tenían ningún significado?

La segunda tripulación de trasgos volcó otro cesto lleno de lanzas por encima de ellos. Un largo pincho de acero arrancó un trocito de madera de la punta de un zueco de Gaviota. Morven alargó

velozmente una mano y desvió una lanza.

--¡Deprisa, querida!

Todavía quedaban dos globos para atacarles.

Un grito bárbaro hizo temblar el cielo detrás de las curvas serpenteantes del muro.

--¡Oh, no! --gimió Gaviota.

Y de repente se encontraron envueltos por una oscuridad más profunda que la del crepúsculo que se aproximaba.

* * *

Cuatro troncos de árbol aparecieron a su alrededor. Los troncos estaban articulados, y recordaban las patas de un caballo. Gaviota reconoció la parte inferior de una pata trasera..., tallada por él mismo a partir de un mástil de navío.

Stiggur lanzó un grito de puro deleite. La bestia mecánica se había quedado inmóvil encima de ellos. Gaviota podría haber levantado la mano y haber rozado las gruesas vigas de su estómago. Los trasgos aullaron en el cielo cuando sus clavos de acero chocaron con la dura madera curtida por la intemperie o rebotaron en flancos construidos con planchas de hierro. La letal lluvia puntiaguda no logró acertar su objetivo humano.

El ayudante de la cocinera enrolló el látigo sobre su hombro, se agarró a la juntura de una rodilla y subió por la pata de la bestia mecánica, trepando tan velozmente como un mono.

Gaviota le ordenó que se detuviera, pero el muchacho respondió gritándole que los trasgos ya estaban lejos.

Y, ciertamente, el viento que no paraba de soplar había empujado los globos con forma de salchicha hasta alejarlos de ellos, y en aquel momento se encontraban encima del círculo de carros. Los trasgos aullaron de rabia, y empezaron a echarse la culpa unos a otros para acabar luchando a puñetazos entre ellos. Un trasgo viejo y calvo dominado por una rabia particularmente estúpida alzó un brazo y perforó el globo, que silbó como una tetera mientras su tripulación se ponía a gritar. Cuando la bolsa se rasgó, los trasgos fueron precipitados al macizo de espinos y espadas de piedra más espeso del muro.

Stiggur chilló, se echó a reír tal como estaba haciendo Gaviota, y tiró de una palanca. Los conos articulados que servían de ojos a la bestia mecánica reaccionaron al instante abriéndose y cerrándose.

Una inmensa pezuña forrada de hierro se separó del suelo. Los guardias de Liante dieron un paso hacia atrás con la boca abierta.

--¡Voy a acabar con ellos, Gaviota! --gritó el muchacho--. ¡Los aplastaré!

Pero un surtidor de colores brotó del suelo como un manantial en el camino que estaba siguiendo la bestia mecánica. Acorazados y armados, Helki y Holleb surgieron de la nada.

Stiggur soltó un estridente chillido, tiró de una palanca e hizo girar a la bestia mecánica, que tardó muy poco en estrellarse contra el muro de espinos. Los centauros ya se habían hecho a un lado con un ágil vaivén de patas, y saludaron a Gaviota alzando sus lanzas emplumadas. Helki y Holleb divisaron a los cada vez más perplejos guardias. Los dos centauros lanzaron su atronador grito de guerra, enfilaron sus armas hacia los guardias y cargaron sobre ellos.

El leñador sintió una punzada de satisfacción tan intensa que casi le dejó sin aliento. Había sido su insistencia la que consiguió que volvieran a prepararse para la guerra...

¡Pero seguían necesitando organizar una defensa! Tenían mucha ayuda, pero debían salir de aquella hondonada. Si aquellos bárbaros azules conseguían atraparles allí, todos perecerían degollados.

Morven arrancó un pincho de acero del suelo.

--¡Con esto puedo romperle el cráneo a alguien! ¿Quién está disponible para recibir golpes?

Gaviota miró a su alrededor. Stiggur luchaba con sus palancas para liberar a la bestia mecánica del muro de espinos, produciendo un considerable estrépito con sus manipulaciones. Incapaz de retroceder, el muchacho escogió ir hacia adelante. Gigantescos miembros de madera y hierro hicieron pedazos espinos y partieron lanzas de piedra. Mientras el artefacto y su jinete desaparecían a través del muro, Gaviota no pudo evitar darse cuenta de que Stiggur había abierto una brecha más.

--¡Dentro de un momento podrás elegir entre muchos candidatos! --gritó para hacerse oír por encima del ruido--. Ese grito era... ¡Verde! ¡Espera!

Pero su hermana, perdida en su mundo particular de magia recién descubierta, continuó susurrando y meneando los dedos.

Un rugido le respondió.

Un par de osos grises tan grandes como carretas de heno surgieron de la nada con un parpadeo a diez metros de distancia. Uno de los animales de hirsuto pelaje gris amarronado rugió, abrió y cerró

con un chasquido sus fauces babeantes llenas de largos dientes blancos, y miró a su alrededor buscando algo que morder.

Y sus ojos se posaron en Gaviota y los demás, inmóviles delante del monolito.

El leñador tragó saliva. ¡No sabía que su hermana hubiera llegado a tocar osos grises!

Pero ¿por qué se volvían en esa dirección...?

Y un instante después supo por qué.

Mangas Verdes no podía controlar a ninguna de esas criaturas. Atacarían a lo que quisiesen atacar..., él y su hermana incluidos.

* * *

Gaviota comprendió el problema en un instante.

Liante, con años de adiestramiento y experiencia, había aprendido a controlar todo lo que invocaba. Pesando sobre cada criatura, ya fuese mágica o no, había un yugo, una compulsión que la obligaba a servir al hechicero. Eso permitía que Liante pudiera invocar al monstruo más oscuro y dirigirlo contra un enemigo, permaneciendo inmune a su ataque en todo momento.

Pero Mangas Verdes no tenía ni adiestramiento ni años de experiencia. Lo que conjuraba hacía lo que le daba la gana. Los tejones, que se habían hecho amigos suyos, habían elegido defenderla.

Pero aquellos osos grises...

De repente tenían demasiada «ayuda».

El oso más grande, el macho, se impulsó con sus patas traseras para adquirir la máxima velocidad posible y cayó sobre ellos como un peñasco desprendido de la cima de una montaña.

--¡Mangas Verdes! --gritó Gaviota--. ¡Haz algo para detenerlo!

Su hermana vio el oso lanzado a la carga, alzó las manos y soltó un balido ahogado.

Un estallido de luz multicolor, una rápida sucesión de ladridos y gruñidos, y de repente nueve lobos de las montañas, completamente perplejos y aturdidos, se desparramaron por encima del altar.

Se desplomaron a los pies de Mangas Verdes, chocaron con el monolito y rebotaron en él, y cayeron sobre los cuartos traseros en el camino del oso gris.

Protegiendo instintivamente a su manada, un lobo enorme saltó sobre el rostro del oso y se aferró a su hocico con todos sus

resplandecientes colmillos. El macho se medio incorporó para quitárselo de encima de un zarpazo. El lobo movió velozmente las patas traseras buscando un punto de apoyo en la hierba, y tiró para arrancar carne y desequilibrar a su oponente. Otros lobos lanzaron mordiscos a los flancos del oso, pero la hembra enfurecida cargó por entre ellos y los derribó a derecha e izquierda.

--¿Lobos rabiosos para detener osos hambrientos? --jadeó Morven--. ¿Eso es una mejora?

Gaviota estaba tan sorprendido que sólo pudo menear la cabeza.

--¡La he visto jugar con tejones! ¡Con ciervos! ¡Incluso con lobeznos! Pero nunca me había imaginado que hubiera tocado...

Un rugido hizo que girase sobre sus talones. En lo alto del monolito había acurrucado un león de las montañas que se aferraba a la piedra con garras afiladas como navajas de afeitar. Con los blancos bigotes erizados y las orejas echadas hacia atrás, el león aulló un desafío a aquella indignidad.

Un rugido más potente distrajo a los combatientes. Chillando, aullando, saltando y gritando, una horda de bárbaros de cabellos blancos, cuerpos pintados de azul y grandes colmillos se estaba congregando dentro de la brecha abierta en aquellos muros de espinos imposiblemente retorcidos.

Y un instante después se lanzó a la carga.

--¡Atrás! --gritó el leñador por encima de los alaridos de los bárbaros. Agarró a Mangas Verdes de un brazo y tiró de Morven, empuñando su hacha mientras tanto--. ¡Tenemos que ponernos a cubierto!

--¡No hay ningún sitio donde ponernos a cubierto! --chilló Morven, haciendo sonrojar al aire con la retahila de juramentos y maldiciones de marinero que gritó a los bárbaros que se aproximaban.

Gaviota no discutió con él. No podían enfrentarse a todo un ejército. Fue retrocediendo alrededor del monolito, arrastrando a sus compañeros con tal premura que se veían obligados a caminar de puntillas, hasta que la columna de piedra se alzó como un muro a su izquierda.

Cerca del altar, la pelea entre el oso y el lobo hacía saltar mechones de pelaje por los aires. Cinco lobos atacaban a los osos grises y les lanzaban mordiscos, más amenazando que luchando de verdad. El oso golpeó a un lobo con una zarpa, se lanzó sobre él y lo pisoteó, y después giró velozmente sobre sí mismo. Gaviota podría haber tocado la cola del oso.

Pero el avance de los bárbaros y su griterío hizo que la encarnizada pelea cesara de repente. Lobos aullantes atravesaron a la carrera la primera línea de guerreros y desaparecieron por entre los delgados tallos espinosos. Los osos grises echaron a correr detrás de ellos, y se abrieron paso ruidosamente a través de zarcillos y lanzas de piedra.

Gaviota pensó que ya no había nada que los protegiera.

Sesenta bárbaros de piel azul avanzaron a la carrera en una formación de cinco en fondo. Mientras corrían lanzaban gritos salvajes y llenos de orgullo, en los que algunos destrozaban el nombre de un dios de la guerra lo bastante alto para que sus alaridos resonaran dolorosamente en los oídos. Reían como si fueran a una merienda campestre en vez de a una carnicería. Gaviota y sus compañeros quedarían hechos picadillo en cuestión de segundos.

Corrieron hasta la pequeña hondonada medio oculta detrás del monolito, y a Gaviota le bastó con un rápido vistazo para comprender que estaban atrapados.

El muro de espinos-espadas-madera seguía siendo una sólida barrera, de seis metros de anchura en aquel punto, que se interrumpía bruscamente en el borde del acantilado. Las raíces y las ramas se

asomaban al vacío. Gaviota había albergado la vaga esperanza de que podrían correr alrededor del monolito, ya que su base no se encontraba en el mismo borde del risco. Pero rocas que terminaban más arriba de lo que podía llegar con las manos se amontonaban sobre la parte de atrás del cono oscuro, posiblemente para sostenerlo, y había toda una hilera irregular de ellas que mediría unos cinco metros de longitud. Con un poco de tiempo, hubieran podido escalarla y trepar por encima de ellas..., pero no disponían de tiempo. Gaviota entrecerró los ojos para protegerlos del sol poniente y descubrió que el borde del acantilado caía en línea recta más de seis metros hasta terminar en rocas barridas por el oleaje.

Sólo había unos tres metros de espacio entre el monolito y el muro de espinos, pero no tenían nada con que llenar la brecha, pues la bestia mecánica de Stiggur seguía estando atrapada entre los matorrales espinosos. El muchacho manipulaba los controles. Las palancas chasqueaban, las poleas entraban en acción y los engranajes rechinaban y giraban, pero el artefacto había quedado atascado entre los gruesos tallos. De todas maneras, Gaviota no estaba muy seguro de que hubiera podido formar una barrera.

Aquella hondonada sería el último campo de batalla para Gaviota, Mangas Verdes y Morven. Lucharían, y luego morirían. A la hora de morir, podrían escoger entre las espadas o una caída en el vacío.

Gaviota empujó a su hermana contra las rocas, colocándola detrás de él, y alzó su hacha. Morven levantó su patético pincho de acero.

Los bárbaros atacaron.

* * *

Eran las mismas personas que habían capturado a Gaviota y Mangas Verdes en aquel bosquecillo cercano a la playa, bárbaros que eran seres humanos normales y corrientes salvo por los colmillos y las cabelleras blancas. Cubiertos de tatuajes y con la piel vuelta de color azul por el jugo de las bayas, llevaban escudos de cuero pintado e iban armados con espadas de bronce de hoja curvada o garrotes de cabeza de obsidiana que parecían pequeños picos de cavador. Gaviota vio que las escasas mujeres que había entre ellos también tenían colmillos y tatuajes. Los bárbaros avanzaron en una carga tan ciega como incontenible, con las armas levantadas y aullando igual que demonios.

El campo visual de Gaviota quedó lleno de azul, y ya no tuvo más tiempo para pensar, y ni siquiera para llamar a su hermana. Aquel era el combate de su vida.

Un bárbaro aullante hizo girar su espada en un mandoble asestado con las dos manos. El leñador alzó el mango de su hacha en el aire, y la hoja chocó con la dura madera de nogal. Gaviota golpeó la sien del guerrero con el extremo del mango, derribando al bárbaro.

Una mujer se lanzó sobre él y su bruñida espada salió disparada hacia la ingle de Gaviota. El leñador bajó el mango de su hacha para bloquear el golpe, pero el ataque de la mujer sólo era una finta. La espada retrocedió, tan veloz como la lengua de una serpiente, y se dirigió hacia el estómago de Gaviota. El leñador se encogió sobre sí mismo y esquivó el golpe, recibiendo la punta en las costillas. El dolor le hizo enloquecer de ira. Maldiciendo, apartó la espada hacia arriba e incrustó la punta del mango del hacha en la mandíbula de la mujer. Los dientes se rompieron, y su mandíbula sufrió el mismo destino un instante después. La mujer se derrumbó, y Gaviota se alegró de verla caer. Era un enemigo demasiado peligroso.

Gaviota siguió soltando un chorro incesante de maldiciones mientras atacaba y esquivaba ataques. No le gustaba tener que luchar con aquellos adversarios. Esas personas eran tan esclavas de Liante como lo había sido Gaviota. Pero estaban bajo el control del hechicero, y le matarían si podían hacerlo.

Y no cabía duda de que lo harían. Eran guerreros bien adiestrados y acostumbrados a utilizar la espada, y Gaviota era un leñador. Hasta el momento había tenido suerte, pero eso no podía durar. Alguien le sacaría las tripas del cuerpo antes de que transcurriese mucho tiempo.

Por el rabillo del ojo vio que Morven había obtenido una espada de bronce y un escudo, y que estaba repartiendo mandobles con tanto entusiasmo como si los enemigos fueran espigas de trigo a las que quisiera separar de la paja. El marinero hería cabezas y manos, y mantenía a raya a media docena de enemigos.

Un par de bárbaros, un hombre y una mujer, se lanzaron sobre Gaviota atacando desde dos direcciones a la vez. El hombre hizo girar su garrote de guerra desde la derecha, y Gaviota se echó a un lado para esquivar el golpe. Pero ése era el plan. La mujer lanzó un mandoble desde la derecha, hiriéndole en el codo y salpicándole de sangre el costado. Gaviota ya había comprendido las ventajas que encerraba luchar provisto de un escudo. El leñador lanzó su hacha

contra el hombre impulsándola con una sola mano, pero el bárbaro retrocedió de un salto. El dúo intercambió unos cuantos gritos, y volvió a aproximarse para repetir el mismo ataque de antes.

Había dado resultado una vez, y volvería a darlo otra. Gaviota sufriría una herida detrás de otra hasta morir.

Y entonces hubo un gran estrépito de madera que se astillaba y lanzas de piedra rotas.

* * *

Stiggur logró liberar a la bestia mecánica del muro de espinos con un ensordecedor chasquido de tallos que se partían y un repiqueteo de grandes patas de madera y hierro.

Los conos articulados que servían de ojos a la bestia giraron hasta centrarse en el leñador. Montado sobre ella, como un niño encima de los hombros de su padre, el muchacho volvió frenéticamente la cabeza de un lado a otro contemplando a los bárbaros que se disponían a caer sobre su héroe. Stiggur se aferró al cuello de la bestia tambaleante y empezó a tirar de las palancas, avanzando hacia la oleada de bárbaros y llevándose consigo grandes cantidades de zarcillos espinosos que se arrastraban sobre el suelo detrás de la bestia mecánica. Amenazados por las temibles pezuñas y patas, los hombres y mujeres azules retrocedieron y empezaron a alejarse de la insignificante línea defensiva de Gaviota, retirándose alrededor de la bestia en dirección al claro que se abría junto al altar. Un bárbaro se agachó hacia el lado equivocado y quedó atrapado entre una pata trasera y el monolito, siendo aplastado hasta que chorros de sangre brotaron de su boca.

La bestia mecánica se alzó sobre él y Gaviota retrocedió hacia Mangas Verdes para evitar quedar aplastado por la mole de madera y hierro. Stiggur detuvo el monstruo con un ruido atronador en el mismo borde del acantilado.

Morven y Stiggur lanzaron vítores y hurras, pero Gaviota enseguida los hizo callar.

--¡Se reagruparán y volverán a atacarnos! --gritó--. ¡Tienen que hacerlo, los yugos mágicos les obligan! ¡Acuesta a la bestia en el suelo, Stiggur! ¡Necesitamos una barricada!

El muchacho frunció el ceño, al borde del llanto, y se mordió el labio mientras se inclinaba por encima del flanco de la bestia mecánica.

--¡Pero es que no puede acostarse, Gaviota! ¡No hay ninguna palanca para eso!

--¿Cómo? --El leñador soltó una maldición. Por supuesto que no la había. La bestia siempre permanecía en posición vertical, como un caballo dormido. Liko y las palancas habían hecho que cayera. Bien, ¿qué hacer entonces?--. Bueno... ¡Demonios! ¡Pues hazla girar!

Stiggur fue haciendo avanzar el monstruo en un apretado círculo, con los engranajes chirriando y protestando continuamente. A cada paso que daba, Gaviota temía que cayera por el acantilado y los enviara a todos a las rocas que había debajo. Acabaron con su brecha encogida hasta unos dos metros, que era el diámetro del estómago de la bestia. Las sólidas piernas, tan gruesas como los pilares de un muelle, ofrecían el mismo refugio que cuatro troncos de árbol.

Pero los bárbaros empezaron a gritar y entonaron ruidosos cánticos para burlarse de sus enemigos y darse ánimos unos a otros. Se dieron codazos, se empujaron y discutieron, adoptando una tosca formación de varias líneas para el próximo ataque. Gaviota supuso que estaban usando algún tipo de jerarquía para decidir quién atacaba en primer lugar y quien iría el segundo en función de la casta, la familia o las hazañas del pasado. El sistema producía un gran número de discusiones y enfrentamientos.

El leñador aprovechó aquellos momentos de calma para tratar de pensar en lo que debían hacer. ¿Podrían sobrevivir a una caída hasta las rocas de abajo? No sin romperse algún miembro. ¿Valía la pena que trataran de escalar aquel montón de peñascos? ¿Qué había al otro lado? Gaviota se agarró el codo ensangrentado, se frotó las costillas heridas por el filo de una espada de bronce y empezó a sentir que la desesperación se adueñaba de él. Todos morirían allí, y pronto. ¿Podría convencer a Mangas Verdes de que fuera con Stiggur, y hacer que el muchacho se abriera paso a través de los espinos y huyera...?

Mangas Verdes le agarró del brazo y señaló hacia arriba.

El león de las montañas también había aprovechado la pausa para tensar sus cuartos traseros y saltar desde la cima del monolito hasta el montón de rocas. El gran gato cayó seis metros o tal vez más, pero aterrizó sin producir ni un solo sonido. Después saltó sobre las rocas, dirigiéndoles un bufido mientras lo hacía, y acto seguido desapareció. Pero un instante después oyeron ruido de mandíbulas y muchos gruñidos, y Gaviota reconoció el estridente parloteo de un tejón enfurecido. Así que el tejón gigante había ido a parar allí...

--Vamos a tener más peleas de bichos --murmuró Morven. El marinero empezó a tirar de una roca, intentando arrancarla del suelo y dejarla acostada para que le sirviera de protección, pero la roca siguió donde estaba--. Muy útiles. ¿Por qué no dragones que escupan fuego?

Gaviota se frotó la frente y se apretó las costillas ensangrentadas. Se sentía tan frustrado y atrapado que hubiese podido gritar. Si Mangas Verdes pudiera controlar a esos condenados animales, volverlos contra los bárbaros y obligarles a pelear... O si pudiera conjurar algo que fuese capaz de pensar...

El grito surgió de la garganta del leñador tan bruscamente que su hermana dio un salto.

--¡El gigante, Liko! ¿Te acuerdas de él, Verde? ¡Llámale! ¡Y los centauros! No, espera... --Mangas Verdes ya había conjurado a los centauros, pero Helki y Holleb se habían alejado al galope porque el ejército azul les cortaba el paso. Gaviota repasó una lista mental tan confusa como las rocas--. ¿Qué hay de Tomás, los soldados rojos...? --No, Mangas Verdes nunca había llegado a encontrarse con ellos. ¿Quién más? ¿El paladín? No. ¿Los soldados-hormiga? Tampoco--. ¡Trae aunque sea a los trasgos! ¿Te acuerdas de ese pequeño ladrón, Sorbehuevos?

--¡Se están preparando para lanzarse a la carga, Gaviota! --gritó Stiggur desde lo alto de la bestia mecánica.

--Lo que quiero saber es dónde está Liante --exclamó el marinero--. ¡No me gusta nada que ande suelto por ahí, pensando en más cosas que lanzar contra nosotros! No...

Pero un grito de Stiggur le interrumpió. El muchacho señaló detrás de ellos.

Envuelta en un resplandor dorado por el sol poniente, una silueta se alzaba sobre la masa de peñascos. Vestida de cuero negro y con un sencillo yelmo, iba armada con un escudo y una espada corta, y un lado de su rostro estaba surcado por una larga cicatriz.

--¡Kem!

* * *

El guardia se deslizó sobre las rocas, saltando y trepando hasta que acabó descendiendo de un salto junto a Gaviota.

--¿Qué quieres? --preguntó hoscamente el leñador--. ¿Has venido a pedir que nos rindamos a Liante?

La piel tensada por la cicatriz se estiró hacia arriba.

--Ya sabía que ayudaros sería un error.

Los dos hombres hablaban tan tranquilamente como si se encontraran delante de una cervecería en el pueblo, en vez de estar aguardando la muerte.

--No necesitamos tu ayuda --dijo Gaviota.

--Bueno, pues la tenéis tanto si os gusta como si no.

--No esperes ninguna gratitud.

--¡Yo te daré las gracias! --gritó Morven, que seguía tirando de las rocas--. ¡Gracias, muchísimas gracias! ¡Ahora daros un besito y luchad con el enemigo, condenado par de orgullosos!

Gaviota se agarró el codo dolorido. Un hilillo de sangre bajaba por su antebrazo y hacía que el mango de su hacha se fuera poniendo resbaladizo.

--¿Se te ocurre alguna manera de ayudarnos, hermana?

Pero Mangas Verdes estaba escuchando un sonido silencioso. Con una mano en el monolito, curvó los dedos de la otra, la alzó...

--¡Allá vamos! --gritó Kem.

Se puso a la izquierda de Gaviota, su lado herido, y levantó su espada. Gaviota se limpió la mano ensangrentada en la túnica y empuñó su hacha. Morven golpeó su escudo con la espada robada, y canturreó una estrofa de alguna canción de marineros.

Los bárbaros por fin habían conseguido colocarse en filas de seis combatientes. La horda avanzó marcando el paso, cantando y golpeando sus escudos con las armas.

Aquella carga era distinta. Después de una docena de pasos, el contingente principal se detuvo y siguió cantando, mientras que la primera fila de seis combatientes se lanzaba al ataque. Gaviota supuso que se trataba de un grupo suicida, o quizá fueran guerreros jóvenes decididos a matar su primer enemigo. O tal vez los bárbaros se habían compadecido de la pequeña fuerza de Gaviota y se habían limitado a enviar sus guerreros más torpes.

Los atacantes demostraron no tener ninguna experiencia en el combate, pues los defensores acabaron con ellos casi enseguida.

Estorbado a ambos lados por Morven y Kem y con el techo que suponía el estómago de la bestia mecánica colgando por encima de él, Gaviota alzó su hacha, tensó los brazos y golpeó. El enemigo que tenía delante de él era una mujer, joven por debajo de sus tatuajes y su tintura de bayas, e incluso bonita a pesar de los colmillos. A Gaviota no le gustaba nada la idea de matarla.

Pero tenía que hacerlo. El leñador movió la enorme hacha en un veloz giro que se abrió paso a través del escudo de cuero de la mujer y le hendió el hombro. La sangre brotó y la mujer se derrumbó a los pies de Gaviota, sangrando abundantemente por la herida. Gaviota liberó el hacha de un tirón y encontró el escudo enredado en el mango. Perdió unos segundos preciosos sacándolo de allí...

... y un bárbaro cayó sobre él, lanzando un feroz mandoble con su espada...

... y murió sobre la hoja de Kem.

El experimentado guerrero había eliminado a sus dos atacantes, y aún le había sobrado tiempo para matar al bárbaro que atacaba a Gaviota.

--¡No me des las gracias! --gruñó Kem--. ¡Otra vez!

--¡No lo haré! --jadeó Gaviota--. ¡Pero estamos empezando a quedar en paz!

--¿En paz? ¡Ja! Me debes...

Otro grito surgió de la masa de bárbaros. Con la primera línea muerta, la segunda echó a correr hacia ellos.

«Estamos perdidos», pensó Gaviota. Nunca conseguirían salir vivos de allí.

Y entonces una nube luminosa de color verde y marrón onduló en el aire manchado de rojo por el crepúsculo, y otro monolito se alzó hacia el cielo.

* * *

Con la espalda apoyada en el monolito negro, Liko se rascó una cabeza con su único brazo e intentó entender la escena que se agitaba alrededor de sus rodillas. Gaviota vio que por suerte se había traído consigo su garrote recién tallado. El gigante fue uniendo lentamente las piezas del rompecabezas.

--¡Dale a alguien azul, Liko! --gritó el leñador.

--Ahhhhh...

Las dos cabezas asintieron.

El gigante se puso en movimiento, se enredó los pies en la masa de espinos arrancados por la bestia mecánica y cayó cuan largo era.

El estrépito de su caída hizo temblar el suelo y dejó aturdido a todo el mundo. Pero Liko extendió su única mano y agarró a un bárbaro por la pierna, de la misma manera que un niño podría agarrar una rana. El hombre azul le pinchó los dedos con la espada, y el

gigante lo soltó.

La segunda oleada de bárbaros chocó con la línea de defensores, y esta vez el ataque se produjo por parejas. Una robusta mujer azul hirió la rodilla de Gaviota con la punta de su espada. Su pareja de ataque, que probablemente también era su compañero fuera de la batalla, se lanzó sobre Gaviota por el otro lado con los labios curvados en una sonrisa adornada por colmillos para asustarle. El leñador no podía atacar con su hacha sin dejarse las tripas en una espada. Los dos bárbaros se esconderían detrás de sus espadas y sus escudos, e irían acosando implacablemente a Gaviota hasta derribarle y acabar con él como si fuese un ciervo al que no habían dejado espacio para maniobrar.

Pero los bárbaros frenaron su ataque y se retiraron cuando más colores de la tierra ondularon justo detrás de ellos, separándoles de sus camaradas. Por el tamaño de los destellos Gaviota esperó algo formidable, alguna potente fuerza, aunque hasta entonces hubiera pensado que la alacena de Mangas Verdes ya había quedado vacía.

Un puñado de trasgos que chillaban y discutían a gritos entre ellos surgió de la nada.

* * *

Sólo tres de las pequeñas y rastreras criaturas verdigrises blandían sus lanzas de punta endurecida por el fuego. El resto venía con las manos vacías, salvo por uno que empuñaba un muslo de ave recién salida de la hoguera.

Los trasgos miraron a su alrededor, perplejos y confundidos. Después todos aullaron a coro cuando vieron a los bárbaros.

Tres lanzas volaron por los aires como largas pajas. Los trasgos echaron a correr en todas direcciones, tan bienvenidos como puercoespines en una hamaca.

Un guerrero apartó a un trasgo de un golpe, sólo para caer al suelo cuando el trasgo se agarró a su tobillo. Otro saltó a los brazos de una guerrera, aferrándose a la cabeza de la mujer con tal desesperación que ésta no podía ver nada. Un trasgo pasó corriendo junto a Kem, trepó velozmente por las rocas y, a juzgar por el ruido que hubo a continuación, se dio de narices con la pelea entre el jaguar y el tejón gigante. Otro corrió en línea recta hacia el monolito y chocó con él, quedando aturdido por el impacto durante unos momentos y escalando luego la columna de piedra hasta la mitad únicamente a

fuerza de uñas. Un trasgo particularmente idiota que no paraba de mirar por encima de su hombro consiguió dejar atrás el borde del acantilado y saltar al vacío, donde quedó suspendido un momento --todavía moviendo desesperadamente las piernas-- antes de caer. Gaviota vio cómo un trasgo que tenía una franja de pelaje negro, Sorbehuevos el ladrón, huía cual una exhalación y se metía debajo de las faldas de Mangas Verdes para esconderse.

Una patada del leñador envió a otro trasgo hacia las piernas del bárbaro que estaba atacándole, con el resultado de que los dos cayeron al suelo. La mujer cometió el error de mirar cómo caía su amante, y Gaviota le golpeó la cabeza con el plano del hacha. Cuando el hombre se irguió y empezó a lanzar mandobles, Gaviota le partió el cráneo por la mitad como si cortase madera.

--¡Malditos seáis! --gritó, tan enfurecido que casi se encontraba al borde de la histeria--. ¡Quedaros en el suelo!

Kem, que estaba a su lado, usó la cabellera blanca de la mujer para limpiar la sangre de la hoja de su espada.

--¡Tendrías que haberte limitado a cuidar de los caballos, cortaleños! ¡Esto es trabajo de hombres!

Morven soltó un resoplido.

--¡Muchachos, nunca llegaréis a ser hombres hechos y derechos!

Gaviota se quitó el sudor de la cara de un manotazo. Liko había conseguido incorporarse no muy lejos de ellos, pero media docena de bárbaros estaban amenazándole con sus espadas. El gigante empezó a retroceder con lenta torpeza, todavía no acostumbrado a tener un solo brazo. Gaviota oyó un débil grito surgido de las gargantas de los centauros. ¡Maldición, necesitaban tener a Helki y Holleb allí, no galopando a lo lejos! Mangas Verdes canturreó junto a él. ¿Qué se estaba preparando para invocar? ¿Más trasgos que no servían de nada? ¿Es que su hermana no era capaz de conjurar ningún auténtico combatiente?

Y un instante después Gaviota ya no dispuso de tiempo para seguir pensando, porque la tercera oleada de bárbaros inició su carga. ¿A cuántos habían matado o infligido heridas lo bastante graves para que no pudieran seguir combatiendo? ¿A una docena? ¿Cuántos enemigos dejaba eso? ¿Más de cuarenta? Gaviota resopló mientras volvía a alzar su hacha, y esperó a que la incontenible embestida cayera sobre él..., sabiendo que quizá lo aplastaría.

Pero un bárbaro muy alto que encabezaba la carga gruñó de repente cuando una flecha chocó con su pecho. El guerrero se

derrumbó de bruces y la punta del dardo negro le atravesó la espalda. Una guerrera alzó su escudo, pero una flecha se abrió paso a través de él como si fuese de papel y se alojó en su corazón. Otro bárbaro murió de un flechazo en la garganta. Después las filas de atrás, las que entonaban los cánticos, empezaron a morir bajo la lluvia negra.

El leñador corrió el riesgo de volver la cabeza el tiempo suficiente para echar una rápida mirada hacia atrás y averiguar de dónde habían salido las flechas. ¿A qué personas conocía Mangas Verdes que disparasen letales flechas negras?

Gaviota enseguida tuvo su respuesta.

No eran personas.

* *

Esparcidas a lo largo del montón de peñascos, desde el borde del acantilado hasta el monolito, había dos hileras de unas criaturas que hasta aquel momento Gaviota sólo había imaginado que existieran.

Había varones y hembras, y todos medían un metro setenta de altura y eran esbeltos y de músculos nudosos, y tan pálidos como cadáveres. Negras cabelleras ondulaban y bailaban bajo la brisa. Llevaban cortas túnicas verdes que hacían pensar en pieles de serpiente por único atuendo, pero iban adornados con arcanos tatuajes rojos, plumas, colas de zorro y brazaletes de fibras trenzadas. Cada silueta empuñaba un gran arco tallado más alto que ella, y de su espalda colgaba una aljaba llena de largas flechas erizadas de plumas negras.

--Elfos --jadeó el leñador--. Auténticos... elfos... de carne y hueso...

Los elfos cambiaron de posición encima de las rocas, moviéndose sobre sus pies calzados con sandalias tan ágilmente como si fueran águilas y con la misma seguridad, y colocaron más flechas en sus arcos. Por encima de la cabeza de Kem, una mujer que llevaba un casco adornado con plumas rojas y lucía un parche lleno de bordados encima de un ojo ladró una áspera orden, y todos los arcos se alzaron como si fuesen uno solo. Los arqueros tenían que apuntar más allá de la bestia mecánica, pero eso no suponía ningún estorbo para ellos.

Otra seca orden, y más flechas emprendieron el vuelo como una bandada de pájaros suspendida en las alas del viento.

«¿Por qué nos ayudan? --se preguntó Gaviota--. Los elfos consideran enemigos a todos los humanos..., pero Mangas Verdes

debe de haberse encontrado con ellos en el pasado.»

¿Significaba eso que su hermana era amiga de los elfos? ¿Había elfos viviendo en las profundidades del Bosque de los Susurros?

La andanada de flechas chocó con las pieles azules. Con sus filas diezmadas, los bárbaros de los colmillos y las cabelleras blancas huyeron, rodeando a la carrera el monolito en busca de algún refugio. Su ataque había terminado.

Morven lanzó un ruidoso grito de alegría, Kem pareció desilusionado y Gaviota se limitó a suspirar, alegrándose de poder descansar un rato.

Y entonces los trasgos empezaron a morir.

Mangas Verdes no controlaba a los elfos. Gaviota supuso que habían hecho huir a los bárbaros que estaban atacando a Mangas Verdes y a sus compañeros por la amistad que existía entre ellos y su hermana, pero una vez conseguido ese objetivo habían pasado a obedecer sus instintos naturales.

Alguien le había dicho que los trasgos eran primos de los orcos, los más encarnizados enemigos de los elfos. En consecuencia, los elfos mataban trasgos de la misma manera que un granjero mataría a unas ratas si las encontraba hurgando en su grano.

Negras flechas buscaron a los compañeros de Sorbehuevos. Un trasgo que había quedado atrapado entre los espinos fue atravesado tres veces. Otro que se aferraba a la pared del acantilado fue arrancado de ella igual que una mosca golpeada por una mano. Los gritos que surgieron de detrás del montón de peñascos indicaron que otro trasgo acababa de morir.

Gaviota tragó aire e intentó entender toda aquella locura y pensar, pero un estridente aullido hendió el aire. Empujados por las lanzas de los tres guardias leales a Liante, más trasgos se lanzaron al ataque por el callejón repleto de cuerpos abierto entre el monolito y el muro de espinos. Eran las tripulaciones de los globos, que se habían estrellado o habían logrado aterrizar, obligadas a atacar por la compulsión de Liante y tres espadas.

Pero su ataque vaciló y se detuvo en cuanto vieron a los elfos y los muertos. Después murieron. Las flechas silbaron por entre ellos, atravesando bocas que aullaban, perforando entrañas y empalando a dos cuerpos de golpe, haciendo que muriesen juntos entre terribles convulsiones. Las tripulaciones de los globos giraron sobre sus talones y echaron a correr, pasando por encima de los guardias o dando un rodeo para esquivarlos. Los elfos intercambiaron canturreos

musicales, y Gaviota se dijo que estaban haciendo apuestas sobre quién conseguiría acertar a los objetivos que huían. El leñador pensó que eran unas criaturas muy hermosas, pero también eran tan fríamente implacables como las serpientes y una mortífera amenaza para todo el que se opusiera a ellas.

Y un instante después ya no había ningún enemigo vivo visible.

Stiggur lanzó un grito de alegría desde lo alto de su bestia mecánica, que no se había movido ni siquiera cuando la batalla arreciaba alrededor de sus patas. Liko asomó la cabeza por encima del muro de espinos para contemplar algo que había debajo de él. Los elfos intercambiaron más trinos, y la capitana del yelmo adornado con plumas rojas dirigió un canturreo a Mangas Verdes. Morven se estaba apretando un pulgar que sangraba, y Kem se acariciaba una rodilla herida.

Gaviota se dio cuenta de que Mangas Verdes todavía tenía un bulto debajo de las faldas.

El leñador se cambió de mano el hacha ensangrentada y agarró a Sorbehuevos por una flaca pierna. El trasgo ladrón quedó colgando cabeza abajo y empezó a chillar, golpeando la pantorrilla de Gaviota con sus huesudos puños. Fue un error. Las orejas de los elfos temblaron, y sus dedos volaron hacia las cuerdas de los arcos. Viendo el peligro que corría, Sorbehuevos gimoteó.

Gaviota lanzó al trasgo por el borde del acantilado antes de que su cuerpo quedara lleno de flechas. El pequeño ladrón era duro, y probablemente sobreviviría a la caída. Siempre sería un destino mejor que acabar más lleno de acero que un pavo clavado en el espetón.

--¡Señor de Atlantis! --murmuró Morven--. ¡Tengo la garganta reseca! ¡Ojalá tuviera aquí un poco de esa cerveza de cocos que estábamos destilando!

Kem tosió y escupió, pero él también tenía la garganta reseca. El guardia, que era un guerrero profesional, sacó una piedra de amolar de su faltriquera y empezó a afilar su espada.

Gaviota asintió distraídamente. Estaba tan cansado que le pareció que podría quedarse dormido de pie. El leñador hizo un desesperado esfuerzo para evaluar su situación. ¿Qué ocurriría a continuación?

Liante, el verdadero peligro, seguía ahí. ¿Qué más podía lanzar contra ellos? ¿El djinn azul? ¿La hidra de roca, una vez más? Gaviota había visto tantos prodigios y horrores desde aquel día fatídico en Risco Blanco que no podía recordarlos todos, o quién había conjurado qué. Cualquier cosa podía surgir de la nada en cualquier momento.

El leñador se preguntó si debían seguir luchando allí, o si debían atacar al hechicero en su propio terreno. O quizá sería mejor retirarse... El bosque que había visto antes se encontraba a un kilómetro escaso tierra adentro. ¿Podían contar con los elfos? ¿Estaban bien Helki y Holleb? ¿Qué más estaba ocurriendo que él ignorase...?

Como en respuesta, el brillante crepúsculo del océano quedó eclipsado. Un sordo retumbar hizo estremecer el aire. Las nubes empezaron a llegar de tierra adentro, y se espesaron y se fundieron unas con otras mucho más deprisa de lo que deberían hacerlo unas nubes.

Y entonces el leñador se acordó de un conjuro de Risco Blanco mientras un rápido repiqueteo surgía de la nada y resonaba alrededor de todos ellos.

Las gotas de lluvia golpearon su rostro con un sinfín de fríos y duros impactos. Unos segundos bastaron para que el leñador quedara empapado de la cabeza a los pies, y la túnica y el faldellín de cuero se pegaron a su cuerpo como una segunda piel. Los rizos canosos de Morven se adhirieron a su cabeza, y Kem quitó agua del reborde de su yelmo. Los elfos miraron hacia arriba, intercambiaron veloces canturreos y empezaron a proteger las plumas de sus flechas. La capitana se volvió hacia Mangas Verdes, la única que estaba ignorando la lluvia, y le lanzó un trino. La muchacha se limitó a menear la cabeza. Cuando era una retrasada había establecido alguna clase de relación con los elfos, pero la nueva Mangas Verdes no podía comunicarse con ellos.

El repentino diluvio y la creciente oscuridad hicieron que Gaviota no pudiera ver a más de cinco metros de distancia. La lluvia rugía mientras repiqueteaba sobre el monolito y rebotaba en él, pero dejando aparte esos sonidos todo estaba en silencio.

¿Habría conjurado Liante la lluvia, tal vez para cubrir una retirada y dejándoles vencedores en el campo del honor, tal como decían las viejas leyendas? Gaviota sintió deseos de echarse a reír. Cuánto le habían gustado las gloriosas historias de honor y valor y cómo las había amado, y sin embargo cuando su día había llegado por fin estaba hambriento y cansado y tenía frío, y la lluvia helada goteaba de sus cabellos y caía sobre su espalda...

El curso de sus pensamientos --confuso y caótico, como bien sabía el leñador-- fue interrumpido de repente cuando Liko rugió un doble grito de batalla y alzó su garrote. A través de una cortina de

lluvia, una cabeza de dragón irguió su masa gris por encima de un muro de espinos, y fue seguida por otra, y otra más.

Era la hidra de seis cabezas de Liante finalmente conjurada por completo, la bestia que le había arrancado el brazo a Liko.

Eso quería decir que Liante todavía no se había dado por vencido.

Morven le dio una palmada en el hombro y señaló hacia arriba.

La lluvia cayó sobre los ojos del leñador, y Gaviota entornó los párpados. Una silueta cubierta de franjas surcaba velozmente el cielo entre la semioscuridad.

¿Podía volar Liante?

En ese caso, tenía que ser él quien había...

Un destello cegó a Gaviota. Un árbol de rayos atravesó el cielo tempestuoso y chocó con el monolito.

_____ 19 _____

La caída del rayo hizo que Gaviota sintiera una sacudida tan física como un golpe asestado en las plantas de los pies, seguida por un calor tan potente y abrasador como si sus zuecos se hubieran incendiado.

La sensación se desvaneció, dejándole empapado, temblando de frío y con el cuerpo recorrido por un extraño cosquilleo. No podía centrar la mirada, y extendió una mano vacilante. Unos dedos tensos como garras la aferraron y tiraron de él, alejándole del monolito tan deprisa que el leñador se tambaleó y estuvo a punto de caer. Un trueno ensordecedor casi le hizo caer de rodillas.

Alguien le empujó al suelo. Hojas mojadas se curvaron alrededor de sus oídos. Parpadeando y llorando lágrimas abrasadoras que se mezclaban con las frías gotas de lluvia, Gaviota fue logrando distinguir poco a poco a Mangas Verdes, Kem y Stiggur, todos acurrucados junto al muro de espinos. Morven tiraba de ellos, apremiándoles para que se pusieran más a cubierto.

El cielo volvió a rajarse. Lanzas de luz blanca destrozaron la oscuridad tempestuosa. Chorros de lluvia relucían sobre el monolito. Otro trueno potentísimo hizo que todos se bambolearan de un lado a otro.

--¡Lanza del mar! --jadeó el marinero, que parecía exhausto--. ¡Mirad allí!

Gaviota entornó los ojos. Una nube azul flotaba en el cielo grisáceo como el humo de una hoguera de campamento recién apagada con agua. La nube se fue alargando, y adquirió una forma vagamente humana terminada en una cola puntiaguda. Cuando juntó dos glóbulos que parecían manos, la luz chisporroteó entre ellos. Las manos chocaron y temblaron, como un perro que se sacude el agua, y el rayo salió disparado de ellas, demasiado veloz para poder ser seguido con la vista.

El relámpago cayó sobre la bestia mecánica con un sordo retumbar. Gaviota olió vaharadas de óxido quemado y madera calcinada flotando en el aire húmedo, y oyó confusamente la voz de Morven dando explicaciones a Stiggur.

--¿... Por qué? ¡Pues porque el hierro atrae al rayo! ¡Si hay hierro en un barco, puede acabar tan caliente que se sale de la madera! Si no hubieras bajado de ahí... --Otro trueno ahogó sus palabras--... monolito debe de contener hierro, porque está absorbiendo los rayos y

nos mantiene a salvo. ¡El idiota de Liante no había pensado en eso! Estoy seguro de que...

--Pero ¿dónde está Liante? --le interrumpió Gaviota--. ¡Puede volar! ¡Nunca me lo dijiste!

Stiggur se encargó de responder. El muchacho chorreaba agua, y tenía los labios azules y le castañeteaban los dientes. Mangas Verdes le envolvió los hombros con su chal goteante.

--No lo ha-hace mucho. No pu-puede volar como un pá-pájaro de ve-verdad, moviendo sus a-las..., brazos. Sólo flo-flota en el a-aire, igual que una ga-gaviota.

Pero el leñador no le estaba escuchando.

--Si puede volar, eso significa... --Todos esperaron, y los pensamientos giraron a toda velocidad en la mente del leñador--. Debió de ser él quien voló por encima de nuestra aldea, no Dacian, esa hechicera de los cabellos negros. Liante fulminó a nuestra familia, a mi madre, con esa enfermedad, con ese hechizo de debilidad que detuvo su corazón...

El siseo de la lluvia fue la única respuesta a sus palabras.

La pena formó un nudo en el pecho de Gaviota, y lo traspasó con un dolor tan intenso como el de una herida de cuchillo..., y con ella llegó una ardiente sed de venganza que sólo podría ser saciada con la sangre de Liante.

Pero la cautela también hizo sentir su presencia, junto con el miedo por él mismo y sus compañeros.

Aquel duelo de hechicería entre Liante y Mangas Verdes había hecho surgir a su alrededor tantas cosas y tan deprisa que no había forma humana de mantener la calma y entender la situación, con lo que sólo podían reaccionar como insectos atrapados dentro de una botella. Liante estaba renovando el ataque, distrayéndolos con lluvia y rayos. Gaviota sabía que el hechicero era tozudo, y todo un veterano de varios duelos entre hechiceros.

No podía verla, pero Gaviota presentía la proximidad de una trampa a punto de entrar en acción. Más insistente que nunca, la sensación de que tenían que alejarse de allí recorrió todo su cuerpo como un torrente de lluvia helada.

Luchando contra el pánico, Gaviota hizo un rápido recuento de los recursos con que contaban.

Los arqueros seguían inmóviles, y sus arcos continuaban preparados para disparar. Pero la capitana de los elfos estaba meneando la cabeza mientras dirigía veloces canturreos a Mangas

Verdes, y el leñador comprendió que no tardarían en irse. Más oídos que vistos, Liko y la hidra batallaban al otro lado de los espinos. El retumbar ahogado de sus movimientos y los terribles golpes asestados creaban temblores que recorrían el suelo. Gaviota temía que el gigante perdiera otro brazo, pero Liko había estado loco de ira y más enfurecido de lo que el leñador le había visto jamás. Su rabia tal vez le permitiría sobrevivir al enfrentamiento. Gaviota le deseó la mejor de las suertes, pues era lo único que podía hacer por el gigante. Sólo tenían tres combatientes, una hechicera joven y sin experiencia, un muchacho, un animal mecánico...

Un nuevo rayo hizo que todos se encogieran sobre sí mismos. Cayó de lleno sobre la bestia mecánica, llenando nuevamente el aire con aquel olor a quemado.

--¡Matará a mi bestia! --gimió Stiggur.

--¡No está viva! --replicó Kem.

--¡Si que lo está! ¡Lo sé!

--¿Puedes conjurar algo que haga alejarse a ese hombre-nube, Verde? --preguntó Gaviota--. ¡Las flechas no servirán de nada! ¡Tenemos que movernos, y hemos de salir de este sitio! ¡Liante dejará caer algo encima de nuestras cabezas!

--¡Deberíamos quedarnos aquí! --ladró Kem. El lado de su rostro surcado por la cicatriz brillaba como un hongo fosforescente en la semipenumbra--. ¡Aquí estamos a salvo, y puede que en otro sitio no lo estemos!

--¡No discutas conmigo! ¡Sé lo que estoy haciendo!

--¿Desde cuándo entiende tanto un leñador de mandar ejércitos?

--¿Y desde cuando entiende de eso un asesino?

--¡Te comerás esas palabras!

--Ay, chicos, me entran ganas de llorar al ver lo bien que os lleváis --intervino Morven--. Ah, sí, es como un bálsamo que reconforta y calienta mi viejo y aterido corazón...

--Creo que... te-tengo... --murmuró Mangas Verdes.

Un resplandor tan repentino e intenso como el del rayo iluminó el cielo, pero aquella claridad perduró.

Una vez más, la pesadilla volvía a cabalgar por los cielos.

* * *

La yegua llameante se irguió como si surgiera de una nube verde marrón. Llegó galopando desde el océano, saltando y haciendo

piruetas por los aires. Su cuerpo gris era tan esbelto y reluciente como el de una foca, y chorros de fuego brotaban de su cola, sus crines y sus pezuñas y se desplegaban detrás de ella, crujiendo y chisporroteando pero sin llegar a apagarse nunca del todo.

Gaviota pensó que para ser un horror de tal magnitud, la pesadilla era impresionantemente hermosa. Pero después se dijo que producía sueños, por supuesto, y que los sueños podían ser hermosos y horrendos a la vez.

--¡Buena chica! --gritó--. La última vez venció al djinn... ¡Lo aplastó como si fuese una calabaza podrida!

--¡Eso fue de noche! --replicó Morven--. ¡El sol todavía no se ha puesto, y esta lluvia podría extinguir su fuego!

--¡Es fuego mágico! --argumentó Kem--. ¡No arde como la madera! Pero ese caballo tiene mal aspecto...

Todos tuvieron que estar de acuerdo. El fantasma estaba lleno de colores, pero su apariencia era tan delgada e insustancial como una neblina o un arco iris, mientras que el djinn parecía tan sólido como una tempestad de verano.

La pesadilla relinchó, un sonido tan agudo y penetrante como el de una sierra al morder el roble que hizo rechinar los dientes de todos los que lo oyeron. Cuando su enemigo estuvo más cerca, el djinn-nube azul se fue hinchando hasta que su cabeza se convirtió en un globo colosal y sopló. El chorro de aire --Gaviota oyó su rugido-- detuvo la carga de la pesadilla, y la hizo salir despedida dando tumbos por el cielo. Las llamas de la yegua casi se extinguieron, y su cuerpo se volvió más pálido, más etéreo. Recorrió más de cien metros antes de que lograra afianzar sus patas en el cielo. La pesadilla volvió a posar sus pezuñas llameantes sobre un camino invisible y se lanzó nuevamente a la carga, y el djinn volvió a soplar, enviándola a la deriva a través del oscuro cielo.

--La yegua-demonio ha sido vencida --murmuró Kem.

Gaviota restregó el mango de su hacha con la mano, pero no podía secar la sangre y la lluvia que lo cubrían. Movió la mano señalando hacia tierra adentro, y gritó para hacerse oír por encima del ruido de la lluvia y la batalla celeste.

--¡Pongámonos en movimiento ahora que no hay rayos! Tenemos que averiguar quién nos está esperando por ahí atrás... ¡Si son esos bárbaros azules, tal vez los arqueros puedan hacerlos huir! ¡Podemos ir a los carros! Serían un buen refugio, y Liante no los destruirá...

--¡Te olvidas de los guardias! --le interrumpió Kem--. ¡Son mejores

luchadores que tú! ¡Yo los contraté!

--Kem... ¡Si no puedes ayudar, cierra el pico! --Gaviota empuñó su hacha--. Veremos con qué nos encontramos, y si debemos hacerlo huiremos...

La fría mano de Stiggur agarró el brazo de Gaviota.

--¡Mira!

Liante estaba inmóvil encima del negro monolito reluciente de lluvia, posado sobre su cima como un pavo real.

* * *

Arrodillado sobre la punta redondeada, el hechicero se sujetaba con una mano. Gaviota podría haber lanzado su hacha y haberle dado.

Con ese pensamiento, una docena de flechas negras de los elfos atravesaron la noche envueltas en un potente silbido. Todas dieron de lleno en el cuerpo del hechicero..., antes de rebotar y desaparecer en las tinieblas.

«¡Maldito sea ese infernal escudo mágico! --pensó Gaviota--. ¡Maldita sea toda la magia!» ¡El muy bastardo ni siquiera estaba mojado!

Una franja blanca destelló en la mano de Liante. Era una varilla de plata que se inclinaba hacia ellos para apuntarles.

Un terrible espasmo recorrió el cuerpo del leñador desde la cabeza hasta las puntas de los dedos de los pies. Su rodilla lisiada cedió y Gaviota se derrumbó sobre el suelo, faltando muy poco para que le destrozara la cabeza a Mangas Verdes con su hacha. Pero la joven había salido despedida hacia atrás para caer sobre unos zarzales que la acogieron como un lecho espinoso. Kem también estaba en el suelo, arrastrándose como si sufriera un agudo dolor de estómago, al igual que Morven. Stiggur yacía sobre un costado y se retorcía igual que un perro con pesadillas.

Gaviota luchó contra aquella parálisis convulsiva, pero ni siquiera podía apretar los dientes sin morderse la lengua. Sus dedos se engarfiaron hasta convertirse en garras, sus brazos temblaron, y una pierna empezó a patear a la otra.

El torturado leñador comprendió que estaba padeciendo los efectos del cetro disruptor, que hacía que el cuerpo de un hombre le traicionase. Pero ¿por qué no se había limitado Liante a dejarles sin energías? Gaviota no hubiese sido capaz de explicar cómo había

llegado a descubrirlo, pero sabía con toda certeza que había sido Liante quien voló sobre la aldea y robó toda su fuerza vital. Y sin embargo Liante quería la magia de Mangas Verdes. ¿Sería tal vez que el dejarla sin fuerzas haría que esa magia se perdiera sin poder ser aprovechada? Gaviota no lo sabía. No sabía nada sobre la magia, y se maldijo a sí mismo por su ignorancia.

Y su impotencia, pues aquello era el chasquido final con el que se cerraba la trampa. Estaban tan expuestos como ratoncitos recién nacidos en un nido volcado, y su vulnerabilidad aumentaba a cada minuto que transcurría. El estrépito de la feroz batalla entre Liko y la hidra había disminuido, por lo que un contendiente debía de haber sido vencido, y la última vez la hidra se había alzado con la victoria. La pesadilla llameante se había esfumado del cielo tempestuoso. Por el rabillo del ojo, Gaviota vio cómo la capitana de los elfos se alejaba a rastras, tirando de su arco detrás de ella. La magia debía de afectarles menos, pero aun así estaban huyendo.

Gaviota también lo habría hecho, pero ya era demasiado tarde. Intentó agarrar su hacha para sentarse en el suelo, pero sólo consiguió golpearse la cara con un puño y volver a caer. Liante podía acercarse sin ningún arma, coger a la hermana de Gaviota, estirarla encima del altar...

Un susurro llegó hasta sus oídos. Era la voz de Mangas Verdes, entonando su canturreo sin sentido de siempre, como cuando era una retrasada. El terror y el agotamiento quizá habían afectado su mente, devolviéndola a su estado anterior. Gaviota vio su blanco rostro vuelto hacia arriba en la penumbra, con la lluvia salpicándole las mejillas y cayéndole en los ojos. Las palmas de sus manecitas de piel áspera y sucia estaban inmóviles sobre el suelo mientras Mangas Verdes murmuraba, o cantaba.

Y entonces la tierra gruñó muy por debajo de la espalda de Gaviota.

* * *

Gaviota tenía la cabeza apoyada en la hierba mojada, y la violencia del terremoto hizo que le castañetearan los dientes. Su visión osciló de un lado a otro hasta que pensó que los globos oculares saldrían despedidos de sus órbitas. Las ondas de choque hicieron que su columna vertebral vibrase hasta que tuvo la impresión de que se iba a romper en mil pedazos.

El estremecimiento de la tierra fue acompañado por un rugido, una extraña mezcla de gruñido y retumbar ahogado cuando el suelo y las rocas del acantilado se fueron abriendo. Chasquidos, crujidos y tintineos casi metálicos le indicaron que muchas rocas se estaban desprendiendo del acantilado para rebotar sobre los peñascos marinos que había debajo de ellas. Los espinos temblaban y bailaban sobre su cabeza, desprendiendo gotitas de agua que podía saborear. El rugido se fue incrementando hasta que llenó las orejas y el cerebro del leñador.

Y entonces el monolito de basalto negro empezó a bailar.

Liante se encontró con que su soporte se bamboleaba de un lado a otro. Alarmado, el hechicero manoteó frenéticamente buscando su grimorio. Gaviota sabía que quería emplear su hechizo de vuelo.

Una gran losa se desprendió de la punta del monolito con un chirrido ensordecedor, arrancó tierra y rocas del borde del acantilado y se precipitó hacia el mar con un tremendo retumbar. El trozo desprendido casi se llevó a Liante con él, pero el hechicero se lanzó al aire y empezó a subir y bajar los brazos, aleteando tan torpemente como una gallina.

Un pensamiento ardió en la mente del leñador. «¿Mi hermana pequeña ha sido la causante de todo esto?» Mangas Verdes había sobrevivido a un terremoto, allá en Risco Blanco. Pero ¿conjurar uno...? ¿De cuánto poder disponía?

Gaviota se impulsó con un hombro, intentó agarrar su hacha y consiguió hacer que sus torpes dedos rozaran el mango. Todo su cuerpo temblaba y no sabía qué lo estaba removiendo más, si él mismo o la tierra. El leñador apretó los dientes y se dio la vuelta. El hechizo que provocaba los espasmos debía estar dejando de surtir efecto.

No lo suficientemente pronto.

El gigantesco monolito se fue inclinando muy, muy despacio hacia el océano, el lado desequilibrado se inclinó todavía más...

... y de repente todo el acantilado se derrumbó bajo aquel enorme peso que estaba cambiando de posición.

El sonido de las piedras que se deslizaban, rodaban y chocaban entre sí al caer sobre la orilla rocosa cubierta de espuma fue horrendo e hizo estremecer la tierra. Las sacudidas posteriores subieron y bajaron por la playa y recorrieron los restos del acantilado, lanzando rociadas de barro y hierba como una manta sacudida en el aire. La torpe bestia mecánica, tan pesada que se hundía en el suelo blando,

rodó hacia el mar dando tumbos como un juguete.

Gaviota sintió a través de las caderas y el esternón cómo la tierra continuaba moviéndose y se alejaba rápidamente. La combinación del terremoto y el derrumbamiento del monolito era demasiado devastadora. Un abismo se abrió paso a través del acantilado delante de sus ojos. El borde roto avanzó saltando hacia él a grandes mordiscos, como engullido por un monstruo invisible. La hierba y el suelo desaparecieron a un palmo de él.

Kem, que estaba medio incorporado, escupió un salvaje juramento. Morven rezaba. Stiggur había palidecido de terror. Mangas Verdes permanecía inmóvil, contemplando con los ojos muy abiertos y llenos de asombro toda la destrucción que había desencadenado.

Y entonces la tierra cayó bajo ellos tan repentinamente como si estuvieran encima de una alfombra voladora y todos se precipitaron en el vacío, gritando y aullando.

* * *

Gaviota nunca estuvo seguro de cuánta distancia cayó ni de cómo sobrevivió a la caída, y tuvo que conformarse con la suposición de que su trozo de acantilado se había desprendido entero y se había conservado así durante la caída antes de desintegrarse por el impacto final.

En un momento dado estaba viajando por el espacio encima de su alfombra de tierra, llegando a incorporarse sobre la hierba mojada, y al siguiente se sumergía bajo gélidas olas saladas, hundiéndose cada vez más y más profundamente.

Chorros de agua helada y pensamientos impregnados por el pánico casi sumergieron al leñador, enterrado en el mar. Tenía que conservar su hacha, su única arma. Tenía que encontrar a Mangas Verdes. Tenía que conseguir un poco de aire.

El hacha desapareció inmediatamente en cuanto su mano la soltó, abriéndose como si tuviera voluntad propia. Gaviota se encontró aferrando agua y se debatió en un frenético intento de llegar a la superficie, no muy seguro de si subía o se hundía. Sus pulmones ardían y estaban a punto de estallar, pero un instante después su cabeza asomó de las aguas. Gaviota tragó una jadeante bocanada de fresco aire salado..., y volvió a quedar enterrado bajo una masa de sucio oleaje. Empezó a bajar, pero las patadas y los manoteos le permitieron volver a la superficie, donde casi fue aspirado hacia el

fondo por otra ola. El mar ya había estado lo bastante revuelto con la tormenta, pero toneladas de acantilado cayendo en él habían hecho que el océano también estuviera jadeando y tosiendo.

Otra ola le golpeó la cara y después sus pies descalzos --sus zuecos habían desaparecido ya hacía mucho rato-- chocaron con algo que al principio era blando, pero que luego empezó a ofrecer resistencia.

El leñador manoteó desesperadamente para agarrarse a aquel objeto: era una roca festoneada de algas marinas. La viscosa vegetación se desintegró entre sus manos, y un instante después otra ola lo estrelló contra la roca. Gaviota trepó, tosiendo y escupiendo agua, y logró incrustar un pie en una oquedad --rajándose la piel con los percebes ocultos en ella--, y se mantuvo agarrado. Exhausto y dolorido, casi se derrumbó dentro de la siguiente ola, pero logró erguir el cuerpo hacia arriba y rodeó la roca con los brazos.

Pero ¿dónde estaba Mangas Verdes? Gaviota no podía haberla protegido y haber llegado tan lejos sólo para perderla de repente, ahogada en el mar. ¿Y los demás?

Un acceso de náuseas que parecía una explosión resonó cerca de él. Gaviota vio la cabeza canosa de Morven inclinada hacia el suelo bajo la penumbra mientras vomitaba agua. Stiggur estaba medio encogido debajo de él, pareciendo una rata alzmiclera. Eso dejaba a...

--¡Gaviota, bastardo! ¡Ayúdame!

No muy lejos de allí, debatiéndose sobre una extensión más llana de algas marinas, Kem intentaba llegar a tierra mientras remolcaba a Mangas Verdes tirando de su cabellera. La muchacha agitaba las manos, protestando ante el dolor, pero el guardia siguió moviéndose como una máquina y la izó sobre las rocas resbaladizas. Kem había perdido su yelmo, su espada y una bota.

Gaviota fue hasta ellos, tropezando y tambaleándose sobre sus pies llenos de cortes, y agarró a su hermana por los hombros.

Kem tosió con la fuerza suficiente para partirse un pulmón, pero no pudo resistir la tentación de responder con una pulla.

--No... me des... las gracias.

Gaviota abrazó a su llorosa hermana.

--Gracias, Kem. Gracias.

El ex guardia expulsó agua por la nariz con un resoplido y volvió a toser.

Morven y Stiggur se dejaron caer junto a ellos.

--Ya he tenido suficientes aventuras --casi sollozó el muchacho.

--Yo también, chico --jadeó el marinero--. Treinta años a flote, y de repente estoy más cerca que nunca de ahogarme trabajando nada menos que en una caravana de carros. Neptuno anda detrás de mi alma... Oh, no...

Los héroes miraron a su alrededor. La pared del acantilado desmoronado se encontraba a un tiro de piedra, y el único cambio visible en ella era el enorme agujero que había en su centro y que iba desde la hierba de arriba hasta una gigantesca cascada de tierra extendida delante de ellos. Liante estaba en lo alto del risco, mirando por el agujero, y movía las dos manos delante del mar.

Donde Morven, horrorizado, tenía clavada la mirada.

Siluetas plateadas entraron y salieron de las olas. Se agitaban y ondulaban, desvaneciéndose, apareciendo, desapareciendo. Gaviota pensó que eran un banco de peces, y que aquel destellar plateado eran sus lomos. Pero las formas se retorcieron y cambiaron, y se unieron y formaron grandes anillos...

Una cabeza serpentina tan larga como un navío surgió de las olas y abrió mandíbulas con muchos dientes, un número incontable de dientes. Una cresta como la vela de un barco adornaba la cabeza ondulante. El cuello se estiró más y más, continuando interminablemente.

Un ojo de pez que tenía casi un metro de diámetro se clavó en ellos, descendió a través de una ola y surgió de ella moviéndose en un avance tan recto e implacable como el de una flecha, con las mandíbulas abiertas debajo.

--¡Una serpiente de mar! --gritó Morven.

Dispuesta a arrancarles de aquella roca como un petirrojo que engulle gusanos.

* * *

La cabeza de la serpiente asomó de las olas. La boca cavernosa bostezaba a medio tiro de arco de ellos. Después hendió otra ola, y Gaviota podría haber arrojado una roca y haberle dado. Contempló aquel gaznate y se imaginó la pestilencia de peces que llevaban mucho tiempo muertos. «Devorados --pensó--. Vamos a ser devorados después de haber sobrevivido a todo esto.»

Mangas Verdes se removió en sus brazos. La joven alzó una mano, y el mundo se volvió blanco.

Un resplandor fungoso se alzó sobre ellos. El olor a rancio de las

setas enmohecidas expulsó el acre aire salado por un momento, y Gaviota se preguntó dónde había visto aquella luz antes.

Ah, sí, la batalla del bosque quemado. Cuando el hechicero acorazado capturó a Mangas Verdes, y de repente tuvo que enfrentarse con una bestia-hongo del tamaño de un granero, un fungosaurio. Lirio (¿dónde estaba?) había observado que la criatura fue conjurada por otra persona y, naturalmente, esa otra persona había sido Mangas Verdes..., y Gaviota había sido demasiado estúpido para poder ver sus proezas mágicas.

Y su hermana acababa de sacar a aquel fungosaurio de alguna profunda caverna. De un gris blanquecino y reluciente, con saltones ojos amarillentos, su boca otra caverna en sí misma, la bestia se alzó sobre ellos como un muralla viviente...

... y la serpiente atacó con las fauces abiertas.

Una explosión de fragmentos blancos que brillaban con una gélida luz se esparció en todas direcciones. La bestia-hongo gruñó y mordió a la serpiente, cuya larga cola removió el agua hasta crear una espumosa fosforescencia. La serpiente agitó la cabeza de un lado a otro desgarrando a la bestia, cuyos pulposos pies recubiertos de barro resbalaban sobre las rocas humedas y viscosas. El gruñido del fungosaurio fue enronqueciendo hasta convertirse en un retumbar ahogado primero y un chillido rechinante después. Estar debajo hacía que resultara bastante difícil ver lo que ocurría, pero Gaviota pensó que la serpiente había arrancado un gran pedazo de la columna vertebral del fungosaurio..., eso suponiendo que la criatura poseyese una columna vertebral. Fuera lo que fuese, aquel sonido parecía un lamento agónico del monstruo blanco.

Los héroes no esperaron. Agarrándose el uno al otro y aferrándose a cualquier cosa que les ofreciera un punto de apoyo, avanzaron sobre las rocas tachonadas de espuma yendo hacia la cascada de tierra.

Una docena de pasos después se encontraron atascados en un barrizal semilíquido hecho de tierra suelta que había sido convertida en fango por el agua de mar. Kem, que iba delante, se hundió en el barro hasta las caderas. El guardia se dio la vuelta y gritó a los otros que retrocedieran. Pero ya era demasiado tarde para Gaviota, que también se había metido en un hoyo lleno de barro. Los demás se quedaron donde estaban, agarrados a las rocas y temiendo moverse por miedo al agua y el barro.

--¿Adónde infiernos vamos ahora? --jadeó Morven mirando a su

alrededor y, por primera vez, hablando con la voz de un hombre bastante mayor..., o de un anciano--. Pensé que... El acantilado...

El marinero se rindió, exhausto.

Gaviota, hundido en el agujero fangoso y medio incrustado en él, miró a su alrededor. El sol se había ocultado detrás de las nubes y la negrura era casi completa. La espuma y la parpadeante luz fungosa no servían de nada. El leñador tuvo la sensación de que se estaban ahogando en la oscuridad. No habría podido elegir una dirección en la que avanzar ni aun suponiendo que hubiera estado libre. A su izquierda, el monolito caído yacía en el suelo, tan grande como un establo y medio cubierto de tierra. Más cascada se extendía a su derecha. Directamente delante de ellos estaba la gigantesca cañada abierta en el risco, una especie de camino de avalancha que subía y bajaba formando hondonadas y peldaños irregulares, de todos los cuales goteaban hililIos de tierra, hasta terminar en los restos del acantilado.

Y allí arriba había luz. El hechicero ocupaba el centro de la escena. Alineadas a cada lado de él había unas siluetas hirsutas con espadas de hoja curva y antorchas. Eran bárbaros azules, y había docenas de ellos.

El leñador volvió la mirada hacia el mar y entrevio los restos del fungosaurio hecho pedazos que se alejaban flotando lentamente a la deriva. La serpiente de mar --ilesa, hambrienta y todavía buscándoles-- se agitaba entre los despojos. La criatura iba y venía por entre las rocas, buscando un canal lo suficientemente profundo para poder acercarse y engullirlos. La lluvia seguía cayendo del cielo, pero Gaviota estaba tan entumecido que no podía sentirla.

Y antes de que transcurriera mucho tiempo ya no podría sentir nada.

--No podemos irnos, y no podemos quedarnos --murmuró Kem.

El guardia se acostó de bruces para tratar de salir nadando de aquella hoya de barro.

--Acuchillado o devorado --jadeó Morven. Ordenó a Stiggur que le agarrase del cinturón, y después se estiró a través del barro para llegar hasta Gaviota--. O si el tiempo lo permite, nos ahogaremos en cuanto llegue la marea alta.

Gaviota también se estiró, y el marinero y el ayudante de la cocinera lograron sacarle de las rocas. Después los tres fueron contorneando las hondonadas de fango más profundas, y acabaron remolcando a Kem hasta un lugar seguro.

Abofeteados por el viento, las olas y la lluvia, se acurrucaron a unos centímetros por encima del mar.

--Un lugar infernal para morir --mascculló Kem.

--Esperemos que así sea --jadeó Morven--. Un descanso me sentaría estupendamente.

Sólo Mangas Verdes miraba a su alrededor, olisqueando el aire igual que un perro.

--¿Algo más, hermana? --preguntó Gaviota.

Pero le quedaban muy pocas esperanzas. «Es curioso», pensó. Desde aquel primer día en Risco Blanco, había estado corriendo como un loco de un lado a otro para rescatar a su hermana. Pero ya no podía hacer nada, salvo pedirle que les rescatase. El camino de la vida daba giros muy extraños.

La muchacha metió una mano en el agua y la movió de un lado a otro.

--Hay al-algo que me ca-canta... Algo despertado p-por el te-terremoto...

Los hombres la contemplaron con expresiones lúgubres. Liante estaba dando órdenes muy por encima de ellos. Una veintena de bárbaros saltaron a la cicatriz del suelo y empezaron a bajar hacia los cautivos, avanzando cautelosamente por entre pequeños deslizamientos de tierra. La serpiente silbaba a unos cinco metros de allí, haciendo más y más ruido a cada momento que pasaba.

¿O...?

Gaviota comprendió que aquello no era el siseo de ninguna bestia. Era el agua, el mismo océano.

El oleaje palpitaba a su alrededor, pero cada avance del agua era más débil que el anterior. Ya no eran golpeados por la espuma.

La curiosidad hizo que los hombres se dieran la vuelta.

--¿Esto es obra tuya, Verde? --preguntó Gaviota.

Pero la muchacha no dijo nada y siguió con los ojos clavados en el océano.

El nivel del agua estaba bajando miraran donde mirasen. Las olas dejaron de lamer sus talones, y acabaron retrocediendo del todo. Rocas que sólo habían mostrado puntas recubiertas de algas marinas quedaron reveladas.

El agua se alejó tan deprisa que peces convulsos y cangrejos que chasqueaban sus pinzas quedaron atrapados en los charcos. La serpiente de mar, increíblemente larga y plateada, se agitaba nacidamente entre las rocas.

Como en un sueño, las olas continuaron alejándose hasta perderse en el horizonte. El viscoso verdor del fondo marino quedó al descubierto, con rocas y peces varados e incluso un barco naufragado cubierto de algas a medio kilómetro de distancia.

--¿Qué está ocurriendo? --jadeó Kem.

Morven se había puesto blanco.

--Oh, no --murmuró con un hilo de voz--. Oh, no...

Gaviota le dio un codazo.

--¿Qué pasa? ¿Qué es?

--Un tsunami --respondió el marinero.

--¿Un su-qué?

--¡Corred! --gritó de repente Morven, sobresaltándoles a todos--. ¡Corred hacia la orilla! ¡Deprisa! ¡Corred como nunca habéis corrido antes!

* * *

Morven agarró a Stiggur, levantó al muchacho a fuerza de brazos y echó a correr, galopando sobre las rocas con el miedo volviéndole tan ágil y ligero como una ardilla. Gaviota miró a Kem, quien le devolvió la mirada. Pero el pánico era contagioso. El leñador agarró a su hermana de un codo y el guardia la cogió del otro, y los dos echaron a correr con Mangas Verdes entre los dos, yendo hacia la orilla en una trayectoria oblicua por entre las rocas y la delgada capa de barro.

Morven empezó a subir a lo largo de la trinchera abierta en el acantilado, empujando a Stiggur por el trasero delante de él. Los hombres les siguieron con Mangas Verdes, aunque al resbalar bajaban tanto como conseguían subir. El marinero, jadeando y tosiendo, buscó las bolsas de suelo más negro. Un gorgoteo de confusión brotó de los bárbaros iluminados por detrás que continuaban al acecho en las alturas, quienes se estaban preguntando por qué aquellos hombres corrían hacia sus muertes, y qué le había ocurrido al océano.

--¿Qué es eso, Morven? --gritó Gaviota--. ¿Qué nos persigue?

--¡Un tsunami! --gritó el marinero por encima de su hombro--. Pero nunca conseguiremos ir lo suficientemente deprisa para escapar de él... ¡No en esta pendiente! ¡Es imposible! ¡Buscad una caverna! ¡Es nuestra única oportunidad!

--Pero ¿qué infiernos es ese su-lo que sea? --preguntó Kem.

--¡Aquí!

El marinero se detuvo delante de una hendidura que sólo era una raja más oscura en la negrura de la ladera. Agarró de los cabellos al muchacho y lo incrustó en la cueva. Stiggur aulló.

Gaviota soltó una maldición. Morven había enloquecido.

Pero el océano se estaba comportando de una forma condenadamente rara. Gaviota sabía muy poco acerca del mar, pero Lirio le había explicado lo que eran las mareas. Aunque nunca le había hablado de que el agua pudiera desaparecer por completo, alejándose hasta quedar oculta más allá del horizonte.

--¡Entra, entra, entra! --Morven arrancó a Mangas Verdes de las manos de los hombres y empezó a meterla en el agujero--. ¡Adentro, adentro, adentro!

--Pero ¿qué...?

Como respuesta, el marinero se limitó a señalar el mar.

Muy, muy lejos de ellos, allí donde el sol oculto todavía proyectaba un resto de resplandor, una larga nube baja había descendido hasta la tierra. No, se corrigió Gaviota, tenía que ser una cordillera puesta al descubierto por la retirada de las aguas. Pero estaba creciendo, y se iba volviendo más y más alta...

Y un instante después supo qué era.

Era el océano, que volvía en una sola ola.

Gaviota se acordó del pueblo en el que había visto el océano por primera vez. Su hermana había chapoteado entre las olas, y en aquel momento lo estaba removiendo con sus manos igual que un dios.

Los bárbaros parloteaban en el acantilado por encima de ellos. Liante había desaparecido, huido tierra adentro.

--¡Es lo que intentaba deciros! --baló Morven--. ¡Es una gigantesca ola de marea!

* * *

Durante un segundo Gaviota fue incapaz de moverse. Después Morven le agarró por los cabellos y le metió en el agujero detrás de su hermana. Gaviota se encontró sumido en la negrura más absoluta, y su cabeza chocó con la de la joven. Se removió y chocó con Stiggur, arrancándole un gruñido.

--¡Hazme un poco de sitio, muchacho!

--¡No puedo! ¡Es todo el sitio que hay!

El débil graznido que resonó en su oreja hizo que Gaviota

comprendiera que Stiggur estaba diciendo la verdad. Aquella caverna no era más grande que un ataúd.

Kem apareció detrás de él, incrustando las rodillas en la espalda del leñador.

--¡Métete dentro, idiota!

Gaviota se debatió en la oscuridad, aplastando a su hermana. Kem se retorció junto a él, tan pegado a su cuerpo que el leñador sintió el roce del tejido cicatricial en su cuello.

--¡No hay más sitio!

--¡No puede ser! --gruñó Kem mientras Morven empezaba a empujarle por detrás.

--¡Jovencita! --jadeó el marinero--. ¡Mangas Verdes! ¡Levanta ese muro de ramas! ¡Es lo único que puede salvarte!

--Yo... Yo...

Mangas Verdes, llorosa y asustada, dejó de protestar para tratar de concentrarse.

--¡No, espera!

La voz del marinero indicó a Gaviota que Morven estaba fuera de la caverna. Ya no había más espacio.

--¡Morven! Tú...

--¡Tú debes conjurar uno de esos muros de ramas para bloquear la entrada de esta caverna, muchacha! --le interrumpió Morven, dirigiendo sus palabras a Mangas Verdes--. ¡Ha de ser lo más grueso posible, sin ninguna brecha!

--Pero... --gritó Gaviota.

Se retorció e intentó salir del agujero, pero Kem estaba atascado en la entrada y el marinero se apoyaba en él.

--¡Morven! Tienes que...

Una mezcla de canturreo, trino y chirrido le contestó. Gaviota percibió el amargo olor a tanino de las hojas de roble. La negrura se volvió todavía más negra, si es que tal cosa era posible. Kem soltó un gruñido de dolor cuando la dura corteza le arañó la columna vertebral.

En cuestión de segundos, el muro de ramas de Mangas Verdes los dejó tan sólidamente aislados del exterior como la escotilla de un navío. Las ramas les impedían llegar hasta Morven..., que estaba fuera de la caverna.

Respirar se volvió repentinamente difícil. Y hacía mucho calor. Los olores de la tierra, la sal y los cuerpos eran cada vez más potentes.

--¿Cómo saldremos? --graznó Stiggur.

--Lo que yo quiero saber es si el acantilado aguantará --jadeó Kem--. Esa ola podría arrancar todo este risco y llevárselo al mar...

El guardia gritó la última palabra, pues un rugido más potente que el de cualquier tempestad estaba avanzando-aullando-corriendo-saltando hacia ellos. La temperatura bajó en picado, y se volvió glacial. Gaviota supuso que aquel mar convertido en montaña empujaba delante de él tanto aire frío como un huracán.

Que debía chocar...

... con el acantilado...

... y con Morven...

... de un momento a...

El mundo se disolvió en agua.

* * *

Un infierno líquido cayó sobre ellos, los envolvió y se introdujo en sus cuerpos.

Los pulmones del leñador estaban a punto de reventar, pero cuando intentó respirar tragó agua y barro y aire en una mezcla diabólica. El agua golpeó su rostro, el barro invadió sus oídos, sus órbitas y su nariz, y las raíces tiraron de su cabeza y su columna vertebral. Con las manos doloridas, Gaviota se agarró a todos los cuerpos que compartían el agujero con él, y notó que Mangas Verdes, Stiggur y Kem se debatían tan frenéticamente como él.

«Morven habrá muerto al instante --pensó--. Nosotros moriremos lentamente, boqueando como esos peces que se quedaron atrapados en el fondo del océano...»

La tierra le ahogó y el agua se la llevó en un remolino, el aire se burló de él acariciándole y se desvaneció enseguida. Gaviota fue sacudido como una rata dentro de un barril, y cada centímetro de su cuerpo fue golpeado y embestido.

Nunca pudo recordar cuánto tiempo duró aquello, pero de repente hubo más espacio. Las rodillas de Kem le estaban machacando los ríñones. El leñador pensó que el mar estaba girando dentro del acantilado, y que no tardaría en hacerlo añicos tal como había temido Kem. Dentro de unos segundos serían arrastrados al interior de la ola gigante, y se ahogarían.

--¡¡¡¡Gaviooooooota!!!!

El guardia se agarraba con tanta fuerza que sus dedos podrían

haber partido la clavícula del leñador. Kem estaba siendo arrancado de la entrada.

Con más espacio --demasiado-- Gaviota extendió la mano hacia atrás, encontró cuero y se aferró a él. Plantó los pies en los muros, pero éstos se disolvieron en masas de barro. Las raíces que había debajo de una de sus manos se escurrieron igual que chorritos de arena. Gaviota alargó el brazo hacia Mangas Verdes para sostenerla, queriendo mantenerla inmóvil para que no fuese arrastrada. Pero no logró dar con ella, y sólo encontró una pared de barro que se estaba desintegrando.

Los dedos de hierro que oprimían su clavícula la soltaron de repente.

«Kem se ha dejado llevar por las aguas para no arrastrarme con él --pensó Gaviota--. Ha vuelto a salvarnos. Nunca podré pagar esa nueva deuda, ni aunque viva mil años...»

Golpeado por nuevas avalanchas de barro y agua, Gaviota alargó la mano hacia Stiggur y pegó las manos del muchacho a las de Mangas Verdes. Quizá los dos juntos...

Y un instante después Gaviota estaba girando locamente sobre sí mismo. El agua bajó en un torrente por delante de él, lavándole y ahogándole, aspirándole hacia las fauces de un dragón...

Intentó agarrarse...

... y no encontró nada...

... y cayó hacia un inmenso torbellino de agua que giraba locamente.

20

Un pinchazo despertó a Gaviota.

El leñador abrió sus ojos encostrados de sal y tierra para ver a una gaviota que retrocedía agitando las alas. Dos vidriosos ojos negros parpadearon, y el pico amarillo se abrió y se cerró para emitir un graznido estridente. El ave le había dado un picotazo para averiguar si estaba muerto. La gaviota, indignada, se alejó volando.

El leñador pensó que si existían los presagios, no cabía duda de que aquello era uno. No había esperado ser despertado por el ave que le había dado el nombre..., no a aquel lado de los cielos, por lo menos.

El sol le calentaba la cara. La cabeza le palpitaba dolorosamente porque había estado yaciendo sobre la pendiente con el rostro vuelto hacia el cielo. El leñador se arrancó del fango, pues se había hundido unos treinta centímetros en él, y examinó su cuerpo. Estaba lleno de moretones, heridas y arañazos, y se hallaba descalzo, despeinado y con las manos vacías. Incluso había perdido su faldellín de cuero, y sólo conservaba la túnica de cuero que le llegaba hasta medio muslo.

Pero considerando que hubiese debido estar muerto, no tenía motivos de queja.

Gaviota se frotó los ojos cubiertos de costras con sus sucias manos y miró a su alrededor.

No estaba muy lejos de su caverna, y se encontraba a sólo unos quince metros por encima del oleaje, que acariciaba suavemente la orilla como si la gigantesca ola de marea nunca hubiese existido. La luz solar que centelleaba sobre las olas le obligó a entornar los párpados. Las gaviotas se habían posado sobre el monolito incrustado en la playa. La piedra negra absorbía calor, y las mantenía calientes. «Por fin sirve para algo útil», pensó confusamente el leñador.

Se preguntó dónde estaba Mangas Verdes, y se sorprendió al no sentir la familiar punzada de pánico. Había perdido sus emociones, extraviadas en algún lugar. De momento se limitaba a existir, hambriento y sediento, como la gaviota que le había despertado.

Se dio la vuelta y contempló el agujero del acantilado y los restos de la masa rocosa. Todo tenía un aspecto distinto, pues los cantos y bordes irregulares habían sido alisados y los peñascos más grandes habían sido arrancados de la ladera. La caverna en la que se habían escondido apenas era una raya, un arañazo en el terreno. Gaviota pensó en las hormigas de un hormiguero sobre el que alguien hubiera acabado de orinarse. Los dioses y la naturaleza obraban como les

venía en gana, y las personas y los animales vivían o morían, impotentes e indefensos.

El leñador subió tambaleándose por la pendiente, avanzando hacia un bulto empapado de color marrón y blanco. Era Stiggur, renacido como una patata sacada del suelo. El muchacho jadeó y flexionó los músculos, y la capa de barro se fue agrietando.

Gaviota dejó a Stiggur donde yacía para que se fuera recuperando y mirase a su alrededor y encontró otro bulto un poco más arriba. Era su hermana, también recubierta de barro. Gaviota arrancó la tierra seca de su cara y le dio un suave codazo. Mangas Verdes murmuró con voz adormilada, como siempre, y después se despertó tan deprisa como un gato.

--¿Qué...?

Gaviota recorrió la lisa pendiente de barro con la mirada. No había nadie más.

Los tres bajaron cojeando hasta el océano, se acuclillaron entre las olas y se quitaron el barro. El olor salado del agua agravó todavía más su sed abrasadora.

Cuando se incorporó, Gaviota vio a Kem.

El ex guardia yacía de bruces en un charco entre las rocas. El leñador fue hasta él, apartó a los cangrejos y remolcó los despojos de Kem hasta dejarlos por encima de la línea de la marea, colocándolos cara abajo para que las gaviotas no le sacaran los ojos a picotazos.

--Volveré y te enterraré --le dijo al muerto--. Te debo eso, por lo menos.

Gaviota contempló la inmensidad azul. Morven estaría allí, debajo de las aguas. El mar había reclamado al marinero.

--Vamos --dijo, volviéndose hacia los supervivientes--. Vamos a ver qué ha quedado allí arriba.

* * *

No mucho, como descubrieron.

Toda la parte superior del acantilado había sido barrida por las aguas y estaba totalmente vacía. Ya no quedaba ni rastro de los muros de espinos, las lanzas de piedra y los muros de ramas, y ni siquiera se veía ninguna señal de la tierra roja que había estado debajo de ellos. Después de estrellarse contra la orilla, la gigantesca ola de marea se había llevado consigo prácticamente todo durante su retirada y lo había arrastrado hacia el mar.

Pero había dejado algunas cosas.

Encima de la hierba, como si un niño lo hubiera dejado caer allí, estaba el cofre de maná de piedra rosada. Mangas Verdes lo recogió distraídamente.

Fueron tierra adentro.

Una pradera de hierba maltrecha y envenenada por la sal se extendía durante casi un kilómetro hasta terminar en un bosque de robles y hayas, la última barrera que se había alzado ante aquel oleaje imposible.

De vez en cuando se encontraban con bárbaros muertos. Su pintura azul de jugo de bayas y sus ropas habían sido absorbidas por el agua, con lo que los cuerpos yacían dispersos aquí y allá, morenos y tatuados, como niños que estuvieran jugando a las estatuas. Pero ninguno se movía, y las moscas se arrastraban sobre los rostros. Gaviota se preguntó si habrían muerto maldiciendo a Liante, el hombre que los había esclavizado.

Los árboles habían perdido hojas bajo aquella ola increíble pero, en algún extraño intercambio, habían quedado adornados por festones de restos marinos. Largos cordones verdosos de algas y vegetación oceánica colgaban de los robles. La madera perdida en el mar había vuelto al bosque, arrastrando consigo lechos de moho y hongos viscosos. Una estrella de mar agonizante se aferraba a un haya como si fuese el poste de un atracadero. Un bacalao boqueaba en un nido de hojas. La arena relucía y destellaba por todas partes.

De una hondonada sobresalían cuatro pilotes, como un muelle devastado por la tormenta. Pero estaban unidos entre sí. Stiggur corrió hacia ellos gritando y chillando, dio un rodeo y encontró la cabeza de la bestia mecánica medio enterrada entre ramas rotas. El muchacho empezó a cavar con la energía de la juventud.

Mangas Verdes se cambió de mano el cofre de maná y señaló hacia el bosque. Lo que parecía una ballena blanca subida a un árbol resultó ser el trasero de Liko. Con su atuendo de velas hecho jirones, el gigante se había instalado en el hueco entre dos ramas de un roble a seis metros por encima del suelo. Gaviota supuso que habría estado trepando al árbol cuando la ola cayó sobre él. El gigante era sencillamente demasiado grande para ser arrastrado. Estaba tan arriba que no se podía llegar hasta él, y Gaviota se acercó hasta poder ver que un dedo de un pie, tan grande como una cesta de grano, temblaba levemente. Dejaron al gigante en el árbol para que se despertara por su cuenta.

Siguieron avanzando por el límite del bosque y de repente los dos hermanos se detuvieron, paralizados por el estupor. Las rodillas de Mangas Verdes se doblaron bajo el peso de su cuerpo y la joven cayó al suelo, maullando como un gatito.

Ante la devastación que había causado.

El séquito de Liante estaba esparcido entre los árboles, dispersado como los restos de un nido hecho pedazos.

Por primera vez aquella mañana, Gaviota sintió que una chispa se encendía dentro de su pecho.

--Lirio... --jadeó mientras contemplaba los restos de la caravana.

* * *

Junco, vestida con sus ropas amarillas, yacía encima de un pescante como si estuviera echando una siesta. Un fruncimiento de ceño llenaba de arrugas su tosco rostro de muchacha de granja. No tenía pulso, y dormiría para siempre.

Pasaron por encima de Junco y contaron cuatro carros. El de Liante, el más pesado, estaba volcado sobre el techo y apoyado en un tronco de roble, con un lado hecho astillas y las cuatro ruedas destrozadas hasta haber quedado convertidas en estrellas puntiagudas. El carro de las mujeres había quedado con el fondo destrozado al chocar contra un peñasco recubierto de líquenes. El carro de la astróloga estaba vuelto del revés, y los aros que sostenían el techo de lona habían sido aplastados. El carro de la cocinera se había partido por la mitad, esparciendo cacharros de cocina y provisiones empapadas.

Los caballos y las mulas, que tenían los arreos puestos y no habían sido sacados de los carros, estaban igualmente aplastados y hechos pedazos. Dos de los caballos, que tenían la espalda rota, todavía vivían. Suave y Cabezota, las mulas de Gaviota, estaban muertas, enredadas en sus arneses y medio dobladas alrededor de un árbol. El leñador las contempló durante unos momentos y pronunció sus epitafios.

--Suave era muy dulce y buena. Tozuda era terca y quisquillosa, pero sabía tirar de un carro.

Buscando, de una manera casi distraída --pues aquella nueva catástrofe era tan enorme que embotaba la mente e impedía pensar--, Gaviota tropezó con un barrilete de vino que resonó con un invitador chapoteo. El leñador cogió un espetón y fue rompiendo el corcho con

la punta. Después él y su hermana bebieron ávidamente el vino dulce, guardando un poco para Stiggur.

Gaviota usó el espetón para atravesar los cuellos de los caballos heridos.

Después contó a los muertos.

Felda, la gorda cocinera, estaba atrapada debajo de su carro, atravesada por el radio de una rueda rota. La cantora, Ranon Voz de los Espíritus, se encontraba cerca de ella, horriblemente retorcida y destrozada, con un brazo extendido a través de las cuerdas de su lira. Rosa y Flor de Melocotón estaban muertas dentro del carro de las mujeres, donde habían buscado refugio. Debajo del carro de la astróloga, un par de piernas envueltas en tela azul indicaban que allí yacía Campánula. No había ni rastro del enfermero, Haley, ni de la astróloga, Kakulina. Gaviota supuso que habían sido arrastrados por las aguas y que podían estar en cualquier lugar, desde las profundidades del bosque hasta las del océano.

Intentó sentir algo de pena por todas aquellas personas. Las había conocido, había comido con ellas y había hablado de cosas sin importancia. Pero al final le habían traicionado, protegiendo sus cómodas existencias a sueldo del hechicero. Se habían inclinado encima de una hoguera sobre la que se cocinaba la cena y habían ignorado el sacrificio humano que su dueño y señor estaba disponiéndose a ejecutar a menos de cien metros de distancia. Al final, su dueño y señor no había conseguido protegerles.

Gaviota echó un vistazo dentro del carro de Liante, donde todo estaba revuelto. Mantas enredadas habían caído de la cama adornada con tallas, y los libros y artefactos habían llovido de los estantes y huecos de las paredes.

No había ni rastro de los tres guardias, que habrían permanecido cerca de Liante.

«Y, naturalmente --pensó Gaviota con amargura--, no había ni rastro de Liante.» Podía haber perecido, pero el leñador lo dudaba. Un hechicero siempre se protegía a si mismo por encima de todo y de cualquier otra consideración.

Y, finalmente, no había ni rastro de Lirio.

Entonces oyó un suspiro.

* * *

El ruido surgía de debajo de la cama destrozada.

Rezando y suplicando, Gaviota apartó a un lado tapices y mantas que chorreaban sal.

Sus plegarias fueron respondidas. Era Lirio.

La joven yacía sobre el techo vuelto del revés, y sólo se le veía un brazo y la cabeza. Con el rostro tan pálido como sus maltrechas ropas, la bailarina intentó liberarse.

--¡Lirio! ¡Estaba tan preocupado!

Gaviota la agarró de un brazo para tirar de ella, pero Lirio chilló.

--¡Mi brazo! --Sudorosa y aterida, tanto su cuerpo como su voz temblaban--. ¡Está roto! ¡Sentí cómo los huesos rechinaban y se partían!

Gaviota se limpió la cara y se puso en cuclillas para echar un vistazo al oscuro interior del carro. En la parte delantera, caído entre los restos del equipaje y suministros aplastados, yacía Knoton, el secretario. El leñador, viendo todos aquellos muertos, se preguntó cómo se las había arreglado Lirio para sobrevivir.

Y entonces se acordó de que la bailarina también era una hechicera.

--No te preocupes, cariño. ¡Te sacaremos de aquí! ¡Estate quieta y no te muevas!

Mangas Verdes dejó su cofre de maná en el suelo y ayudó. Los dos hermanos tiraron y aflojaron con suave delicadeza hasta que consiguieron sacar a la bailarina, y entonces descubrieron que también tenía una pierna rota. Lirio soltó un siseo de agonía, pero consiguió decirles que debían buscar unas botellas verdes dentro de la caja de laca roja. Mangas Verdes hurgó en el carro mientras Gaviota consolaba a la bailarina.

--Creía haberte perdido. --El leñador le sostuvo la cabeza en el regazo y alisó su revuelta cabellera--. Creía que te había perdido... Comprendí que no quería perderte. Quiero que estés conmigo para siempre. Quiero que seas mi esposa. Te amo, Lirio.

Torciendo el gesto, llorando y sonriendo al mismo tiempo, la joven le puso un dedo en los labios.

--Calla, Gaviota, por favor. Las cosas han... ¡Oh! Las cosas han cambiado de repente.

--¿Qué quieres decir? --Gaviota frunció el ceño y se limpió los ojos--. ¿Qué problema hay?

--No es que haya ningún problema. No exactamente... Es sólo que... ¿Cómo podré explicarte lo que...? ¡Ah, me duele! Nunca me gusté, Gaviota. Siempre pensé que no valía nada, que era la hija de

una ramera. Nunca conocí a mi padre, y estaba condenada a ser una ramera...

--Todo eso no me importa y...

--Calla. Ya lo sé. Eres un hombre maravilloso, bueno y lleno de amor. Pero las cosas han cambiado. De repente me he convertido en una hechicera. No sé qué significa eso.

--No tienes por qué ser una hechicera.

Lirio sonrió, y luego hizo una mueca ante la punzada de dolor que sintió al sonreír. Mangas Verdes iba removiendo cajas detrás de ellos.

--¿Y un pájaro con alas no necesita volar? Gaviota, cuando esa ola gigantesca cayó sobre nosotros, me encogí y recé suplicando no morir. Y algo, un extraño poder cosquilleante... Algo me envolvió igual que los brazos de una madre. Y no morí. Aunque... Ay, ay, ay... No fui capaz de protegerme lo suficientemente bien. Aun así... Oh, te amo tanto que... Pero todavía no puedo casarme contigo. ¿Entiendes por qué?

--No --respondió Gaviota en un tono hosco y malhumorado.

Lirio dejó escapar un suspiro muy femenino, y de repente Gaviota se sintió como un muchacho dirigiéndose a una mujer.

--Necesito tiempo. Para pensar.

--Entonces optarás por la hechicería. --Una gran amargura se adueñó de él--. Y dejarás que los mortales sigamos tirados en el polvo.

Lirio meneó la cabeza y soltó un gruñido cuando el gesto movió su brazo.

--No. Dejaré a Lirio tirada en el polvo, y averiguaré quién soy en realidad.

Esta vez le tocó el turno de suspirar a Gaviota.

--Y la verdadera Lirio no va a ser mi esposa, ¿verdad? Ah, bien. No tendría que haberte dejado colgando de la caña de pescar durante todo este tiempo. Tendría que haber tirado del sedal en cuanto mordiste el anzuelo.

Lirio se rió, se puso un dedo encima de los labios y lo besó, y después lo colocó sobre los labios de Gaviota. El leñador le sonrió.

Mangas Verdes salió a rastras del carro. Con las faldas más manchadas de barro y harapientas que nunca, parecía una niña de seis años que estuviera haciendo pasteles de barro. Pero cuando contempló a los dos enamorados, su mirada reveló la repentina astucia calculadora de una mujer adulta. Mangas Verdes les ofreció un jarrito al que había quitado el tapón.

--Creo que es ex-extracto de semilla de a-amapola y febrilla

--dijo--. Aliviará el dolor.

Lirio asintió y se bebió todo el contenido del jarrito. Antes de que hubiera pasado mucho rato ya se estaba adormilando, y no tardó en roncar suavemente.

Mangas Verdes siguió hurgando en el carro, encontró unas cuantas tablillas y utilizó unas tijeras para cortar en tiras una manta. Después se lo pasó todo a Gaviota.

--Ahora que du-duerme, debes en-entablillar...

--Ya lo sé --dijo su hermano. Ser el más fuerte de la familia había hecho que siempre fuese el encargado de poner en su sitio los huesos rotos--. Me ocuparé de ella.

* * *

A última hora de la tarde, Lirio estaba sentada bajo la sombra de un castaño mientras Gaviota y Mangas Verdes iban haciendo el recuento de la comida y los suministros disponibles.

Habían recogido todo lo utilizable, incluidas las herramientas de leñador de Gaviota, y habían acampado a un kilómetro de los carros. No podían enterrar a los cuerpos ese día, por lo que tenían que alejarse antes de que el anochecer trajera consigo a los lobos, los coyotes y las marmotas..., y a los fantasmas.

Gaviota estaba haciendo un círculo de rocas para poder encender una hoguera dentro de ellas y Mangas Verdes aireaba mantas cuando Liko se reunió con ellos. Un rato antes habían oído un tremendo estrépito que les indicó que el gigante acababa de despertar y se había caído de la copa del árbol. La tierra tembló bajo su caminar pesado y tambaleante cuando apareció en el campamento, inclinando el cuerpo hacia el suelo por el lado del brazo que le quedaba y con la enorme camisola hecha de velas convertida en harapos que flotaban detrás de él. Liko se echó de espaldas sin decir ni una palabra y volvió a quedarse dormido. Los humanos tuvieron que hablar levantando la voz para hacerse oír por encima de su doble ronquido.

En cuanto el fuego hubo empezado a desprender humo, espeso y gris debido a que las ramas estaban húmedas, un dúo de voces se anunció a gritos. Los centauros Helki y Holleb llegaron al trote, con sus resplandecientes arreos tintineando y unas sonrisas nada habituales en ellos iluminando sus sombríos rostros. Gaviota se sintió tan complacido al verlos con vida que abrazó a cada uno, y fue alzado en vilo del suelo por el abrazo con que el imponente Holleb correspondió

al suyo. Todos hablaron a la vez.

Mangas Verdes incluida, y pasó un buen rato antes de que las respectivas historias quedaran claras.

Pero eran bastante sencillas. Ser más altos que los seres humanos permitió que los centauros pudieran ver cómo iban retrocediendo las aguas, y al haber vivido cerca del mar comprendieron lo que significaba eso. Huyeron a galope tendido tierra adentro, y entraron en el bosque corriendo lo bastante deprisa para que les estallaran los corazones. El agua de mar les había pisado los talones, pero consiguieron subir a lo alto de un risco y no sufrieron ningún daño.

--¡Así que celebramos la victoria! --gruñó Holleb con su áspero acento.

Gaviota meneó la cabeza.

--No hay ninguna victoria..., no con Liante habiendo logrado escapar y con todas esas personas muertas. Hemos sobrevivido, y eso es todo.

--Entendemos. Es cierto --dijo Helki--. Pero ¿dónde hay otros? ¿Dónde están los amigos tuyos que te ayudaron?

Gaviota señaló los árboles con una inclinación de cabeza.

--Stiggur se ha pasado el día entero cavando, intentando llegar hasta los controles de la bestia mecánica para averiguar si todavía funciona. O si todavía está viva... En cuanto a los otros, no hay nadie más.

Los centauros miraron a su alrededor y sólo vieron a Lirio, Liko y Mangas Verdes.

--Oh --dijo Helki.

* * *

Cuando llegó el crepúsculo, Gaviota ya había logrado preparar una cena. Rescató una marmita de hierro y un barrilete de tocino salado que no se había roto de entre los restos, y lo puso a hervir. Encontró un poco de harina, la saló y fue amasando la pasta en tiras alrededor de ramitas verdes para que se tostara. Encontraron varios toneles de cerveza en el carro de las mujeres, así como unos cuantos recipientes llenos de los encurtidos de Felda.

También había provisiones en abundancia para alimentar al gigante. Liko se sentó con las piernas cruzadas y engulló carne de caballo cruda mientras los centauros comían del servicio de plata de

Liante e intentaban no mirarle. Mangas Verdes utilizó trozos de pan para ir recogiendo la salsa. Gaviota alimentó a Lirio con dedos torpes y vacilantes. La bailarina utilizó su brazo bueno para ir tomando sorbitos de coñac con los que aliviar el dolor. El otro colgaba de un cabestrillo. Stiggur engulló pepinillos y estuvo a punto de echarse a llorar al recordar la bondad de Felda.

Después de una noche y un día de privaciones, luchas, tristeza y pena, la cena fue un banquete, aunque se trató de un banquete más bien callado y tranquilo. Todo el mundo sentía la ausencia de los amigos.

Cuando estuvieron saciados y se hubieron acabado un barril de cerveza, Gaviota se echó hacia atrás hasta apoyarse en los codos y clavó la mirada en la bailoteante hoguera del campamento.

--Bien, entonces... ¡Eh!

El leñador dejó su jarra en el suelo y rodeó el montón de suministros a la carrera. Manoteando en la oscuridad, agarró algo que empezó a chillar y alzó en vilo al trasgo ladrón, Sorbehuevos.

--¿Qué estás haciendo aquí? ¡Te arrojé por el acantilado!

--¡Cierto, y casi me rompiste la cabeza al hacerlo! --Nuevamente cabeza abajo, la pequeña plaga se frotó la negra franja de pelos que le daba el aspecto de una mofeta--. ¡Pero podéis soltarme, bondadoso y amable señor! ¡No estaba robando! Sólo vi una rata que hurgaba en vuestros sacos, y...

--Oh, cállate. No me cuentes más cuentos. Debería haber dejado que los elfos te emplumaran con sus flechas. Vamos, ven aquí.

Gaviota volvió al círculo de claridad que proyectaba la hoguera, bajó al trasgo ladrón dejándolo con los pies en el suelo y le alargó su jarra de cerveza. La amabilidad del leñador dejó tan confuso a Sorbehuevos que se quedó inmóvil y sólo atinó a sostener la jarra en sus pequeñas manos nudosas y retorcidas como si fuese un barrilete. Gaviota le pasó un trozo de cerdo salado que el trasgo empezó a devorar ávidamente apenas lo tuvo entre los dedos. Pero en cuanto Gaviota se hubo sentado, Sorbehuevos echó a correr y se esfumó en la noche como si estuviera siendo perseguido por una jauría de perros.

Gaviota suspiró, alargó la mano hacia su jarra y se acordó de que había desaparecido.

--Bueno, da igual. ¿Dónde estaba...? Ah, sí. Bien, ¿qué hacemos mañana? Después de haber enterrado a los muertos, quiero decir.

--Tenemos que poner erguida a mi bestia mecánica. Tiré de una palanca y su pata se movió --balbuceó Stiggur con la boca llena de

pan--. Voy a llamarla Cabezota, si no te importa --añadió de repente.

--Me parece muy bien --dijo Gaviota, y soltó una risita--. Si tiene un nombre, debe de estar viva.

--Tenemos que encontrar pueblo --dijo Holleb--. No mucha comida aquí.

--Cierto --admitió Gaviota--. Ah, y también hay otra cosa... Mangas Verdes o Lirio, alguien con poderes mágicos, debería averiguar cómo conjurar, invocar, o como quiera que se llame eso, a Tomás, Neith, Varrius y Bardo, el paladín, e inluso a esos miserables orcos, para sacarlos de esa isla tropical. Se merecen una oportunidad de volver a sus hogares, si es que pueden encontrarlos.

Las mujeres estuvieron de acuerdo con él.

--Hogar... --suspiró Helki--. Holleb y yo tenemos que saber dónde está para poder ir allí. Hemos estado lejos mucho tiempo... Lo echamos de menos.

Mangas Verdes se levantó, fue hasta la centauro y puso su manecita llena de callosidades sobre el hombro de Helki.

--No estés tri-triste, Helki. Encontraremos vuestro ho-hogar. Y el tuyo ta-también, Liko. --Los dos rostros apenados del gigante se inclinaron en un lento asentir--. Puede que algo del bo-botín de Liante nos a-ayude.

Registraron el carro y encontraron muchas botellas rotas y artefactos hechos pedazos, pero aun así lograron acumular una pequeña provisión de libros de aspecto mágico y objetos que estudiar.

--Verde tiene razón. Conseguiremos que todos volváis a vuestro hogar... --Gaviota guardó silencio durante unos momentos--. Nosotros hemos perdido el nuestro --añadió después--. Toda una aldea aniquilada... en una disputa entre dos hechiceros que querían robarse el poder el uno al otro. Les daba igual a quien pudieran pisar, como si fuéramos hormigas en su campo de batalla... ¡Así que eso es lo que deberíamos hacer! ¡Deberíamos impedir que los hechiceros puedan ir por ahí pisoteando a las personas corrientes!

Su voz había ido adquiriendo una nueva animación, y se había ido endureciendo al mismo tiempo.

Helki parecía perpleja, al igual que los demás.

--¿Cómo?

--No lo sé. --El leñador clavó la mirada en el fuego--. Pero tiene que haber una forma de detenerlos. Si pudierais... reunir un ejército, y mantenerlo unido... Tendría que ser una fuerza de combatientes voluntarios, claro, no de esclavos... Entonces podríamos seguir la pista

de esos hechiceros de alguna manera, y luego dispersaríamos sus ejércitos improvisados y los obligaríamos a rendirse. Y si después pudierais... ¿Qué? ¿Quitarles su poder...? No lo sé. Pero tiene que haber una manera...

Mangas Verdes había estado jugueteando con la caja de piedra rosada, que brillaba bajo la luz de la hoguera, pero de repente dejó de hacerlo.

--Yo a-ayudaré, Gaviota --dijo.

Lirio puso la mano que podía mover sobre la de Gaviota.

--Y yo.

--¡Y nosotros! --gritó Holleb, como si aceptara el desafío a un duelo.

--¡Sí! ¡Nosotros también! --chilló Helki.

Los dos enviaron un relinchante grito de guerra a los cielos.

Cuando los ecos hubieron muerto, las dos cabezas de Liko hablaron al unísono por primera vez.

--Yo también --dijo el gigante.

--¿Puedo ayudar? --preguntó Stiggur--. ¡Puedo traer a Cabezota!

Gaviota le revolvió los cabellos con tanta fuerza que el muchacho se cayó al suelo.

--Por supuesto que sí, Stiggur. Y tráete tu látigo... También vamos a necesitarlo.

Lirio señaló la oscuridad con una inclinación de cabeza.

--¿Qué hay de Sorbehuevos?

Gaviota se rió.

--Oh, sí. Le necesitaremos para..., para algo. Pero no estaba proponiendo que formáramos un ejército para detener a los hechiceros.

--Sí, lo estabas haciendo --replicó Lirio--. Es algo que todos hemos deseado, pero que no éramos capaces de decir en voz alta.

Gaviota miró a su alrededor, y sus ojos recorrieron el pequeño y maltrecho grupo.

--Qué extraño... No somos más que un puñado de desconocidos, cada uno de los cuales ha sufrido mucho debido a la codicia de los hechiceros. Ahora somos... Bueno, supongo que somos un ejército. Hechiceras y guerreros y..., y jinetes de bestias mecánicas y... leñadores...

Un nudo de la madera chasqueó en la hoguera y un chorro de chispas saltó por los aires. Gaviota contempló cómo subían para reunirse con las estrellas que llenaban el horizonte de un confín a otro.

--Mi padre solía decir que el cielo nunca estaba tan despejado como después de una tormenta.

--Así que tenemos un futuro radiante y luminoso --dijo Lirio.

--Supongo que sí. Pero ¿estáis realmente seguros de que queréis hacer esto? ¿Queréis dedicaros a un ejército..., a una cruzada, sin ninguna idea de cómo proceder? ¿Queréis enfrentaros a hechiceros y matones y monstruos y criaturas infernales, arriesgar la vida y vuestros miembros, sólo para impedir que sigan arrasando aldeas y destruyendo las vidas de la gente corriente, de personas a las que ni siquiera conocéis..., cuando podríais iros a casa en vez de hacer todo eso?

Volvió a mirar a su alrededor y escrutó cada rostro, pero todos se limitaron a asentir.

El leñador removió las ramas con un dedo del pie para avivar el fuego de la hoguera.

--Bien, entonces... Eso es lo que haremos.

FIN